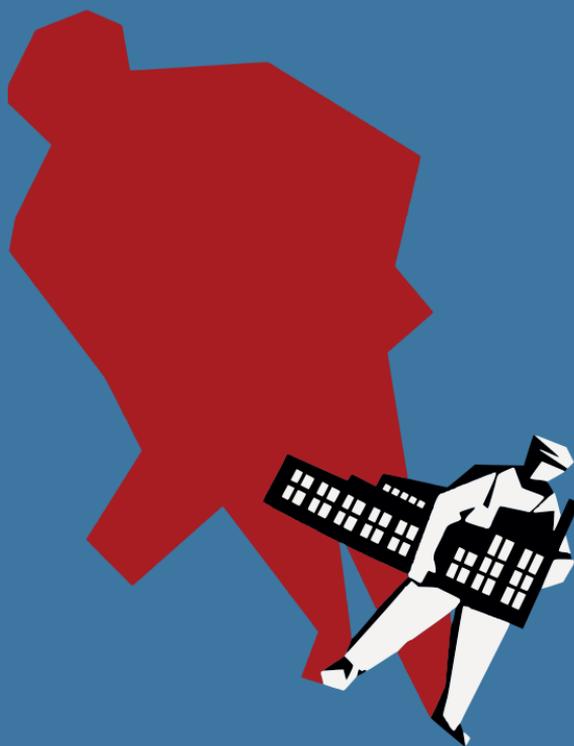


Aleksandr Shapovalov

# Mi camino al marxismo

Memorias de un obrero revolucionario



ediciones  
mnemosyne



**ALEKSANDR SHAPOVALOV**

**MI CAMINO AL MARXISMO**  
**MEMORIAS DE UN OBRERO REVOLUCIONARIO**



Colección MEMORIAS, n.º 1

0ª Edición, diciembre de 2021

1ª Edición, abril de 2022

Imagen de la portada: adaptación del boceto para «Luz y sombra en la vida del obrero», de Gustav Klucis (1929).

Revisión ortotipográfica para esta edición: C. B.



De la cubierta y la edición, Ediciones Mnemosyne.  
Nuestro trabajo puede ser reproducido, compartido y difundido libremente mientras se den los créditos apropiados y sin fines comerciales.

Ediciones Mnemosyne

[www.ediciones-mnemosyne.es](http://www.ediciones-mnemosyne.es)

[info@ediciones-mnemosyne.es](mailto:info@ediciones-mnemosyne.es)



«(...) cada vez más inextinguible, ardía en mí el deseo de ser mejor, de combatir heroicamente por la gran causa del marxismo revolucionario, sacrificándole mi vida. Volver al campo de batalla proletario, experimentar de nuevo los riesgos de la lucha: allí estaba la felicidad, aquél era el sentido de la vida.»



## NOTA EDITORIAL

*La definitiva edición rusa de las memorias de A. Shapovalov vio la luz en 1925. Esta edición sirvió de base para la «autorizada» traducción alemana de 1926, publicada por la berlinesa Verlag für Literatur und Politik en una envidiable edición en tapa dura. Ésta, a su vez, y como era costumbre por entonces, fue la que se tradujo al castellano. Aquí, las memorias de Shapovalov fueron publicadas, al menos dos veces, por la Editorial Cénit: una, inaugurando su serie de Lecturas populares (sin año), con el título de Cómo me hice marxista. Del anarquismo al comunismo; otra, en 1932, con el mismo título, pero subtituladas como Memorias de un revolucionario.*

*Esta gran obra, que nosotros hemos decidido publicar como Mi camino al marxismo. Memorias de un obrero revolucionario, figuraba en la lista negra del nacional-socialismo, entre el resto de libros que debían ser pasto de las llamas. La lectura de estas memorias atestigua por qué.*

*Nuestra edición toma como base la traducción de Cénit de 1932, a la que somos fieles en texto y formato. Sólo hemos consultado la edición alemana para corregir pequeños errores de traducción. Por lo demás, mantenemos el buen y rico castellano del traductor, al que sólo hemos enmendado el abuso de los pronombres enclíticos, cambiándolos por formas verbales de uso corriente allí donde los primeros resultaban anacrónicos o antinaturales (p. ej.: «extrañóme» por «me extrañó»), facilitando una lectura contemporánea. Mantenemos las notas del volumen original, la mayoría procedentes de la editorial alemana. Éstas no las señalamos con ninguna leyenda, a diferencia de las del autor, las de la editorial rusa o las nuestras, convenientemente identificadas.*

**A los jóvenes militantes  
del Partido Comunista.**

**EL AUTOR**

## A MANERA DE PRÓLOGO

*A raíz de la revolución rusa de 1905, mucho antes de pasarse a los enemigos del proletariado, escribía Kautsky que en ningún país del mundo existía un partido socialista que dispusiese — tanto en absoluto como en un sentido relativo— de tan considerable número de propagandistas científicamente formados como en Rusia. Si esto es verdad refiriéndose a 1905, mucho más lo sería en el año 90, puesto que los círculos que más tarde sirvieron como núcleos germinales de nuestro partido se reclutaban principalmente en el campo de la intelectualidad. Puede afirmarse que en 1890 la proporción entre los afiliados era de diez intelectuales por cada obrero.*

*El camino que conduce a los intelectuales al socialismo no cabe duda que es muy distinto del que un obrero tiene que seguir hasta desembocar en él. Es, ante todo, producto de una especulación lógica, unida a una alta dosis de compasión y simpatía hacia todos los oprimidos y explotados.*

*En aquella época, ya lejana, en que el obrero ruso, entregado a sus propios recursos, sin la asistencia de un partido en la mayoría de los casos, tenía que orientarse y buscar una salida para todos los problemas fundamentales de la vida, caía fácilmente en un estado negativo de desesperación, considerando la miseria de su existencia y la injusticia de los propietarios y se inflamaba de odio hacia los opresores.*

*La mayor parte de las autobiografías y memorias son obra de intelectuales. Pocos quedan hoy de éstos cuyo historial revolucionario se remonte hasta el año 90, pero mucho más escaso es aún el número de verdaderos proletarios que ya en aquella fecha trabajasen en el partido.*

*Las memorias de un simple militante, de un obrero vulgar, que en tiempos de las más crueles arbitrariedades zaristas se entregaba en cuerpo y alma a la busca de la verdad, afiliándose, por fin, a un grupo revolucionario; entonces que los obreros tenían obstruidos todos los caminos, cuando no había partidos, sindicatos ni organizaciones; cuando el obrero no representaba más que una simple molécula aislada, estas memorias no deben estar desprovistas de cierto interés para las jóvenes generaciones del presente, incubadas al calor del partido.*

*Yo no era entonces más que eso: un trabajador aislado espiritual y materialmente. Bajo la férrea carga de una existencia insoportable, comencé a reflexionar sobre el sentido de la vida. Primero caí en la dañina y tentadora trampa de la religión. Cuando logré eliminar este narcótico me di a buscar socialistas para hermanarme a ellos. Fundé un círculo de obreros y estuve dos años reclutando gente para él. En la escuela de adultos me topé con individuos pertenecientes al grupo terrorista de los naródniki, y desde entonces todo mi ideal fue morir con una bomba en la mano, vengándome de los ricos y del zar.*

*En 1894 me inicié en la teoría del marxismo, lo que dio a mis pensamientos una orientación nueva. A partir de entonces desapareció toda la negra desesperación que me dominaba, brillando claro el optimismo y la esperanza. En 1895 me hice miembro de la Unión de Lucha, participando activamente en la primera y famosa huelga de tejedores de 1896. Mi encarcelamiento inmediato puso fin a este periodo de mi actividad revolucionaria.*

A. SHAPOVALOV

4 de enero de 1922.

## PREFACIO A LA SEGUNDA EDICIÓN RUSA

*La primera parte de este libro apareció en 1922, en las ediciones del Estado, bajo la advocación del «Istpart»<sup>1</sup>, publicándose por segunda vez en 1923, con excepción de un solo capítulo, en la Guardia Joven, con el título de Memorias de un obrero. Ambas ediciones están agotadas hace mucho tiempo.*

*Las duras experiencias de un muchacho obrero, su larga ruta en busca de la verdad, la amarga decepción de sus primeras ilusiones, son el motivo capital de la obra. La peregrinación hasta el marxismo que en ella se relataba era lenta y penosa. Y no es decir que fuera excepcional mi caso. La mayor parte de los obreros que se afiliaban a nuestro partido tenían que reconocerla forzosamente. Durante mucho tiempo esto fue lo normal. El camino que desemboca en el marxismo revolucionario, este arma poderosa del proletariado en su lucha contra el capitalismo, con ayuda de la cual los obreros progresistas discernen las leyes históricas del desenvolvimiento de la sociedad humana, recorriendo los misteriosos velos del futuro, este camino era en Rusia muy difícil. El mismo Lenin, en su obra La enfermedad infantil del «izquierdismo» en el comunismo, lo señalaba:*

---

<sup>1</sup> Comisión encargada del estudio de la historia de la revolución y del partido comunista de la U.R.S.S.

*En el transcurso de medio siglo —dice Lenin—, aproximadamente desde el año 40 hasta el 90 del siglo pasado, el pensamiento progresista ruso, oprimido bajo el yugo de un zarismo salvaje, monstruosamente reaccionario, buscaba ansioso una auténtica teoría revolucionaria, siguiendo paso a paso y con un enorme afán la «última palabra» de Europa y América en este terreno. Rusia ha logrado asimilarse en medio siglo de historia revolucionaria plena de sacrificios y dolores, de inaudito heroísmo, de energía y fervor increíbles, de pesquisas, de estudio, de investigaciones prácticas, de ensayos, de fracasos, de comparación de su propia experiencia con la experiencia europea, la teoría del marxismo, única que puede satisfacer a un espíritu genuinamente revolucionario.*

*Estas palabras de Lenin nos permiten sentar la conclusión de que el camino que el propio Lenin y sus discípulos hubieron de recorrer no era, por cierto, nada llano; antes bien, escabroso y erizado de obstáculos.*

*Y no sólo hasta el año 90, sino también en los sucesivos. Puede uno figurarse el enorme trabajo mental de un proletariado que despierta del sopor de la religión e inflamado de odio contra la burguesía y el zarismo se afilia a nuestro partido cuando llega a ver claro lo que podía esperar de los socialrevolucionarios, de los «economistas», del menchevismo.*

*Asistimos en la actualidad a las vacilaciones y desengaños de sus viejos mitos, por [los] que el proletariado europeo tiene que pasar para llegar al leninismo. Grandes esfuerzos cuesta, sin duda, renunciar al atractivo seductor de las viejas formas nebulosas del anarquismo, a la idea de una alianza con la burguesía. Difícil es sacudir la pasividad e indiferencia pequeño-burguesa frente a la suerte del proletariado, renunciar a la equivocada concepción de que una evolución pacífica, incruenta, con ayuda de combinaciones parlamentarias, edificará el orden nuevo, reconocer la necesidad ineludible de una lucha sangrienta, revolucionaria, despiadada, contra el capitalismo. Su camino hasta el marxismo revolucionario es duro,*

*pero los llevará a la victoria, como llevó, por fin, al proletariado ruso.*

*El proletariado ruso, que al mundo entero ha asombrado con su revolución, su firmeza, su espíritu de sacrificio, era ya en el año 90 motivo de admiración para los dirigentes de los partidos revolucionarios europeos, por el hecho de que los más avanzados de nuestros obreros acudiesen directamente a las fuentes de la teoría marxista y estudiaran El capital. El conocimiento exacto del marxismo revolucionario, arma insustituible en la lucha contra la burguesía y la autocracia, aligeró, sin duda, su tarea, haciéndoles más fácil el triunfo de la revolución de octubre. La descripción de estas jornadas, que, a pesar de todos los inevitables descalabros, han culminado en una victoria magnífica, es obra reservada a un escritor genuino y grande.*

A. SHAPOVALOV

*Moscú, 5 de mayo de 1924.*



## PREFACIO A LA TERCERA EDICIÓN RUSA

*Este librito: MI CAMINO AL MARXISMO, tiene ya tras de sí una historia bastante agitada. En 1900, hace veinticinco años, durante mi destierro en Siberia, en el distrito de Minussinsk, escribí, a instancias del camarada Lengnik, la primera parte. Acomodándome a las posibilidades de las ediciones ilegales, lo hice en forma un poco abreviada, suprimiendo los dos primeros capítulos. Concluí este trabajo a fines de 1900, poco antes de volver de Siberia, al finalizar mi destierro.*

*Habiéndose trasladado Lengnik, entregué el manuscrito para que lo juzgase al camarada E. W. Baramsin, único marxista que entonces había en Minussinsk. Temiendo un registro, lo enterró —treta corriente en aquella época— en el corral de su casa.*

*Cuando, a la mañana siguiente, fue a buscarlo, no lo encontró ya. Si lo había desenterrado algún perro, o bien los chiquillos jugando, o era cosa de los mayores, o, en el peor de los casos, había caído en manos de los gendarmes, es cosa que nunca después hemos sabido. El hecho es que desapareció del corral.*

*Las explicaciones embrolladas de Baramsin no me satisficieron, sin embargo. La extraña desaparición del manuscrito le tenía perplejo, temiendo que, de caer en manos de los gendarmes, averiguasen éstos fácilmente por la letra quién era su autor entre los pocos desterrados que en el distrito de Minussinsk había.*

*A veces se despertaba en mí la sospecha de que el bondadoso Baramsin había inventado toda aquella historia simplemente por no herirme en mi orgullo de autor, creyendo que el libro no merecía publicarse. Por lo demás, si es cierto que pensaba así, ha recibido su opinión un mentís elocuente en las innumerables críticas que de mi libro ha hecho la Prensa. El mismo Máximo Gorki, en una carta, me mandaba su juicio favorable.*

*Falto de un segundo ejemplar de la obra, la expiración de mi destierro, a principios de 1901, y la subsiguiente vida revolucionaria, me impidieron durante mucho tiempo redactar de nuevo la primera parte del libro.*

*Hasta que, a fines de 1921, aun sin serme posible en modo alguno contrastar mi relato de propia mano con los documentos de los archivos, conseguí redactarlo nuevamente.*

*La segunda parte apareció en 1923, estando yo en Alemania con un cargo oficial. La tercera fue impresa en 1924, siendo sometida un año después a cuidadosa revisión. La cuarta está en preparación ahora. Antes de la segunda edición de 1924 fue contrastado, en parte, con el material de los archivos. Esta tercera edición, definitiva ya, ha sido confrontada detenidamente, de propia mano del autor, con los documentos de los archivos de la revolución de Leningrado y Moscú, por haberseme ofrecido proporción de trabajar en ellos sin descanso tres semanas.*

A. SHAPOVALOV

*Moscú, 24 de julio de 1925.*

## MI CONVERSIÓN AL MARXISMO

### Introducción

El rasgo más característico de la vieja Rusia zarista eran las condiciones de vida, extraordinariamente penosas, de los campesinos y obreros y la increíble sumisión con que unos y otros, pero muy en particular los campesinos, soportaban el yugo del zarismo y de los terratenientes. El arrojado intento de los naródniki revolucionarios de provocar un alzamiento campesino contra el zar no tuvo en realidad éxito alguno.

Aquel ensayo infructuoso, descrito de mano maestra por Turguénev, en su novela *Tierras vírgenes*, sumió en honda desesperación a los revolucionarios de entonces. «Con un vaso de vodka en su mano callosa, apoyada la frente en los hielos del Norte y los pies en el Cáucaso, duerme un profundo letargo nuestra sagrada madre Rusia.» (De su poema *El sueño*, de la citada novela de Turguénev.)

Nekrasov, el poeta de los dolores del pueblo, expresa esta desesperación en los versos siguientes:

*¿Despertará en tu seno un nuevo impulso?  
¿O está ya consumado tu destino?  
En medio de la noche que te envuelve,  
tu canto, más que canto, es un gemido.*

Este pesimismo respecto a la capacidad de los obreros y campesinos rusos para alzarse contra el yugo de los zares arraigó intensamente en Rusia y en el extranjero, sobre todo cuando, a principios del año 80, el partido Naródnaya Volia [Voluntad del Pueblo] fue totalmente aniquilado por el Gobierno. Todo el mundo creyó entonces que la revolución en Rusia era una cosa definitivamente fracasada, que todos los intentos de liberación se

estrellarían contra el escollo secular de aquella inconcebible sumisión del campesino.

Era sólo en apariencia, sin embargo. Con el desarrollo del capitalismo, embrionario entonces en Rusia; con el apoyo de un proletariado consecuente, encontró un eco vigoroso y atrevidos revolucionarios precipitados en las cárceles zaristas.

A pesar del atraso inconcebible, a pesar de la rebañega sumisión del pueblo, poco a poco empezó a reflexionar el proletariado. Personalidades esporádicas, aisladas, entre los obreros, despertaron de su modorra. Eran las primeras golondrinas anunciadoras de la primavera que se acercaba, las primeras chispas del incendio que había de propagarse un día por toda la superficie del mundo. Yo me siento orgulloso de pertenecer a uno de aquellos pocos obreros rusos que despertaron a una vida nueva, mientras en derredor permanecía sumido todo en un hondo sueño. De ser uno de aquellos que, en medio de la noche oscura, luchaban animosos por buscar el camino que había de conducirles a la luz.

## **Mi niñez**

Aunque nací en Ucrania, considero en realidad mi patria a nuestra bien amada Leningrado [hoy llamada, otra vez, San Petersburgo]. Mi niñez, mi juventud, mis recuerdos todos, están estrechamente vinculados a la gran ciudad cuna de la revolución, en que el espíritu libertario del «Gran Nóvgorod»<sup>2</sup> despertó a una vida nueva.

Los primeros años de mi vida van enlazados al recuerdo de la fábrica. El pitido monótono y triste de las sirenas llamando al trabajo o libertando de él a los obreros, los golpes del martillo, el estrépito ensordecedor de las máquinas, la masa innumerable de los trabajadores, corriente viva desde la mañana sepultada en la fábrica, que por las tardes inundaba las calles adyacentes, tal era

---

<sup>2</sup> Movimiento republicano del Norte de Rusia en la Edad Media, que, aunque dirigido por la aristocracia, estaba en realidad totalmente controlado por la voluntad del pueblo.

el ambiente en que crecí y que para siempre había de dejarme señalado con su cuño.

Así transcurrían para mí los años en aquel enorme patio de los talleres del ferrocarril Petersburgo-Varsovia, sin ver nunca más que obreros, y así echaba en mí raíces cada vez más firmes la idea de que algún día yo también habría de ser, como ellos, obrero metalúrgico.

Con el afán de parecerme en todo a los maestros, compartía como propia su actitud de menosprecio frente a los campesinos, motejándoles de «canalla aldeana».

Estos campesinos que venían buscando trabajo a Petersburgo, «la ventana de Europa» eran para los obreros gente rutinaria y palurda. Más tarde también a mi padre lo juzgué según la norma comúnmente admitida, pues tampoco mi padre, vigilante nocturno de los talleres, se diferenciaba gran cosa de los más atrasados campesinos.

Era un hombre honrado, rectilíneo, con una pasión ferviente por las flores. Hasta el fin de su vida se mantuvo sumido en la ignorancia y en el atraso más profundo, y creía a pies juntillas, como casi todo el mundo entonces, las absurdas calumnias que sobre los revolucionarios se propalaban. Los socialistas, sobre todo, que exhortaban al pueblo a la rebelión y consumaban atentados contra el zar y sus ministros, no sólo, según él, no defendían la causa del pueblo, sino que eran sus peores enemigos, que, sobornados por los terratenientes, trataban de vengar a cuenta de éstos la abolición de la servidumbre.

A los capataces tampoco los tenía mi padre en alta estima, por su propensión a llevarse de la fábrica todo lo que no estuviera bien sujeto. Gente desaprensiva, en su opinión. Creía mi padre firmemente que la tierra es un gran cuadrilátero plano, sostenido por tres ballenas: cuando empezaban las ballenas a moverse sobrevenían los terremotos. El trueno era obra del profeta Elías, que rodaba su carro por el cielo.

La madre, mujer inteligente, sabía leer y escribir, aunque nunca había asistido a una escuela. Contaba largas historias de los tiempos de la servidumbre.

Ella era entonces «moza de cortijo», esto es, perteneciente a la categoría más inferior dentro de los campesinos siervos,

víctimas predilectos de los señores, que los azotaban bárbaramente en la cuadra o azuzaban los perros contra ellos, y tenían un auténtico harén, seleccionado entre las campesinas más bonitas, y así por el estilo.

A veces hablaba también del trato inhumano que había sufrido mi padre en el servicio militar, asistente de un oficial aristócrata en un regimiento de la Guardia.

—Vengo una vez con una carta de mi señorita para el oficial. La puerta está abierta, entro y veo que el oficial le está sacudiendo a tu padre con todas sus fuerzas. Isidor Semionovich está cuadrado, sin moverse, con las manos en las costuras del pantalón y la cara llena de sangre, sin atreverse a decir más que: «Perdóneme, excelencia, perdóneme esta vez nada más. No me volveré a quedar dormido nunca ni volveré a fumar del *majorka*.» Pero el oficial, como un salvaje, lo tira al suelo y empieza a patearle el cuerpo. Tres meses estuvo en cama. Le había roto varias costillas.

El padre escuchaba este relato sin demostrar indignación ninguna por la bestialidad del señor. Asentía en silencio o se limitaba a decir:

—El Señor le perdone con su infinita misericordia.

A raíz de su matrimonio se trasladaron a Ucrania, la tierra de mi padre. Pero la enorme cantidad de brujas que, según mi madre, había en aquel país, y que se convertían de noche en gatos y salían por los aires en palos de escoba (creía firmemente en todo ello); el recuerdo, además, de la vida de ciudad, de los bosques, las praderas, los lagos y los ríos caudalosos del Norte, laboraba sin descanso en su alma, hasta que terminó por convencer a mi padre de que había que volver a Petersburgo.

El sueño de mi padre era una hacienda propia, pero no tenía carácter para contrariar los deseos de su mujer, y enseguida que yo nací lo vendieron todo, me colocaron en una cesta y emprendieron su regreso a la ciudad del Nevá.

Tenía yo ocho años cuando, en 1879, mis padres se trasladaron desde el muelle del canal Obvodny, entre la estación de Varsovia y la del Báltico, donde vivían, al otro extremo de los enormes solares donde estaban enclavados los talleres de la estación, a los llamados «cuarteles obreros». Eran tres grandes edificaciones de dos pisos al extremo de la ciudad, donde vivían los

empleados de la estación. A un lado estaban los talleres; al otro, el cementerio de Mitrofaniev. A la izquierda se extendían, ocupando una enorme extensión, grandes montones de madera; a la derecha, un pantano con aguas corrompidas y un estercolero hediondo. Allí concluía la ciudad y empezaban las huertas y el dilatado «Campo ardiente».

No conocía otra vida que la de los obreros. A los ocho años empecé a guardar vacas desde la primavera hasta fines de otoño, en los solares pertenecientes a la fábrica. Mi «jornada de trabajo» empezaba a las cuatro de la mañana, hasta las diez o las once de la noche. En invierno, el cuidado de las vacas era más fatigoso aún: tenía que traer agua en cubos, llevarles forraje, retirar el estiércol del establo y cargar con la leche a la ciudad.

El padre, que con sus quince rublos mensuales a duras penas conseguía mantener la familia numerosa, tenía dos vacas. El establo era sucio y oscuro, sin luz ni aire, con lo que las vacas enfermaban y acababan por morir. Mis padres atribuían su mala suerte al «mal de ojo» que algún vecino envidioso les había hecho. Compraban otras, las llevaban al establo y reventaban a la postre, como las anteriores. Pocos ingresos, a decir verdad, nos dejaron las vacas.

A duras penas conseguíamos alimentarlas con patatas y rebojos de pan negro. «La tripa no es un espejo —solía decir mi padre—. Lo mismo da llenarla de eso que de heno.»

A los ocho años ya sabía yo lo que era el *surmenage* corporal [síndrome de la fatiga crónica]. Cargado con mis cántaros de leche, tenía que andar y desandar cinco kilómetros al día, así que volvía completamente fatigado y cubierto de sudor. El peso de las cántaras me hería los brazos, y cuando luego iba a la escuela poco me faltaba para caer extenuado por completo.

En la escuela me daban pan moreno, que crujió entre los dientes, porque tenía su buen tanto por ciento de arena. Pronto conocí las torturas de la envidia a la vista de otros muchachos felices, como, por ejemplo, un vecino, Fridka, que zampaba tostadas de pan candeal con manteca y golosinas.

—Déjame que lo pruebe —le suplicaba a veces algún muchacho desharrapado al compañero rico.

—No, te hará daño —solía responderle el otro, dándole un pa-pirotazo.

Cuando supe leer me di a los libros con verdadera furia. A veces pasaba en claro noches enteras. Atormentaba no poco a la madre, incitándole a que pidiese libros prestados a los vecinos.

—¡Anda, mamá, pídele un libro! —le decía.

—¡Qué diablo de muchacho! ¡No me deja tranquila un momento! ¿No te traje ayer uno?

—Ya lo he leído, mamá.

Como allí no había entonces bibliotecas y en compras de libros ni pensar se podía, instigábala a que pidiese uno prestado a cualquier capataz.

Era, naturalmente, una lectura sin orden ni sistema. Leía todo lo que caía en mis manos: literatura de feria, cuentos de Bova [Korolevich], *Der Königsson* [cuento infantil de los hermanos Grimm] y Jeruslan Lazarevich, vidas de santos, novelas traducidas, libros de sueños, descripciones de viajes. Las novelas caballerescas, los viajes y el *Tarás Bulba*, de Gogol, me gustaban mucho. Cuando, por la mañana, cargado con mis cántaras de leche, salía camino de la ciudad, me figuraba ser un caballero protector de desvalidos e inocentes, o bien algún viajero empeñado en misteriosas aventuras; un mártir que, por el ideal del cristianismo, da su vida, o bien un héroe ruso de leyenda, un intrépido joven, que consigue acabar con el dragón Gorynych; a tenor todo ello del último libro que leyera. Tenía que recorrer a diario el largo trayecto que hay del cementerio Mitrofaniev hasta el canal Obvodny. Al pasar por la estación de Varsovia, frente a la cual había un asilo de vagabundos, contemplaba un espectáculo deprimente. Desde la primavera hasta fines de otoño, toda la ribera del canal, hasta el borde mismo del agua turbia, hervía de asilados. Tanto viejos como jóvenes iban cubiertos de andrajos, produciendo una impresión intranquilizadora. Sus brazos y sus piernas tiritaban a consecuencia de la bebida; la expresión de sus rostros era cínica y triste; sus narices, coloradas por el aguardiente; sus groseros juramentos y peticiones, todo ello despertaba repugnancia, compasión y horror. El extranjero que llegase a Petersburgo por la estación de Varsovia sin haber hablado aún con ningún defensor de la «gran nación rusa», dándose de narices

con este cuadro siniestro de la abyección y la miseria humana a la entrada misma de la ciudad, no debía recibir una impresión muy favorable de Rusia y de los rusos.

En aquella época abundaban sobremanera en Petersburgo los vagabundos y mendigos. La política económica de bandidaje de los Gobiernos zaristas obligaba a los campesinos reducidos a la miseria a buscar trabajo en la ciudad. Desarraigados de sus terruños y entregados a sus propios recursos en aquel medio desusado y sin trabajo la mayoría, iban rodando, rodando, hasta caer en el «Viasemsky» y otros «claustros» por el estilo. Llamaban «claustros» a los asilos de vagabundos. Deprimente en sumo grado era verlos caer tiritando y medio helados, con un frío de veinte bajo cero, de una en otra taberna, sin más que unos harapos destrozados o en mangas de camisa, con los pies descalzos envueltos en andrajos. Tabernas y figones los había a todo pasto. «Dinero hay en Petersburgo, pero no lo dan de balde; en el té de las tabernas, en cambio, puedes bañarte», decía un cuplé callejero de la época.

Por mísera que fuese mi vida entonces lo que más temía era caer en el «Viasemsky» o en otro «claustro» análogo. Estos asilos eran una especie de infiernos dantescos, en los que una vez caído no había esperanzas de vida mejor.

Sin haber ido nunca a la escuela, sabía mi madre leer y escribir; mi padre, en cambio, murió analfabeto. Como era muy devoto, me obligaba a rezar y me llevaba consigo a la iglesia. Yo no entendía una palabra de todo aquello que cantaban y leían en la vieja lengua de los eslavos. La asistencia a los divinos oficios, largos y pesados, constituía para mí un deber penoso. Mientras los diáconos entonaban con voz nasal sus cánticos, yo miraba en torno distraído o instaba a mi padre a marcharnos. Sólo cuando recibía una bofetada o un buen tirón de pelos ponía atención a aquellas aburridas ceremonias. Los popes no me inspiraban respeto ninguno. Desde mi niñez primera había oído la mar de historias poco edificantes, en que diáconos, popes, obispos y archimandritas aparecían en circunstancias repugnantes y grotescas. En las grandes solemnidades, cuando, con motivo de bodas, bautizos o entierros, venían los popes a nuestra barriada, se

emborrachaban de tal manera que luego no encontraban el gorro ni la cruz, extraviados en la refriega.

Con singular severidad acataba mi padre los ayunos. En la última semana de Cuaresma nos preparábamos para la comunión. Dos o tres días después de confesarnos íbamos a comulgar al convento de Novodévichi. A la vuelta, los honrados ortodoxos no podían resistir la tentación y se colaban en la taberna, cuya puerta se abría a cada momento para dar paso a nuevos réprobos. Tampoco mi padre escapaba a esta regla.

—No le digas nada a madre —me advertía, introduciéndose en cualquier ventorrillo sucio y hediondo.

A lo largo del camino había muchas tabernas, y como era forzoso no hacer diferencias, había que tomar un vasito en cada una. Cuando llegaba a casa, con media botella más bajo el brazo, su mismo estado le delataba.

—¡Bestia! ¡Asqueroso! ¡Puerco! —gritaba la madre—. Ya te has vuelto a apimplar, iborrachón!

Y este único incidente venía a turbar la piadosa disposición de ánimo, preliminar a la Pascua Grande, en los últimos días de Cuaresma. Mi padre no le pegaba nunca a la mujer. Se dejaba caer en silencio sobre un escabel, apoyando la cabeza en la mesa. Todo su cuerpo se estremecía convulsivamente, y terminaba por vomitar en el suelo o en algún cubo sucio. Junto con el aguardiente devolvía su estómago la sagrada hostia, el cuerpo de Cristo. (Es de notar que, ni aun en estos momentos, jamás pronunciaba una blasfemia.)

Un gran papel jugó en mi infancia el cementerio de Mitrofaniev. Entre los aullidos del viento otoñal percibíamos los cantos monótonos y tristes de los entierros, que hablaban de la vanidad de todo lo creado. En primavera y en verano se oían los trinos de los ruiseñores. El cementerio estaba verde y parecía un bosquecillo. Los días de fiesta iban a él de paseo los burgueses de la ciudad, a respirar el aire puro. El 7 de agosto, día en que se celebraba la fiesta del patrón del cementerio, había un oficio de difuntos con arreglo a los viejos ritos eslavos. Desde por la mañana temprano el cementerio aparecía inundado de mercachifles y buhoneros, como en una feria. Fieles al mandamiento del santo príncipe Vladimiro, según el cual «la alegría del buen ruso debe ser la

bebida», los creyentes ortodoxos que venían al cementerio lograban, a pesar de la estrecha vigilancia policiaca, pasar de contrabando cantidades enormes de aguardiente, cerveza y otras bebidas alcohólicas.

Las tabernas, ventorrillos y cervecerías de las inmediaciones obtenían con la fiesta pingües rendimientos. La mayoría de los creyentes se emborrachaban hasta perder el sentido, entonando cánticos sobre las tumbas; bailaban y jugaban y al caer la noche se volvían a sus casas tropezando por las calles. Tal número de borrachos había que parecía la muchedumbre toda vacilar y tambalearse. Por la noche, las Comisarías de Policía estaban atestadas de gente ebria. Algunos que, a través de las calles solitarias iban dando tropezones o se tumbaban a dormir sobre las tumbas, amanecían desvalijados; a altas horas de la noche, en el silencio del cementerio y de las calles, se oían voces de: «¡Socorro! ¡Ladrones!».

Apenas empezaba a aclarar la mañana del día siguiente, acudíamos un tropel de muchachos al cementerio.

Después de los oficios de difuntos, muchos creyentes se dejaban en las tumbas botellas vacías; nosotros las vendíamos, y con el dinero que nos daban comprábamos pan candéal, golosinas, bombones y hasta libros. Cuando se acababan las botellas, arrancábamos las crucecitas e iconos de bronce que dejaban colocados sobre los monumentos funerarios. Reuníamos de este modo varias libras de metal, y entonces, sobre un raíl, machacábamos los iconos y las cruces, hasta que desaparecía la faz de Cristo y de los otros santos y quedaban planos del todo. Luego los hacíamos pedazos con un cincel y los vendíamos como desechos de la fábrica, a quince kopeks la libra, en cualquiera de las muchas ferreterías instaladas en los alrededores. Gateábamos las tapias del cementerio y revolvíamos en los fétidos muladares, volviendo a casa destrozados y sucios como mendigos.

Pero en otras ocasiones, aquel mismo cementerio que me brindaba la posibilidad de comprar chocolates, bombones y otras chucherías, me inspiraba un terror invencible. Así ocurría cuando en su recinto aparecía el cadáver de un suicida, o bien si de noche, en otoño, me mandaba mi padre: «¡Hala, Saschka, a por un cuartillo!» Para ir a la taberna había que atravesar el

cementerio; yo creía firmemente que en tales noches los cadáveres, y sobre todo los de los suicidas, levantándose de las tumbas, salían a caza de niños para beberles la sangre. Sólo el miedo a los golpes y la costumbre de obedecer a los mayores podían obligarme a recorrer la peligrosa vía. Con el corazón palpitante y pasmado de terror me arriesgaba por aquellos temibles lugares; mis ojos, alucinados, veían detrás de todas las cruces un esqueleto en acecho envuelto en blanco sudario. El camino pasaba entre tumbas y cruces: el peligro amenazaba, pues, de un lado y de otro. Los aullidos del viento otoñal, el crujir de los árboles, el chillido de los pájaros nocturnos, los rumores todos de la noche, poblaban mi fantasía de imágenes a cada cual más terribles. Y cerraba los ojos, tropezaba en las losas de las tumbas, caía, me levantaba y echaba a correr, empapado de sudor frío, a través de aquellos parajes, residencia de fantasmas y demonios. Como estas expediciones eran cosa frecuente, me fui habituando a desafiar el peligro y a ejercitar toda mi fuerza de voluntad.

Más tarde, en el cementerio del convento de Novodévichi, descubrí la inscripción del monumento sepulcral de Nekrásov. Aquellas dos líneas me produjeron una impresión conmovedora inolvidable.

«¡Sembrador de razón, de bondad, de eternidad!

El pueblo ruso sabrá agradecértelo algún día.»

Así fui creciendo, al margen de la ciudad, mal vestido, harapiento. Todo a mi alrededor me repelía, despreciándome. Yo mismo me clasificaba entre los parias, entre los desechados de la sociedad, y sentía una gran estimación por los que vestían bien, por todos los que tuviesen aspecto de señores, que me parecían representantes de un mundo excelso, resplandeciente y dichoso, inaccesible para mí.

### **Ingreso en los talleres de la estación. Años de aprendizaje**

Trece años tenía cuando, en 1884, ingresé como aprendiz en los talleres de la estación, sección de pequeñas reparaciones. Aunque siempre había sido mi deseo hacerme cerrajero, y

aunque no era precisamente un niño mimado por la fortuna y llevaba tras de mí una vida dura, desde el primer día de mi trabajo en el taller, bajo la dirección del viejo batidor de cobre Alexei Ignatievich Sokolov, sentí unas ganas infinitas de escapar de allí, pues en lugar de ofrecérseme la posibilidad de aprender el oficio me mandaba a todas horas a buscar vodka. Aquel viejo Sokolov de barba cana era, por mi desgracia, el borracho más empedernido que había en los talleres. En su fragua se reunían todos los cerrajeros y trataban en consejo de allegar dineros para beber; hacían primero una colecta, y, en cuanto había lo suficiente, gritaba Sokolov:

—¡Corre, Saschka, tráete un medio!

La taberna distaba un kilómetro del taller. Una vez que lograba burlar a los vigilantes, cuya misión principal era impedir que metiesen aguardiente en la fábrica, echaba a correr, bajo un frío espantoso, por las calles adelante, sin más abrigo que la blusa, y debajo de la camisa la botella. Naturalmente, me resfriaba, y a menudo caía enfermo. Muchas veces, después de cobrado el jornal, tenía que proporcionarles a mi costa aguardiente a Sokolov y los otros bebedores, pues, después de una noche de juerga, padecían gran malestar y dolores de cabeza, necesitando irremisiblemente volver a empinar un trago.

Se emborrachaban con cualquier pretexto, hiciera o no al caso. Nacimientos, bautizos, entierros, todos los días eran santos y buenos. Si entraba en la fábrica un obrero nuevo, tenía que pagar una convidada. Si se marchaba alguno de la fábrica, una convidada que tenía que pagar. Así que muchas veces al día me lanzaban la misma orden:

—¡Corre, Saschka, tráete un medio!

Memorables eran las borracheras que se cogían el día en que ante los iconos de la fábrica se celebraban los divinos oficios. Al terminar las ceremonias bebían hasta perder el conocimiento.

Cuando todo el dinero se había ido a la taberna y las bolsas estaban vacías, decidía el consejo de bebedores valerse de una treta:

—¡Corre, Saschka, tráete bacalao!

Mientras yo estaba fuera cazaban una rata, la mataban, la prensaban bien, y luego, al presentarme con el encargo,

colocabánla entre dos capas de pescado. Cuando, a juicio del consejo, el cadáver del animalillo estaba lo bastante impregnado del olor a bacalao, se venía conmigo uno de los de la cerrajería a la tienda donde yo había comprado el artículo.

—¿Ha sido usted quien le ha vendido a Saschka este pescado? —preguntaba el cerrajero, amenazador.

—Sí —respondía el tendero—; un bacalao excelente, de primera clase.

—¿Esto de primera clase? —gritaba el cerrajero—. Este pescado está podrido, y además con una rata dentro.

—¿Una rata? ¡Imposible!

—Cuando yo digo que tiene una rata... Fíjate bien, sinvergüenza. Ahora mismo marcho a denunciarte a la Policía.

La escena terminaba casi siempre como ellos querían: el tendero, aun sospechando el engaño de que era víctima, deseaba evitar un escándalo y se venía a buenas, pagando en concepto de indemnización un cuartillo de aguardiente y entregando además dos kilos de buen bacalao «sin ratas».

Algunos obreros estaban de tal suerte minados por el alcohol, que en cuanto probaban un vaso padecían alucinaciones. Los había que decían resignados:

—Si un barril entero de aguardiente hubieran puesto a mi alcance, me lo habría soplado, estaría a estas horas muerto, y sanseacabó.

Los viejos maestros de entonces habían tenido todos que pasar por cinco años de aprendizaje en pequeños talleres a domicilio. Hablaban a menudo de aquellos tiempos; el primer año, incitados por los camaradas, aprendían a beber; luego, los capataces los dejaban morir de hambre, sin darles sueldo ninguno y calentándoles de vez en cuando con el tirapié. A los aprendices de ahora nos hacían notar la ventaja que supone poder aprender un oficio y cobrar encima, como si fuera una ganga.

—A ti no te han zurrado nunca en forma —me decían a menudo. Y contaban cómo en sus tiempos el maestro los agarraba de las orejas y se liaba a darles golpes con las correas... Según ellos, era una suerte inmensa el que no me agarrasen por las orejas ni me zumbasen.

Sólo al cabo de un año, habiendo caído gravemente enfermo con motivo de aquellas correrías bajo un frío glacial y sin ropa de abrigo, conseguí verme libre de Sokolov e ingresé en los talleres de cerrajería.

Allí, vuelta a la misma; debía estar satisfecho de que no me pagasen y cobrar treinta kopeks diarios. Esta continua monserga me reconcilió al fin con mi condición de aprendiz. El taller me convirtió en un ser grosero y desaliñado, despreocupado ya de toda lectura; aprendí a fumar, a beber y a jurar en los términos más selectos y escogidos, entre los muchos que la lengua rusa tiene.

La jornada de trabajo duraba, contando «la noche», o sea las horas extraordinarias, desde las siete de la mañana hasta las diez y media. Se trabajaba también los domingos y fiestas, por solemnes que fuesen, como Pascuas y Navidad. A consecuencia de lo duro del trabajo, mi cerebro se volvía cada vez más obtuso. Recorría las tabernas acompañado de mi camarada Volodia Wagner. A la vuelta, el robusto Volodia, que se emborrachaba concienzudamente, arrancaba los postes de los faroles, obstruyendo con ellos las calles desiertas en las inmediaciones del cementerio. Yo le ayudaba, naturalmente, en estas distracciones.

En otoño e invierno se organizaban en la fábrica verdaderas batallas campales. Se liaban a puñetazos los grupos enemigos, apretados en masa compacta. Cuando en ella participaban obreros adultos, la lucha se hacía a veces muy cruel. Al terminarse la batalla quedaban con los ojos acardenalados, las caras llenas de sangre, dientes de menos y costillas rotas. Una vez que me cayeron de un sopapo, ya en el suelo recibí un segundo y bárbaro golpe que me privó del conocimiento.

Los capataces de nuestros talleres pertenecían a las nacionalidades más diferentes. Poco más de la mitad eran rusos; entre los restantes había alemanes, finlandeses, letones y polacos. El influjo alemán, sobre todo, era considerable. El ayudante de conductor más viejo del ferrocarril Petersburgo-Varsovia, Iván Svanovich, era alemán, y alemán asimismo el más antiguo montador, a quien llamaban de apodo *Yannicke*. Hasta los registros del libro en que constaban las reparaciones de locomotoras se hacían

en alemán. Los mismos obreros rusos, al encontrarse por la mañana en el taller, se decían: *Morgen!*

Tanto los alemanes como los finlandeses y demás se diferenciaban notablemente de los obreros rusos. A la hora de cobrar el jornal, los rusos no eran capaces de resistir la tentación del alcohol, y bebían tanto, que por espacio de tres días andaban atontados y enfermos. Alemanes y finlandeses se bebían con regularidad su dosis diaria de aguardiente, cosa que, regularizada así, no iba en detrimento del trabajo. Eran, además, obreros concienzudos, que entendían mucho mejor su oficio que los otros. Se conducían correctamente, vestían a la europea, y rara vez robaban, como los rusos, pedazos de latón o herramientas de la fábrica. Como sabían leer casi todos y les aventajaban grandemente en cultura, despreciaban a los rusos. Su desprecio y sus críticas venían de que solamente lograban apreciar las cualidades negativas del pueblo en que vivían.

Siempre nota el extranjero mucho más pronto que el indígena los vicios y defectos del país. Hay que vivir muchos años en una tierra que no sea la propia para llegar a comprender sus excelencias.

El extranjero que en tiempos de Alejandro III venía a Rusia, sorprendido en todo momento por los usos asiáticos, bárbaros, por su tosquedad e incultura, no podía formarse una idea favorable de nuestro país. Los que más odiaban a Rusia eran los finlandeses y polacos. Respirando a todas horas esta enemiga, me preguntaba yo: «¿Por qué nos odiarán así? ¿Por qué no les merecemos más que desprecio?» Y estas cuestiones, al despertarse en mi cerebro, me hacían reflexionar desde un punto de vista de crítica sobre nuestra realidad rusa.

Los que tenían ideas más anticuadas entre todos los obreros ferroviarios eran los fagoneros y, naturalmente, los analfabetos. Vivían aquéllos amontonados en una especie de cuartel, donde reinaba una asombrosa suciedad. Eran gente aldeana que dejaban el arado y se lanzaban a Petersburgo para ganar algún dinero y volverse a su tierra. Eran hombres de una resistencia extraordinaria y poco exigentes en cuanto a necesidades. Cuando llevaban un cierto tiempo de trabajo y habían conseguido algún ahorro, se compraban un traje a la europea, botas de charol con la

caña muy alta y rameada, una camisa de un rojo rabioso y un acordeón «taliano», como ellos decían, y se marchaban a su pueblo. Hasta tanto, en sus horas de ocio, se reunían en bandadas y vagabundeaban por las calles tocando aires rusos y cantando cuplés callejeros.

La aristocracia obrera la formaban los maquinistas, cerrajeros y sus ayudantes. Por sus costumbres y su manera de vestir se diferenciaban muy poco de los alemanes y finlandeses, a los que tendían involuntariamente a remedar. Un reloj de bolsillo era un lujo que muy pocos podían permitirse. Los que no tenían hora, que formaban la gran mayoría, se estaban esperando veinte o veinticinco minutos a la puerta de la fábrica para no llegar con retraso. En verano esperaban sentados en los bancos o de pie como pasmarotes; en invierno se reunían en la casucha del vigilante Shestakov. Entre los de la vieja generación había algunos que, recordando «aquellos tiempos», llegaban casi a lamentarse de la abolición de la servidumbre. El viejo Shestakov era uno de aquellos soldados de la época de Nicolás I, y ahora, en el hospicio de Tchesmene, ya anciano, esperaba la muerte. Bajo cualquier vestimenta se reconocía a la primera ojeada a los soldados de Nicolás I, que habían servido veinticinco años en el ejército y recordaban, fieles, la divisa de aquel zar: «Mata a diez, verás cómo el undécimo se vuelve prudente.»

El cerrajero Asser, un viejo letón, ponía el grito en el cielo contra la suciedad y barbarie rusa. Era un ferviente adorador de la cultura germánica, no perdonando ocasión de ponderar la superioridad de Europa sobre Rusia; a pesar de lo cual estimaba a los rusos hábiles como el anciano Kopyl. Este Kopyl, a pesar de llevar siempre las mugrientas barbas apostólicas sucias de paja o estiércol, realizaba milagros con su hacha; sin más que azuela y escoplo, era capaz de levantar una casa de madera, de construir un carruaje o preparar cualquier mueble, obras todas para las cuales un carpintero alemán necesitaba todo un cajón de utensilios. Asser, que había visto mucho mundo, solía decir:

—Vosotros los rusos sois gente lista; pero los popes... Los popes son vuestra ruina.

Entre la juventud, contra la que los viejos echaban pestes, había hombres inteligentes que tenían, sin ellos mismos darse

cuenta, ciertas afinidades espirituales con la intelectualidad liberal. El herrero Kussov se burlaba a menudo de la religión y de los viejos usos.

Una vez —podía yo tener mis buenos catorce o quince años—, cuando atizaba por la mañana el fuego de la forja de latón, oí que el viejo Sokolov se lamentaba de la miseria de la vida, a lo cual replicó, suspirando, el viejo Semiónov:

—Todo esto acabará en una revolución.

Al oír esta palabra, incomprensible para mí, me volví a ellos, y vi que Sokolov, muy pálido, agarraba a Semiónov por el brazo, murmurándole:

—Pero ¿estás loco? Cállate.

La palabra extranjera «revolución» no tenía entonces significado ninguno para mí. Pero ya en aquel tiempo había muchos que la conocían, cuando el tronar de las bombas arrojadas por los *naródniki* no se había extinguido aún en el espacio. Y me acordé súbitamente que también mi padre, a pesar de su temerosa sumisión al régimen, conocía la tal palabra.

En 1878, estando yo con mis padres en la barrera del fielato, vimos la entrada solemne del regimiento de la guardia de Petersburgo, que, a raíz de la victoria sobre los turcos, desfilaba pasando bajo el arco de triunfo de Moscú, camino de aquella ciudad. Mientras las tropas desfilaban, alguien fue detenido detrás de la tapia que separaba la calzada de unas huertas. Aquello produjo un pequeño disturbio. Al volver hacia casa le temblaban a mi padre las manos y venía diciéndole algo a mí madre de los estudiantes y de la revolución. Por entonces hablaba a menudo, cuando regresaba de su vigilancia nocturna, de explosiones de bombas; bombas que, según él, colocaban aquellos sinvergüenzas de estudiantes nihilistas y ateos.

En mi memoria ha quedado profundamente impreso el 1 de marzo de 1881, día en que el zar Alejandro II cayó muerto por la mano del *naródniki* Grinievitski. Asistía yo entonces a una escuela municipal de Petersburgo. Muy excitado, el maestro nos despidió sin motivo aparente más temprano de la hora, diciéndonos que nos marchásemos a casa. En las calles, policías con el rostro demudado ordenaban el cierre de las tiendas, orden que a toda prisa obedecían los comerciantes; las gentes corrían a

ocultarse, víctimas de un terror incomprensible. Cuando llegué a mi casa, la ciudad entera estaba como muerta.

—Madre —le pregunté—, ¿por qué nos han mandado hoy tan pronto a casa? ¿Y por qué han cerrado todas las tiendas?

—¡Han asesinado al zar! —me contestó llena de espanto—. ¡Esos malditos «sucialistas», esos ateos, han asesinado a nuestro padrecito!

Hacía calor. Empezaba a fundirse la nieve blanda. Bandadas de grajos y urracas pasaban chillando. Oía a primavera. El recuerdo de aquel día ha perdurado en mí, asociado al de un palpable germinar de vida nueva.

Hasta los dieciséis años nunca me había preocupado de discernir la significación de la palabra «revolución». No había hecho más que tomar de la vida lo que la vida buenamente me ofrecía. Me dejaba llevar por la corriente, sin preguntar adónde. Escuchaba a Kudimich, a Shestakov y Kussov, pero sin saber a cuál de ellos debía dar la razón. Me interesaba mucho por el oficio; el trabajo, para mí, tenía cierto sentido de poesía. Me agradaba oír la sirena de la fábrica, el estrépito de las máquinas, respirar aquel aire cargado de humo. Me gustaba darle a la lima, blandir el martillo, pulimentar y taladrar el hierro. Aquel pequeño taller no colmaba mis ansias. Imaginaba la vida entre un bosque de forjas, en una ciudad industrial, con calles pobladas de fábricas y el cielo cubierto por nubes espesas de humo negro. Me molestaba que los finlandeses y alemanes dieran por sentado que nosotros, los rusos, no seríamos capaces jamás de construir máquinas, que todas las máquinas tenían que venir del extranjero. Soñaba con un tiempo que, según mi opinión, no podía menos de venir, en que nosotros construyésemos tan buenas máquinas, si no mejores, como los que nos las exportaban entonces.

### **En el taller grande de cerrajería**

Al acabar de aprender el oficio ingresé en los talleres centrales del ferrocarril de Varsovia. Eran malos tiempos. La autocracia celebraba su victoria sobre el Naródnaya Volia. Los amigos del pueblo tenían que callar. Por todas partes se extendían los popes.

Nadie sabía una palabra de huelgas, de movimiento proletario. Aquellos pocos obreros, simpatizantes con los *naródniki*, que habían logrado escapar a las persecuciones del zarismo, no osaban despegar los labios.

Consecuencia del trabajo ininterrumpido y fatigoso, mi cerebro se embotaba más y más. No leía nada. Sobre todo, los periódicos, con sus muchas palabras extranjeras, eran griego para mí. Poco a poco iba notando que hasta escribir se me olvidaba. Se apoderaba de mí la noche y caía en el hondo sopor en que dormía la gran masa de los trabajadores. La palabra «camarada» se usaba nada más en sentido de amigo. No había cajas de asistencia mutua. Cada obrero no contaba más que con sus propias fuerzas y no podía hacerse ilusiones respecto a un apoyo de sus colegas. Los usos más salvajes, las delaciones, estaban en las fábricas a la orden del día. Muy contados eran los casos de obreros con el sentimiento de su propia dignidad. El capataz, el superior, encamaba para él a Dios y al zar, todo en una pieza. El capataz estaba al tanto, casi siempre, no sólo de lo que hacía el obrero en la fábrica, sino de todas sus interioridades personales y domésticas. Cuando aparecía por el taller, sin esperar su saludo, los obreros se atropellaban, humildes, para decirle: «Buenos días, señor capataz.» Los superiores, capataces y funcionarios, con muy pocas excepciones, eran gente venal y aceptaban sobornos. Esta maldita herencia de la esclavitud zarista comprendía también a los obreros, que robaban cuanto podían, llevándose de la fábrica todo lo que no estuviera bien sujeto.

La consigna era: «¡Ojo alerta! Y no ser bobo.» Y si uno que no estaba ojo alerta se dejaba birlar el acero de afilar, cosa frecuente, junto a la amoladera, cuando iban a afilar las herramientas y se le ocurría preguntar al pobre: «¿Quién me ha quitado mi acero?», aunque todos lo hubieran visto, respondían con una carcajada. Robarle a uno, tomarle el pelo, engañarle, se consideraba como un alto honor. El obrero honrado y discreto que no mentía ni robaba era, a los ojos de sus compañeros, un estúpido, cuando no un loco.

Para evitar estas raterías dispusieron las autoridades severos registros de puertas adentro de la fábrica. Eran crueles aquellas

costumbres, como dice Ostrovski.<sup>3</sup> Si un obrero recién admitido se negaba a pagar una convidada, aunque fuera por carecer materialmente de recursos, los demás hacían todo lo posible por que fuera expulsado de la fábrica. Le metían una tuerca en la rueda motriz; la máquina se descomponía, y al pobre hombre lo echaban. Se divertían también colocando «rabos», esto es, unos jirones de trapos sucios o un poco de estopa al que no estuviese ojo alerta, y soltaban la carcajada al verle moverse por la fábrica sin notar su rabo. A veces la estopa iba encendida. Y era ello cuando el triste, asustado al sentir el calor, intentaba desprendérselo. Por dura que fuese la vida en el pequeño taller de reparaciones, me parecía de rosas comparada con la actual, en que se trabajaba a destajo.

Mientras estuve en el taller de reparaciones, donde sólo había un torno, del cual podía aprender algo, trabajando bajo la dirección inmediata del viejo ajustador *Yannicke*, yo no sabía lo que era el «verdadero infierno» de que los obreros antiguos hablaban; podía hasta tenerle cierto apego al oficio y soñar con la vida en una inmensa ciudad fabril, entre un bosque de forjas, cuyo humo oscureciese el cielo. *Yannicke*, que había sido peluquero en Alemania, y que en Rusia no había aprendido más que a estudiar teóricamente la estructura de la locomotora, y sólo teóricamente sabía montarla y desmontarla, colocarla sobre sus ruedas, probar la corredera y el regulador; que no sabía usar la sierra, ni el cincel, ni sabía nada de lo que corresponde a un cerrajero o a un ajustador, ni mucho menos del trabajo del torno, era, sin embargo, el que dirigía todo el trabajo. Bebía, al estilo alemán, un vasito de vodka cada media hora; al llegar la noche estaba rojo como una zanahoria y apenas podía tenerse de pie. Muchas veces al día me gritaba:

— ¡Corre, Saschka, que la locomotora aguarda!

Mi concepción de la vida cambió radicalmente al pasar al gran taller de tornería, en el que se trabajaba a destajo. Sabido es que este sistema es el más ventajoso para los capitalistas: con él se reduce al mínimum la vigilancia de los trabajadores y permite aminorar indefinidamente casi el salario.

---

<sup>3</sup> Ostrovski, popular autor dramático ruso.

La burguesía industrial rusa, que había hecho suyos los adelantos técnicos de Europa, no se preocupaba lo más mínimo por el perfeccionamiento de la producción. La disminución constante del salario, llevada a cabo con arreglo a la mentalidad más reaccionaria, empobrecía a los trabajadores, precipitando el proceso de su degeneración. El hombre sabe acomodarse al medio más desfavorable y opresivo. Entre los obreros hay siempre un número de hombres particularmente hábiles que, por mezquino que sea el pago, se las arreglan para ganar lo suficiente. La mayoría de los obreros sigue los pasos de aquéllos, sin conseguir ponerse a su nivel, y luego hay unos cuantos que, por mucho que se esfuercen van siempre a la zaga, y éstos son los que cargan con el descontento de los capataces y los que cargan con todas las sanciones.

Al ingresar como destajista resultó que yo no era tan capaz como los otros, así que me incluyeron entre los de tipo medio; pero poco a poco iba perdiendo terreno. Terminé por abandonar todas mis ilusiones. Hasta que no entré en el gran taller no supe verdaderamente lo que era la explotación y la injusticia. Y ello me hizo reflexionar sobre el sentido de la vida.

### **Experiencias religiosas**

Llegó la primavera de 1887. Yo tenía dieciséis años. Acababa de pasar la Pascua grande. Me sentía enfermo. Aquel rudo tránsito del ayuno severo y prolongado de la cuaresma a los atracones pascuales me produjo una grave enfermedad del estómago. Para remate de fiesta, el calderero Antón se encargó de estropearme el goce puro y poético de la noche del domingo de Resurrección, con sus iluminaciones y su alegre repique de campanas, lleno todo de aquella simple fe en el Dios resucitado, tirando a la calle su torta pascual y los pastelillos de queso, a la vez que decía, hiriendo mi piadosa disposición de ánimo:

—Mira, Saschka, allí vienen los peludos.<sup>4</sup> ¡Fíjate qué barriga tiene aquel pope! ¡Y qué carrillos de glotón! ¡Parece que va a reventar! Mira el diácono: lo mismo que un cerdo cebado.

Verdaderamente, tanto el pope como el diácono eran muy gordos. Este último iba pasando ante los montones de tortas pas-cuales, y decía:

— ¡Sacrificate, cristiano! Da una buena limosna, que la mano que da nunca estará vacía.

Este tal Antón, que no podía ver a los curas, a quien la madre había dado el cargo de hacer bendecir los panes, llegó a mi casa a las tres de la tarde, cuando me estaba lavando las manos, después del trabajo.

—Vente, Saschka, vamos a bebemos un vaso.

—No tengo ganas —le respondí—, y además me sienta mal el alcohol.

—¡Qué bobada! ¿Eres una chicuela? Para ser hombre hay que aprender a beber aguardiente.

En la taberna, Antón echó aguardiente en mi vaso de cerveza. Aquella mezcla repugnante me produjo náuseas. Mí organismo, debilitado por el trabajo, por los ayunos y las enfermedades, era incapaz de ofrecerle ninguna resistencia. Al poco rato me hallaba en tal estado que no entendía una palabra de lo que hablaba Antón con otro camarada. Por no conturbar a mi madre con el as-queroso espectáculo de mi embriaguez, seguí a Antón como un autómata. Dejando atrás la Perspectiva Mijáilovsky, doblamos la calle donde aquél vivía. Decidí quedarme en su casa hasta que se me despabilase la borrachera. Al divisamos, su anciana madre le dijo en tono de reproche:

—¿Con tales borrachos te juntas? ¿No te da vergüenza, Antón?

Al oír estas palabras me resolví a marcharme. ¡A mí sí que me daba vergüenza!... Con andar vacilante y dando traspiés salí al portal. Miré a mi alrededor, me incliné, a lo que recuerdo, sobre un cubo sucio, y eché la papilla. En aquel momento se abrió la

---

<sup>4</sup> Los popes y eclesiásticos rusos se dejaban crecer el pelo, sin cortárselo nunca.

puerta del taller de un remendón. El hombre empezó a gritar y desapareció en seguida. Yo seguía sin entender una palabra. A los pocos minutos se presentaron no ya un zapatero, sino cuatro, y sin saber cómo me vi en el corral. Caí a tierra, me levanté y volví a caer. Perdí el poco sentido que me quedaba...

Cuando volví en mí me encontré echado en el suelo, en una habitación, con la cara ensangrentada y la ropa toda deshecha. La madre de mi camarada lloraba por lo bajo, en un rincón. Antón se debatía, rechazando con la culata de un fusil a un tropel de gente que pretendía colarse por la ventana. Los de fuera chillaban; Antón decía:

—¡Marchaos, o mato a uno!

— ¡Déjanos a ese bandido! —aullaban—. Nos ha echado mierda en el agua limpia del tonel. ¡El agua que debía bendecir el pope!

—Saschka —me dijo Antón cuando me vio en estado de comprenderle—. La cosa está grave; tenemos que tomar soleta. Y me nos mal que logré cogerte por las piernas. Si no, te deshacen.

Aunque me dolía el cuerpo y sentía como si me hubieran partido los huesos de todos los miembros, de la borrachera, ni rastro. Gracias a Antón, que con la culata mantenía en jaque a toda aquella gente, conseguí zafarme y prendí a correr.

Apenas llegué a casa tuve que acostarme; dos meses estuve enfermo. Tan bárbaramente me habían apaleado los zapateros que por poco me dejan en el sitio. Yacía sin conocimiento ni habla, y como en sueños llegaba a mí la voz del padre, recién salido del hospital, que le decía a mi madre:

—De ésta Saschka se las guilla. Ya tiene los pies fríos. En cuanto ese frío le llegue al corazón, se acabó.

Y oía sus lamentos, oía que mandaban llamar al pope. A la madre se le ocurrió prepararme una taza de té caliente y dulce. Todo lo que a mi alrededor sucedía me era indiferente; me atormentaba exclusivamente la cuestión de qué habría «más allá». El par de cucharadas de té que me dio mi madre, abriéndome los dientes, que mantenía convulsivamente apretados, operaron el milagro. Aflojóse la tensión de mis miembros temblorosos, abrí la boca por propia voluntad y logré articular algunas palabras. En aquel momento llegó el pope y me dio la extremaunción; yo y

todos los que me rodeaban atribuimos la curación a la influencia maravillosa del sacramento. Había estado en los umbrales de la muerte y no había muerto; aquello me hizo resucitar a una vida nueva. Desde entonces me interesé por la religión. Mi vida real era cada vez más opaca, monótona y sin interés; la imaginación me brindaba con otra vida la vida eterna celestial en los jardines paradisíacos, entre santos y mártires.

Por aquel entonces, en el otoño de 1888, un día mi padre, en su lecho de muerte, me llamó, haciéndome jurar ante los santos iconos que siempre había de respetar a mis superiores. Vendí por cuatro cuartos las vacas, cuyo sostén era para nosotros una carga, y nos trasladamos a la ciudad, a una casucha situada en el muelle del canal Obvodny.

Estoy plenamente convencido de que el herrero Kussov, Ígor Yakovliev, el forjador de cobre Semionov y los hermanos Antón y Nikolái Bogdánov estaban, ya por los años de 1886 y 1887, en contacto con alguna organización revolucionaria. Kussov debía figurar a la cabeza del grupo. Se distinguía por lo cultivado de su inteligencia, por su altanería en el trato con los superiores, por su sentimiento de la propia dignidad, tan desusado entonces entre los obreros rusos; más bien parecía un trabajador parisino. Era listo, atrayente, le gustaba leer, tenía una gran independencia de criterio y despreciaba profundamente a la religión y a los popes. No desdeñaba tampoco la bebida y tenía gran afición por las mujeres. Le gustaba echar un párrafo conmigo y cantaba a menudo, cuando estábamos solos, la canción:

*¡Oh miseria, miseria inagotable!  
Un cerdo cada noche se zampa el comisario.  
Si alguna vez se asoma por el pueblo,  
todos salen en triunfo a recibirle.  
Y en la cama le espera, por la noche,  
la hija del campesino.  
¡Oh miseria, miseria inagotable!*

Invitóme a su casa, presentándome a una estudiante que pasaba por hermana suya. Me acuerdo de una noche en que, bajo pretexto de una velada amistosa, celebraron allí una reunión

varios obreros. Yo fui invitado también. Llegó un intelectual, un joven alto, con gafas, y Kussov, Yakovliev, Bogdánov y Antón se pasaron con él a otro cuarto, dejándome en una especie de vestíbulo para entretener a las muchachas. Las cuerdas de un violín sonaban quejumbrosamente, y a su son bailaban rigodones las chicas. El verdadero objeto de la reunión no he llegado a averiguarlo nunca.

El joven alto desapareció misteriosamente, lo mismo que se había presentado. Tampoco lo he vuelto a ver. Kussov me rogó que ni de la estudiante ni de los demás le pidiese detalles. Como yo no estaba en modo alguno preparado para desarrollar una actividad revolucionaria, me estaba prohibido el acceso a los círculos políticos. A lo que me parece, se trataba de un intento de acercamiento a los obreros, intento que no tuvo ningún resultado positivo. Semionov se trasladó al Gobierno de Vítebsk, Bogdánov falleció, Yakovliev se entregó a la bebida y fue a dar con sus huesos al «claustro» Viasemsky. La actividad revolucionaria de Kussov fue más intensa y dilatada que la de todos los demás. Me dio a leer un relato (nunca, después, he podido acordarme del nombre del autor) en que salía descrita la juventud estudiantil; de una parte, los adictos al régimen; de la otra, los revolucionarios. Todas las simpatías del autor estaban por la gente de orden; sin embargo, y a pesar de todos sus esfuerzos, a mí me atraían muchísimo más los otros. Con singular intensidad se me quedó grabada aquella escena, a orillas del gran río ruso, en que representaban el poema de Nekrásov: *Ve al Volga...*

Aprendí de memoria los versos; su patética sonoridad encontraba en mi espíritu un cálido eco. Pero aquel primer chispazo luminoso no era aún capaz de disipar la niebla de fervor y misticismo religioso en que estaba sumido. Probablemente lo notó Kussov, porque renunció a mí, pero no sin decirme:

—Esos hombres que quieren libertar a nuestro pueblo de la tiranía de los señores tienen razón, Saschka.

No logró el entusiasta Kussov despertar en mí indignación contra la injusticia ambiente; sus palabras fueron estériles. Los cohetes luminosos de su elocuencia no prendían en mi alma el fuego de la rebelión, pues aun cuando Kussov se me mostraba como un roble, firme ante los embates de la tempestad y de los

vientos, yo no era más que una miserable caña expuesta a todas las influencias climatológicas, una criatura débil que cedía ante el veneno de la religión, narcótico de los oprimidos y humillados. Entonces, cuando Rusia gemía bajo el yugo salvaje de Alejandro III, cuando la voz de la revolución, encarnada en aquellos precursores, agonizaba en las mazmorras y se perdía en los desiertos helados de Siberia, cuando no perecían agarrotados en el patíbulo, entonces desplegaban una gran actividad los obispos, curas y frailes, toda la Iglesia ortodoxo-bizantina, estimulados en su celo por el procurador general de Sínodo, Pobiedonosev. Predicaban los popes, aparecían reliquias milagrosas, se fabricaban prodigios; hasta creaban artificialmente un santo: el pope Juan de Kronstadt.

Entre los obreros circulaban rumores acerca de los milagros que el santo Juan de Kronstadt realizaba en presencia de reliquias<sup>5</sup> y de imágenes. Un tal pope Slepian, agente a lo que me parece de los ingleses, judío convertido a la Iglesia ortodoxa, se había metido a misionero; y a la vez que cursaba sus estudios en la Academia eclesiástica, organizaba una Liga de abstemios en la «Nueva Fábrica de Algodón». Con el dinero que les sacaban a los obreros estaban construyendo, además, una iglesia.

Otro de los popes, Gregorio Petrov, fundó otra Liga de abstemios entre los obreros del matadero... Era esto por entonces cuando Pobiedonosev se daba a crear escuelas dirigidas por gente de sotana, esforzándose por infundir una vida nueva en la descompuesta y relajada Iglesia ortodoxa. El pope Petrov iba más lejos, pretendiendo conciliar el dogma ortodoxo con las predicaciones de Tolstoi. En la calle de Stremianaya tenía una «Escuela para la difusión del cristianismo ortodoxo».

Fiel servidor del régimen zarista, Pobiedonosev veía que la autocracia estaba en crisis, y en su defensa movilizaba todo el negro ejército de curas, motejados, con razón, por el pueblo de

---

<sup>5</sup> Ya habían preparado el terreno con la leyenda de los milagros en el sepulcro del *staretz* Serafín. Durante la revolución de 1905, entre solemnes ceremonias, hicieron accesibles sus restos a las masas. Tiempo después, consumada nuestra victoria, se descubrió que los famosos restos eran producto de manufactura, de algodón y cartón.

«melenudos» y «garañones». Estos melenudos andaban a caza de almas, predicando paciencia, sobriedad, humildad, renunciación, hablando de la recompensa celestial para las almas buenas. Y yo me vi arrastrado en aquella sucia corriente.

En París, en aquellos bulevares profusamente iluminados a costa de la constante plusvalía que el capital arranca a los obreros, se siente que el hombre está satisfecho consigo mismo. Esta satisfacción no puede darse entre nosotros. Los obreros franceses y los belgas, que a veces asistían a las reuniones familiares de nuestros emigrados políticos, se asombraban de la melancolía de las canciones populares rusas y decían:

—Cantos así sólo se oyen en las iglesias.

Ya [Konstantin] Kavelin había notado que el burgués satisfecho de los bulevares parisinos oculta un alma de caníbal debajo de la chistera y del plastrón. Saltykov-Schedrín hacía notar que el hombre harto, con todas sus necesidades satisfechas, es lo más parecido posible a un cerdo. Sólo el profundo dolor hace al hombre verdaderamente humano, permeable al sufrimiento ajeno.

Las alegres canciones frívolas de París entontecen los acentos severos, dolorosos, de las poesías de Nekrásov y los aires populares rusos, en general, hacen al hombre reflexivo; prenden en lo más hondo del corazón, socavan en los sentimientos.

*Dichosos son los años de la infancia;  
los días sin esfuerzo se suceden,  
coronados de luz centelleante...*

dice Nekrásov. Esta niñez dichosa no fue la mía. Mi trabajo corporal era tan desproporcionado para mis fuerzas que poco me faltó para volverme idiota.

Cuando entré en el taller de cerrajería y me vi sometido a aquella desalmada explotación, a la crueldad que significaba la constante reducción del salario con que pagaban el destajo, sin la menor protesta por parte de los trabajadores considerados como buenos, a los cuales esta reducción les tenía sin cuidado, entonces aún me consideraba yo inteligente. Pero la monotonía de aquella vida precipitaba mi embrutecimiento. El día de hoy era igual exactamente al día de ayer: experimentaba la sensación del

pájaro enjaulado. La vida me pesaba como una cárcel. Un anhelo impreciso de libertad, de aire puro y sin trabas me consumía.

Por entonces oí hablar una vez de salvación y de liberación. No era, sin embargo, la voz del amigo, la voz del camarada, que me mostrase la salida de aquel bosque de dudas, de contradicciones que constituían la existencia del obrero. Era la voz de la serpiente, que pretendía hipnotizar a sus víctimas antes de tragárselas; era la voz de Judas, la voz del pope. «Venid a mí —decía— todos los que sufrís y vivís humillados; en mi seno encontraréis alivio.» Y yo seguí aquella voz. La idea de una Liga de abstemios, en que el pope Slepian coincidía con Petrov, me sedujo.

El aislamiento mutuo de los obreros era tan grande, tan impenetrables eran las tinieblas, que aquella voz de pope apareció ante mí como un rayo de luz en medio de la noche negra. Sólo aquella absoluta carencia de agitación y propaganda en las fábricas, en que ni partidos ni asociaciones existían, ni cajas de mutua asistencia, puede explicar y disculpar la ceguedad con que caí en la trampa, el entusiasmo con que me enrolé en la causa del zar, de los terratenientes y de los popes. El instinto proletario se rebelaba contra aquel aislamiento de los trabajadores e intentaba constituir personalidades colectivas.

Una vez alta en la Liga de Abstemios, me di a reclutar nuevos adeptos entre los obreros. Entusiasmado con la idea de asociación, juzgaba en mi idealismo que sería dable realizar las concepciones de los cristianos primitivos, suprimiendo las diferencias entre ricos y pobres. La vieja generación se mantenía con respecto a la Liga de Abstemios en un plano de absoluta indiferencia. Entre los jóvenes, por el contrario, pronto hice prosélitos: Kossolobov, Kupzov, Drozhzhin, Andréiev y Extrem, en grupo cerrado, fueron los primeros miembros de la Liga, dirigida por el pope Slepian. El domicilio social estaba en la calle de Borovoya, junto a la «Nueva Fábrica de Algodón»; por ello me pusieron de remoquete Borovoi. Habíamos caído, yo y mis compañeros, en las garras de la Iglesia ortodoxa, que predicaba una obediencia estúpida a las autoridades y la vieja renunciación bizantina a la vida terrenal.

Bajo la dirección del cura, pasábamos todas nuestras horas libres asistiendo a los oficios divinos y leyendo la Biblia y las vidas

de los santos. Guardábamos estrictamente los ayunos y les entregábamos para imágenes e iglesias los pocos céntimos de que podíamos disponer. Los sábados íbamos al convento nuevo de Atanasio, y desde las seis hasta las doce leían una misa nocturna. Luego, el domingo, nos levantábamos a las cuatro de la mañana a misa otra vez.

No ha amanecido aún. Resplandecen las estrellas. Bajo los pies, la nieve cruje. Los primeros toques de campana palpitan en el aire. Como sombras, se deslizan en la iglesia los devotos madrugeros, gente pobre todos ellos. Después de la misa primera, otra misa, a las seis, y a las diez otra. A las cuatro de la tarde volvemos, y a la salida los popes se entretienen charlando con nosotros. Hacemos frecuentes peregrinaciones a pie, junto con otros miembros de la Liga, a veinte o treinta kilómetros de distancia, a Kolpino o a la ermita de Sergio. Explotados por el capitalismo zarista, entontecidos por el estrépito de las máquinas, somos víctimas de las patrañas de los popes.

En nuestra fábrica, el mecánico Nikolaiev y el tornero Syroieguin pasan por ser los mejores obreros. Entre los camaradas tienen fama de aprovechados y gorriones, porque les cuesta poco trabajo dejarse invitar. Una cosa tan sencilla como la instalación de las adecuadas transmisiones de engranaje para hacer roscas era desconocida en absoluto para muchos. Estos cálculos ofrecen grandes dificultades, sobre todo para los torneros jóvenes, y entonces acudían a Nikolaiev o a Syroieguin, invitándoles, en pago, a la taberna, por todo lo cual se reservaban celosamente el secreto de su arte.

Uno y otro miraban con interés mi fervor proselitista, se acercaban a mi torno, escuchaban y decían luego:

—Deja eso estar, Borovoi. No te metas a predicar, no hagas tonterías. Quién sabe a qué extremos puedes llegar con ello. Ahora no hablas más que de Dios, pero en un dos por tres te verás hecho socialista.

—¿Socialista? ¿Por qué? —preguntaba yo extrañado.

—Sí —decía Nikolaiev; hombre equilibrado y sensato—. También aquí había antes socialistas. Te ha dado por tragarte libros y quién sabe las cosas que se te meterán en la cabeza. Déjalo estar, pues, si no, te meterán en la cárcel, y acaso te cuelguen...

Era cierto que me había entregado con pasión a la lectura, y devoraba libros de los llamados de edificación: la *Biblia*, vidas de santos, obras de Jefrem, Sirin y de Juan Bogoslov. Tenía por fuerza que conocer estos libros para poder contestar oportunamente a las arteras preguntas de los viejos ortodoxos y de los «lectores».

Sobre todo, las Sagradas Escrituras las estudié tan bien que podía competir con un rabino. A todas las horas estaba citando versículos. Los viejos ortodoxos y los «lectores» no sabían repliarme, y se daban por vencidos. El círculo de oyentes alrededor del torno se espesaba más y más. Cada vez había más obreros que querían afiliarse a la Liga de Abstemios.

Pero en mí, poco a poco, se iba realizando una transformación. Algunos obreros me preguntaban si la tierra es redonda o es una superficie plana, si se está inmóvil o gira alrededor del sol. No en vano ha prohibido la Iglesia católica la lectura de la *Biblia* a los simples mortales. Tanto las historias bíblicas como las llamadas biografías de santos abundan en contradicciones sobremanera, de modo que al lector atento no puede menos de ocurrírsele que detrás de todo aquello hay un nido de patrañas. Cada vez que cogía la *Biblia* en la mano se hacían presentes en mi memoria las palabras del padre de que aquellos estudiantes locos, socialistas y nihilistas, no creían en Dios, y cuanto más leía aquel libro más arraigadas eran mis dudas sobre su existencia.

Consideraba yo todo aquello como tentaciones del demonio, que, para probar mi fe, me inspiraba argumentos malévolos, como lo hacía en siglos remotos con aquellos santos anacoretas de la Tebaida. Para resistirlas evitaba la presencia de los demás y me retiraba a mis solas. La primera duda verdaderamente seria sobre la existencia de Dios sobrevino a mi espíritu: el aniversario de la alianza franco-rusa, que los marinos franceses solemnizaron con una fiesta. Vestidos con sus mejores trajes, se precipitaba la gente con dirección a Peterhof. Seguramente fue aquel espectáculo del ajetreo de la muchedumbre y la música atractiva de alborada de *La Marsellesa* lo que hizo surgir en mí con una fuerza extraordinaria la cuestión: «¿Existe Dios?».

Torturado por aquel interrogante, escapé del tumulto y seguí hasta la desembocadura del Neva. Me puse a contemplar el agua,

escuchando el rumor de las olas, y la pregunta laboraba en mí: «¿Hay Dios o no hay Dios?». Y el terrible pensamiento de que no había Dios, de que nosotros, míseros obreros, éramos víctimas de la mentira monstruosamente desvergonzada de los curas, iba ganando terreno en mi espíritu.

En toda la mañana, hasta las siete, no dejaban de gritar las sirenas de las fábricas situadas en los arrabales, llamando al trabajo. La de tono más agudo y penetrante era la de la fábrica de Putílov. Y todas las mañanas atendía yo a su llamada, incorporándome al trabajo como una máquina de cuerda. Me sentía enfermo, aniquilado, con los nervios deshechos. El trabajo fatigoso, las muchas horas de pie en la iglesia, la severa observancia de los ayunos, todo aquello podía conmigo. Y, en contra de mi voluntad, empecé a odiar aquella fábrica, con sus talleres y su capataz, Nebel.

Entregado por entero a mis ocupaciones, apenas si ponía cuidado en los trabajos que me encomendaba Nebel. Nebel era suizo. Había venido a Rusia de simple obrero, a probar fortuna. Se diferenciaba de los capataces rusos en que no admitía sobornos. Aquel oficio suyo de sargento mayor de los ejércitos del capitalismo le obligaba, a tenor de las instrucciones del director, a estar disminuyendo constantemente el salario.

Estoy seguro de que me tenían por loco o extravagante. Propúsome una ganancia descansada y lucrativa, siempre que le comunicase hasta los más pequeños secretos de la fábrica. Pero una íntima voz me contenía de aceptar este papel miserable de soplón, tan codiciado por muchos. El capitán se vengó reduciendo mi salario todo lo posible, cosa que no le costó gran trabajo fundamental: como yo estaba «predicando» a todas horas, mi rendimiento era muy escaso y deficiente.

Una obsesión atormentaba a los obreros en todo momento: el miedo a ser despedidos de la fábrica e ir a engrosar las filas de los parados. Con un pretexto cualquiera, Nebel podía ponerme de patitas en la calle. De mi trabajo exclusivamente vivían mi madre, una hermana y dos hermanos. Ganaba yo entonces un rublo diario. El terror ante el todopoderoso capataz me iba sobrecogiendo poco a poco. Me abrumaba aquella situación de inferioridad, que él se encargaba de patentizar a todas horas con regaños,

amonestaciones e injurias, y también con la constante reducción del tipo de pago. Aquel terror impregnaba todo mi ser hasta sus más profundas raíces. Diez años más tarde, lejos de Petersburgo y sin ver desde hacía mucho tiempo su rostro, me perseguía en sueños su innoble figura y despertaba estremecido y cubierto de sudor. Y, a pesar de encontrarme tan lejos, pervivía en mí aquel odio profundo, infinito, contra el capataz y la fábrica entera.

Lo que más me atormentaba era aquel decrecer constante del salario. Adepto a las doctrinas cristianas, que impiden devolver mal por mal, habría debido tolerar humildemente tan odiosa explotación. Pero me era evidente que la falta de toda protesta, aquella muda pasividad ante el destino de los obreros cristianos, no hacía más que empeorar la suerte de cientos y miles de trabajadores, y esto hacía nacer en mí la subversiva idea de que no hay que seguir las doctrinas de Cristo y de Tolstoi, sino luchar contra el mal y mejorar la situación de los obreros. Poco a poco se despertaba en mí la conciencia de que yo no obraba como era debido, inclinándome ante los caprichos del capataz lo mismo que una caña a los embates del viento. Había que erguir la cabeza, enderezar la cerviz humillada, volverse firme, inmovible como una encina, que desafía con su fortaleza las tempestades, me decía.

Las doctrinas cristianas, y más aún que las doctrinas las religiones, todas ellas predicán obediencia y pasividad ante la injusticia, lo mismo la ortodoxa que la católica, la protestante y la judía; desde el punto de vista de los trabajadores, todas son una mentira desvergonzada. Una fuerza de inercia me llevaba, sin embargo, a continuar visitando las iglesias, a ganar adeptos para mi Liga, a «predicar». Entre tanto, me volvía cada vez más delgado y más pálido. Considerando la indiferencia cada vez mayor con que yo me enganchaba al trabajo, sacudía Nebel la cabeza con mayor frecuencia.

Todos los años me hacía revisar el pase. El apellido de mi padre era Shapoval, apellido que, en el regimiento, se lo convirtieron en Shapovalov.

El escribano de la aldea unas veces ponía Shapoval y otras Shapuval. A causa de estos cambios de nombre, y a causa también de mi labor de propaganda, sospechosa a los ojos de la Policía, el comisario me citaba dos veces al año. Una vez fue el capitán de

Policía montada de la estación. Él era quien tenía que cursar la solicitud y entrega de un nuevo pase. Aquellos documentos sólo tenían validez por un año, y en ocasiones por seis meses nada más.

Los obreros, gente desharrapada en su mayoría, eran tratados por la Policía muy groseramente. Ya en la antesala de la Comisaría, donde a veces había que esperar un par de horas, chocaba la desigualdad en el trato al público. Alrededor de los señores bien vestidos había unos cuantos policías obsequiosos, que les brindaban su mismo asiento, llamándoles de usted. En cambio, a los obreros se les tuteaba, colmándolos de insultos, amenazándolos con el menor pretexto con recluirllos en un calabozo sin calefacción..., y así por el orden. De los calabozos de la Comisaría salían gritos a todas horas. Allí campaba a sus anchas el jefe de los agentes, cualquier mala bestia, apaleando con recios vergajos a los detenidos.

Yo temblaba a la idea de caer en aquellos antros, revuelto entre borrachos y prostitutas. Al aparecer ante el comisario, todo mi cuerpo temblaba. Como yo también era de los desharrapados y entraba con aire cortado y humilde, no me libraba nunca de una buena rociada, salpicada con las más soeces injurias.

Aquel trato humillante, repetido todos los años, me hizo perder todo respeto por las autoridades. A la vista de guardias, policías y comisarios, mi corazón se inflamaba, sin yo quererlo, de un odio salvaje. El capitán de Policía me trataba de la misma manera indignante y brutal.

—¿Cómo te llamas? —preguntaba severo.

—Shapoval Aleksandr Sidorovich —contestaba yo.

— ¡Qué Sidorovich! Sidorov, a secas. ¡No eres ningún noble para eso! ¡Eres un paleta! ¡So burro, imbécil sin educación! ¡Me cago en tu madre...! —gritaba—. ¡Bestia! ¿Se está así delante de un superior? ¡Las manos en la costura del pantalón! ¡Maldita sea tu madre mil veces! ¿Por qué te ponen en el pasaporte unas veces Shapovalov, otras Shapoval o Shapuval?

—No sé por qué, señor oficial.

—¡Excelencia tienes que decir! ¿No has aprendido a tratar con superiores, salvaje? ¡Nikíforov! —gritaba—. Enséñale a este

burro el tratamiento debido a un superior y las buenas maneras, y extiéndele la solicitud de pase.

—A la orden, excelencia —respondía Nikíforov, juntaba los talones y se quedaba tieso como un poste.

Tanto el comisario como sus subordinados, los oficiales de la gendarmería, eran casi siempre nobles arruinados, así que a las órdenes brutales dictadas en las altas esferas añadían ellos por su cuenta todo el resentimiento almacenado contra la Humanidad, y éramos nosotros los que pagábamos el pato. Consecuencia sin duda de este trato grosero y humillante, me sentía yo también impulsado a llamarles «faraones», nombre que daban los obreros petersburgueses a los policías.

No sé por qué consideraban éstos una ofensa llevar el nombre de los reyes egipcios. Lo que sé es que una vez que, por descuido, llamé faraón a un guardia me gritó furioso:

—¡Espera! Levantaré acta. ¡Vas a aprender lo que es insultar a la Policía!

### **La escuela nocturna**

El trabajo del torno requería gran inteligencia, estudios de dibujo industrial y aun ciertas nociones de cálculo. Había que tener alguna idea de Álgebra, de Geometría y Trigonometría, indispensables para los cojinetes de bolas y las roscas de las tuercas. Para iniciarme en ellos, y movido además por la oscura esperanza de que allí podría hacerme la luz acerca de si había o no había Dios, empecé a asistir a la escuela nocturna de técnicos, situada en la perspectiva Peterhof.

Por entonces los intelectuales revolucionarios se inscribían a menudo en las escuelas dominicales y nocturnas, con el fin de encontrar relaciones entre los obreros y enrostrarlos en sus trabajos en pro de la revolución. Sofía Petróvskaya, muerta en el caldoso en 1881, fue, como se sabe, maestra de una de estas escuelas, fuera del radio urbano de Petersburgo. Más tarde, en el año

90, en otra escuela del mismo suburbio del Neva, trabajaba la comunista Nadezhda Konstantínovna Krúpenskaya.<sup>6</sup>

Ya fuera por su situación desviada, ya por otros motivos, el caso es que en los tres años que asistí a mi escuela no encontré uno solo entre los maestros que simpatizase con el movimiento revolucionario; antes al revés, algunos de ellos explicaban durante las horas de clase que para el desenvolvimiento industrial de Rusia se precisaban jornadas largas de trabajo y bajos salarios.

Aunque yo no sabía más que lo que había podido aprender en la escuela elemental, me trasladaron a la clase segunda. Al ingresar en aquella modesta escuela me parecía que pisaba un templo del saber. Era a mis ojos fuente de todo género de conocimientos, sede de toda sabiduría. Miraba a los maestros como seres excepcionales descendidos de otro mundo. Con un fervor casi religioso, me entregué al estudio. Después que yo, en 1892, ingresaron en la escuela mis camaradas Aleksandr Kossolobov, Vasili Kupzov, Iván Drozhzhin, Pavel Andréiev y otros, de cuyos nombres no me acuerdo.

Desde 1891, el tornero Kojevnikov ejerció un gran influjo sobre mí, aunque por modo indirecto. En cambio, Dimitri Fiódorovich Fiódorov, también tornero, me influenciaba directamente. Según todas las apariencias, Kojevnikov estaba en relaciones con algún círculo político. Syroieguin y Nikolaiev me decían a veces, aludiéndole:

—Tú, Borovoi, predicas: «No beber aguardiente, ingresad en la Liga, acudid a la iglesia.» Mira a Kojevnikov. No va nunca a la iglesia y ante los santos iconos no se quita el gorro ni se santigua. Los días de ayuno come embutidos y manteca. Es un ateo, seguramente, un socialista.

El tal Kojevnikov parecía envanecerse de su radicalismo. Intentaba yo a veces entablar conversación con él, pero se me evadía y no había manera de conseguirlo. Debía estar en relaciones con un círculo socialista, cuyo objeto exclusivo era fomentar la instrucción y desenvolver estudios teóricos entre los afiliados al grupo, sin pretender contacto con la gran masa de obreros.

---

<sup>6</sup> La mujer de Lenin.

Seguramente que yo era a sus ojos un fanático, del que nada se podía esperar. Kojevnikov era un obrero inteligente, que entendía el oficio, vestía a la europea y no había más que verle para clasificarle entre la aristocracia obrera.

Siempre que me acercaba a él me venía el pensamiento, y siempre con sorpresa, de que en el mundo había hombres que se atrevían a negar la existencia de Dios. Y empezaba a laborar en mí: «¿Hay o no hay Dios?».

Fiódorov dio una completa explicación a mis torturas.

El maquinista Nikolaiev y Syroieguin, el tornero, estaban al frente de una comunidad de «shepelevs», nombre que venía de Shepelev, terrateniente que había sido en otros tiempos y propietario de una fábrica cuyos obreros, bajo el reinado de Nicolás I, tenían la condición de siervos<sup>7</sup>, en el Gobierno de Nizhni-Nóvgorod. Estos «shepelevs» eran a modo de una casta de obreros cualificados, ventajas que se transmitían de generación en generación; como tales superiores, miraban de arriba a abajo al resto de los trabajadores, incluyéndolos entre la «canalla aldeana», que invadían sin derecho el campo de su actividad, no sabían el oficio como era debido y desestimaban los usos consagrados entre la clase. Vigilaban, sobre todo, celosamente porque ningún novato se escapase sin pagar una convidada. Fiódorov, sin embargo, se negó de plano a someterse a aquella tradición. Syroieguin vino a mí lamentándose:

—Fíjate, Borovoi, ha entrado en la fábrica un tipo: aquel de pelo largo. Es un ateo. No va nunca a misa ni observa los ayunos.

—¿Y qué queréis decir con eso? —le repliqué—. Lo que estáis es rabiosos porque no ha pagado la convidada.

—Ya sé yo, Borovoi, que tú estás contra la bebida. Por eso eres de la Liga. Pero nuestros «shepelevs» dicen que en el taller de Putílov era público su ateísmo. Fíjate en las melenas que lleva. No cabe duda: es un estudiante nihilista.

En realidad, las melenas de Fiódorov y su sombrero blando le daban cierto aire de nihilista. Yo le contemplaba con gran interés.

---

<sup>7</sup> Hasta 1861, no solamente los campesinos eran siervos, sino también una parte considerable de los obreros de las fábricas.

Después del encarcelamiento de Kojevnikov tuve ocasión de conocerle más de cerca.

Sin que nadie lo esperase, apareció en el taller un día de verano un coronel de la Gendarmería, escoltado por tres suboficiales, unos tipos hercúleos. Cuando yo vi la timidez con que todos retrocedían en su presencia, lo humildemente que se quitaban el sombrero Syroieguin y Nikolaiev, inclinándose con respeto al mismo tiempo, entonces comprendí por primera vez lo que en la vida rusa significaban aquellos hombres. Los vi revolver en el cajón de la herramienta de Kojevnikov, y aunque yo no sentía cariño alguno por éste, pues era ateo y me miraba por encima del hombro, recordando a aquel otro suboficial de la Gendarmería que tan groseramente me había tratado, experimentaba simpatía por Kojevnikov y un odio reprimido contra los gendarmes. Al mes lo sacaron de la cárcel, mandándolo desterrado a Rýbinsk, bajo la vigilancia de la Policía.

Fiódorov era un ser muy especial. Ni revolucionario, ni entusiasta, ni fanático de la idea. Tenía un temperamento demasiado tranquilo, un desapasionamiento de escéptico. Aficionado a la literatura de placer y las publicaciones de crítica, leía periódicos archirreaccionarios, como el *Grazhdanin* [Ciudadano], que editaba el príncipe Meshcherski, y el *Luch* [Rayo], del judío converso O Kreiz. A fuerza de leerlos, había tomado simpatía por los escritores que en ellos colaboraban. Aunque le eran odiosos la aristocracia y los popes, no se alistaba en las filas revolucionarias. Más tarde, en 1905, se hizo menchevique; pero sólo en un terreno teórico, sin dejarse encarcelar ni una sola vez. Cuando Márto, desde el extranjero, hacía reseñas sobre el Congreso de Londres, una de cuyas conclusiones estadísticas era que la mayor parte de los obreros progresistas se iban con los bolcheviques, se dio él a probar que los más cultos, los maduros, continuaban fieles a la teoría del menchevismo. Es muy posible que tipos como Fiódorov, que leía sobre todo lo humano y lo divino, sin adherirse en cuerpo y alma al movimiento revolucionario ni pasar por la cárcel nunca, constituyesen los más firmes sostenes del menchevismo. Tenían la sangre tan helada, eran tan circunspectos, tan comedidos, que no podían contrarrestar el movimiento vivo y

apasionado de la juventud, cuyas simpatías todas estaban por los bolcheviques.

Fiódorov era hasta algo poeta. Se sabía de memoria innumerables composiciones de Nekrásov, Nadson y Omulevski. En los versos que escribía se mofaba de «los que dieron la cicuta a Sócrates, crucificaron a Jesús y encarcelaron a Galileo».

A pesar de todos mis esfuerzos, no podía resistir el «diabólico influjo»; con más frecuencia cada vez iba a su torno, a escuchar los relatos y las canciones de aquel ateo melencólico, que hablaba y cantaba en voz baja mientras el torno daba vueltas y más vueltas. Sus cantos, sus discursos, tenían para mí una novedad desusada y singularmente atractiva. La figura memorable de Stenka Razin, el cosaco que dio su vida en el cadalso por el pueblo oprimido; la fe ingenua de Nadson, que pretendía restaurar sobre la tierra el «amor santo»; la musa «airada y triste» de Nekrásov, todo ello se iba abriendo camino en mi cerebro, iban echando raíces cada vez más firmes en mi corazón. Amplios, insospechados horizontes se me abrían. Estaba amaneciendo un nuevo sol, a cuya luz palidecían como ridículos espectros creaciones de una leyenda caduca y manida, el viejo Dios con su corte de santos y demonios, con su infierno y su paraíso. Un día, por fin, acabaron de abrirse mis ojos, sumiéndose todas aquellas paparruchas en el pozo del olvido, donde la Historia precipita todo aquello que no tiene vitalidad ni uso alguno.

Ansiosamente me precipité en aquel nuevo mundo. Astronomía, Geología, los clásicos rusos y, por la noche, la escuela: tal era mi vida. Pero aún no encontraba en mí la decisión suficiente para romper con el pasado. El viejo Dios, con su jauría de arcángeles y diablos, me tenía bien sujeto, y al menor intento de rebelión me amagaba con las penas del infierno. Era un rudo combate conmigo mismo. Aquellos compañeros que yo había reclutado para la Liga, y muy particularmente Kossolobov y Kupzov, sumidos en honda esclavitud espiritual, veían con malos ojos mi trato amigable con el ateo Fiódorov. La comedia de la Iglesia ortodoxa me repugnaba cada vez más. A la luz de la ciencia, que me iba poco a poco penetrando, aquellos milagrosos iconos y reliquias me parecían supersticiones anticuadas imbéciles, con ayuda de los cuales mantenían bien sujetos los popes a la gente sencilla,

ignorante; a los locos y a los viejos entontecidos. Una impresión singularmente depresiva me hizo la última peregrinación en que tomé parte. Íbamos a la ermita de Sergio. La noche tibia de primavera, poblada de luceros y de sombras, iba cediendo paso a un crepúsculo gris. Aquella noche, entre la muchedumbre fatigada, cubierta de sudor y de polvo, que marchaba entonando con voz ronca y nasal cantos piadosos, me llamaron la atención ciertos detalles, a los que nunca había atendido. El secretario de la Liga de Abstemios, un judío joven convertido por el pope Slepian, estaba borracho perdido. El dirigente de los coros, estudiante de la Academia Eclesiástica, iba sobando todo el tiempo a las muchachas tejedoras, y muy a menudo se caían todos revueltos entre las matas.

Cuando fue día claro, aquella multitud quejumbrosa y fatigada, que no dejaba de cantar lloriqueando himnos religiosos, me produjo una impresión lamentable. Nos cruzamos con un cortejo «señorial» de damas y galanes, que volvían a Petersburgo de algún restaurante de las afueras, y noté y comprendí la mirada que nos echaban, una mirada de sorpresa y asombro mezclada con curiosidad y desprecio. «¡Triste montón de esclavos! ¡Triste montón de hipnotizados infelices! —pensé—. ¿Por qué todos estos estandartes con la cruz, símbolo de esclavitud eterna; por qué todas estas imágenes, si «ello» no existe, si somos víctimas de una mentira infame?».

—¿Qué le pasa a usted? Le he preguntado varias veces, y no me contesta. Seguramente que ni se ha enterado de lo que he dicho —me hizo notar la hermana de un tornero, una costurera muy linda y bien vestida, que, a consecuencia de las cosas que de mí le habían dicho los obreros, se me había hecho presentar, uniéndonos en el taller de Putílov.

Hundido en mis cavilaciones acerca de Dios, hasta de su presencia me llegué a olvidar. Todavía se sintió más humillada cuando, al llegar al convento, viendo las caras rojas de los monjes, borrachos de las frecuentes libaciones pascuales, y sus panzas repletas, y la manera de conducirse del pope Slepian, que había llegado en el tren, lo abandoné todo y me marché a la estación sin decir adiós, lleno de un hondo sentimiento de desilusión y de fracaso, a tomar el tren de vuelta para Petersburgo. La gota que hizo

rebosar el cáliz fue el dicho de uno de los obreros de la localidad, que, señalando con el dedo a los frailes, grasientos y borrachos, dijo:

—Hasta el archimandrita vive aquí con su querida.

Cuando, sumido en reflexiones, me disponía a salir de la estación del Báltico, alguien me sacudió por el hombro, diciendo:

—¿Eres tú, Saschka? ¿No me conoces ya?

Alcé los ojos lleno de asombro y me vi frente a un joven bien vestido y bien comido. Hube de examinarlo atentamente para reconocer en él a Fridka, compañero mío de escuela y en aquellas excursiones al cementerio de Mitrofaniev. El nombre de Fridka no salió de mis labios, no me atreví a llamar así a aquel hombre distinguido que ante mis ojos aparecía.

—¿Qué es de tu vida? —me preguntó—. Estás mal vestido y lleno de polvo, y con aire de enfermo. ¿Cuánto ganas?

—Veinticinco rublos al mes —le respondí—, y tengo que mantener a la madre, una hermana y dos hermanos.

—¡Veinticinco rublos para cinco bocas! —retrocedió lleno de asombro—. ¡En un día sólo gano yo más que vosotros en un mes! ¿Y cómo podéis vivir con eso? Yo, antes que llevar una vida así me saltaba la tapa de los sesos.

—¿Y de dónde te viene a ti el dinero?

—Me he casado con la viuda de un comerciante —dijo, y se despidió.

Este Fridka, que en cosa ninguna me dejaba atrás en inteligencia, ya desde la escuela se cebaba de pan blanco, mantequilla y golosinas, mientras yo tenía que roer mis mendrugos y tragar mis patatas. Como su padre era rico, aprobó en el Instituto y luego en la Universidad. Ahora ya no era Fridka: era «el señor Wetzll:», y ganaba en un día más que yo en todo un mes.

Empezaron los exámenes en nuestra escuela. Había también, naturalmente, examen de Religión, que era el más importante de todos. El director de una gran fábrica de caucho, un viejo alemán protestante, asistió en persona al acto. El pope, que me había ponderado como buen alumno y a la vez quería exhibir los sentimientos de orden y lealtad de los escolares al régimen, me lanzó a boca de jarro, después de haberle contestado a otras preguntas:

—Vamos a ver, Shapoval, ¿a quién debemos honrar sobre la tierra como representante de la Divinidad?

Como yo no era excesivamente despierto me escamó la tal pregunta. Buscaba con toda mi alma solución al enigma, pero en vano. Hubo un silencio penoso.

Enrojecí, respiré fatigosamente, le di vueltas en la mano a la gorra, sin acertar con la respuesta. Ya los miembros del Tribunal, los directores de las escuelas urbanas, todos, en fin, empezaban a cambiar miradas significativas. El director de la fábrica se levantó y empezó a recorrer el salón de arriba a abajo. El pope me miraba sin perder la esperanza. Yo me devanaba los sesos, y hubiera preferido hundirme bajo tierra siete codos. «¿A quién debíamos honrar como la representación de Dios?» Y en medio de aquel silencio oprimente se volvió el pope a los del Tribunal:

—Es un buen muchacho.

Y luego a mí:

—¡Al zar debemos honrar sobre la tierra como a Dios, al zar!

Por no haber sabido contestar aquella pregunta me quedé sin un reloj de plata que regalaba el director de la fábrica a los alumnos que se distinguieran en el examen de Religión.

### **Por fin, rompo las cadenas**

Con las vacaciones de verano tuve más tiempo libre que dedicar a mis estudios. Me interesaba por la Astronomía, la Geología y la teoría de Darwin. Apoyándome en las conclusiones de la ciencia, llegaba al resultado indiscutible de que no existía Dios ni había creado, por lo tanto, a los hombres; que todo aquello eran mentiras de los popes para embaucar al pueblo. Las doctrinas evangélicas y tolstoyanas, que prohibían rechazar el mal con el mal, las encontraba, no sólo ridículas, sino perjudiciales. «Es imposible amar a los ricos, a los opresores, a nuestros enemigos; por el contrario, hay que predicar el odio contra ellos.» «El bien consiste en la aniquilación del mal», pensaba yo. «Aborrecer a los que nos oprimen. Luchar contra ellos», y me di a aborrecer con toda mi alma, primero, al zar, a quien, según el pope, había que honrar como representante de Dios sobre la tierra; luego, a los

curas, a los frailes, a los obispos, pues coadyuvan todos a mantener al pueblo en la esclavitud; a los ricos, que viven a costa de los trabajadores.

Sumido en tales pensamientos volvía yo a casa un día, cuando me encontré con Kossolobov.

—¿Qué te pasa? —me dijo—. No te dejas ver por ninguna parte. No asistes tampoco a las lecturas piadosas. El padre Grigori ha preguntado si es que estabas enfermo.

—Es que, ¿sabes, Saschka?, no vuelvo a la iglesia, porque no hay Dios ni diablo. Dime, ¿dónde estarían, si fuera verdad que existen? Todo son cuentos de los popes. La ciencia está en contradicción absoluta con ello.

Creo que si le hubiera dicho que tenía la peste, la lepra o cualquier otra horrible enfermedad contagiosa, no habría retrocedido con mayor espanto que al oír aquello de que no había Dios.

Se marchó, después de decirme que me había vuelto loco, dejándome la sensación de haber perdido un amigo y encontrarme en total soledad para lo sucesivo. Pero ya no me aterraba esta conciencia de estar solo. Desde los tiempos en que me dedicaba a reclutar adeptos para la Liga de Abstemios sabía lo que era la desidia cobarde de las masas. «Lo interesante —me repetía— es saber que se está en lo cierto, poseer la verdad; todo lo demás viene en un plano muy secundario.» Estaba hecho a la idea de que había que renunciar a todo.

Al día siguiente, a la hora del trabajo, fue Kossolobov quien me dijo asombrado:

—Oye, Aleksandr, toda la noche he estado reflexionando sobre lo que me dijiste de que no había Dios. Y tienes razón. Después de todo lo que hemos estudiado de Geología y Astronomía, esas historias bíblicas deben de ser cuentos de viejas. Tienes razón: no hay Dios.

Mi faz resplandeció de gozo al oír las palabras de mi amigo. Ya no estaba solo. Puesto que no había Dios, había que buscar socialistas o nihilistas, arrojar bombas sobre el zar y los popes, hacer saltar las iglesias. ¿Dónde podríamos encontrar socialistas? En la ayuda de Fiódorov no se podía pensar. Fiódorov sabía mucho, lo comprendía todo; pero nunca agarraría en la mano una bomba. No era del temple de los que mueren en el patíbulo.

Cambié radicalmente mis métodos de vida. Dejé de ir a la iglesia, de rezar, de descubrirme y persignarme ante las imágenes de los santos. La vista de iglesias y capillas, de popes y frailes me daba asco.

Aquellos miembros de la Liga que yo había reclutado se daban cuenta de mi cambio y de que yo los evitaba, y vinieron a mí y me preguntaron:

—¿Qué te pasa, Borovoi? ¿Por qué no vas ya a la Iglesia?

—Porque no hay Dios —les contestaba yo—. Todo eso es una fábula inventada por los popes, que nos engañan miserablemente.

—¿Y por qué no hay Dios? —replicó Pavel Andréiev—. ¡Tú estás loco!

—Yo he leído el Viejo y el Nuevo Testamento, he estudiado después Astronomía y Geología y he llegado a convencerme de que todo ello son invenciones de los curas.

A partir de entonces, el pequeño grupo de la Liga huía de mí como de un apestado. Yo, sin embargo, encendido de odio contra los popes, gritaba y gritaba:

—¡No hay Dios! ¡Todo es una mentira! ¡Los popes nos han engañado!

La noticia de que Sascha Borovoi, el fundador de la Liga de Abstemios, fiel asistente a las iglesias hasta entonces, se había vuelto ateo y socialista, corrió por la fábrica como reguero de pólvora. Grupos de obreros me asediaban. Los viejos creían firmemente que me habla vuelto loco. Los jóvenes querían que les explicase por qué no creía ya en Dios.

Aprovechando mis conocimientos de las llamadas Sagradas Escrituras, comparaba algunos de sus pasajes con los descubrimientos de la ciencia y les probaba que no había dios ni diablo, que todo eran mentiras de los popes. La ciencia era la luz que disipaba las oscuras tinieblas en que el pueblo estaba sumido. Con el mismo entusiasmo con que antaño me precipitaba sobre la Biblia, me daba ahora a predicar contra la gran mentira, contra aquella farsa desvergonzada y monstruosa. Todos los obreros estaban asombrados de mi cambio. Si un aerolito hubiera caído a sus pies no les habría sorprendido tanto. Un viejo ortodoxo, que me tenía afecto, vino a mí un día y me dijo:

—Saschka, antes, cuando creías en Dios, parecías un ángel. Tu rostro estaba claro, tus ojos destellaban bondad; ahora llevas la cara sombría y la mirada tenebrosa. ¡Maldición sobre ti, Saschka!

Otros muchos de los viejos opinaban que para volverme al camino recto lo mejor era darme una buena mano de azotes, según la antigua usanza rusa. Y todos ellos me aconsejaban:

—Si es que no crees, cállatelo, y no estés a todas horas echando pestes de los curas. Terminarán ahorcándote por loco, ya lo verás.

También el maquinista Nikolái intentó volverme al buen camino:

—¿No te lo decía yo, Borovoi: «Deja estar esas cosas, no prediques, no leas tanto»? Y ya ves ahora: ateo y nihilista. Acabarás en la horca, por sinvergüenza.

Viendo que sólo una pequeña parte de la juventud simpatizaba con nosotros, decidimos los dos, Kossolobov y yo, abstenernos de nuestras propagandas en presencia de los viejos, y sólo hablarles a aquellos con quienes teníamos alguna confianza. Todos estaban en que habla que buscar socialistas. Fiódorov aprobaba esta solución, insistiendo, sin embargo, que él no tenía el menor contacto con las organizaciones revolucionarias.

## En busca de socialistas

A partir del verano de 1892, Kossolobov y yo nos dimos a buscar socialistas y nihilistas. Kossolobov era un muchacho muy hábil en su oficio. Aprendiz de tapicero primeramente, había logrado pronto, gracias a mí, ingresar en el taller de cerrajería. En la escuela sus progresos eran muy notables. Vivía solo con su anciana madre. El padre había muerto tiempo atrás. Cuando sustituíamos los rezos por cantos de muy otra especie, entre ellos, *La roca del cosaco Razin*, de Navrozki, y *Meditaciones ante un amanecer espléndido*, de Negrásov, decía la vieja, que había oído hacía muchos años canciones de éstas a los estudiantes, cuando estaba de doncella:

—Tened cuidado, hijos míos —nos amonestaba—, que son cantos prohibidos. Aquellos estudiantes que los cantaban fueron

encarcelados, y no se ha vuelto a saber de ellos. Mucho tiempo hacía que no llegaban a mis oídos estas canciones. Pero esto no promete nada bueno. Miedo tengo no os vayan a detener.

—No te apures, madre —le respondía Kossolobov—. Con nosotros nadie se meterá.

Atravesábamos juntos calles y bulevares, considerando atentamente a todos los que tenían aire de estudiantes, con la esperanza de encontrar lo que buscábamos. Sin embargo, todas nuestras pesquisas eran vanas. Y se daba el caso de que mientras los intelectuales hacían grandes esfuerzos por ponerse en contacto con la masa obrera había también obreros que buscaban ávidamente a la intelectualidad revolucionaria.

Durante el reinado de Alejandro III, el que azotaba a sus propios hijos con el látigo de los perros, no estaban sometidas las autoridades a ninguna restricción ni orden ninguno en cuanto a su manera de tratar a las gentes, así que apaleaban de un modo brutal a los campesinos que no pagaban las contribuciones. La vieja generación de campesinos y obreros apenas si se revolvía con aquella ignominia, y a menudo nos decían a los más jóvenes:

—Te mereces cincuenta en las posaderas.

En general, los de la nueva generación poseían ya un cierto sentimiento de la propia dignidad, y los castigos corporales les repugnaban. Por entonces, al empezar la última década del siglo, muchos de los campesinos así castigados se quitaban la vida.

Cuán duramente pesaba la arbitrariedad de los padres y de la vieja generación sobre la juventud lo prueba de un modo elocuente la relación que me hizo el cerrajero Iván Jamburgski. Un día se me acercó a quejarse de que su viejo padre, un ajustador, le había llevado por la fuerza al campo, casándole con una muchacha aldeana. Después de lo cual, y valiéndose de amenazas, logró acostarse con la mujer de su hijo: en cuanto Iván estaba fuera se presentaba él. Si el hijo pretendía defender a su mujer de los ataques del viejo libertino, se iba éste corriendo al pueblo y se quejaba al alcalde:

—Mi hijo Vania no me obedece ya. Con vivir en la ciudad ha perdido todo su respeto. Un cubo de vodka os pago si lo castigáis como se merece.

Recurriendo a la ley correspondiente, el Concejo reclamaba a Vania, le administraban, según el humor, de veinticinco a cincuenta latigazos, y así, indirectamente, quedaba sancionado el derecho del padre sobre la mujer del hijo. Entonces Vania intentó tomarse la justicia por su mano, y le sacudió al padre; pero el Concejo reclamó inmediatamente su presencia en el pueblo, y le castigó a ser azotado públicamente. (Vania tenía entonces veinticinco años.) El jefe del distrito, no sólo aprobó la resolución del Concejo, sino que amenazó a Vania con agravar el castigo si no se sometía a la autoridad paterna.

Abochornado, casi loco ante aquella vergonzosa ignominia, quiso Vania demandar al padre. Pero todas sus instancias eran contestadas lo mismo: que el padre tenía derecho a entregar a su hijo al Concejo y al jefe del distrito y que en las atribuciones de éstos entraba el azotar a los delincuentes. Un abogado, por fin, le dio un consejo luminoso:

—Si usted matase a su padre, probablemente los jurados, en consideración a los motivos que le impulsaron a ello, le absolverían.

—¿Qué te parece que haga? —me preguntó Vania.

—¡Mátale a ese asqueroso viejo que así te escarnece! —le dije.

Pero Vania no acabó de decidirse por medida tan radical. Estaba por completo intimidado, y su cerebro dormía aún.

Kosolobov y yo seguíamos buscando socialistas. Una vez que, distraídos por la charla, nos metimos inconscientemente, junto con otros viajeros, en la sala de espera de segunda, el portero nos increpó:

—¡Fuera de aquí, sarnosos! ¡Hala, chusma indecente! ¡Esta sala no es para paletos, es para señores!

Ninguno de entre los espectadores salió en nuestra defensa, todo en derredor nuestro nos era hostil, así que retrocedimos como si nos hubieran escupido. Los porteros, los vigilantes, los lacayos, se divertían extraordinariamente abrumándonos de injurias y humillándonos.

Rara vez nos acompañaba Kupzov. Al leer el periódico reaccionario *Grazhdanin*, lectura que él mismo nos habla recomendado, le chocaba que pusiera como un trapo a la revista *Russkoye Bogatstvo* [*Riqueza Rusa*] cuya sección literaria le interesaba

vivamente. La elección de su sustento espiritual, la capacidad para diferenciar un libro bueno de uno malo es cosa de gran importancia para el obrero. Si se leen libros malos, poco a poco se habitúa uno a leer por el procedimiento de Petrushka.<sup>8</sup> El paladar del obrero entregado a sí mismo y rodeado por todas partes de libros malos acaba por estragarse de tal manera, que si casualmente cae en sus manos la obra de un gran literato, su lectura no le produce placer ninguno, perdurando la sugestión de la literatura mediocre. Nuestros críticos de talento, como Belinski, Chernyshevski, Dobroliúbov y Písarev, eran inaccesibles a los obreros en aquella época; sus obras estaban prohibidas y retiradas de la circulación. A causa de los insultos casi constantes con que los diarios de derechas *Luch* y *Grazhdanin* abrumaban a aquellos escritores, sacaba la conclusión Fiódorov de que sus obras debían leerse, y, después de leerlas, nos las proporcionaba a nosotros.

Acerca del valor artístico de una obra y de la naturaleza del arte en general, profundizaba mucho más Kupzov que todos nosotros juntos. A pesar de que pertenecía a los «shepelevs» y de que obreros tan capaces como Nikolaiev y Syroioguin le protegían, no era, ni mucho menos, de los más hábiles en su oficio de cerrajero. Trabajaba a mi lado, siguiéndome en todos los estadios de mi evolución, desde el entusiasmo religioso hasta el desengaño, a pesar de que Nikolaiev le había prohibido atender a mis discursos. Al nuevo contingente de lectores obreros que empezaba a surgir en la fábrica se le servían revistas «leales» y patrióticas, como *Ródina (La Patria)*, *Niva (El Terruño)*, *Sever (El Norte)*, y así por orden. Sever defendía furiosamente la doctrina de «el arte por el arte».

Luego que Kupzov hubo trabado conocimiento con Belinski y con el *Russkoye Bogatstvo*, se convenció de que, muy al contrario, el arte debía estar al servicio de la emancipación del proletariado, de la liberación de la humanidad. Era, sin duda, ironía de la historia que aquel torpe cerrajero, aquel Kupzov, de frente espaciosa y ojos grises, en aquellos negros tiempos del zarismo, estuviera a todas horas hablándonos de cuestiones filosóficas. En

---

<sup>8</sup> Personaje de las Almas muertas, de Gógol. Petrushka leía libros sólo por disfrutar del mero proceso mecánico de la lectura.

otras circunstancias habría sido un crítico de fama, un escritor eminente. Pero aquella atmósfera opresiva, los dos años de cárcel luego, rematados con otros cuatro de destierro en el distrito de Yakutsk, dieron al traste con él, muriendo de una enfermedad nerviosa. A él le debemos, antes de nuestro encuentro con Priyutov y los *naródniki*, el aprender a distinguir los libros buenos de los malos y rebelarnos contra las corrientes «decadentistas» en el arte. En tanto que Kossolobov y yo buscábamos a toda costa socialistas, Kupzov nos proveía de libros, y de libros notables.

La influencia de Nekrásov sobre nosotros fue considerable. Sus versos graves y doloridos, aquellos poemas de la tristeza y de la cólera, los saboreábamos con un gozo indecible. Cuando en periódicos y libros reaccionarlos encontrábamos citas de aquellos poemas dislocadas, mentirosas, como a la vista de su epitafio, sentíamos que el corazón se nos revolvía, palpitando de indignación. A pesar de lo que digan ciertos escritores, algunos de la talla de León Tolstoi, es y será Nekrásov el cantor de los dolores del pueblo; todo obrero que intente luchar contra el yugo del capital verá en Nekrásov su poeta. El escritor que, después de Nekrásov, mayor influjo ejerció en mí fue Gógol. Su *Tarás Bulba* nos describe las luchas tenaces, inflexibles, de Ucrania en los tiempos de la rebelión de campesinos y cosacos; leyéndolo quiere uno ser tan inflexible, tan tenaz, tan irreconciliable como su héroe. Como ya queda dicho, fueron los periódicos archirreaccionarios — ioh, ironía! —, como *Luch* y *Grazhdanin*, los que nos revelaron a otros grandes escritores. Mientras el conde Dielanov, ministro de Instrucción, impedía el acceso de los «hijos de tía» a las escuelas de los grados medio y superior; mientras Pobiedonosev movilizaba el negro bando de curas y frailes y fundaba las escuelas eclesiásticas, no precisamente para educar al pueblo, sino para mejor tenerle esclavizado; mientras se quería impedir todo contacto del proletariado con los escritores que intentaban despertar al pueblo de su modorra, el proletariado abría los ojos y despertaba, dando un rodeo, a fuerza de leer epitafios y artículos en la prensa reaccionaria.

Cuando se dispararon en mí las tinieblas en que la religión me tenía sumido, el contacto con la realidad cruel me aterró. La Iglesia ortodoxa, el radicalismo, aquel chauvinismo que por entonces

privaba en la Gran Rusia, las chaquetas cortas y medias pellizas «nacionales», las barbas largas, el pelo cortado a lo *mujik*, todo me repugnaba. Sólo de Europa, que tan atrás nos había dejado, podía venir la salvación, pensaba yo. Dos cosas nada más había en la bárbara historia rusa dignas de nota: el sonar de las campanas en las asambleas populares del antiguo Nóvgorod [el] Grande y la democracia de la Sich de Zaporozhia. ¡Cómo anhelaba yo oír resonar de nuevo, en el silencio de la noche que a toda Rusia entenebrecía, la campana de Nóvgorod, a cuyo son se pondría en movimiento nuestro pueblo, lanzándose, poderoso y fuerte, al océano de la vida!

Mientras duró mi fe en Dios, todo mi apoyo era aquel soñar constante en una vida eterna; al desaparecer en mí toda creencia, se me mostró con tal dureza y tal hondura de desesperación la vida cristiana rusa, dominada por la amenaza de los gendarmes, empapada de aquella secular opresión que atenazaba al pueblo, que mis anhelos todos se concentraron en hallar una ocasión para poner fin a mi existencia; pero antes de morir quería tomar venganza contra la ignominia, contra el envilecimiento y la mentira, contra la eterna represión. Buscaba socialistas para poder arrojar una bomba sobre el zar y sucumbir feliz con la conciencia de la venganza satisfecha.

Así pasó el verano. Llegó el otoño, volvimos a la escuela y nos ascendieron al grado tercero. La clase duraba de ocho a diez de la noche; los domingos, desde las diez de la mañana a las tres de la tarde. Para poder sacar fruto a la lectura de revistas y periódicos me proveí de un pequeño diccionario de extranjerismos, pues era tal el número de los que se encontraban que había que ir descifrando su texto como si fuera de una lengua extraña.

Aprovechando el descontento de los obreros con la gradual disminución del salario, les decíamos que aquella pasividad resignada era la culpable de nuestra situación; estado de pasividad que teníamos que agradecer a los popes, al predicarnos que no se debe devolver mal por mal. Aguada en esta forma nuestra propaganda, obtenía un gran éxito. Uno de los cerrajeros, Pavel Andréiev, a quien yo había ganado para la Liga de Abstemios, no se avenía a mi nuevo modo de ser y se dedicaba a contar de mí

pestes a los popes; un día, no estando yo en casa, fue y le dijo a mi madre:

—Su hijo Saschka no cree ya en Dios y escupe a los iconos. Déjeme que vea sus libros.

Entre mis libros encontró un volumen, *Las sociedades secretas en la historia*, y se lo llevó a los popes. Luego se descubrió que el libro estaba autorizado por la censura.

A mi madre poco le faltó para volverse loca cuando supo que yo no creía en Dios. Lloraba y veía por todas partes enjambres de mosquitos negros que se precipitaban sobre mi para devorarme. Cogía un pañuelo y me sacudía con él para espantar los tales mosquitos. Tuvimos que llevarla a un médico.

—¿Qué le pasa a usted? —le preguntó el doctor.

—Saschka no cree ya en Dios —repuso mi hermana—, y de ello se ha vuelto loca mi madre.

—¿Y cómo es que no cree en Dios? —preguntó el médico extrañado.

—Muy sencillo: dice que Dios es un cuento y que los popes mienten —continuó mi hermana—. ¿Y es posible creer que el Todopoderoso no existe?

El médico me miró lleno de asombro, llenó una receta y no quiso aceptar el rublo que le tendía. Luego me dijo:

—Váyase usted tranquilo, que su madre se aquietará y sanará del todo.

Hasta en la escuela hizo Andréiev campaña en contra mía. Repetidas veces declaró el pope que no toleraría en la escuela propagandas anticlericales. Menos mal que el pobre Pavel Andréiev me tenía por una especie de sectario. Pasó el invierno y volvió otra vez el verano. Después de los exámenes, a consecuencia de los cuales ascendí al cuarto grado, vinieron las vacaciones. Continuábamos buscando socialistas, sin lograr dar con ellos; y esto nos desconcertaba...

Mi madre, al fin, se avino con las ideas de su «querido hijo», logrando sobreponerse a la enfermedad. Ya no lloraba más que a ratos. Andréiev ocupó mi lugar en la Liga y continuó la propaganda religiosa, pretendiendo, con bastante poco éxito, ganar nuevos adeptos a la causa.

Llegó el otoño de 1894. Aún no habíamos renunciado a la esperanza de encontrar estudiantes revolucionarios o nihilistas. Reanudamos las clases; a la cuarta, que era la nuestra, habían logrado pasar nada más diez. Los estudios ocupaban todas nuestras horas libres. Nuevas promociones de escolares ingresaban en las clases primera y segunda. Yo observaba atentamente a los nuevos y no pasaba día en que con alguno de ellos no hablase en contra de los ricos y de los curas. Entre otros, entablé conocimiento con un tal Borissov.

Una noche de julio, cerca de las once, al volver de la escuela, me encontré inesperadamente al pope encargado de la enseñanza de la religión.

—¿Qué hay, Shapovalov? ¿De dónde vienes? ¡Ah! ¿De la escuela? Pero ¡hay que ver lo lejos que vives! Después de todo el día de trabajo, esta caminata... Mereces un premio... Oye, Shapovalov, hace mucho que quería hablar contigo. Eres un buen alumno y pronto terminarás los estudios en la escuela y obtendrás tu diploma. ¿Qué piensas hacer después?

—No sé todavía, padrecito —le respondí.

—Pero escucha —continuó—. ¿Qué tonterías son esas que te han metido en la cabeza? ¡Hay que ver las cosas que dices por ahí! Andréiev me lo ha contado todo. Escucha: deja estar esas he-rejías y vente conmigo cuando salgas de la escuela. Te adjudicaré una beca en el Seminario y, dada tu capacidad, entrarás en seguida en la Academia. Y te verás de maestro de la Iglesia ortodoxa...

Aquella arenga del pope me dejó confundido y lleno de susto. Temía las maquinaciones de Andréiev. No me atreví a contestar al pope que los odiaba a ellos y odiaba a la religión; tomé el partido de disimular y dije que reflexionaría sobre el caso.

Dimitri Fiódorov trabajaba entonces en otra fábrica, lejos de nosotros. Me habló de que me trasladase allí con él.

—Deja la «Varsovia» y vente aquí para que aprendas a trabajar como es debido.

Mis ideas sobre huelgas, sobre el movimiento obrero, sobre los partidos socialistas europeos, eran aún indeterminadas, nebulosas. El pensamiento de parar un día fábricas y talleres,

aunque sólo fuesen los del canal de Obvodny, era en extremo seductor; pero me parecía irrealizable.

Creía yo aún a nuestro proletariado incapaz de organizar una huelga en forma. Borissov, a quien había ganado para nuestro círculo, me decía:

—Tengo ganas de conocer a Mischa Tulupov. También él es de los nuestros; también habla mal del zar, de los ricos y de los curas. Tengo miedo, sin embargo; temo que la Policía me descubra y me meta en la cárcel...

### **Ingreso en el partido Naródnaya Volia**

La primera impresión que me hizo el sastre Mijaíl Tulupov fue altamente desagradable. Era de comprensión lenta, lo cual, unido a su figurilla insignificante, me lo representaba como un hombre torpe, estúpido casi. Cuando le observé de cerca, sin embargo, descubrí en su rostro, y principalmente en sus ojos, destellos de honradez, de franqueza, de sinceridad y de valor. Me sentía inconscientemente atraído por él, y, luego de haber cambiado dos palabras, comprendí de un modo palpable que no se trataba de un policía ni de un agente provocador, sino de un obrero recto y honrado. De aquella primera charla deduje que él ya había oído hablar largamente de mí y que tenía deseos de conocerme.

—Me han dicho que es usted aficionado a la lectura —me dijo—. Venga mañana por la noche a mi casa. Nos reunimos allí unos cuantos camaradas con fines culturales, y leemos, comentamos, etcétera...

Acepté, naturalmente. Aun cuando Tulupov, obrero manual que era, distaba mucho de poseer una cultura y no hacía, ni mucho menos, la impresión de un estudiante, el corazón me avisaba de que sin duda pertenecía a un grupo revolucionario, presentimiento robustecido por el hecho de rogarme que a nadie hablase de su grupo ni de mis visitas a su casa.

Aquella noche no pude dormir. El siguiente día se me hizo muy largo, más largo que ninguno. Temblando de impaciencia, contaba las horas y los minutos. Por fin aulló la sirena. Salí el primero por la puerta y eché a correr.

—¿Adónde vas con tanta prisa? —me preguntó Kossolobov, con quien me tropecé.

—No digas una palabra a nadie. Me parece que he encontrado nihilistas. Hoy sabré si es verdad.

—¿Estás seguro de haberlos encontrado?

—Sí, Aleksandr. Quizá comience mañana una vida nueva para nosotros...

Un día me había dicho Kossolobov:

—Cuando vas por la calle miras a los ricos de un modo como si quisieras comértelos.

En realidad, la vida no tenía para mí entonces más que un sentido: el odio. Aborrecía a los popes, al zar, a los ricos. A todas horas estaba pensando en la mísera existencia de los trabajadores y en el engaño infame del paraíso celestial, de la recompensa en otra vida. Y no podía disimular mis sentimientos. Cuando me topaba con uno de esos burgueses bien cebados, inevitablemente surgía en mí el recuerdo de mi padre, a quien los ricos habían roto las costillas y saltado los dientes; pensaba en mi hermana, víctima de la tisis, y aun sin yo quererlo me saltaba el odio a los ojos. No creía ya en el paraíso celeste, y no sabía aún cómo podía realizarse en la tierra el paraíso. No creía en Dios, y mi falta de fe me alejaba de las masas obreras, sumidas aún en las tinieblas; en este alejamiento no veía más que una salida ante mí: morir con una bomba en la mano, tomando al mismo tiempo venganza del zar, de los popes y de los ricos. En su poema *Los tejedores* pinta Heine a lo vivo los sentimientos que acongojan a un proletario en parecidas circunstancias.

El ponerme en contacto con Tulupov fue para mí algo así como salir del desierto de que habla Chéjov en un relato, aquel desierto que sólo podía atravesar quien despreciase la vida y no temiese la muerte. Al salir de mi casa me despedí para siempre del pasado, firmemente persuadido de que aquellos nihilistas, movidos por los mismos sentimientos que yo, me proporcionarían los medios para vengarme de todas las afrentas y de todas las lágrimas vertidas. Imaginaba el susto de todos los privilegiados al saber que el padrecito zar, la encarnación de Dios sobre la tierra, había caído bajo la mano de un obrero; me veía maltratado

por la muchedumbre, arrastrado a la cárcel y luego al patíbulo. Pero moriría feliz, pues había tomado venganza...

Sumido en tales pensamientos, pasé a lo largo del muelle del canal Kryukov, donde Tulupov me esperaba paseando arriba y abajo, junto a un farol de petróleo que esparcía una claridad difusa. Guardando todas las precauciones imaginables, penetramos en su casa. En un cuartito, sentados a la mesa, donde hervía el *samovar*, estaban reunidos el hermano de Tulupov, Grigori, el cajista Nikolái Belov y Vasili Petróvich Priyutov, sastre también.

Me decepcionó bastante el que hubiera sólo obreros, pues creía que todos los nihilistas debían ser estudiantes. Entre todos los miembros del grupo se destacaba el camarada Priyutov. Era, sin disputa, uno de los obreros más extraordinarios de su tiempo. No tenía aspecto proletario: era alto, delgado, con cara pálida e inteligente y ojos expresivos; por su formación intelectual y sus lecturas, más bien parecía estudiante, preceptor o artista. Nacido en el Sur, en Odessa, no había podido hacerse a la vida provinciana, en cuyo fango sentía hundirse poco a poco, y vino a Petersburgo, ciudad que atraía irremisiblemente a todo el que quisiera romper con el pasado. En seguida se puso en contacto con la juventud estudiosa y conoció marxistas, que por entonces empezaban a manifestarse, y también *naródniki*. Afilióse al partido *Naródnaya Volia*, y en 1893 fundó una imprenta ilegal en la isla Vasílievski, imprenta que dio señales de vida editando algunas proclamas revolucionarias. Priyutov era un *naródniki* terrorista convencido y reclutaba obreros para su círculo, que estaba a la disposición del *Naródnaya Volia* como una especie de avanzada de combate.

Estaba plenamente convencido de que si un obrero del grupo se decidía a arrojar una bomba contra el zar se lograrían con ello consecuencias incalculables. Después de tantos años de silencio e inmovilidad despertaría el país, temblaría el orden social hasta sus cimientos, se conmovrían los gobiernos; en suma, que el hecho abriría nuevos cauces al torbellino revolucionario. Propugnaba la teoría de Mijáilovsky sobre los héroes y la masa; no creía en la capacidad del proletariado para elevarse por sus propias fuerzas. Me dijo que le refiriese la trayectoria de mi evolución. Yo le referí mi soledad entre la grey humana, con cuya ayuda y

socorro mutuo no se puede contar, los sueños que había abrigado acerca de la religión y de la fraternidad cristiana, la pasividad resignada ante el mal, el amor de los enemigos, etc..., y cómo había sido miembro militante de la Liga de Abstemios. Le referí cómo luego, al convencerme de que no había Dios, de que todo aquello eran patrañas de los curas, después de ver cómo aquel Cristo contemplaba indiferente la inicua explotación humana: disminución constante del jornal, miles de niños de pecho que sienten secárseles en los labios la última gota de leche, miles de ancianos a quienes se les arrebató el último pedazo de pan..., cómo entonces había llegado al convencimiento de que es preciso luchar contra el mal y exterminarlo por todos los medios.

—¿Cuántos años ha tardado usted en libertarse del influjo de los popes y en llegar a la conclusión de que Dios no existe y que hay que combatir contra los ricos? —me preguntó Priyutov.

—Muchos años —le respondí.

—Vea usted. Hasta que nosotros convenzamos a los trabajadores uno por uno, pasarán muchos años, y aun tal vez no lo consigamos completo nunca. Sólo personalidades singulares de entre los obreros pueden, impulsadas por la venganza, aprestarse a una lucha para la cual no están maduras todavía las masas. Mucho más fácil es ganar pocos obreros para los grupos de combate, y sólo estos grupos pueden, por medio de atentados contra el zar y los ministros, acelerar el despertar del proletariado —me dijo Priyutov.

—Dadme una bomba —repuse—. Estoy dispuesto a arrojarla y morir luego... Kossolobov y Kupzov quieren también tirar bombas contra el zar y los ricos. Kossolobov y yo no hacíamos más que buscar nihilistas. Antes —continué—, cuando hacía caso a las palabras de los popes y de mi padre, creía que los nihilistas eran asesinos. Pero ya hace mucho tiempo que veo mi error. No son asesinos, no; son hombres audaces que intentan libertar al pueblo de la tiranía de los gobernantes y a ello sacrifican su vida.

—Camaradas —dijo Belov—: vámonos a la calle. Es peligroso hablar aquí; podrían acecharnos.

Fuimos por la calle Sadovaya, el monumento de Nicolás I, pasamos ante la catedral de San Isaac, cuya silueta negra se recortaba sobre el cielo oscuro como la grupa de un monstruo, y

volvimos por el muelle de Dvortsovyi. Era ya muy tarde; del lado del mar soplaba un viento crudo; el agua del Neva subía, amenazando al puerto de Galerny con las acostumbradas inundaciones. Mugía la corriente; los barcos anclados rechinaban al viento. Nos apoyamos en la barandilla de granito del muelle: a la izquierda, el Palacio de Invierno; a la derecha, más allá, en la extensa superficie del río, una mole amenazadora: la fortaleza de Pedro y Pablo. Todo ello: el río tenebroso, con sus olas espumeantes; los contornos sombríos de la fortaleza, la melodía de las campanas que a lo lejos cantaban sus cantos piadosos, todo ello producía una impresión siniestra.

Priyutov me decía entre tanto que no había un partido nihilista, sino uno socialista, el *Naródnaya Volia*, que, ayudado del terror, se proponía la liberación del pueblo.

—Pero los gendarmes conocen a todos los miembros del partido; todos ellos, siguiendo el camino de Zheliábov, y lo mismo usted, si se decide a ingresar, serán encarcelados, precipitados en aquellas mazmorras.

Su mano señalaba el palacio del zar, del monstruo tirano del pueblo, y también la fortaleza donde vivían muriendo los defensores de los oprimidos. A la escasa luz de los faroles fulguraban sombríos los ojos de Priyutov, cargados de odio, de anhelos de venganza contra el zar, contra los poderosos.

—Toda mi vida es una cárcel. La existencia no me atrae. No temo la cárcel, no temo los tormentos ni el cadalso —le respondí.

Quedó decidido mi ingreso en el cuerpo de combate del *Naródnaya Volia*, y Priyutov se encargó de presentarme a los demás camaradas. Nos despedimos. Lleno de dicha, por haber encontrado lo que tanto deseaba, me marché a casa. Abajo, en la puerta, me topé con una figura negra. Era Kossolobov, que me estaba esperando.

—Sascha —le dije—, he encontrado lo que llevaba tanto tiempo buscando. Pero no son nihilistas; hace mucho tiempo que no hay nihilistas. Son socialistas *naródniki*. Su ideal es lo que yo y tú hemos pensado muchas veces: quieren acabar con el zar.

—Estoy dispuesto —dijo Kossolobov.

Rara vez conseguí ver a los dirigentes del *Naródnaya Volia*, que eran intelectuales. Delegaban todo en Priyutov, pues éste,

por su inteligencia y su cultura, competía con ellos, a pesar de no ser más que un simple obrero, y actuaba siempre de agente mediador. Los *naródniki* concentraban todos sus desvelos en ciertas y determinadas personas, los «héroes», oponiéndolos a la masa perezosa e inculta; los tales héroes eran objeto de una especie de culto. Todos aquellos hombres, dotados de extraordinaria simpatía, y cuyo rostro les rebosaba inteligencia, me interesaban en el más alto grado y eran por completo de mi gusto. Recogía con veneración cada una de sus palabras sacrosantas, pues venían de los labios de unos seres excepcionales que se hacían solidarios del dolor de millones de hombres y odiaban fervorosamente al zar y a todos los opresores, seres, en fin, que arrebatában para los humanos el fuego de Prometeo. No cabe duda que amaban con toda su alma al pueblo ruso esclavizado, esto es, a los obreros y a los campesinos, que estaban dispuestos a arriesgarlo todo por la liberación de ese pueblo, por aliviar su suerte. El pueblo oprimido era, a sus ojos, una divinidad; por él vestían ropas de campesino y zapatos de corteza, sacrificando su vida y llegando hasta el caldoso. La intelectualidad rusa, para la cual el pueblo lo era todo, es un hecho histórico de gran interés. La historia no puede olvidar nunca la grandiosa hermosura de sus actos. Lleno de admiración evoco a estos hombres y repito sus nombres a los trabajadores de todos los tiempos:

«¡Gloria a vosotros!»

Antes de conocerlos en mí no había más que odio. Luego se despertó en mi alma el amor hacia todos los explotados y oprimidos. Quiero ser justo y declaro paladinamente que los intelectuales *naródniki* ejercieron un potente influjo sobre los intelectuales marxistas. En estos últimos predominaba la inteligencia sobre el sentimiento; a primera vista sospechaba uno de ellos que eran hombres de poca generosidad, de miras estrechas. Sólo más tarde, cuando hube de tratarlos de cerca, pude convencerme de que sus ideas eran más acertadas que las de los *naródniki*.

De entre los intelectuales *naródniki* trabé conocimiento con Aleksandr Alexandrovich Yergin y su mujer, Liubov Vladímirovna. Tiempo después, en la imprenta clandestina, conocí a la

camarada Alexandra Lvovna Katanskaya, a Katerina Preiss-Johannsen y al camarada Fedulov.

Desde el momento en que Priyutov y su círculo me abrieron su confianza, viví a merced de las nuevas impresiones. El peligro de ser encarcelado, que en todo momento acechaba el misterio que rodeaba nuestras entrevistas y conversaciones, la conciencia de no ser ya un grano de arena, un obrero de tantos, sino miembro de una organización de combate que se proponía acabar con los ricos y con el Gobierno, todo aquello era nuevo y seductor... La fábrica, con el estrépito de sus máquinas, el tomo, la escuela nocturna, la Física y la Química, las preocupaciones por la madre..., esto pertenecía ya al pasado. Yo sabía a ciencia cierta los riesgos que corría perteneciendo al grupo terrorista del *Naródnaya Volia*. Entre los obreros circulaban rumores estúpidos, imbecilmente exagerados, sobre la suerte que amenazaba a los socialistas. Ya mi padre y otros trabajadores contaban que los metían en las mazmorras de la fortaleza de Pedro y Pablo, mazmorras que luego inundaban. Después de ahogado el preso, se abría automáticamente el fondo de la celda y el cadáver caía al Neva. Según ellos, los socialistas estaban condenados a un fin horroroso e inevitable.

El que de todos mis camaradas más se entusiasmó con la teoría de los *naródniki* fue Vasili Kupzov. Por el contrario, Nikolaiev y Syroieguin estaban furiosos.

—Vasya, eres un loco —le decían—. ¿Por qué haces caso a Borovoi? No te dejará de la mano hasta que te contagie todas esas idioteces de que tiene llena la cabeza. Acabaréis en la horca los dos...

En otro tiempo había sido Kupzov gran conocedor de las sagradas escrituras; ahora leía con gran placer a Belinski, Chernyshevski, Dobroliúbov y otros literatos. Cuando, un año más tarde, me pasé a los marxistas, él se resistió a seguirme, agarrándose con extraordinaria tozudez a la teoría de los *naródniki*.

A partir de entonces perdí toda mi influencia sobre él.

Lo que más bien me hacía era la conciencia de no estar sólo, de tener amigos, camaradas en quienes poder confiarme. Aquella ley de fraternidad imperante en el círculo de Priyutov ejerció un gran influjo sobre mí. Era algo así como una pequeña comuna en

que todo era de todos. El bien absoluto, que en otro tiempo me parecía patrimonio de las primitivas comunidades cristianas, se realizaba aquí plenamente. Cada uno de nosotros pensaba en los demás camaradas con mayor afecto que si se tratase de hermanos camales. La vida estaba colmada de un íntimo interés espiritual. Y Priyutov era el alma del círculo.

Honda impresión arrebatadora producía sobre mí el ir juntos a la «Isla»<sup>9</sup>, o bien si en un bote nos lanzábamos mar adentro y, a solas con la inmensidad, entonábamos los cantos revolucionarios de los *naródniki* y también antiguos aires populares ucranianos. El sol estival como un disco de fuego, se hundía en el horizonte líquido; sus postreros reflejos sangrientos iban palideciendo poco a poco; en el cielo brillaban las primeras estrellas y la luna subía; las noches cortas se pasaban pronto y empezaba a clarear de nuevo. Yo, sin embargo, continuaba a merced de las nuevas y deliciosas impresiones.

De allí a poco nos comunicó Priyutov que a nosotros, como miembros de su círculo terrorista, nos estaba encomendada la comisión de un atentado contra el zar Alejandro III. Con este motivo se redoblaron las medidas de vigilancia y quedó decidido suprimir toda propaganda y agitación en la escuela y en la fábrica. Pensaba, además, Priyutov que yo, comprometido como estaba a los ojos de los popes, no debía aparecer más por la escuela y, mejor aún, abandonar la fábrica y buscar trabajo en otra parte. Tulupov se marchó de la escuela también en cuanto se hizo del grupo, por creer que allí no había ya campo para una ulterior propaganda. Aun cuando sólo faltaban unos meses para la terminación del curso y entonces obtendría un diploma—y todo eso es verdad que tenía un gran atractivo para mí—, me marché, sin embargo, pensando: «Después de todo, ¿para qué lo quieres? Si te has de ver pronto en la horca...»

Preparábamos el plan de un atentado contra Alejandro III. Cuando el zar iba a Gátchina, donde, según la frase de Marx, vivía prisionero de la revolución rusa, solía pasar por la perspectiva Voznesenski, una calle bastante estrecha. Priyutov, que ya de

---

<sup>9</sup> Arrabal de Petersburgo, situado en una isla, sobre el Neva.

mucho tiempo atrás llevaba discurriendo acerca de este atentado, trabajaba de cortador primero en una sastrería de postín, propiedad de un tal Blauschweld, cuya tienda residía precisamente en la perspectiva Voznesenski, número 41. Quedó decidido que uno de nosotros debía presentarse como parroquiano en la tienda, provisto de una bomba, el día señalado para el paso del zar. Priyutov se encargaría de entretenerlo, charlando, hasta el momento decisivo. A una señal hecha por otro de los camaradas desde la calle, Priyutov y su compañero se precipitarían a la puerta, arrojando la bomba. Caso de frustrarse el atentado, quedaban encargados de consumarlo, más adelante, los compañeros del círculo. Un gran inconveniente era la enorme cantidad de policías y guardias que a ambos lados de las perspectivas Voznesenski e Ismailovski se colocaban, formando dos cordones casi ininterrumpidos. El carruaje del zar, además, tirado por dos magníficos caballos, hostigados por el cochero gordo de anchas posaderas, pasaba a una velocidad inverosímil. A pesar del cúmulo de precauciones de que el zar se rodeaba, esperábamos que el atentado no se malograra. El día que el zar pasó hicimos una especie de supuesto táctico, asistiendo a la travesía confundidos entre los mirones; tan bien nos salió todo, que lamentamos luego mucho que el grupo del Naródnaya Volia no nos hubiera entregado una bomba. Y como ésta, desperdiciamos varias ocasiones favorables.

La explicación es ésta: el grupo terrorista, débil en número, no contaba con las simpatías de los intelectuales del partido, del apoyo de los cuales necesitaba; al mismo tiempo, su más poderoso enemigo, el marxismo, recién importado entonces en Rusia y ya potente, le hacía vacilar, así que no osaba organizar ningún atentado, y finalmente se decidió a aplazar el empleo del terror para otro momento más favorable.

Un día nos comunicó Priyutov que, en vista del giro que tomaban las cosas, debíamos emplear nuestras actividades por el momento en la organización de una gran imprenta clandestina. Por entonces se murió Alejandro III, sin esperar a las bombas de los terroristas. Murió de una nefritis provocada por su desmedida y notoria afición al alcohol. Tanto en su aspecto físico como en sus modales y género de vida, era Alejandro III la imagen fiel de un guardia de Seguridad. Todavía bajo el Gobierno de Kérenski

enseñaba el anciano conserje del palacio del Livadia (Crimea), residencia veraniega del zar, un enorme *nagaika* [látigo] capaz de fracturarlo, concienzudamente empleado, la columna vertebral a un mastín. El conserje contaba que con aquel *nagaika* solía azotar Alejandro a sus hijos. No es de extrañar que Nicolás, víctima, como todos los hermanos, de las salvajadas de aquel padre gigantesco y siempre borracho, manifestase instintos sangrientos. Y menos sorprendente es aún que aquella bestia coronada que azotaba a sus propios hijos con el látigo de los perros ordenase apalea a los campesinos por un motivo cualquiera.

El cadáver del zar alcohólico fue llevado de Livadia a Petersburgo y amortajado en la fortaleza de Pedro y Pablo. Setenta y dos horas ininterrumpidas, noche y día, permanecieron los súbditos fieles ante la fortaleza; formaba la muchedumbre una cola monstruosa de cerca de un kilómetro. Me hizo notar Priyutov que toda aquella multitud, esperando pacientemente el momento de besar el cadáver del tirano, del déspota cruel, era una prueba plena y palpable de su convicción sobre la cobardía de las masas, sobre la necesidad de buscar personalidades relevantes que se revolvieran contra la opresión, dispuesta a sacrificarlo todo y a emplear todos los medios para conseguir la liberación y la felicidad del pueblo esclavizado.

Las fábricas pararon en señal de duelo el día que enterraron al zar. Por las calles pululaban bandadas de curiosos. Seguían al ataúd representantes de todas las casas reales e imperiales de Europa. Yo le preguntaba a Priyutov por qué desaprovechábamos tan favorable ocasión de arrojar una bomba sobre toda la canalla coronada que se apiñaba espesamente a la cabeza del cortejo. Ocasión extraordinaria, en verdad, de reventar a dos docenas de verdugos. Priyutov insistía en que la cuestión del terror personal estaba descartada provisionalmente de la orden del día y que lo que interesaba por el momento era el modo de hacemos con una buena imprenta clandestina.

## La imprenta clandestina

La famosa imprenta clandestina de Lachta había sido fundada en 1893 por Yergin, pero funcionando en Petersburgo, en la isla Vasílievski. Aquel primer período de su existencia me es apenas conocido. Editaba por entonces, a lo que parecía, algunas proclamas en las que *Naródnaya Volia* manifestaba su existencia y proclamaba su decisión de proseguir encarnizadamente la lucha comenzada en el año 70 por el mismo partido contra el zarismo.

Antes de pasar la imprenta a nuestro grupo, bajo la dirección de Priyutov, estaba ya en tren de combate y trabajaba metódicamente. Según Priyutov, el gran mérito de la organización de la imprenta correspondía a Grigori Tulupov y a Nikolái Belov. Ineptos ambos para hablar en las reuniones, poseían, en desquite, dotes extraordinarias de organización. Hablaban poco, pero trabajaban mucho. Entregados en cuerpo y alma a la revolución, estaban en todo momento dispuestos a acoger sin titubeo los papeles más peligrosos, a realizar cualquier empresa jugándose la vida.

Tulupov examinó la máquina que había servido hasta entonces a los intelectuales *naródniki* para editar sus proclamas, máquina traída del extranjero salvando enormes riesgos, y constató que estaba fuera de uso, proponiendo, por lo tanto, construir una nueva de hierro, ésta más apropiada para trabajos de cierta monta y más apta asimismo para ser transportada. Con el fin de despistar a la Policía, dando a la cosa un tono inocuo, propuso que abriéramos un taller de cerrajería y sastrería, todo junto.

Para ello los hermanos Tulupov alquilaron una vivienda en el muelle del canal Kryukov, número 4/23. El portero, que no dejó de visitar a los nuevos inquilinos, se encontró en el portal con Grisha reparando cerraduras, mientras que el otro hermano, Misha, le daba sin descanso a la aguja ante la mesa larga de sastrería. De tiempo en tiempo se presentaban ciertos individuos en el taller, «parroquianos:», decía M. Tulupov. Al portero, a pesar de que recibía sus buenas propinas, no le hacía gracia aquel olor de misterio. Muchas veces, al oír los martillazos y el rechinar de la sierra, decía a M. Tulupov:

—Dígale a su hermano que no empiece a trabajar tan de mañana, porque los señores están durmiendo todavía.

Los martillazos y crujidos empezaban muy pronto porque Grisha quería tener preparada cuanto antes la imprenta. Y aunque carecía, en realidad, de la herramienta indispensable, trabajaba con tanta asiduidad y fervor noche y día, que en muy poco tiempo estuvo lista la obra: una imprenta capaz de editar regularmente folletos y proclamas en cantidad considerable, dadas las condiciones en que nuestro trabajo se desenvolvía. Las cajas, los tipos, la prensa, todo ello se desmontaba y se montaba en un instante, pudiéndose fácilmente disimular en los cajones de la cómoda. A la menor señal de alarma, tomaba el taller un aspecto completamente inofensivo. El portero, a pesar de que no los perdía de ojo, no veía más que a Grisha, armado de martillo y sierra, y a su hermano con paño y agujas. Se guardaba las propinas, y al encontrarse en la puerta con los «parroquianos», nos decía:

— ¡Estos sí que son buenos muchachos! No levantan cabeza; todo el día se lo pasan trabajando.

Nicolái Belov ejercía las funciones de regente y cajista. Trabajaba de día en una gran imprenta, y por la noche venía con los bolsillos llenos de tipos. A su cargo estaba el dirigir la parte técnica del trabajo. Grisha y su hermana Katia, la hermana de Priyutov, recién llegada del Sur, y el tenedor de libros Smirnov, a quien Priyutov había ganado para la causa, trabajaban a sus órdenes componiendo. El sacar los tipos de la imprenta era extraordinariamente difícil. Aparte de que tanto el gerente como el dueño ejercían una rigurosa vigilancia para que no robasen nada, hubiera sido en exceso comprometido que le hubieran descubierto con los tipos sustraídos, o simplemente que sobre él hubieran abrigado sospechas.

El trabajo en la imprenta clandestina era muy penoso, especialmente porque exigía un aislamiento absoluto del mundo exterior. Cuantas menos veces vinieran los camaradas encargados de la agitación y propaganda, menores eran las probabilidades de que la imprenta fuese descubierta. Nuestros tipógrafos tenían que trabajar meses y meses sin descanso, viviendo en dos cuartos angostos y bajos de techo, sin comunicación ninguna con la vida de fuera, sin desviar por un momento la atención de su monótona

tarea, respirando día y noche aquel aire cargado de emanaciones saturninas. Era peligroso salir aun de noche por las calles desiertas, ir al teatro. El obrero de una imprenta clandestina tiene que llevar una vida de anacoreta, presa a todas horas del temor de ser detenido, renunciando a los elevados goces del revolucionario, cuya existencia, a pesar de sus riesgos, encuentra sentido y encanto en sus aventuras. Aquella vida gris se les hacía muy penosa a los camaradas, por grandes que fuesen su decisión y su valor. Los más resistentes fueron Nikolái Belov y Grigori Tulupov. Nunca oímos de sus labios una queja. En cambio, Smirnov, «la artillería pesada», como le llamaba Priyutov por lo mucho que tardó en decidirse a compartir los trabajos revolucionarios, que parecían constituir para él una pesada carga, demostró su falta de carácter, atraído a todas horas de un modo irresistible por el mundo de fuera. Acababa de cumplir el servicio militar, donde había sido, me parece, escribiente. Un día, por fin, le dijo a Priyutov:

—No puedo estar aquí más tiempo; dame cualquier tarea, la que tú quieras, la más ingrata, pero sácame de este infierno de la imprenta.

Priyutov me encargó que le buscara trabajo en la fábrica donde yo estaba. Aunque «la artillería pesada» no conocía ningún oficio manual, era joven y sano, así que pensé en colocarlo, valiéndome de Matrioyin, el herrero mayor, en el gran taller de forja de nuestra fábrica. El capataz de este taller, un alemán llamado Braun, no admitía nuevos obreros más que por recomendación de Matrioyin. El tal Matrioyin, buen amigo de la bebida, rechazó primeramente mi proposición, aceptándola sólo después que le hube convidado a dos medios. Al ver delante de sus ojos las botellas se le enterneció el corazón, y dijo:

—Bueno, tráete mañana a tu amigo.

Habitaba yo entonces un sótano de casa obrera, a orillas del riachuelo Tarakanovka. Hoy día no existe el tal arroyo; en su lugar está la calle Tarakanovskaya, bastante ancha por cierto. Desde las seis de la mañana a las ocho de la noche brillaban enfrente las innumerables luces de la fábrica de tejidos de Mitrofaniev, y se oía el constante zumbido de sus máquinas. Detrás de ésta, la enorme «Fábrica Ruso-americana» de caucho llenaba el

aire, en una extensa zona, con la apesposa fetidez de la goma quemada. Y más allá otras fábricas y talleres; detrás del parque Katharinenhof, en la isla de Volny, estaban los talleres de Voronin, y había además otra fábrica que elaboraba abonos químicos de huesos. Las numerosas barcas cargadas de huesos y carne podrida y las estufas de cremación despedían tan insoportable olor, que yo nunca podía pasear por el parque Katharinenhof, pues sentía materialmente ahogarme, y no comprendía cómo los obreros de Voronin y las otras fábricas podían vivir en aquella vecindad.

Como el trabajo en la fábrica empezaba muy temprano, pasó la noche Smirnov en mi sótano, por no llegar con retraso. Tanto de madrugada como por la noche, las calles contiguas al canal Obvodny hormigueaban de obreros. La noche pasada en un cuarto, si así se puede llamar a aquel agujero estrecho y húmedo; el madrugón de las cinco, las caras terrosas de los tejedores con quienes nos cruzábamos, los torsos inclinados de los metalúrgicos, aquella sensación de prisa y de pasividad resignada ante su suerte que se leía en los rostros de los obreros, todo esto causó honda impresión en Smirnov. Entró pensativo en el taller, poniéndose con Matrioyin a la fragua. No acababa de sonar el último pitido de la sirena y ya estaban cargadas las forjas con hulla humedecida y dispuestas las llamadas estufas. Inmediatamente se pusieron en movimiento los correones y el ventilador empezó a zumbiar, las fraguas a vomitar llamas, y el ambiente se llenó de un humo espeso y cáustico.

A los pocos segundos empezó a funcionar el martillo pilón, cuyos golpes hacían temblar el edificio entero. Los carbones de la fragua, el hierro calentado al blanco, despedían chispas. Los forjadores, inclinados sobre el yunque, lo iban batiendo y dando forma, armados de enormes martillos.

—Dale, idiota —decía Matrioyin a Smirnov, que no sabía siquiera cómo tenía que agarrar el martillo—. Pero ¿qué manera es ésa de coger la herramienta? ¡Bragazas, ni siquiera te las manejas! ¡Habrás visto inútil!

Para no azorar más a Smirnov me marché. Cuando volví, tres horas más tarde, me lo encontré negro de hollín y bañado en

sudor, con todos los miembros tiritando de fatiga y las manos llenas de ampollas.

—¿Cómo puedo resistir esta vida? —me preguntó, enseñándome las palmas de las manos ensangrentadas.

—Vamos, imbécil, no te distraigas —le gritaba el herrero—. Dale al hierro, y no al yunque.

Smirnov trabajó hasta mediodía; al llegar la hora del descanso se marchó de la fábrica sin decirme ni pío. Estaba destrozado de cansancio. Apenas podía sostenerse de pie; los brazos y la espalda le dolían de un modo insoportable.

—¿Dónde está tu camarada? —me preguntó Matrioyin, abordándome furioso—. ¿Cómo te atreves a recomendarme tales haraganes, que no saben siquiera agarrar el martillo y escapan del trabajo?

—¿Es que no ha vuelto? —le pregunté.

— ¡Qué va a volver! ¡Así lo lleven los demonios!...

—Bueno, Matrioyin, no grites. A la noche te pagaré un medio.

Esto le tranquilizó. Smirnov, entre tanto, se dirigía a Priyutov a llorarle sus cuitas, describiéndole aterrorizado lo que en el taller había visto y sufrido. Cuando Smirnov volvió a la imprenta clandestina no rezongó, y ejecutaba cuanto le mandasen sin replicar palabra.

En cuanto a mí, rara vez iba por la imprenta; mi campo de trabajo estaba fuera. Me entrevistaba con Priyutov sólo de tarde en tarde; cuando era necesario iba a ayudarle. A veces, sin embargo, me pasaba días y días sin salir de allí. El portero tomaba por clientes a los camaradas que llegaban con papel de imprimir y salían cargados con paquetes de impresos ya dispuestos, y decía:

—Los muchachos trabajan a conciencia y ganan dinero.

A veces, por recomendación de Priyutov, paseaba yo horas y horas a lo largo de la calle Zvenigorodskaya, donde él vivía, pues en su casa teníamos el depósito de folletos y papel, examinando atentamente a los camaradas que iban y venían cargados de allí a la imprenta. Un día, mientras paseaba de arriba para abajo, en acecho de un peligro posible, vi subir al trineo a un joven coronel de la Guardia, que vivía en un extremo de la calle, junto con su mujer. El suntuoso trineo, los caballos magníficos, el cochero

gordo, la mujercita bien vestida y cuidada, todo, en fin, daba una sensación abrumadora de riqueza. Aquella risa descuidada y feliz, su aspecto sano, removieron lo más hondo de mi ser, haciendo hervir los viejos sedimentos de odio. Me acordé de mi padre, con sus costillas rotas por la brutalidad de un coronel como éste; de mi madre, que había malgastado su juventud sirviendo a tales damas; de mi vida entera llena de privaciones y miserias. Sin poder dominarme, envolví a la feliz pareja en una mirada de aborrecimiento. Viendo mi gesto, que nada bueno prometía, la damisela dejó de reír y se abrazó a su marido con expresión de horror, como buscando amparo contra un peligro inminente, en tanto el coronel no hacía más que repetir todo cortado:

—No tengas miedo, no tengas miedo.

En un instante me di cuenta perfecta de que me había dejado arrastrar demasiado lejos por mi odio, y, aprovechando la confusión del coronel, me esfumé por una callejuela diagonal, sin darle tiempo a llamar a la Policía.

Antes de dirigirnos a la imprenta solíamos entrar en la inmediata iglesia sinodal, si había oficios divinos a aquella hora. Allí nos reuníamos con Grisha y su hermana. Si nos decían que el aire estaba claro, íbamos a la imprenta.

—¿Han rezado ustedes bien? —preguntábales el portero, al verlos venir de la iglesia—. Así me gusta; ustedes son buenos muchachos, trabajadores, que no beben, como tantos que hay. Pero empiezan demasiado temprano a darle al martillo, y luego, por la noche, hay que ver si aprovechan... ¿No podrían golpear un poco más bajo? Porque ya se han quejado los señores de la casa. De día pueden hacer lo que quieran; pero por la noche deben ustedes descansar y dejar descansar a los demás. No hay que ser tan ambiciosos y darle tiempo al tiempo.

A partir de entonces, decidimos trabajar de día lo más que pudiésemos y metiendo poco ruido. Para no despertar sospechas, quedó decidido que viviríamos otro poco de tiempo en la casa. La imprenta no descansaba. Se editaron: *Miseria real*, *Lo que debe saber todo obrero*, *Los tejedores*, de Hauptmann; *Svan el idiota*, *Sobre la represión*, de Lenin, etc... Trabajaban ahora en la imprenta Grigori y Mijaíl Tulupov, Priyutov, su hermana Katerina Petrovna Priyutova, Nikolái Belov, Smirnov y Vasili Kupzov. Si el

trabajo era de mucha urgencia, acudíamos también Kossolobov y yo. A raíz de ser encarcelado Yergin, encerróse como un cenobita en la casa Fedulov, un intelectual, miembro del *Naródnaya Volia*. Estaba casado con la hija de un terrateniente millonario; había venido directamente de las minas de hulla del Donetsk a Petersburgo. Todo su aspecto era el de un verdadero señor. Representaba, por decirlo así, el tipo de los intelectuales *naródniki* y defendía con tesón las viejas tesis del partido. Trabajaba a la vez en la imprenta como redactor y corrector de pruebas. De cuando en cuando aparecían por allí «Liubochka» (esto es, Liubova Vladímirovna Yergina), Katanskaya, Katerina Preiss-Johannsen y otras.

Al abandonar los talleres de la estación de Varsovia estuve mucho tiempo sin encontrar ocupación. A la puerta de cada fábrica se agolpaba una muchedumbre de parados forzosos. Pasaban altivos los capataces por entre esta multitud desharrapada; ellos, humildes, se quitaban la gorra, suplicando:

—Señor capataz, ¿no necesita usted un tornero? ¿No necesita un cerrajero?, etc...

Eran tiempos difíciles; sólo unos pocos privilegiados encontraban ocupación. La mayor parte volvían a sus casas desesperanzados, sin dinero y sin medios de adquirirlo para poder vivir. Y un día y otro salía yo a las cinco o las seis de la mañana y volvía por la noche sin conseguir nada, como los demás. Ya me pesaba haber dejado mi antigua colocación. En ser readmitido no había que pensar, ya que en los últimos tiempos no sólo no me había conformado con aquella disminución del salario, sino que había exigido que me lo aumentasen. Poco antes de marcharme había tenido tales rozamientos con Nebel y con su dependiente Vitkovski, que uno y otro se sentían quitado un peso de encima con mi salida de la fábrica.

En mis horas libres devoraba literatura revolucionaria, así como también libros permitidos que me proporcionaban los *naródniki*. Viva impresión me causó el primer escrito ilegal que leí. Se titulaba *Un mecanismo astuto*, y era una exposición brillante y muy comprensible de cómo los impuestos indirectos recaían única y exclusivamente sobre el campesino, al que arruinaban; contenía, además, hábiles dibujos que representaban al zar,

sus generales y sus ministros de bandidos; la zarina, una prostituta con corona a la cabeza. Todo aquello se grabó bien en mí. Poco antes había estado en el museo, contemplando obras de Van Dyck, de Rembrandt y Rubens; pero todos estos cuadros palidecían ante la sencillez grandiosa del «mecanismo astuto».

En cuanto me quedaba solo en casa, abría mi estante y desplegaba ante mí toda la galería sin cansarme de mirarlos. Lo que más me chocaba era que el autor se atreviera a llamar ladrón al zar, a decir la verdad sobre aquella persona sagrada para los más, a quien, según los popes, había que adorar como a Dios hecho carne.

Después leí *Lo que no se sabe de Rusia*, de Stepniak; el *Calendario del Naródnaya Volia*, *Cambio de patria*, y con estas lecturas se afianzaba en mí la conclusión de que lo único que estaba a mis alcances era arrojar una bomba contra cualquiera de los verdugos y morir luego. Lo que menos me había gustado siempre del Naródnaya Volia era el modesto papel que asignaba a las masas. Todo su interés estaba por los «campesinos», aun cuando como tal colectividad se les considerase gente conservadora y perezosa. En cuanto a los «héroes de la revolución», se reclutaban entre la «sociedad»<sup>10</sup>, que socorría al mismo tiempo a los revolucionarios con dinero, habitaciones y ayudándoles a ocultarse de la Policía.

### **Mi primer encuentro con marxistas**

Priyutov mantenía relaciones con intelectuales marxistas; un día, en su casa, conocí a uno de éstos. Asistí a la discusión entre el marxista y Priyutov, y aquella teoría socialista, desconocida para mí hasta entonces, y según la cual el proletariado jugaría el papel histórico decisivo en el futuro desenvolvimiento de la sociedad, despertó involuntariamente mi interés. Aun cuando Priyutov hablaba en tono despectivo de los socialdemócratas, calificándolos de secos materialistas, que no hacían sino dar largas al

---

<sup>10</sup> Con la «sociedad» se aludía en Rusia, por entonces, a los medios liberales no adheridos al zarismo ni a su burocracia. | Nota de Ediciones Mnemosyne.

aniquilamiento de la autocracia, yo trabé conocimiento con ellos gustoso.

A partir de entonces leía, además de los escritos de los *naródniki*, literatura marxista. Cuando Priyutov se dio cuenta de que yo me interesaba por la teoría marxista, me dijo:

—Ten cuidado con esos socialdemócratas. Son espíritus secos, de limitados horizontes. Aplazan la caída del zarismo para un futuro incierto. Defienden los pequeños intereses del proletariado, ignorando en absoluto a los campesinos y a la «sociedad»; por eso su campo de acción es muy reducido. No se recatan, además, lo suficiente para conspirar, pues saben que son menos peligrosos para el Gobierno que los *naródniki*. Si mantienes con ellos un trato frecuente, corres peligro de que la Policía te descubra.

—¿Por qué les permites entonces venir a tu casa? —le repliqué.

El marxista Iván Andréievich Shestopalov era estudiante del Instituto Lesnoy y miembro de la Unión de Lucha para la Emancipación de la Clase Obrera.

—Quisiera saber en qué consiste la diferencia entre vuestra doctrina marxista y la de los *naródniki*; pero temo tratar con vosotros porque me han dicho que sois poco precavidos en vuestra actividad revolucionaria—le dije a Shestopalov un día que salimos juntos de casa de Priyutov.

—Le mandaré a usted un compañero que no está vigilado por la Policía —me respondió—. Él se lo explicará todo y le dará literatura de la nuestra.

De aquel momento datan mis relaciones con los marxistas. Un día se presentó en mi sótano un estudiante del Instituto Lesnoy, pálido y flaco, Iván Shevisenko [?]. Me entregó el folleto de Plejánov *El obrero ruso ante el movimiento revolucionario*, los *Discursos del comunista Varlin* y los *Discursos del obrero Peter Alexéyev*. Estos escritos fueron para mí un aguijón; desde entonces me di sin descanso a reflexionar sobre el modo de encontrar una salida en aquel laberinto. Mientras había sido creyente, mi vida espiritual se deslizaba sin complicaciones. ¿Qué podía significar para mí la tristeza monótona de mi existencia terrena frente a la vida eterna en los jardines paradisíacos? Envuelto en aquella atmósfera de religión, mi ideal era la muerte, no la vida.

Luego había empezado a dudar de la existencia de la divinidad, hasta llegar a la absoluta persuasión de que no había Dios ni diablo, paraíso ni infierno. Aquella sensación ardiente de vergüenza, la plena conciencia de que los trabajadores éramos víctimas de un monstruoso engaño, me sumían en la desesperación. También más tarde, al ingresar entre los *naródniki*, anhelaba la muerte más que la vida. Perpetuamente resonaban en mí las palabras de Shelley: «¡Qué hermosa es la muerte!» Morir con una bomba en la mano, tomando venganza contra la mentira, contra la opresión. Aquel orden futuro socialista de que hablaba el programa del *Naródnaya Volia* se me aparecía como algo oscuro, nebuloso y muy lejano.

A pesar de mi juventud, mi vida dura, llena de sufrimientos y de privaciones y aquel íntimo impulso que en mi espíritu bullía, me lanzaban por el camino de la muerte. Al ingresar en el *Naródnaya Volia* me sentía, en cierto modo, feliz; feliz, esperando el momento de vengarme y desaparecer inmediatamente de la tierra.

Pero lo mismo que antaño las dudas sobre Dios, me robaba ahora la tranquilidad aquella incertidumbre sobre la justeza de las doctrinas de los *naródniki*. Quería, eso sí, sacrificarme, protestar contra la mentira, ofrecerme en holocausto del proletariado; pero las construcciones teóricas del *Naródnaya Volia* me iban pareciendo poco a poco otro engaño no menos monstruoso, una refinada falsificación de la verdad, otra mentira más al pueblo. El mismo Priyutov concedía que las masas, después de hacer la Revolución francesa y de haber hundido a los reyes luchando por la libertad, la igualdad y la fraternidad, habían sido engañados miserablemente, y la primera víctima de este engaño había sido el proletariado de todos los países.

Del mismo modo que la química descompone en sus elementos originarios los tejidos animados e inanimados, así el marxismo analizaba las ideas básicas de los *naródniki*, sus mitos del «pueblo» y los de los «campesinos». El «pueblo» era la divinidad, en cuyos altares oficiaban los *naródniki*. Y este «pueblo» estaba integrado por ricos y pobres, por abejas laboriosas y zánganos, por terratenientes, capitalistas, campesinos y obreros. Los *naródniki* sustituían la arbitrariedad del zar por la voluntad del

pueblo. Pero ¿quién garantizaba que la voluntad de este «pueblo» no sería la voluntad de los capitalistas, como había ocurrido en Francia? «Si no queréis que se repita la farsa de la gran Revolución francesa —decía el marxismo a los obreros—, es necesario que forméis un partido, un verdadero partido de clase, y que luchéis por los intereses de este partido.» El «pueblo» está formado por clases, con intereses antagónicos; la burguesía y la aristocracia buscan la manera de oprimir al proletariado; el interés del proletariado debe ser, por lo tanto, acabar con la opresión capitalista. Los *naródniki* pretenden apoyarse en los «campesinos»; pero bajo este epígrafe común de campesinos están comprendidos: primero, la burguesía aldeana; luego, la clase media labradora, y por último, el proletariado rural.

—Vuestra media docena de obreros —decía Priyutov— no son nada comparados con los millones de campesinos.

Pero el desenvolvimiento económico del país traía de la mano una proletarización cada vez más intensa de la pequeña burguesía, y así el proletariado iba aumentando más y más, llegando, con el tiempo, a ser la clase más potente en número. El partido del proletariado se convertiría poco a poco en el partido de la mayoría de los oprimidos.

De este modo destronaba el marxismo la vieja divinidad de los *naródniki*, constituida por el «pueblo» y los «campesinos» maridados en un todo unitario. También por lo que concierne a la implantación del sistema socialista envolvían la cuestión los *naródniki* en una fraseología nebulosa y abstracta, en tanto que el marxismo lo explicaba claro como la luz del día; para ellos la realización del socialismo era el más alto estadio del ciclo económico, basado en el desarrollo de la técnica industrial.

En este ciclo estaba comprendido el capitalismo ruso, que entonces empezaba a apuntar. De la mano con él, se desarrollaban telégrafos, teléfonos, ferrocarriles, escuelas técnicas. Este desenvolvimiento traía consigo el despertar de la más oprimida de todas las clases, del proletariado, cuyas filas engrosaban más y más y se preparaban a la lucha contra la burguesía. Al proletariado estaba reservada la misión de acabar con la burguesía y con toda aquella vieja sociedad fundada en el antagonismo de clases. Esta

teoría se destacaba con claros contornos en oposición a aquella vaguedad programática del *Naródnaya Volia*. ¿Qué es, en realidad, el *Naródnaya Volia*?, me preguntaba yo. Y contestaba el marxismo: «No es más que un partido de pequeña y alta burguesía que, si llega al Poder alguna vez, oprimirá como los demás al proletariado.» ¡Luego es un partido de la mentira! Y aunque los *naródniki* recusen a Dios y a la religión, ¿qué diferencia hay entre ellos y los popes?

### **Ingreso en la Unión de Lucha**

Un día le dije a Priyutov:

—Sabes, Vasili Petróvich, y no te me enfades, que me parece que los socialdemócratas van más encaminados que los *naródniki*. Porque, en realidad, ¿qué diferencia existe entre éstos y los popes? Examinando las cosas a fondo, todo es una y la misma mentira. Solamente los marxistas, al tratar de crear un gran partido proletario, abriéndoles los ojos a los trabajadores, nos muestran el camino verdadero para llegar al socialismo.

—Los hombres a quienes llamas mentirosos —me replicó Priyutov— están dispuestos a todas horas a probar con acciones su devoción hacia los oprimidos. A mi modo de ver, son mucho más mentirosos los marxistas, puesto que predicán la lucha por minucias, aplazando el momento de derrumbar la autocracia.

Gracias a Fiódorov logré ser admitido en la fábrica de Semionov. Como despreciaba a los bebedores y abominaba de la taberna, odiando a todos los que inducen al pueblo al goce del alcohol, me negué a pagar, como era uso, la convidada al entrar en la fábrica. Creía combatir, haciendo aquello, los prejuicios y usos perniciosos de los obreros. Pero ellos no comprendían la significación de mi rasgo. Todos los que me rodeaban eran empedernidos bebedores, tipos a la antigua, y empezaron por ello a «apretarme las clavijas», esto es, me declararon una guerra no por disimulada menos feroz. Todo aquél que a la entrada se resistiera a pagar había tenido que marcharse o había sido expulsado, debido a sus tretas. Yo, por no ser menos, tuve que marcharme sin haber conseguido ganar un solo adepto al socialismo. El despido esta

vez no me afectó gran cosa, por ser aquélla una fábrica de maquinaria de precisión, y yo venía de los talleres de ferrocarriles, donde exigían un trabajo más tosco y menos exacto.

Kossolobov, empleado entonces en la fábrica de la «Sociedad Franco-rusa», en casa de «Berti», como decían los obreros, ganó allí dos adeptos para nuestra causa: Peter Vinográdov y Mijaíl Payanen. Este Payanen, de origen finlandés, me proporcionó ocupación en la misma fábrica.

La fábrica del ingeniero Semionov construía maquinitas para la confección de bolsas de cigarrillos emboquillados. Muy al contrario, en el taller de Berti se construían enormes cruceros y, a su medida, máquinas de vapor para barcos de gran tonelaje. Entre los obreros corría la leyenda de que esta fábrica funcionaba ya bajo el reinado de Pedro el Grande. Antes del decreto de emancipación, eran siervos los que trabajaban en ella. Mientras que en las otras fábricas se hacía notar la influencia de Alemania y de Finlandia, allí dominaba el espíritu clásico ruso. Espíritu que a mí me era antipático en sumo grado; muchas veces al día citaba las palabras del poeta: «Rusia, su genio y su arte, vértigo y *knut* en una pieza.» Allí era sencillamente obligatorio lo de la convidada. Enfrente de las puertas de la fábrica, al otro lado del riachuelo Priashka, en sendos rincones de la calle, se ofrecían tentadoras dos tabernas. A pesar del sinnúmero de guardianes, que de un modo brutal y humillante registraban a los obreros a la salida, se llevaban los borrachos de la fábrica recortes de latón y azófar. Las viejas máquinas de vapor de Berti eran producción nacional rusa; cuando se ponían en movimiento armaban un estrépito comparable al de los talleres de la estación. Los bancos del torno parecían viejas carretas aldeanas fuera de servicio. En cuanto hube entregado el trabajo de prueba se vinieron a mí los viejos:

—¿Cuándo va a ser?

Igual que en casa de Semionov, me negué a convidar a aguar-diente.

—¡Ah! ¿Conque sí? Ya te acordarás de nosotros, hermanito.

Pero aquí no tenía ningún miedo. No estaba solo; tenía a mis amigos: Payanen, Vinográdov y Kossolobov.

Leí entonces *El Programa de Erfurt*, de Kautsky, así como la obra, de Kautsky también: *Doctrinas económicas de Marx; El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado*, de F. Engels, ya lo conocía. Con ello se afirmaba más y más en mí el convencimiento de que el marxismo revolucionario no sólo proporcionaba una visión exacta del mundo, explicando en sus leyes el desenvolvimiento de la sociedad humana, sino que brindaba, además, al proletariado el arma adecuada para luchar contra la burguesía, con ayuda de la cual lograría libertarse y libertar a la Humanidad toda, víctima de la esclavitud y de la miseria. Un día le dije a Priyutov:

—Vengo a comunicarte que estoy desengañado del *Naródnaya Volia*, y que me paso a la Unión de Lucha.

—Está bien— respondió fríamente—, pero te aconsejo que no rompas del todo con nosotros. El grupo del *Naródnaya Volia* ha llegado a un acuerdo con la Unión de Lucha. Editaremos en nuestra imprenta sus escritos. Aquellos de los *naródniki* que han renunciado al terror conceden gran atención al trabajo entre el proletariado. En realidad, abandonan sus antiguas posiciones, acercándose más y más al marxismo.

Poco más o menos, esto mismo me dijo Fedulov, el intelectual. No pudiendo por menos de reconocer que el marxismo, apoyándose en el trabajo legal, marchaba a la victoria, suspiró penosamente y dijo:

—Con la renuncia al terror y el tránsito al trabajo entre las masas, toca a su fin el periodo heroico de la revolución rusa.

Aunque desde 1895 compartía yo los puntos de vista de la socialdemocracia, ingresando en la Unión de Lucha no rompí mis viejas relaciones con la imprenta de los *naródniki*, pues, bajo la impresión del éxito del trabajo legal, el arraigo de las huelgas y el giro total que iba tomando el movimiento obrero en Rusia y en Europa, el grupo del *Naródnaya Volia*, y Priyutov con él, se acercaban más cada día a la socialdemocracia.

La fábrica «Franco-rusa» estaba entonces preparando las nuevas máquinas gigantes para el acorazado Sebastopol, que estaba en reparación en los astilleros. No se trabajaba ya a destajo en ninguna parte. Descontentos, sin embargo, con la disminución del jornal, enviaron los obreros un delegado al ayudante del

director, suplicando ampliase la jornada de trabajo con horas extraordinarias, hasta las nueve de la noche. A fin de ganar más, eran los mismos obreros los que pedían la prolongación de la jornada. Nuestro círculo, constituido por Kossolobov, Vinográdov, Payanen y yo, decidí sacar a luz una proclama tratando esta cuestión. La Unión de Lucha compuso e imprimió una hoja en la que se explicaba la significación de una jornada corta de trabajo y planteando otras reivindicaciones económicas.

Partiendo de la base de una carencia absoluta de libertades políticas en el país, la Unión de Lucha utilizaba el sistema de hojas volantes para ponerse en contacto con la clase obrera y hacerles conocer sus intereses, las exigencias que en cada momento podían explanar, único camino posible para las masas. Aquellas proclamas explicaban cómo los intereses del proletariado son en un todo opuestos a los intereses de los patronos, que los obreros deben exigir una jornada corta y un salario más alto, que deben agruparse en Asociaciones, etc...

Aquellas hojas aparecían en la fábrica sin que nadie supiese qué mano las había llevado allí. Escritos semejantes se difundían también en el Sebastopol, donde había un gran número de bati-dores de cobre y cerrajeros reparando averías. La tarea aquella de difusión de nuestras hojas no era tan sencilla como puede parecer hoy. La fábrica se abría quince minutos, o veinticinco cuando más, antes de empezar el trabajo. En tan corto espacio de tiempo había que burlar la vigilancia de los encargados, correr a todas las secciones de la fábrica y repartir por allí las hojas. Para ello tenían una habilidad especial Vinográdov y Payanen. En cuanto se descubrieron las hojas volantes en el Sebastopol, donde por aquel entonces también había marineros, fue despedido de la fábrica Vinográdov. Temían, especialmente, las autoridades que llegasen las proclamas a manos de los marineros de la flota militar.

Mijaíl Payanen era finlandés, nacido en Petersburgo. Mucho tiempo había estado influido por el partido burgués de jóvenes finlandeses. Una vez convertido al marxismo convirtió también a su padre, obrero de la misma fábrica, que en tiempos de Nicolás I, en una gran crisis de hambre en Finlandia, había venido de la

ciudad de Serdobsk a Petersburgo. Tanto el padre como el hijo nos prestaban notables servicios.

Mijaíl Payanen tuvo un trágico fin, poco después de ser yo encarcelado. Se le encontró en territorio finlandés, más allá de la estación de Belostrov, en la vía, arrollado por un tren. Muchos camaradas sospechaban que un tío suyo, enamorado de la mujer de Mijaíl, una bella finlandesa, le había empujado de la plataforma del tren. El hecho es que al poco tiempo el tío se casaba con la finlandesa.

El director de la fábrica de Berti era un francés. Usaba lentes, chistera, tenía una hermosa panza, buena papada, un morrillo reluciente y una enorme nariz de águila. Nunca en mi vida, ni aun después, cuando azares de la suerte me han llevado a Francia, he visto franceses tan gordos. Debía, sin duda, toda su grasa al pan de nuestra tierra y a la opresión a que sometía —igual, por lo demás, en esto a todos los de su casta— a los pobres obreros rusos. Le gustaba hacerse respetar. En cuanto aparecía se descubría todo el mundo y saludábanle, más que humildes, enservilecidos. Yo le evitaba cuanto podía. A veces, sin embargo, me encontraba con él al salir, junto con todos, de la fábrica. A la vista de aquella panza y de aquel rostro abotagado no podía saludarle, aunque quisiera, y calculaba el odio que irradiarían mis pupilas inflamadas al encontrarse mi mirada con la suya. En tales momentos tenía que hacer grandes esfuerzos para contenerme y no saltarle al cuello, tumbarle en el suelo y patearle la panza.

Por entonces oía yo de los batidores de cobre, muy descontentos con la reducción de los jornales, que, en venganza por aquella opresión, a muchos barcos de guerra les dejaban las chapas del casco mal remachadas, de modo que se hundieran inevitablemente al primer cañonazo enemigo. Ejemplo de esto puede ser el acorazado Gangut, que ni aun los ejercicios de tiro resistió, yéndose a pique en no sé qué parte de la costa finlandesa.

Como, a pesar de todas las medidas de vigilancia, encontré una nueva hoja en el Sebastopol, en la que, además de las reivindicaciones económicas, se plantaban también exigencias políticas, y principalmente la caída del zarismo autócrata, la Dirección de la fábrica se vio presa de una gran agitación.

—Nunca, hasta ahora, ha puesto el pie un traidor en un barco de guerra ruso —decía al día siguiente un oficial de la Armada—, y ahora se difunden hojas como esta en un buque de su majestad...

El ayudante del primer capataz, Karl Ivanovitch, un alemán bondadoso, se ganó una rociada por haber admitido en la fábrica obreros capaces de repartir proclamas; Karl Ivanovitch hizo saber secretamente a Payanen padre que sería preferible que «el tal Shapovalov» se esfumase de la fábrica, antes de que las cosas pasasen a mayores. Esto mismo me aconsejaron los dos Payanen. Y el buen Karl Ivanovitch me dio unas líneas de recomendación para un amigo, sueco, capataz en la fábrica de Lessner.

Este cambio de lugar en el trabajo hizo mi vida más fatigosa aún y más difícil. La fábrica estaba en el barrio de Víborg, junto al puente de Sampson. Yo vivía en el ángulo que hace la perspectiva Sabalkanski con el canal de Obvodny. Para llegar al barrio de Víborg tenía que pasar el puente de Liteiny, sobre el Neva, antes de las seis de la mañana, pues entre seis y siete se abre el puente para dejar paso a los barcos. El primer tranvía de caballos llegaba a las ocho, así que tenía que hacer a pie todo el trayecto, igual que los demás obreros. Era forzoso levantarse a las cuatro para poder llegar a tiempo al puente de Liteiny. La vuelta, a las nueve de la noche, la hacía ya en tranvía, y apenas engullía la mísera cena otra vez a correr fuera de casa a entregarme a los trabajos revolucionarios. No me quedaba materialmente tiempo de dormir, y luego, ya se sabe, levantarme de nuevo, vestirme de prisa y corriendo, beber una taza de té y correr por las calles, nevase o hiciese sol.

Todo obrero conoce la sensación de levantarse de madrugada después de una noche en vela y atravesar a pie las calles de la ciudad dormida, sumida en un crepúsculo gris, para ir al trabajo. Ni un alma encuentra uno. Silencio de muerte. Los ruidos cotidianos de la gran urbe enmudecen a esta hora. Solamente los guardias, fieles mastines de los ricos, permanecen en sus puestos velando el sueño de las gentes dichosas. Un odio primitivo, salvaje, se despertaba en mí al cruzar, medio muerto de fatiga, bañado en sudor, las calles de la ciudad dormida, al acercarme al Neva, en cuyas riberas se levantan los palacios de los príncipes y

potentados; al contemplar la fortaleza de Pedro y Pablo, destacándose como una enorme mancha oscura sobre la orilla opuesta del Neva, en cuyas mazmorras sabía yo que agonizaban los campeones de la libertad. Y al toparme con carruajes, donde volvían de sus orgías alegres bandas de trasnochadores, me sentía más profundamente víctima de la injusticia dominante. En tanto que yo me enganchaba al trabajo, enfermo, fatigado, sin poder apenas tenerme de pie, volvían a reposar estos hombres y mujeres sanos y felices, para quienes la existencia era una fiesta ininterrumpida. Y en medio de aquel odio rabioso, irreconciliable, contra los ricos, lucía para mí una estrella de esperanza. De la teoría marxista, que ya me era familiar, sacaba el firme convencimiento de que llegaría un día en que el proletariado tomaría venganza, y aquella explotación inhumana del obrero por el capitalismo tendría un fin. Pasado el Neva, ya en el barrio de Víborg, solía tumbarme en un banco a dormir un poco, esperando la señal de la sirena. Hasta que un guardia, al divisarme, venía y, sacudiéndome por un hombro, decía:

— ¡Arriba! Aquí está prohibido dormir.

En cuanto a las reuniones de nuestro círculo, eran muy diferentes de las actuales asambleas de tipo parlamentario, con su presidente y su orden del día: entonces no teníamos ni sospecha de tales usos.

El tiempo que pasé en la fábrica de Lessner transcurrió con bastante monotonía. Los obreros finlandeses, en su mayor parte, estaban sometidos al influjo del partido chauvinista finlandés y odiaban todo lo que fuera ruso. Llamaba la atención el hecho de que en aquella fábrica no robase nadie, al contrario de lo que sucedía en las otras, donde preponderaba el elemento ruso. Los obreros finlandeses tenían muy vivo el sentimiento de solidaridad. Todas sus relaciones descansaban sobre la base de una mutua confianza. Nadie robaba a nadie las herramientas, los cajones estaban abiertos. Nada más entrar en la fábrica parecía que se encontraba uno en Finlandia, y eran las costumbres finlandesas las que daban el tono a la vida. Dada la hostilidad entre unos y otros, no les gustaba a los rusos trabajar en aquella fábrica. En comparación con estos hombres reposados y estirados, los rusos parecían haraposos, intranquilizadores y hasta un poco ridículos.

Por la mañana, al levantarse, el obrero finlandés bebe su café negro mezclado, mitad por mitad, con vodka. Cosa extraña, los finlandeses experimentan una singular simpatía por el vodka ruso. Como en la fábrica estaba prohibido fumar, todo finlandés, luego de haber comido el pan con manteca del desayuno, se cogía sus buenos bocados de tabaco barato de mascar y se estaba hasta mediodía sin levantar cabeza. El capataz primero, un sueco, y su ayudante, vigilaban con especial severidad a los escasos rusos que allí trabajaban. Pocos de entre ellos eran obreros cualificados, sino que hacían trabajos de ocasión —taladrar, cortar hierro—, y, a pesar de todas las prohibiciones, se las arreglaban para fumar en la fábrica, aun cuando fuese escondiéndose debajo de los bancos de trabajo. El capataz primero, dotado de un olfato excelente, enseguida notaba de dónde venía el humo, y si atrapaba a un ruso fumando lo abrumaba de injurias a cuál más sucias y monstruosas, imponiéndole despiadados castigos. Si alguna vez se descubría un robo, sin más averiguaciones, se buscaba al culpable entre los rusos.

Aunque también en esta fábrica se repartían hojas volantes, mi agitación fue por completo estéril. Iba, a la vez, teniendo más conocimientos sobre los miembros del grupo. Aparte de dos intelectuales, cuyos apellidos y nombres de combate he olvidado, conocí al camarada Hoffmann<sup>11</sup> y a Silvin. En mi cuartito de la calle Divorianskaya se reunieron Kossolobov, Kupzov, Vinogradov, Payanen y Drozhzhin a oír una conferencia de M. A. Silvin, acerca de las diferencias entre la doctrina marxista y la de los *naródniki*, cosa que nos interesaba mucho. Al terminar la conferencia hubo un cambio de impresiones, en el que todos los presentes reconocieron su alejamiento de los *naródniki*, haciendo suyas las doctrinas de la Unión de Lucha. De los obreros que pertenecían a nuestro grupo conocía yo entonces a la camarada Zhe-liábova y a Antushevsky. A ambos fui presentado con el nombre de Shapuval.

A la vez, ensanchaba el círculo de mis conocimientos sobre doctrina marxista. Leí el *Manifiesto comunista*, de Marx y Engels; los *Fundamentos de la ideología naródniki*, de Volguin;

---

<sup>11</sup> Por sobrenombre, «Iván Fiódorovich».

*Sobre el desenvolvimiento de la concepción materialista de la Historia*, de Beltov<sup>12</sup>, libros estos dos últimos que tuvieron gran resonancia entre los intelectuales que se preocupaban por la política. El influjo de N. K. Mijáilovsky y de los demás *narodniki* era cada vez más débil. Con motivo de la aparición del libro de Volguin y de la réplica poco convincente de Mijáilovsky, el grupo del *Naródnaya Volia* hizo un viraje, separándose de sus antiguas direcciones y acercándose más y más a los marxistas.

El camarada Antushevsky me proporcionó un número de la revista marxista *El Socialdemócrata*. Los artículos de Plejánov acerca de las obras de G. Uspénski ejercieron un gran influjo sobre mí. Por otra parte, Priyutov me había encarecido mucho los relatos de Uspénski. A pesar de todo, se hacía perceptible el proceso íntimo de descomposición que se estaba operando en la asamblea rural rusa, la «*obschina*», cosa en que los marxistas habían hincapié reiteradamente.

Las obras del gran escritor satírico Saltykov-Schedrín destruyeron a mis ojos aquella «*sociedad*» rusa de que tanto esperaban Priyutov y demás *narodniki*. Los relatos de Saltykov, tales como *Koniaga*, *El muchacho de los calzones y el muchacho sin calzones*, etc., persuadían al lector de la necesidad ineludible de acabar con la autocracia.

A Zheliábova y Antushevsky los veía con frecuencia. Me contaban mucho de otros obreros socialdemócratas, como Fischer, Babushkin, Shelgunov, Poletaev, Funtikov, etc. Debido a aquella advertencia de Priyutov de que los socialdemócratas no sabían guardar las debidas precauciones, evitaba el reunirme demasiado con ellos. Antushevsky hablaba mucho de un intelectual (un muchacho rubio y grande, el camarada Lepeshinsky) que llevaba la dirección de un círculo.<sup>13</sup>

Aun cuando el grupo del *Naródnaya Volia* había concertado un arreglo con la Unión de Lucha, muchos de sus miembros, y entre ellos Priyutov, se resistían a abandonar las viejas teorías de los *narodniki*.

---

<sup>12</sup> Volguin y Beltov eran seudónimos de Plejánov.

<sup>13</sup> Lepeshinsky no era aún socialdemócrata. Fue encartado el 8 de diciembre de 1895 por sospechar que pertenecía a los marxistas.

Con gran frecuencia tuve ocasión de convencerme de ello. Es-tábamos una vez juntos, confundidos entre la muchedumbre, reunida en la perspectiva Nevsky con motivo de la coronación de Nicolás II. Pasaron muchos coches, ocupados por el zar y su séquito. Abría el cortejo el coche del comandante de la ciudad. Con el rostro desencajado de terror y desprecio furiosos, se revolvió en el asiento, golpeando en el rostro con el puño cerrado a un muchacho obrero que se había encaramado en el estribo. El pobre muchacho, embriagado de entusiasmo y gritando «¡hurra!» al zar, no comprendía ni por asomo la significación de aquellos golpes que el general le propinaba, hasta dejarle ensangrentados la boca y los dientes. Entontecido por aquel trato salvaje e inesperado, ni aun decisión tenía para saltar a tierra. Corrieron los policías, lo arrancaron por fuerza del coche y se lo llevaron a la Comisaría de vigilancia.

—Ahora lo apalearán hasta dejarlo medio muerto —dijo Priyutov—. Aprenderá lo que es dejarse arrastrar por el entusiasmo hacia la real persona del zar. ¡Haz de éste un socialista! ¡Canalla indigna que lamen como perros la mano que los hiere!

Tanto Priyutov como los demás *naródniki* que trabajaban en la imprenta perdían terreno a ojos vistas. Sin duda les atraía el marxismo revolucionario, que tan grandiosas perspectivas abre a la clase obrera; pero las cualidades personales de los dirigentes intelectuales marxistas que conocían les eran antipáticas, produciéndoles la impresión de que se apartaban de la antigua y gloriosa tradición revolucionaria, de ser gente de miras estrechas y secos de espíritu. A pesar de esto, cuando, en 1896, se trató de poner la imprenta de Lachta al servicio de los socialdemócratas, Priyutov y los otros obreros presionaron a los intelectuales de su grupo en un sentido de acercamiento al marxismo revolución ano.

Fue en la cárcel donde se convirtió a esta teoría, siendo luego desterrado como socialdemócrata a la Siberia oriental. (Véase su libro de memorias: *En la encrucijada.*)

## La huelga de tejedores de Petersburgo, en 1896

Insistían los *naródniki* en que las esperanzas de los marxistas en una lucha organizada por parte del proletariado ruso eran completamente absurdas y desprovistas de fundamento. En apoyo de su punto de vista alegaban casos por el estilo al del joven obrero antes citado. No comprendían que la hierba agostada sólo pasajeramente ocultaría los brotes jóvenes, pero que en modo alguno impediría desarrollarse a la nueva vegetación.

En 1896, al empezar la primavera, me marché de la fábrica de Lessner. Me sentía físicamente arruinado, sin fuerzas; necesitaba descanso. Aquella constante vigilancia nocturna pesaba sobre mí. Empezaban a mostrar sus preceptos aquellas proclamas que en tiradas enormes había difundido la Unión de Lucha por casi todas las fábricas de Petersburgo. Con la inminencia de la primavera, se hacía también manifiesto entre los obreros un cierto resurgir. Crecía por todas partes la demanda de proclamas. En muchas fábricas teníamos ya «uniones». Por la mañana, muy temprano, salía yo de casa, ocupado en las actividades revolucionarias, y no volvía hasta muy tarde, a veces a la media noche.

Inmediatamente empezaron las detenciones. Pudo comprobarse que la mayor parte de los obreros encarcelados no tenían el valor suficiente para resistir a la prisión. Se venía abajo su firmeza, al segundo, al tercer interrogatorio, y traicionaban a los jefes, intelectuales en su mayoría. Costábales a los obreros una ruda lucha consigo mismos antes de que se decidieran a afiliarse a un círculo. A todas horas les estaban diciendo los popes, los viejos y las autoridades que los socialistas eran unos impostores y unos ladrones, gente comprada por los propietarios o por los ingleses «para hacernos todo el daño que pudieran».

A fuerza de hojas volantes, de folletos y de libros, y, sobre todo, gracias a las entrevistas de hombre a hombre, conseguíamos que el obrero se formase una buena opinión de los socialistas. Pero era detenido, caía entre las garras de un policía astuto y a menudo renegaba de la causa. Zheliábova y Antushevsky se me quejaban con frecuencia de que entre los obreros encarcelados había muchos que sucumbían y traicionaban a sus camaradas. También entre los intelectuales, naturalmente, los había

cobardes y traidores, como, por ejemplo, el dentista Mijáilov. Por aquel entonces nuestras organizaciones estaban constituidas en la proporción de diez intelectuales por un obrero. Empezaban éstos a participar en el movimiento revolucionario y empezaban, por lo tanto, a poseer, con pocas excepciones, aquellas altas cualidades morales, patrimonio hasta entonces de los intelectuales revolucionarios de varias generaciones atrás, y, sobre todo, la firmeza de carácter, que permite al detenido mantenerse inmovible ante la habilidad de los policías y las torturas de la cárcel.

El reclutamiento de obreros jóvenes para las organizaciones era una tarea bastante difícil, que exigía extraordinaria prudencia y tacto. Se descubría un muchacho que se destacaba por su inteligencia y por su permeabilidad compasiva ante las desdichas de sus hermanos, los demás obreros; se veía que los sufrimientos ajenos ejercían sobre él un influjo potente, y había que pensar: «He aquí un futuro camarada revolucionario». Primeramente procuraba uno hacerse simpático y trabar amistad con él, para irse poco a poco ganando su confianza. Antes de brindarle literatura ilegal se le iba ofreciendo durante mucho tiempo libros permitidos: *Espartaco*, *La Jacquerie*, *El noventa y tres*, de Víctor Hugo; *La historia de un campesino*, de Erckmann-Chatrian; *Tiempos difíciles*, *Paso a paso*, de Omulevski; *La crónica del poblado Smurino*, etc.

No era entonces cosa fácil ganarse la confianza de un obrero, habituados como estaban a que todo el mundo les engañase. Casi todos ellos tenían parientes que vivían de su salario: una madre, un padre anciano, hermanos menores. Todo obrero, al afiliarse a una organización revolucionaria, tenía que contar con que en todo momento podía ser detenido, encarcelado, llevado a Siberia, con lo cual su familia quedaba sin amparo, a merced del destino, expuestos al hambre y a todo género de privaciones. La organización era entonces tan pobre que apenas si sus escasos medios daban de sí para editar las hojas volantes. No había que pensar, por lo tanto, en llevar un socorro pecuniario a las familias de los obreros encarcelados. Hasta que el joven obrero afiliado hacía carne y sangre suyas aquella rectitud e inflexibilidad moral, distintivos del tipo socialista ruso, tenía que pasar mucho tiempo sometido a la influencia y trato constante de un camarada,

aprendiendo, como en un espejo, a ver en él lo que debía esforzarse por llegar a ser él mismo. ¡Cuántas veces el camarada protector se gastaba sus últimos céntimos con el nuevo amigo, despojándose por él, si necesario era, de su abrigo o de sus zapatos!

Seguramente que los jefes del movimiento, al serles presentado un nuevo camarada, no sospechaban cuántas energías, cuántos trabajos había que emplear para ganar a un solo obrero. A veces era todo en balde. En el momento más decisivo, a lo mejor, se negaba éste o el otro a afiliarse a la organización, a repartir proclamas o a realizar trabajos de agitación y propaganda. Muy a menudo, la causa era el matrimonio del obrero. Hasta mucho después, éste fue uno de los obstáculos más principales, que truncaba la carrera revolucionaria de algunos obreros, como en los estudiantes lo era el término de sus estudios. Era raro que en aquella última década del siglo ningún obrero maduro y casado se decidiera a abrazar el movimiento revolucionario. Durante muchos años fue nuestro partido un partido de juventudes. Todo miembro de la organización, fuese intelectual u obrero, debía reunir en sí las mejores cualidades del verdadero comunista. Los más adelantados entre los obreros eran, sin duda alguna, los metalúrgicos. Constituían, por decirlo así, la aristocracia de los trabajadores; su salario era mucho mayor y sus necesidades los ponían muy por encima del nivel medio de otros obreros, por ejemplo, los tejedores. Eran también más cultos que todos los demás, y en su modo de vestir y en sus maneras trataban de acercarse en lo posible a los obreros europeos. Todo tornero, todo cerrajero tenía su pequeña vivienda, o, cuando menos, su cuartito independiente, y las fábricas en que estaban empleados trabajaban para el Ejército o por cuenta del Estado, y, a pesar de todo esto, la inmensa mayoría de los obreros metalúrgicos permanecía sumida en su sueño profundo.

Muy otro cuadro era el de los tejedores, por ejemplo, y sobre todo aquellos que trabajaban en fábricas propiedad de particulares. Su situación era incomparablemente peor que la de los metalúrgicos. Mientras que la jornada de éstos era de diez horas, tenían que trabajar aquéllos trece. En las fábricas textiles sonaba la sirena a las seis de la mañana, y, tras una hora de descanso al mediodía, no volvía a sonar hasta las ocho de la noche. Con todo

esto, los tejedores ganaban la mitad que los metalúrgicos. Se reunían en grandes «arteles» o comunidades, habitando hacina-dos en las dependencias de la fábrica, o bien se acurrucaban a dormir en cualquier rincón, que les costaba el alquiler correspon-diente. Vestían como aldeanos, distinguiéndose sólo por el man-dil blanco de trabajo encima de la camisa colorada de algodón. Los jóvenes, sin embargo, no se cortaban el pelo a la usanza rusa, y se ponían los días de fiesta americana corta a la europea. Reco-nocíaseles en la calle, siempre en bandadas, por el tinte enfer-mizo y verdoso de sus rostros. De una definitiva degeneración les preservaba únicamente el hecho de que, con más frecuencia que los metalúrgicos, iban al campo, a su pueblo natal, sobre todo en el verano, con las faenas de la recolección.

En tanto que los *naródniki* ponían todo su empeño en probar que las esperanzas que los marxistas abrigaban sobre el desper-tar de la masa obrera y su colaboración activa en la lucha eran falaces por completo, esta masa atrasada, ignorante y cerril de tejedores dio señales de vida mucho más pronto que los metalúr-gicos, demostrando en el verano de 1896, con la huelga de Peters-burgo, que también era posible en Rusia, lo mismo que en Eu-ropa, un movimiento proletario.

Estábamos en la primavera de 1896, y la inminente corona-ción de Nicolás II, en Moscú, era el tema de todas las conversa-ciones. La Policía tomaba todas las medidas posibles por acabar con la Unión de Lucha y con la imprenta clandestina de los *naró-dniki* antes de las fiestas que se acercaban. Uno de los miembros más destacados del *Naródnaya Volia*, A. A. Yergin, seguía encar-celado desde el invierno. Priyutov sostenía que estaban sobre la pista de la imprenta. Decidióse que Priyutov, Kupzov y M. Tulu-pov abandonasen Petersburgo. A toda prisa fue levantada la im-prenta de su domicilio del canal Kryukov. Priyutov exigió de mí y de Kossolobov que le ayudásemos a ponerla a salvo, hasta encon-trar un lugar conveniente para instalarla de nuevo. Quedó deci-dido que la hermana de Priyutov habitaría en el local de la im-prenta, figurando como criada.

Una vez lejos Priyutov, y después de constatar que ninguno de nosotros estaba vigilado, alquilamos un «dacha»<sup>14</sup> en Lachta, estableciéndose allí (mayo de 1896) Grigori Tulupov, Nikolái Be-  
lov y Bielievsky. A Fedulov, que también se había marchado de Petersburgo, le sustituyó Katerina Alexándrovna Preiss-Johann-  
sen.

Después de un mes sin trabajo, ingresé, gracias al finlandés Payanen, en una fábrica de metal del arrabal de Víborg. Para no tener en contra a todo el elemento viejo de la fábrica, decidí hacer una pequeña concesión, y al preguntarme los bebedores: «¿Cuándo hay aguardiente?», les respondí: «Cuando queráis», y les entregué dos rublos.

Se acercaba el día de la coronación. El zar se fue a Moscú. Los periódicos dedicaban columnas enteras a describir en sus más ínfimos detalles la fiesta que se celebraría, la iluminación del Kremlin, la solemne recepción que daría el zar en su palacio, los sentimientos patrióticos de que estaba inflamado el pueblo moscovita.

Pero aquella alegre disposición de ánimo de los fieles súbditos del zar se disipó ante la horrible noticia de la catástrofe monstruosa del campo de Jodynka. El tablado erigido por las autoridades para que el pueblo presenciase los festejos de la coronación estaba construido de modo tan criminalmente mezquino que se hundió con el peso, hallando en él la muerte cerca de diez mil personas.

Y aquellos obreros, al coger los periódicos, encontraban, al lado mismo de la cifra aterradoramente de las víctimas, la consoladora noticia de que el recién coronado zar, aquella misma noche, mientras los triturados y mutilados se retorcían, gimiendo de dolor, había bailado en su Kremlin encantadoras danzas con las damas de corte.

Particularmente notable era el discurso pronunciado, con motivo de la coronación, por el arzobispo de Járkov, Ambrosio. El tal servidor de la Iglesia demostraba triunfante cómo, a pesar de todos los intentos del «enemigo interior» contra la autocracia zarista, pervivía la antigua lealtad.

---

<sup>14</sup> «Dacha»: casa estival para veraneantes.

En respuesta, como quien dice, a este discurso se declaraban en huelga, en Petersburgo, treinta y cinco mil tejedores e hilanderos, huelga inesperada para todos, como un relámpago en un cielo azul. Aquello turbó la alegría del zar y sus verdugos. El horizonte político se cubrió de nubes de tormenta, zumbó el primer trueno, nuncio de una borrasca inminente y grandiosa.

Aquella huelga solidaria, organizada, huelga, en fin, como hasta entonces no se había dado en Rusia, incomparablemente superior a todos los motines y algaradas precedentes, fue una sorpresa, no sólo para el Gobierno, para la Policía y los burgueses, sino también para la Unión de Lucha. El Naródnaya Volia no dio señales de vida. Aun cuando previamente se patentizaron síntomas indubitables, reveladores del despertar de las masas; aun cuando la demanda de proclamas era cada vez más intensa y el descontento en las fábricas más evidente, nadie hubiera podido sospechar que los tejedores e hilanderos fuesen capaces de una disciplina y tenacidad como la que la huelga exige.

Los tejedores e hilanderos que conocía me aseguraban que existía un Consejo revolucionario, formado por representantes de todas las fábricas, que era quien había organizado la huelga y dado instrucciones para su triunfo.

Las condiciones extremadamente duras de la existencia ilegal, el escaso número de obreros afiliados a la Unión de Lucha, explicaba todo ello el hecho de que no fuese este grupo revolucionario el que llevase la iniciativa de la huelga. Pero el influjo de la Unión de Lucha sobre los obreros era demasiado potente para que en lo sucesivo se le marchase de la mano esta primacía.

Aquella huelga, desproporcionada para la época, reanimó las esperanzas de los marxistas, de los revolucionarios en general y hasta de los liberales, en la misma medida en que aterró a la burguesía y al Gobierno. Todas las fuerzas de la Unión de Lucha fueron movilizadas, todos los hectógrafos y multicopistas puestos en acción.

Me sentía enfermo al entrar en la fábrica, a pesar de lo cual me consagré con toda mi alma a los trabajos huelguísticos. De la mañana a la noche corría de una fábrica en otra. Había que recoger noticias, preparar reuniones, levantar el espíritu de los huelguistas, repartir hojas volantes en las viviendas obreras, cerrar

las fábricas que aún trabajaban. Poco faltó para que en una de estas reuniones me encarcelasen.

A la vez que en mi círculo, actuaba en el distrito del canal Obvodny, y del barrio de Víborg. Una vez, al entrar en un cuartel obrero de la perspectiva Sampsoniev, en Víborg, algunos tejedores compañeros nuestros se proveyeron de dos botellas de aguardiente. A mi pregunta de por qué hacían aquello, uno de los miembros de nuestro círculo, que trabajaba en aquella fábrica, me susurró:

—No podemos menos de beber algo. De lo contrario, notarán los demás que somos socialistas y nos denunciarán a la Policía.

Aun cuando el aguardiente me repugnaba y me hacía mal, especialmente en aquellas condiciones de debilidad en que me encontraba, tuve de todos modos que beber, o al menos, como me aconsejó un camarada, simular que bebía. Uno tras otro, bebieron todos los tejedores e hilanderos, quince hombres en total, reuniéndose luego en la huerta de detrás de la fábrica. Allí les leí una proclama redactada por mí. Al terminar, los obreros se iban declarando de acuerdo con lo que se exponía. Después les eché un pequeño discurso acerca de los fines de la huelga y de la necesidad de mantenerse hasta la última hora. Quedó decidido resistir a toda costa, y luego se plantearon las reivindicaciones que habían de exponerse en una nueva proclama.

Peter Vinográdov leyó un poema ruso: *Los tejedores*. El otro poema, de Heine, de igual título, no pudo terminarse. Al llegar a lo de

*¡Maldita la falsa patria,  
donde no hay más que vergüenzas,  
donde las flores que nacen  
aún en capullo se secan!  
¡Triste cadáver roído  
de gusanos! ¡Triste y negra  
esclavitud! Y nosotros, tejemos, tejemos mientras...*

oímos de súbito el grito de nuestro centinela:

—¡Salvaos! ¡La Policía!

Con toda la rapidez posible, nos ocultamos entre el bosque. Cuando pude volver la cabeza no divisé ya en el jardín a ninguno de los camaradas. Un grupo de guardias de a caballo había tomado posesión de los bancales. Por esta vez pudimos salvarnos todos, no hubo ningún detenido. Y al día siguiente aparecieron nuevas proclamas en los cuarteles de la fábrica de Sampsoniev.

Tanto la huelga en sí como su desenlace, rico en promesas, eran a mis ojos una prueba más de lo acertado de mi conducta separándome del grupo del *Naródnaya Volia*, con su programa incierto, nebuloso. «¿Cómo realizarán el socialismo los *naródniki*?», me preguntaba yo. Empezaban por no creer en el desarrollo del capitalismo en Rusia. Al proletariado como clase le reservaban el papel más modesto, relegándolo muy a segundo término. El Concejo aldeano, la «*obschina*», estaba, como el mismo G. Uspénski concedía, en total descomposición. No creían que el pueblo, comprendidos en él tanto los campesinos como el proletariado industrial, pudiera tomar la iniciativa, pudiera avanzar por su propio impulso.

Muy otra cosa el marxismo. Bajo su luz esplendorosa, todas las formas imprecisas adquieren contornos firmes y delimitados, todas las nieblas se disipan, todo es sencillo y claro como el abecé. Amplios horizontes se le ofrecen en él al obrero, un ancho camino recto, que le lleva a la liberación de todos los oprimidos, a la edificación de un nuevo orden social, en que nadie sea explotado por nadie.

El primer paso, el paso más difícil y más duro, estaba dado. La realidad había sobrepujado todos los cálculos. Nadie, dos años antes, se hubiera atrevido a soñar con tan bellas perspectivas. La voluntad de los trabajadores había hecho parar fábricas enormes, nada se movía al presente, las máquinas enmudecían, los fuegos estaban apagados.

La huelga de tejedores de 1896 no fue sino la realización práctica de la teoría marxista, demostrando que en adelante podía contarse en Rusia con un proletariado cuyos pasos gigantes empezaban a resonar en los ámbitos de la Historia. No hay que olvidar que estos huelguistas pertenecían a la clase más mísera de obreros, a la más oprimida. Mucha gente, sobre todo en el extranjero, no llegaba a concebir cómo precisamente estos obreros

habían sido capaces de llevar a cabo una huelga organizada de conjunto, con arreglo a un plan.

—¿Dónde habéis aprendido estas cosas? —les preguntaba asombrado a los obreros el director de una gran fábrica textil de Petersburgo, de nacionalidad inglesa, cuando iban a plantearle sus reivindicaciones económicas.

Aquel súbdito orgulloso de su majestad imperial no podía figurarse cómo estos míseros obreros rusos, oprimidos por un yugo de siglos, sometidos a horribles condiciones de vida, habían podido asimilarse las formas europeas de lucha.

Esta huelga, tan bien planeada y resuelta, fortaleció en un grado sumo la autoridad de la Unión de Lucha entre los obreros. Ella había sido la que, en sus proclamas, propugnaba constantemente la unidad en los trabajadores, la que defendía la huelga como medio de lucha, la que había logrado persuadir, en fin, al proletariado de la fuerza enorme que sería capaz de desarrollar siempre que se organizase debidamente. La demanda de proclamas, de literatura marxista en general, aumentaba más y más.

Siendo yo el único sostén de mi madre y mis dos hermanos, forzoso era, si no quería dejarles pasar hambre, reintegrarme al trabajo de la fábrica. Pero apenas sonaba la sirena, por la noche, corría a mi casa, devoraba la cena escasa y volaba otra vez a la calle, de un extremo a otro de la ciudad, ocupado en los asuntos de la huelga. A veces tenía que pasarme la noche en cualquier jardincillo de los suburbios, donde tenía lugar una reunión, un mitin en toda regla, o bien se repartía literatura ilegal. Afortunadamente, mi trabajo en la fábrica era de lo más sencillo. Consistía en retirar los recortes y barreduras de metal, mientras la gran máquina afiladora giraba por sí sola. Pero aquella constante excitación nerviosa, el traqueteo de las máquinas y el *surmenage*, me producían intenso zumbar de oídos. En cuanto me sentaba a la máquina, viendo girar la enorme aguzadera, me entraba un sueño atroz. El pesado mosconeo de la máquina, los golpes del martillo, que no paraba, todo esto se embrollaba en mis oídos con los discursos que acababa de oír a Vinográdov, a Payanen o alguno de los otros, y con los poemas que siempre recitaban.

Una vez en que, contra mi voluntad, empecé a dar cabezadas de sueño, apareció de súbito el capataz y me despertó:

—¡Eh, animal! ¿Qué te pasa? ¡Mira lo que has hecho!

Me levanté de un salto, frotándome los ojos. Cuando pude darme cuenta vi que el corte de acero de la máquina había penetrado más hondo de lo debido en una enorme bola de metal, destinada a una bomba de cañón. El capataz a cuyo cargo estaban estas bolas era ruso, un tipo grosero que admitía sobornos. Me abrumó de injurias a cuál más soeces y terminó dándome, sin que los demás obreros lo notasen, un puñetazo en el estómago.

—¿Qué hacer? Mis manos se agarraban convulsas al mango del martillo. Mi primer pensamiento fue machacarle el cráneo. Luego se me vino a las mientes la idea de que no tenía dinero para pagar el alquiler del cuarto, que en casa estaban esperando mi jornal la madre y los hermanos, que tenía obligaciones contraídas con la Unión de Lucha, con la revolución, que aquella misma noche me esperaban proclamas que tenía que repartir mi mano.

Estas consideraciones, unidas a la vieja costumbre, hecha carne y sangre en los humildes, de soportar pacientemente las injurias, pudieron más en mí que el impulso debilitado de sublevación. Un obrero parisino, un francés, lo menos que hubiera hecho sería vengarse dándole un puñetazo al capataz. Yo, sin embargo, me tragué la afrenta y separé las manos del martillo, aunque delante de mis ojos llameaba el odio en círculos sangrientos. Los ojos astutos de aquel «sargento del capitalismo» me acechaban:

—Bueno —dijo—, pase por ser la primera. Ahora que, como vuelva a suceder, ya verás.

Al día siguiente, inflamado de odio contra los capitalistas, contra los capataces, contra el Gobierno, repartí con singular habilidad mis proclamas, inundé los bancos, las mesas del tomo, los doce talleres de la fábrica.

Cuando pudimos convencernos todos de que, tanto Priyutov como los otros *naródniki*, estaban vigilados por la Policía, para evitar que los detuvieran, se marcharon de Petersburgo. La imprenta fue trasladada a la «dacha», encomendada a los compañeros que trabajaban allí, a los cuales tardé mucho tiempo en conocer. Me extrañé mucho también de encontrarme una vez a Smirnov, agente intermediarlo entre la imprenta y el mundo exterior, a la puerta de la fábrica.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté.

—Katerina Alexándrovna necesitaba hablarte. Ven inmediatamente, en cuanto estés seguro de que no te siguen.

En las grandes ciudades europeas hay seres que nunca han salido del barrio en que nacieron. Yo también padecía en cierta medida esta limitación del hombre urbano. A pesar de haber vivido hasta los veinticinco años en Petersburgo, nunca había estado en Peterhof, en Zarkoie Zelo, en Lachta. Y no por falta de curiosidad, sino porque las necesidades de mi vida no me permitían desprenderme de los recursos necesarios para hacer una excursión a las afueras.

Extremaba yo todas las medidas de precaución. Por ello, estaba convencido de que la Policía no me vigilaba. Decidí, pues, trasladarme a Lachta. No lo hacía, sin embargo, movido por un anhelo personal de goce; sabía la clase de discusiones que allí me esperaban, y tenía, además, otros motivos para no querer entrevistarme con Katerina Alexándrovna. Casada en otro tiempo con un alto funcionario provinciano y asqueada de aquel antipático medio burgués, se había divorciado, precipitándose con los brazos abiertos en los de la revolución. Era una intelectual en el verdadero sentido de la palabra, y bastante bonita como mujer. A mis ojos se aparecía como un ser descendido de un mundo más alto e inasequible. Deseaba yo la muerte, deseaba sacrificarme por la causa, y, sin embargo, a la vista de aquella hermosa criatura mi juventud se revolvía, despertándose en mí un anhelo inextinguible de vivir, un anhelo impreciso, pero infinitamente seductor, de ascender a aquel mundo elevado.

Al otro día proveyóse Vinográdov de un billete para mí y subí al tren. Había llegado a la estación dando un rodeo, y con toda cuenta me escabullí del andén por un pasaje lateral. Hasta el mismo momento de arrancar no subí al tren. Ni Vinográdov ni yo creíamos estar vigilados por la Policía.

Llegué a Lachta. La imprenta de los *naródniki*, que más tarde hizo cobrar extraordinaria fama al nombre de aquella estación veraniega, se encontraba instalada allí desde un mes antes.

Con todo, su época de mayor y más fecunda actividad había sido los dos años del canal Kryukov. Su traslado a Lachta no fue precisamente una idea luminosa. Los moradores de este barrio

hacían vida noctámbula, y para no despertar sospechas tenían los camaradas que hacerse pasar también por veraneantes, deambular muchas horas al día por el parque y estar constantemente en la playa. En tales circunstancias, como puede uno figurarse, sólo podíamos trabajar de noche. Aun cuando la casita estaba sola, el ruido de la imprenta podía fácilmente despertar sospechas.

Sólo cuando me hube persuadido a ciencia cierta de que no me venía siguiendo ningún espía, penetré en la casa. Grande alegría me produjo encontrar a los viejos amigos, a pesar de las diferencias técnicas que nos separaban. Lo mismo que entonces, había en el cuarto una cómoda y un armario donde guardar la pequeña máquina, las cajas, los folletos impresos y el papel. Lo mismo que entonces, trabajaban de cajistas Grisha y Belov, mientras que Katerina Alexándrovna ocupaba el puesto de Fedulov, esto es, de redactor y corrector de pruebas. Y, sin embargo, se sentía en el ambiente que el alma de todo aquello, Vasili Petróvich Priyutov, faltaba.

Al entrar, todos me rodearon, pidiéndome cuantas noticias supiera de la huelga.

La que más interés mostraba por los detalles era Katerina Preiss. ¿Era cierto que los obreros, como se aseguraba, estaban desmoralizados por completo, que se caían borrachos al suelo, sumisos como un rebaño de esclavos, pronunciando palabras soeces, o bien, por el contrario, constituían un proletariado consciente, dispuesto a persistir en la lucha hasta su total emancipación?

Dos años llevaba Katerina Preiss participando en el movimiento revolucionario. Lo que más indignación le producía era aquella opresión que gravitaba sobre Rusia, impidiendo el desenvolvimiento libre de las personalidades.

—En Inglaterra —decía— cada ciudadano tiene delimitados tanto sus derechos como sus deberes. Nosotros no tenemos ni leyes ni derecho. Toda la ley se reduce en Rusia a una horca y, sobre la horca, una corona. Carecemos de personalidades. Todo el mundo tiene aquí el mismo aire, todos están cortados por el mismo patrón, todos hechos por una medida. A mí me gustan las personas de horizontes amplios, las personas capaces de sacrificarse por la libertad. Vosotros, los socialdemócratas, los

marxistas, que predicáis a los obreros la lucha por la conquista de mezquindades despreciables, demoráis inconscientemente con ello el derrumbamiento de la autocracia. ¡Hombres vulgares, limitados!... Y, sin embargo —concluía, como sintiendo cierto pesar— nos hemos puesto de acuerdo con vosotros.

Oyendo hablar a esta mujer instruida y culta, que desvariaba por los hombres orgullosos, por los que defienden con tesón los sagrados derechos de su dignidad personal, comparaba más tarde sus palabras con ciertas grandes obras de la literatura rusa; por ejemplo, *Los cosacos*, de Tolstoi, en que describe el montañés salvaje del Cáucaso, o *Los dones de Terek*, donde pinta Lérmon-tov con tres rasgos el tipo de hombre orgulloso que odia a sus opresores y está dispuesto en todo momento a dar su vida por la libertad. Y me preguntaba yo: «¿Por qué no ser así? En mi corazón no hay más que odio, un odio intenso, profundo, bárbaro. No me importa tampoco morir. ¿Por qué no me precipité sobre el capataz cuando me pegó? ¿Por qué no le estrangulé en el acto? ¿Por qué no le machaqué el cráneo con el martillo?»

Katerina Preiss se interesaba mucho por el curso de la huelga, por la conducta disciplinada y consciente de clase de los obreros.

—Sólo hay una cosa que no me agrada: vosotros, los marxistas, cortáis los vuelos del movimiento, reduciéndolo a una pura y simple cuestión económica. ¿Por qué no editamos juntos una proclama de contenido político propugnando el derrumbamiento de la autocracia?

A aquel convenio de que hablaba la Preiss entre marxistas y *naródniki*, con el fin de dar a luz una proclama en que, junto a las reivindicaciones económicas, se expusiera la necesidad de derribar la autocracia, yo no me oponía en modo alguno, negándome solamente a transportar a Lachta el material para su impresión.

—La cosa está llena de riesgo —le dije—; yo me dedico a la propaganda en la fábrica, y ello podía significar un gran peligro para la imprenta.

Quedó decidido que yo fuese al día siguiente al antiguo domicilio del canal Kryukov.

Llegué, no obstante, con mucho retraso. Habíamos tenido en la fábrica un trabajo apremiante. Apenas me quedó lugar de

lavarme las manos, y, sin quitarme siquiera el mandil de trabajo, corrí a la cita. Aún ocupaba Smirnov el antiguo local. De allí transportaba a Lachta el papel y volvía con los impresos listos. Al verme se acercó a mí y me dijo que todo estaba en orden y que Katerina Preiss me esperaba. Dando un pequeño rodeo, atravesé un pasaje, hasta convencerme de que no llevaba ningún espía colgado de los talones, y penetré en la nueva sede de la imprenta.

Disculpándome por haberme hecho esperar (como todos los obreros petersburgueses, era yo siempre muy cortés), les notifiqué que la huelga tocaba a su fin, que menudeaban las detenciones, pero que, no obstante, habían podido repartirse las proclamas. Por su parte, la Preiss me comunicó que el Naródnaya Volia había concertado un arreglo con la Unión de Lucha; que en lo referente al papel del proletariado estaban de acuerdo con los marxistas, que renunciaban provisionalmente al terror, y que por el momento dirigían, sobre todo, su actividad al campo proletario. Luego me leyó el texto de un llamamiento a los obreros en que, junto con las cosas puramente económicas, planteaban también el problema del derrumbamiento del zarismo.

Le hice notar que debían suprimirse todas las palabras de origen extranjero, incomprensibles para la gran masa de trabajadores, y que debía añadirse una explicación, redactada lo más clara y sencillamente posible, de porqué había que derribar la autocracia. La charla tocaba a su fin. Estábamos sentados a la mesa, frente a frente; yo, con todo mi aspecto de proletario, enflaquecido, consumido por el trabajo; ella, una mujer educada y fina, una dama «de la mejor sociedad». Entre uno y otro, sobre la mesa, papeles escritos. En aquel momento resonó la campanilla con su estridente sonido.

Smirnov, vigilante de turno, abrió la puerta completamente azorado, sin darme tiempo a ocultar el texto de la tal proclama. Entró el portero de la casa, acompañado de otro sujeto de pelo rojo también vestido de portero.

— ¡Hola, buenos días! —saludó—. Aquí, mi sucesor, que quiere visitar la casa.

—¿Y usted? —preguntó Smirnov.

—Yo me marcho al campo, a mi tierra. Hoy precisamente ceso en mis funciones.

La mirada acechante, escudriñadora, con que el nuevo portero nos envolvió a la Preiss y a mí; sus ojuelos inquietos, girando acá y allá; la inmotivada nerviosidad de sus movimientos, todo ello daba un tufo inequívoco a policía más que a portero.

Nos quedamos petrificados cuando, en su rebusca por los rincones, se nos volvió diciendo, con una sonrisilla venenosa:

—Sí, sí, las ventanas ajustan mal; y también el papel de las paredes hay que renovarlo.

Apenas tuve el tiempo suficiente de tapar la proclama con un periódico.

Hasta que no lo perdimos de vista no salimos de nuestro pasmo. Decidimos, por lo pronto, intensificar las medidas de prudencia, y más tarde quizá trasladar la imprenta a un lugar más seguro.

Vino a probarse después, gracias a Katerina Preiss, que se trataba de una falsa alarma, y la imprenta quedó en Lachta.

La única proclama que habían sacado a luz los *naródniki* la había repartido yo en las dependencias de la fábrica donde trabajaba. A partir de entonces se rompió todo mi contacto con ellos. En mi memoria vive su recuerdo como de hombres simpáticos, sinceros, que ante nada retrocedían, dispuestos siempre a sacrificar su vida en aras de la felicidad del pueblo. Su teoría, sin embargo, se resentía de imprecisión, de incongruencia, de falta de claridad. Tanto en pensadores como en jefes estaban muy por debajo de los marxistas.

De todos los miembros de mi círculo recuerdo especialmente al camarada Drozhzhin, y más aún a Fiódorov, hombre inteligente, que había acabado sus estudios en la escuela nocturna, estudios que yo, debido a mis actividades revolucionarias, no había podido concluir. Veía muy claro en todas las cuestiones, sin dejarme arrebatar; no era, ni con mucho, víctima fácil del entusiasmo. No dedicaba precisamente a la revolución todas sus energías.

Tanto en los años que estuvimos afiliados al grupo del *Naródnaya Volia*, como después, al hacemos marxistas, reaccionaba ante todo y en todo colaboraba. Ponía, sin embargo, en todo aquello en que tomaba parte un sello personal de pereza. Un poco de tiempo la huelga le tuvo en tensión; pero luego, al notar el

descenso del flujo revolucionario, su actividad se relajó notablemente. Era herrero y trabajaba en las forjas con su padre. Nunca se vio en tan apurada situación como yo me vi. Además de aquel lado negativo de la vida, le fue dado también conocer el lado positivo... Pero, por lo demás, en otros muchos obreros se hizo patente aquel enfriamiento, aquel descenso de nivel en el espíritu revolucionario. A todas horas había que estar soltando discursos, procurando reanimar a éste o al otro.

La Unión de Lucha proseguía sus trabajos llena de celo. En los últimos días de la huelga conocí a Zinaida Pavlovna Nevzorova (la Krzhizhanovskaya). Ella era la encargada de traerme las hojas volantes, que luego repartía yo, con ayuda de Payanen, Vinográdov, Drozhzhin, Filósofov, Ilyín y otros obreros, en las fábricas de Víborg y del canal de Obvodny.

Libróse durante la huelga, en la cabeza de todos los obreros, una fiera pugna entre los viejos y los nuevos ideales. Aquel respeto clásico ante el zar, ante las autoridades, ante los honrados capitalistas que proporcionaban trabajo, y con él pan al obrero, respeto que rayaba casi en veneración, tiraba de ellos, imponiéndoles la vieja sumisión, la vieja existencia de esclavos. Por otra parte, cantaba en sus oídos aquella desusada melodía que les hablaba de romper las cadenas, del salto hacia la libertad, de un futuro seductor lleno de imágenes rientes, de una vida pictórica de sentido en que habían de romperse los muros de la vieja cárcel, dando paso a los rayos de un sol de justicia.

Pero aún tenía demasiado poder el pasado. Las obreras, especialmente, producían una impresión desconsoladora. Oriundas en su mayoría del campo y no habituadas aún a los nuevos estilos de la vida urbana, siendo el trabajo en las fábricas, por otra parte, insuficiente para su manutención y sustento, eran víctimas muchas veces de la corrupción del ambiente.

Recibía yo las proclamas de manos de la Nevzorova, y con ellas me iba a la isla de Volny, donde estaba la fábrica de Voronin, cuyo joven propietario desempeñaba un gran papel en la «Sociedad de Fabricantes» de Petersburgo. Las condiciones de vida de los tejedores, miserables de suyo, eran mucho más duras en esta fábrica, por la razón sencilla de que al lado había otra de abonos

químicos elaborados con harina de huesos, la cual despedía un hedor insoportable.

Para llegar al parque de Katharinenhof, situado en la isla de Volny, había que atravesar un río, en la actualidad denominado «Yekaterinhofka», y que, a pesar de ser tan ancho como muchos de Europa, la vecindad del caudaloso Neva hacía que le llamasen el «Arroyo Negro».

Varios de los asientos de la lancha que había de transportarme a la otra orilla estaban ya ocupados por tejedoras que acudían al trabajo para relevar el turno de la noche.

En aquella fábrica ya habían rendido las armas, reintegrándose al trabajo los obreros. Y yo llevaba encima un cierto número de hojas volantes propugnando de nuevo el abandono de las fábricas y la prosecución de la huelga.

De súbito hirieron mis oídos increíbles y atroces injurias con que las tejedoras se obsequiaban mutuamente y un tono de orgullosa jactancia:

—¡Eh, Vaska, hija de perra! —gritaban—. ¡Corre, corre, que llegas tarde!

En aquella época la insuficiencia mezquina de los jornales obligaba a la mayor parte de las obreras a prostituir su cuerpo para poder comer. Cuando notaron que yo era el único varón, con el barquero, que en la lancha iba, empezaron a sonreírse y a darme empellones.

—Sacúdele un poco, Tania, a ver si se mueve, que está como un poste. O, si no, hazle cosquillas.

Cargado de proclamas como estaba, me preocupaba sólo de evitar que se me cayeran si Tania, obedeciendo a lo que sus amigas le decían, se atrevía a hacerme cosquillas. En cuanto llegamos a la otra orilla salté de la barca y me escabullí precipitadamente. Las tejedoras chillaban:

—¡Sujétalo, Tania, no lo dejes correr!

Entre mis conocidos de la escena nocturna estaba el tejedor Cherkunov, de la fábrica de Voronin. Al concluir sus estudios en la escuela técnica elemental logró un cargo administrativo de menor cuantía en la misma fábrica, y desde entonces abandonó los cuarteles obreros, alquilando una pequeña habitación

«independiente». A partir de aquel momento me evitó, considerando comprometedor mi trato.

Prestóse, sin embargo, durante la huelga a difundir proclamas.

—¿Qué tal va eso? —le preguntaba yo.

—Va bien, gracias. Para ir tirando con mi «viejo penco».

«Viejo penco» era la mujer que vivía con uno sin mediar matrimonio. Su «viejo penco» se presentaba inmediatamente: era una joven tejedora muy linda y muy simpática.

—Agafia —le decía Cherkunov bajito, después de yo comunicarle el objeto de mi visita—. Cógela «eso» al compañero. Tene-mos que distribuirlas luego por la fábrica, ¿comprendes?

Esta mujer modesta, con quien nunca llegué a cruzar una palabra, prestó a la revolución excelentes servicios en un trabajo tan arriesgado como era la difusión de proclamas.

Allá por el año 90, cuando empezaban a manifestarse los primeros brotes del poderoso movimiento proletario, podía, en la mayor parte de los casos, constatarse el trato brutal y despectivo a que sometían los obreros a sus mujeres. A menudo se oía que una mujer había «embrujado» a éste o al otro, atrayéndole con halagos más o menos nigrománticos. No se decía que le gustaba a uno ésta o la otra, sino que «ése la ha enganchado». Para decir que una muchacha era bonita, la expresión era que «tenía un buen mordisco».

—Te has enganchado un buen mordisco —le decían al que hiciera la corte a una muchacha hermosa.

La palabra «amor» sólo me era conocida por las novelas, de las que había leído muchas. Volviendo a casa la noche aquella me acordé de las tejedoras. Estaba triste; pensaba: «¿Por qué no hacerme acompañar de por vida de una muchacha esbelta y linda como Agafia? ¿Por qué les dan ese nombre ofensivo y brutal de “viejos pencos”?»

Sobre el cielo blancuzco de Petersburgo se derramaba el fulgor desvaído de la luna estival. Empezaba a alborear por el Oriente, y aquella pálida luz de la madrugada envolvía a la tierra en una gasa clara y sutil.

## Fin de la huelga y prisión subsiguiente

Policías y gendarmes estaban dispuestos a liquidar definitiva-  
mente la Unión de Lucha y el grupo Naródnaya Volia.

Nunca, me parece, al salir a la calle omitía las más estrictas  
reglas de prudencia. Me esforzaba a todas horas por adivinar si  
estaría vigilado. Y a pesar de que ningún signo patente lo reve-  
laba, la Policía seguía mis pasos. A partir de la última huelga no  
había hecho gesto ni movimiento de que no estuvieran enterados.  
Nunca había nadie acechando a mi puerta; nadie me acompa-  
ñaba de lejos cuando salía de casa. Pero yo no sabía que los agen-  
tes me estaban vigilando a todas horas desde una ventana del se-  
gundo piso de la casa de enfrente. En cuanto me echaba fuera de  
la casa número 2/4 y pisaba en la calle, confiado y tranquilo, el  
policía de turno se lanzaba por la Sadovaya, paralela a la calle  
donde yo vivía, y me daba alcance, bien en el ángulo de la pers-  
pectiva de Finlandia, si tiraba hacia la izquierda, o bien en la Kli-  
nicheskaya, si seguía por la derecha, y tan hábilmente llevaban  
a cabo esta vigilancia que, a pesar de no olvidar nunca medida de  
precaución y seguir las astucias que Priyutov me había enseñado,  
siempre creí que mi actividad revolucionaria pasaba desaperci-  
bida.

Siempre que iba de un barrio obrero a otro, y era todos los  
días, penetraba en las tabernas habitualmente frecuentadas por  
éstos, tabernas que en Petersburgo eran numerosísimas.

Todas ellas tenían dos salones; uno, «el limpio», para los bur-  
gueses, y otro, el «cuarto negro», donde por unos cuantos kopeks  
servían una taza de té. Los camaradas utilizaban como centros de  
reunión aquellos establecimientos. A veces hasta se pasaban allí  
unos a otros el montón de proclamas. Podía, además, hablarse  
sin temor de todo; la melodía pegajosa del gramófono apagaba la  
conversación.

Una noche, en el muelle de Neva, no lejos del puente Sampso-  
niev, me hablaba vivamente el camarada Shestopalov del curso  
de la huelga. Me volví de súbito, y tras la alta reja de hierro en  
que yo me apoyaba, perteneciente al jardín de la «villa» de algún  
capitalista, vi un sujeto que, agachado entre los árboles y arbus-  
tos, pretendía, indudablemente, escuchar nuestra conversación.

Aquel paraje estaba bastante solitario; apenas si se veía algún transeúnte. Como todos estábamos de espaldas a la verja, le parecía fácil espiarnos.

Viéndose descubierto, palideció de susto, igual que el asesino cogido *in fraganti*. Todo ello revelaba en él al agente de policía secreta y decía bien a las claras que nos vigilaban.

La cosa tenía mal cariz. Corté inmediatamente la conversación y le cogí un montón de proclamas recién editadas que llevaba encima; luego nos separamos, tomando cada cual por su lado, después de convenir en que informaríamos de nuestro paradero a todos los camaradas para que adoptasen las medidas oportunas.

Aun cuando ya se echaba la noche encima, habría sido locura volver a casa con las proclamas. Lo congruente era entregárselas a otro cuanto antes y ocultarse luego.

Eché río arriba, hasta los almacenes de la fábrica del Báltico. Ya casi hundido el sol, apagados los últimos arreboles vespertinos, llegué al sitio donde tienden las redes los pescadores en el Neva, que tan cargadas de peces salen que tienen que sacarlas con grúas; allí había parada de barcas, en que los obreros de las fábricas del Báltico se hacen llevar los días de fiesta sobre las altas olas encrespadas. En uno de los últimos botes descubrí a Vinográtov en medio de un grupo de obreros, de pie y haciendo grandes gestos con los brazos; de propaganda, a lo que parecía.

—Eh, Petya, ¿por qué voceas tanto? —gritó una voz desde la orilla.

Era uno de sus amigos. Petya, al verle, enmudeció. Ni un segundo había que desaprovechar; apenas atracó la barca en la arena de la ribera apareció un pelotón de cosacos en la esquina próxima.

— ¡Disolverse! ¡Fuera grupos! —gritó el jefe del pelotón.

—Petya, esto va mal —le dije a Vinográtov, una vez ocultos tras el seto de la «Fábrica Franco-rusa», lejos ya de los soldados—; me vigilan. Acaso me detengan esta noche. Encárgate de estas proclamas. Ocúltalas ahora, provisionalmente; luego se las darás a Feldsehrov, a Ilyín o a Ladonkin; son para la «Nueva Algodonera».

—Tampoco mis cosas van bien —me dijo, al mismo tiempo que escondía las proclamas entre los ladrillos de la cerca—. El capataz me ha despedido hoy. Y menos mal que no te han detenido ya; tú sirves admirablemente para levantar el espíritu de los obreros —y añadió—: ¿Qué piensas hacer? Yo podría marcharme a Odessa o a Ekaterinoslav [hoy, Dnipró]. Quiero trabajar allí, pues si a ti te detienen yo tampoco me libro de la cárcel.

Los cosacos habían desaparecido hacía rato. Nos encontrábamos de nuevo junto a las pesquerías. No se veía un alma. Las sombras de la noche eran cada vez más densas. A nuestro encuentro vino M. Payanen, quien nos dijo que la huelga tocaba a su fin, pero que los obreros, aun reintegrándose al trabajo, tenían la sensación de haber ganado una victoria. Al menos se daban cuenta de sus propias fuerzas y, dirigidos por la Unión de Lucha, estaban en el camino recto.

—Si te detienen a ti también cargan conmigo —dijo Payanen—. Así que adiós, Aleksandr. Ahora vivimos en tinieblas; pero creo firmemente que llegaremos a ver los primeros albores del nuevo sol. Hasta mi padre dice que nunca había creído que los obreros rusos fuesen capaces de organizar una huelga semejante. Y esta huelga significa para nosotros el comienzo de una nueva vida...

Estaba ya del todo oscurecido cuando salté a la barca para cruzar el Neva. Pensaba, dando un rodeo, llegar a casa por la Isla Vasílievski.

Justamente en el medio del río me di a pensar... Batían los remos cadenciosamente, las olas murmuraban, rompiéndose en los costados del bote; lejos, donde las aguas del río se confundían con las del mar azul, empezaba a subir la luna. Mi corazón estaba traspasado de tristeza. «Pronto, muy pronto, me veré hundido en el abismo tenebroso de la cárcel; pronto se vengarán, aniquilándome, de mí. ¡Quién sabe si tal vez volveré a ver ya nunca a mis camaradas!... Pero ya hace mucho tiempo que decidí sacrificarlo todo, hasta la vida... ¿Qué más me da que me encarcelen como que me lleven al cadalso?»

Pasé por delante de la fábrica del Báltico, sobre el muelle; pasé el puente de Nicolás y me senté, cansado, en un banco de piedra, junto a la Academia de Arte. Ya hacía mucho rato que era de noche. De allá a unos minutos dio las doce el reloj de la

fortaleza. Estaba rendido, completamente rendido; me zumbaban los oídos y un escalofrío me corría por la espalda. Hundido en mis cavilaciones, miré al cielo negro, tachonado de estrellas que parpadeaban débilmente; miré el rostro enigmático de la esfinge, que al mismo tiempo me media de arriba abajo con sus ojos de piedra.

Y su cara inmóvil hablaba de una larga cadena de siglos; hablaba de los tiempos en que la civilización egipcia había sido destruida por griegos y romanos, tiempos en que el esclavo, encadenado, edificaba las pirámides, edificaba templos griegos y romanos, estremeciéndose bajo el látigo del vigilante alerta; hablaba también de la Edad Media y de sus catedrales góticas. Bajo el yugo de la esclavitud debía aparecérsese el futuro al hombre reflexivo tan enigmático y sombrío como esta esfinge.

También para mí había sido la vida, al renegar de Dios, sombría y enigmática. La doctrina de Marx me había trazado luego la senda. Nuestra huelga había demostrado que un elemento nuevo aparecía en escena, un elemento capaz de aniquilar todo lo viejo y decrépito, de vengar los sufrimientos de millones y millones de oprimidos y de construir una nueva sociedad en que no hubiera ya esclavos.

Y yo, un simple obrero, debía sentirme feliz de vivir en la época en que comenzaba la total renovación. ¡Que me encarcelasen si querían!

El vengador inexorable estaba en pie; nadie ni nada podría vencer nuestra causa, porque nuestra causa era sagrada.

Próximamente a las dos llegué a casa, y, nada más acostarme, se posesionó de mí un sueño pesado, plúmbeo. El agudo sonar de la campanilla me despertó; una banda de policías se precipitó en el cuarto. El gordo comisario me sacó de la cama, cogiéndome materialmente en brazos, y diciendo:

—¡No te muevas, canalla!

La chusma policíaca empezó a revolver en el cuarto. Mi madre lloraba en un rincón. Pavel, mi hermanito, que sólo tenía once años, sin comprender la significación de todo aquello, miraba a los policías y me miraba a mí...

—¿Su nombre? —me preguntó el oficial de la gendarmería que dirigía el registro.

—Si usted se empeña en tenerme así, desnudo, en un rincón y consiente que sus subordinados me infieran ultrajes, no obtendrá usted de mí una palabra.

—Traten más cortésmente al preso —dijo el oficial—. Y usted, señor Shapovalov, vístase. Tenemos orden de llevarle detenido.

Me condujeron al edificio de la Policía política. Por la mañana, cuando ya clareaba, me trasladaron a la fortaleza de Pedro y Pablo. Dos años estuvieron cerradas para mí las puertas de la cárcel, y luego otros tres en Siberia...

## EN LAS CÁRCELES ZARISTAS

### **El bastión Trubetskói, en la fortaleza de Pedro y Pablo**

Si en aquel tiempo en que Rusia entera languidecía bajo el yugo de los zares hubiera conseguido un ser humano penetrar, desapercibido de los vigilantes, en los corredores de la cárcel de [los presos] políticos, el bastión Trubetskói, nada le habría asombrado tanto como la tranquilidad absoluta, el silencio de tumba que allí dominaba.

Sólo muy de tarde en tarde se oían sonar las espuelas de los gendarmes, arrastrándose de puerta en puerta por los corredores; a veces crujía en sus manos el enorme llavero o retumbaba con grave sonido una puerta al cerrarse. Y luego, de nuevo, el silencio pesado, corpóreo, desplomándose sobre la fortaleza. Y sin embargo la fortaleza estaba llena de vida, llena de vidas rebeldes, sublevadas contra la esclavitud.

Pegando el oído a la puerta misma de cada celda, asomándonos a las mirillas, veremos, oiremos que el preso recorre su jaula, pasea de uno a otro ángulo, inquieto, como el pájaro que ha perdido su libertad, como la fiera encerrada entre gruesos barrotes.

No en vano se comparaban las casamatas de la fortaleza de Pedro y Pablo a una cripta sepulcral, a un ataúd. ¡Cuán estrecho, cuán insoportable se hace este sudario de piedra!... ¡Cómo pesan sobre el ánimo estos muros, cómo pesa la bóveda del techo! ¡Qué odio despierta esa reja enmohecida! ¡Lástima no estuviese realizado nuestro orden socialista, sin cárceles ni jueces al servicio del zar, sin pobres ni guerras, sin oprimidos ni opresores!...

Tales eran mis pensamientos, mientras recorría, paseando, la celda. Creía asfixiarme; honda desesperación me dominaba. ¡De qué buena gana habría saltado aquellos muros, habría deshecho aquellas rejas, para verme libre! Pero los muros son inexpugnables, la reja es fuerte. El vigilante está alerta. Todo en vano: no hay escape posible.

Involuntariamente se desenvolvía en mí el recuerdo de cómo había sucedido todo. En Petersburgo la noche veraniega es corta. El oficial concluyó el atestado; firmaron los testigos. Cuando salimos lucía ya el claro sol mañanero y sus rayos, precipitándose por la ventana, inundaban el mezquino cuarto en que vivíamos. No quedó rincón que no registraran. Mi madre y mi hermano me miraban y miraban a los guardias, al sargento gordo y a los policías llenos de asombro y de terror. En sus ojos se leía miedo al futuro, sorpresa, un callado reproche y, al mismo tiempo, una humilde resignación ante lo inevitable que se les venía encima de súbito. La escena duró poco. Me sacaron al patio y allí los abracé conmovido a los dos.

— ¡Adiós, madre! —la dije, besándola—. Todo es inútil ya. Me llevan. Tú sabes que por propia voluntad no te he abandonado nunca.

En la calle nos esperaba el coche. Las casas, el patio, las calles, todo aparecía inundado en la luz generosa del sol matutino. Aquel último momento de libertad me pareció increíblemente hermoso; todo era bello, sí: el cielo triste y azulino de Petersburgo, las nubes en rebaño, la corriente salvaje y caudalosa del Neva, las fachadas y tejados de las casas doradas por el sol. Mis ojos no acertaban a desprenderse de las cosas, queriendo gozarse en ellas por última vez, y el pálido azul luminoso del cielo, el sol, la vida, en fin, penetraban en mi pecho, embriagándome, disuelto en el aire fresco y libre.

A la puerta sollozaba mi madre, repitiéndome su adiós. Luego los porteros la metieron en casa a la fuerza.

No había ya libertad para mí. Con un gesto, el sargento gordo me señaló el coche. Subí y me senté, y él a mi lado. Tan voluminoso era que apenas me dejaba sitio. Para evitar que pudiera escaparme, sujetó firmemente mis manos con una de las suyas, cuyos dedos eran cortos y gruesos; con la otra agarraba el sable y el revólver. Fuimos por la calle Sadovaya y el muelle del Neva hasta el puente Liteiny. El sargento callaba. Su cara, roja y gorda como un tomate, no delataba compasión ninguna. Su gesto era obtuso y cruel. Los deberes de su cargo le habían quitado de dormir; ahora metía prisa al cochero para despachar cuanto antes. Sin duda comprendió todo mi odio hacia él y los de su casta, pues una

vez, al mirarme, se volvió instintivamente. Era un vivo contraste: él, gordo y lucido; yo, flaco, chupado y enfermo de los nervios. Una idea cruel me atormentaba. «¿Habré dejado en casa algún recorte de papel olvidado, con un nombre o una dirección, que pueda ponerle sobre la pista de los camaradas aún libres a quienes está reservado proseguir nuestra labor hasta un completo triunfo?» El recuerdo de mi madre y de mi hermano tampoco se apartaba de mí; no conseguía olvidar su mirada de asombro y de reproche. ¿Qué esperanza tenían? ¿Qué vida llevarían sin mí? Acaso la necesidad les obligaría a pedir limosna, cuando el espectro del hambre se les mostrase en toda su crudeza.

¡Mi madre, una vieja, medio impedida de las piernas, y mi hermano, con sus once años!

«¡Si pudiera escaparme...!» Y el pensamiento de la huida taldadraba, implacable, mi cerebro. Pasamos el puente Liteiny, con sus altas barandillas. Detrás de nosotros zumbaban las olas; arrojaban sus redes los pescadores; pitaban los remolcadores, arrastrando con empuje poderoso caravanas de barquichuelas; se cruzaba la gente y pasaban cargados enormes carretones. El sargento, como si hubiera comprendido mi intención, me sujetó más fuerte. Era imposible saltar del coche, escapar a merced de los carros y desaparecer entre la muchedumbre. Por todas partes, en todas las esquinas, había guardias dispuestos a venir en ayuda de mis perseguidores.

Enseguida doblamos el muelle de nuevo, pasando por delante del palacio del zar. El brazo del sargento no aflojaba. Por fin llegamos a la calle Gorojovaya, donde estaba el edificio de la Oj-rana.<sup>15</sup> «Llegamos —pensé—. Ya no hay escape. Heme aquí retirado de la lucha, como un soldado prisionero en medio de la batalla.»

Dos guardias de estatura gigantesca custodiaban la entrada del edificio. Algunos espías, de paisano, entraban y salían. Al ver el coche nos rodearon, contemplándome con curiosa y maligna alegría. Sus ojos insolentes parecían decir: «Fíjate y aprende. En adelante ya te guardarás de rebelarte, de revolucionar a tus

---

<sup>15</sup> La Policía zarista.

camaradas y de armar huelgas. Por ahora te hemos atrapado. Y te va a quedar memoria.»

Bajó el sargento del coche, me mandó bajar a mí y me introdujo en el edificio.

Atravesamos un vestíbulo donde había muchos guardias, subimos al segundo piso y entramos en una oficina. Sentado a la mesa estaba un funcionario de elevada estatura, rostro pálido e inteligente. La impresión que causaba, sin embargo, era desagradable, con sus ojuelos inquietos, descarados y penetrantes.

—Ya es hora, ¿verdad? —dijo, mientras hojeaba unos papeles—. Ya es hora de que esté usted aquí; ya es hora, verdaderamente. Mucho tiempo hace que le seguimos los pasos. Conoce todas sus heroicidades.

Yo callaba.

—¿Ha aparecido algo en su casa? —preguntó al sargento, que en su presencia se mantenía tieso y reverente—. Bueno, bueno —dijo, luego que hubo leído el atestado—. Al número siete con él. Acompañaale, Nikíforov.

Atravesé un largo pasillo, escoltado por dos gendarmes. Por fin llegamos a un gran salón a la izquierda del corredor; estaba lleno de espías, que se habían pasado la noche en vela esperando «trabajo» y paseaban de un lado para otro, fumaban o jugaban al ajedrez. La atmósfera estaba turbia de humo.

Me encerraron en una celda como un pañuelo, sin mesa, ni cama, ni sillas. Cerraron las puertas, corrieron el cerrojo, y entonces sentí que acababa de perder algo, un valor insospechado, incalculable, algo absolutamente indispensable para la vida: la libertad.

Me encontraba deshecho, rendido; sin embargo, empecé a imaginar si no podría escaparme. Llamé a la puerta.

—¿Qué pasa? —preguntó el guardia, abriendo.

—Quiero hacer mis necesidades.

Me llevó por un pasillo adelante, indicándome una puertecita. Sus pasos se alejaron. La puertecilla quedaba abierta a mis espaldas. Mi corazón latió con fuerza. Abrí con cuidado. Pero el guardia no se movía del extremo del corredor. Policías y gendarmes andaban de acá para allá. No había escapatória.

Volvieron a encerrarme. Pasó un rato largo, lo menos dos horas. Luego se abrió la puerta y, atravesando la sala de los espías, me llevaron a un patio interior. Me esperaba allí un oficial de la gendarmería luciendo su airosa capa de uniforme, con un sargento que hablaba con acento ucraniano. A su lado había un coche. Abrieron la portezuela y subió el sargento. Hube de sentarme a su lado y me agarró firme por las caderas. El oficial se sentó frente por frente. Bajaron las cortinillas y arrancó el coche, crujiendo sobre el empedrado. El oficial, un joven como de treinta años, de rostro bondadoso, en el que no había huellas del vergonzoso oficio que desempeñaba, sacó una pitillera y me ofreció un cigarrillo.

—¿Fuma usted?

—Gracias, no fumo.

E involuntariamente pronunciaron mis labios lo que por mi cerebro cruzaba:

—¡En qué tiempos más viles nos ha tocado vivir!

El enorme sargento, extrañado por mi tono sincero, me dirigió una mirada significativa.

—¿Y por qué son tan viles estos tiempos?

—Porque meten en la cárcel a obreros inocentes, como yo — le respondí—. ¿De qué se me acusa? ¿Soy tal vez un asesino? ¿He cometido algún crimen? No he robado ni he matado a nadie; por mucho que se esfuercen no encontrarán en mi pasado una mancha, nada que les dé derecho a afirmar que no soy un hombre honrado. Siempre me he desvivido por conseguir el bien, sólo el bien.

Nada lleva tan seguro a la victoria como la incondicional entrega de uno mismo en aras de la emancipación del proletariado y de la humanidad en general; a esta gran causa se han sacrificado generaciones enteras de socialistas rusos, víctimas de la crueldad zarista. Y en esta lucha los revolucionarios habían conseguido, cuando menos, hacerse respetar de los gendarmes, obligados, aun en contra de su voluntad, a reconocer en ellos altas cualidades morales.

Todo esto me vino a las mientes recordando la escena aquella en que tiempo atrás un gendarme me había humillado sin motivo, colmándome de sucias injurias, en la Comisaría de la

estación. Entonces yo estaba solo y desvalido. Y el gendarme lo había comprendido bien, creyéndose que todo le estaba permitido. Ahora la cosa cambiaba. Ahora era yo un revolucionario, uno de aquellos seres perseguidos como fieras por todo lo que representaba autoridad, pero temidos y estimados en secreto. Me di cuenta perfecta de cómo el oficial no se atrevía a insultarme, cosa tan grata a los de su especie, sino que, por el contrario, empezó a hablarme insinuante y cortés. Viendo que me esforzaba en mirar a la calle por la rendija de la cortinilla, la levantó del todo.

—Ustedes idealizan demasiado a nuestro sencillo pueblo ruso —me dijo—. ¿Quieren ustedes comparar con el obrero parisino al obrero de nuestras fábricas, que se emborracha como una bestia y se tumba a dormir luego en las cunetas, o al campesino sucio, que suena las narices con los dedos y estropea el ruso al hablar? ¡Darle una Constitución a este pueblo atrasado, semisalvaje! Sería inconcebible.

No respondí una palabra a su arenga. Hubiera sido inútil y arriesgado ponerse a disputar con él. Es, además, una máxima vieja de todos los verdugos bien arrancar confesiones por medio de tormentos y violencias, o bien fingir amabilidad y cortesía.

Sin despegar los labios, me asomé a la ventanilla. El coche avanzaba. Pasamos a lo largo del puente Troitsky, construido entonces de madera y asentado sobre barcas, siguiendo luego a lo largo de la perspectiva Kronverk. Comprendí que me llevaban a la fortaleza de Pedro y Pablo, de la que tantos horrores se contaban. Por Priyutov y los otros sabía que entre sus muros languidecían valientes y animosos campeones del socialismo.

Paramos frente a una puerta, sobre cuyo dintel se leía el viejo rótulo «Puerta de Iván», rótulo que era un testimonio más de la crueldad de los zares que luchaban entre sí por el trono, esto es, por el derecho a esclavizar al pueblo ruso, y se hundían mutuamente en las casamatas de la fortaleza. A mi memoria venía el trágico recuerdo de Iván VI, muerto de hambre entre estos muros. El coche, entre tanto, penetraba en el patio, pasando por delante de los soldados en formación. Allí estaba la catedral de la fortaleza, sepultura de los déspotas rusos, y la Casa de la Moneda, donde en aquel momento entraban los obreros al trabajo.

Por fin se detuvo ante la reja, delante del cuerpo de guardia. Apareció un centinela, y, una vez recibida la consigna, nos dejó el paso libre. Llegamos al cuerpo de guardia por un estrecho pasadizo. A un lado y a otro había camastros de madera, sobre los cuales se tendían, vestidos, los soldados de la guarnición. Al entrar el oficial todos se levantaron. El aire se mascaba, cargado de vahos humanos. «De aquí sí que es imposible escapar —me dije—. Lo menos veinte soldados guardan la puerta.»

Salimos del pasadizo, y entonces se abrió la verdadera puerta de la cárcel. Aquella boca me tragó y el monstruo me tuvo en su vientre por espacio de muchos meses. Al pasar por los corredores del piso bajo me estremecía pensando que pudieran encerrarme en una celda de aquellas. Todas las puertas estaban abiertas, y su interior se veía húmedo y oscuro como el de una bodega, pues las ventanas daban contra los muros mismos de la fortaleza, no dejando penetrar un solo rayo de luz.

Felizmente pasamos el piso alto, donde había un poco menos de humedad y un poco más de sol. Tampoco allí estaban ocupadas todas las celdas. Entre cada dos habitadas había una vacía, con la puerta abierta. En una de éstas me encerraron. Junto con el director de la cárcel, un coronel alto, de barba gris, llamado Lesnik, entraron el oficial que me había acompañado, dos vigilantes y dos gendarmes.

Extrañóme que uno de estos últimos estuviera constantemente moviendo la cabeza, como si los horrores de la cárcel le hubieran trastornado los nervios. Más tarde supe, de labios de Ludmila Wolkenstein, la revolucionaria *naródniki* que, antes de ser desterrada a la isla Sajalín había sido trasladada del Shlisselburg a la fortaleza de Pedro y Pablo, que este mismo gendarme atormentaba a los presos con su constante espiar por la mirilla. Le llamaban por eso el «malvado mirón». También supe por otros conductos que, enamorado de un preso político, había llegado hasta el punto de ofrecerle sus documentos para conseguirle la libertad. Aquel preso fue ahorcado más tarde, y es muy posible que esta ejecución fuera el motivo determinante de su enfermedad.

Los vigilantes de uniforme verde, pertenecientes a la infantería de la prisión, eran los encargados de las llaves, y ellos mismos

abrían las puertas y los pequeños agujeros que, a modo de ventanas, tenían las celdas. Estaban encargados además de la custodia de los presos.

Los gendarmes traían agua para el té, la comida y la cena, libros, cartas, etc....., y hablaban con uno cuando era necesario. Tenían la obligación de evitar que de fuera llegase a los presos ninguna señal, así como la noticia más insignificante.

Una cama de hierro pegada al suelo, con un colchón de paja y crin, y una mesa de hierro, también adosada al muro, componían el atalaje de la celda.

Al entrar, fatigado como estaba, me dejé caer instintivamente sobre el lecho.

— ¡Arriba! —dijo en voz baja y severa el director—. Aquí no está uno en su propia casa, ni esto es ningún hotel. Usted es un preso. Todos ustedes son presos. El reglamento prohíbe que en presencia de los superiores se mantengan sentados. ¡Ea, desnúdese! Ahora le traerán el uniforme de presidiario.

Una vez desnudo, los vigilantes y uno de los gendarmes registraron minuciosamente mis ropas y calzado, hasta convencerse de que no me quedaba un papel, ni un trozo de lápiz, ni lima ninguna con que pudiera cortar los barrotes. Los otros dos registraban en tanto mi cuerpo desde la cabeza a los talones, el pelo, la boca, etc... Uno de ellos me cogió en brazos, me volteó con increíble maña, dejándome con las piernas en alto, y me tentó ágilmente las posaderas hasta convencerse de que tampoco allí había nada. Terminado el registro corporal, me dieron orden de vestirme la ropa de presidiario. En cuanto me vi encima aquella camisa, aquellas medias, aquella raída bata azul y aquellas zapatillas desflecadas, prendas todas que se me despegaban del cuerpo, por no estar hechas a mi medida, sentí todo el peso de aquellos vestidos y de todo lo que me rodeaba. El director se cuadró, levantó la mano derecha y me dijo en tono de mando:

—Esto es una cárcel y usted un preso. El reglamento prohíbe hablar, llamar a la puerta, cantar y escribir garabatos en la pared o en las páginas de los libros de la biblioteca. Toda infracción del reglamento se castiga retirándole los libros, prohibiendo las visitas o el paseo. Si estas primeras medidas no fueran suficientes, están la celda de castigo, la camisa de fuerza y las cadenas. Y más

todavía. Yo espero que usted haya de conducirse bien, para no dar lugar al empleo de estas medidas. Ahora, adiós.

—Adiós —respondí automáticamente.

Cuando la puerta se cerró y dejaron de oírse por el corredor sus pasos, me vi sumido en aquella oprimente tranquilidad, en aquel silencio de tumba característico de la fortaleza de Pedro y Pablo.

Aún estuve un buen rato inmóvil, como petrificado, mirando alternativamente a la puerta, a la ventanilla por donde meten la comida al preso, el agujero por donde el vigilante espía todos sus actos y movimientos; estaba de pie, entontecido, anonadado por todos los sucesos de las últimas veinticuatro horas.

Pronto, muy pronto, me di cuenta de lo despacio que pasaba el tiempo, de lo monótonos que se hacían los minutos. Cada minuto me parecía una hora; cada hora, la eternidad. Y de súbito me invadió el sentimiento de que aquella celda cavernaria, con su techo abovedado y sus muros impenetrables, era mi vivienda habitual, mi guarida desde hacía muchos años. Y la fatiga me abrumó.

Sin embargo, empecé a correr furioso a uno y a otro lado. Pero el cansancio era cada vez más hondo. Aquella vida tensa, agitada, de los últimos dos años, y, sobre todo, del último mes, durante la huelga; las noches sin sueño, el pesado trabajo de la fábrica, la alimentación insuficiente, todo ello se me hacía perceptible de golpe. Caí en la cama, pero no pude dormir. En mis oídos zumbaba una voz insistente, que me hablaba de los camaradas libres, encargados de proseguir la lucha, perseverando en sus puestos revolucionarios. Viendo que, a pesar de todos los esfuerzos, no venía a mí el sueño, me dediqué a examinar detenidamente la celda.

Primero que nada me fijé en el muro donde estaba la ventana, pequeña y muy alta, protegida por una reja. Por ella vi la gruesa pared de piedra de la fortaleza, coronada de almenas. Esta pared levantaba mucho más que la ventana. Mirando hacia arriba podía uno, sin embargo, ver un trozo de cielo. Sobre la gran pradera gris corrían las nubes, muy altas, en rebaño. Allí arriba, las alondras surcaban ágiles el aire; allí volaban las palomas, allí los grajos y urracas remaban con sus alas torpes. De allí venía, aunque

impreciso y lejano, un latido de vida. ¡Allí estaba la libertad espléndida!

Los pocos rayos de sol que por la ventana de mi celda se colaban dibujaban en la pared una mancha de oro. En la reja tenía una araña su red. Y se oía el zumbar desvalido de una mosca cautiva. Aquello me hacía daño. Quise libertarla, ya que no podía libertarme a mí mismo. Pero la ventana estaba demasiado alta. Me empiné sobre las puntas de los pies. Ni aun así alcanzaba. Entonces di un salto para llegar con la mano a la reja. Sentí de súbito que me espiaban. Al volverme vi un ojo pegado a la mirilla. Se abrió la puerta de la celda con un ruido atronador, que me asustó, y el gendarme asomó la cabeza:

—¿Qué es esto? Usted no tiene que saltar para nada a la ventana. Estese quieto, si no quiere dormir en la celda de castigo.

Aquella conciencia de que todos mis pasos eran acechados me agobió el ánimo más aún. Ya no hice esfuerzos para llegar a la ventana. Estaba demasiado alta, de todos modos. Pero podía —y éste era el único goce de mi existencia —contemplar una franja de cielo: de día, iluminado por los rayos espléndidos del sol; negro como un abismo de noche, en que sólo brillaban, parpadeantes, las estrellas, o bien la luna destilaba su esencia impalpable.

Pasaban lentas las horas, pasaban los días. Cada cuarto de hora sonaba el reloj de la cárcel, ahuyentando el silencio por unos momentos; cada hora tocaba una melodía religiosa.

Aquellas campanadas, aquella melodía, ejercían sobre el ánimo de los presos un influjo terrible, deprimente, como si estuviera malignamente ideado para amargarles la existencia, para hacerles sentir con más fuerza el poder asesino del tiempo. A mí, personalmente, me ponía malo. Si, por el contrario, estaba abierta una hoja de la ventana, me entusiasmaba escuchando los ruidos de fuera, que hablaban de la libertad, de la vida. La campanilla de los tranvías, el pitar de las sirenas, los gritos de los marineros sobre las barcas, todo ello formaba una música alegre y conmovedora. De noche, cuando todo callaba, mi oído tenso, aguzado, creía percibir el rumor de las olas del Neva lamiendo los tumores de la fortaleza en su camino hacia el Oeste, al golfo de Finlandia y al Báltico.

Y latía en mí sin descanso el pensamiento que me había atormentado durante las horas crueles de la detención, del registro, del traslado a la cárcel: «Vive alerta. No te descuides. Estás sólo entre enemigos numerosos y astutos, que buscan tu ruina. No hables una palabra de más. No te descubras, mira que son capaces de sacártelo todo del cuerpo.»

Veía en la imaginación a Priyutov, a la Preiss y a los otros, los más firmes de todos, los que nunca habían hecho traición, inmovibles como rocas en el interrogatorio.

### **Interrogatorio y prisión**

El polvillo del metal y el olor apestoso del taller me quitaban el apetito. Cuando estaba buscando trabajo, como pasaba más tiempo al aire, me volvían las ganas de comer; pero entonces no podía apenas comer, por no tener dinero. Por lo general, la alimentación del obrero de la gran Rusia era más deficiente que la del ucraniano. Y empezaba la cosa por la poca habilidad de mi madre en sazonar los guisos. Chuletas y cosas por el orden sólo las conocía de vista, cuando pasaba frente a los restaurantes donde comen los ricos.

No era milagro, por lo tanto, que el rancho de la cárcel fuese mejor que la comida del obrero petersburgués. Aquella sopa era incomparablemente más sabrosa que la sopa de coles que mi madre preparaba. Las dos chuletas nadando en grasa me satisficieron tanto, que nada más entregarle al gendarme el plato sucio me sentí vencido de sueño. Tan opíparo banquete ejerció sobre mi cuerpo, consumido a fuerza de privaciones y cansancio, un efecto de borrachera, y, no pudiendo abrir los párpados, me tendí sobre el lecho a dormir.

Dormido estaba, y bien dormido, cuando sonó un gran estrépito a la puerta y luego la voz de un gendarme:

—¡Arriba!

Pero no desperté hasta que me hubo zarandeado vivamente por el hombro. Cansado y medio traspuesto todavía, oí que me mandaba seguirle, y le pregunté adónde. Pero, como de costumbre, no me dio respuesta ninguna. Seguí al vigilante sin decir

palabra ya, recogíendome el faldón del uniforme de presidiario, que arrastraba. Otro gendarme cerraba la comitiva. Al extremo opuesto de la cárcel, junto a un corredor, y en una celda exactamente igual a la mía, estaban el teniente fiscal Kichin y el coronel de la Gendarmería Shmakov, sentados a una mesa cubierta de un tapete verde. Kichin tenía barba y llevaba anteojos. Representaba unos treinta y dos años. Sus ojos y su cara toda revelaban un carácter taimado, de comerciante. El otro podía tener cincuenta y cinco años, y estaba muy canoso. Tenía el rostro ancho, la frente despejada y unos ojuelos grises y malignos. Shmakov no contestó a mi saludo. Su mirada insistente, clavada en mí, me repugnaba. A simple vista se descubría en él al enemigo jurado de la clase trabajadora. Y no me equivocaba. Era aquel mismo Shmakov que cita el camarada Bajarev en su folleto<sup>16</sup> como discípulo aventajado del fiscal del Tribunal de Varsovia, Shiroda. Por obra y gracia suya había padecido salvajes tormentos más de un revolucionario. Me examinaba detenidamente, sin apartar los ojos. Aquel principio no auguraba nada bueno.

—Sí, fíjate, fíjate y observa —me dijo, viendo que yo los miraba a uno y a otro.

—Buenos días, Aleksandr Sidorovich —dijo Kichin con una voz dulzona y de falsa cortesía, sin dejar de examinarme con sus ojos astutos—. Haga el favor de sentarse.

Y me señaló un sillón.

En mi casa no había más que unas cuantas sillas y tajos. En la fábrica, cuando el capataz nos estaba vigilando, tomaba asiento en un pesado sillón de madera. A la vista de aquel sillón lujoso y cómodo, guarnecido de cuero, cosa completamente nueva para mí, una voz íntima me exhortó a estar en guardia, e involuntariamente miré al sillón como si en él se escondiese una trampa.

Por fin, me senté, recogiendo mi ridículo uniforme, bajo la mirada burlona de Shmakov, e intenté concentrarme pensando que delante de mí tenía al verdugo mayor del régimen zarista, el gendarme más odiado por todos los revolucionarios. Me

---

<sup>16</sup> Bajarev: *Cómo hay que conducirse en el interrogatorio*.

interrogó Kichin. Era un verdadero tipo de funcionario. Shmakov callaba, sin dejar de mirarme.

—Vamos a ver: ¿sabe usted por qué se le inculpa?

—No —respondí, esforzándome para adoptar un aire indiferente—. No tengo la menor sospecha.

—¿Ah, sí? ¿Conque no tiene la menor sospecha? —y cambió una mirada con Shmakov—. Nosotros se lo diremos entonces. Se le acusa de graves delitos contra la seguridad del Estado. Se le acusa de pertenecer al partido Naródnaya Volia, de haber tomado parte en la instalación de una imprenta clandestina, de pertenecer a la Unión de Lucha y de haber repartido proclamas criminales exhortando a los tejedores a la huelga. ¿Se reconoce usted culpable de todo esto?

—No, no me reconozco culpable.

—¡Bueno! —dijo entre dientes Kichin—. ¿Conque no se reconoce usted culpable? Bueno va... ¿Tampoco conocerá a Yergin? Comprenderá usted que es una tontería negarlo. ¿No conoce usted a Yergin y a Katerina Preiss?

—No, ahora oigo hablar por primera vez de toda esa gente.

—¿Cómo? ¿Conque no confiesa? ¿Conque miente? ¡Si estamos enterados de todo! Sabemos que usted conoció a Mijaíl Tulupov en la escuela técnica. Vea usted que lo sabemos todo. Su astucia es inútil, convendrá usted en ello.

—Oigo ahora hablar por primera vez de la existencia de toda esa gente. Yo no sé nada de partidos ni de imprentas. Todo eso es completamente desconocido para mí.

—¡Ah, bueno! Él no sabe nada. Es inocente —y Kichin reía.

—Pero, permítame —le interrumpí—, ¿puedo yo saber quiénes son ustedes y cómo se llaman?

Mi pregunta, hecha en tono resuelto, no pareció agradaarle a ninguno de los dos. El rostro de Kichin tomó una expresión más astuta y malvada. Shmakov se mantenía en un silencio amenazador.

—A esto puede contestársele —repuso Kichin—. Aquí, el señor coronel Shmakov, juez instructor de su causa. Yo soy el fiscal imperial Kichin, el «ojo del zar». Usted reflexionará y tendremos tiempo de hablar con más calma. Firme.

Así, pues, suscribí mi declaración de inocente, diciendo que no conocía a ninguna de las personas citadas.

—Puede usted retirarse —dijo Kichin.

—Espere un momento —dijo de súbito Shmakov—. Díganos sólo dónde se ha encontrado la última vez con la Preiss. ¿Fue en Lachta, en la imprenta, o en el viejo domicilio, donde estuvo instalada primero, junto al canal Kryukov?

La tal pregunta tenía por único objeto demostrarme que todo el tinglado estaba en manos de los gendarmes.

—He dicho ya —respondí, aunque estremeciéndome en lo más íntimo— que no conozco a esa persona, ni tampoco a ninguna de las otras. Y de la tal imprenta jamás he oído hablar.

—¡Buena gana de mentir! Hemos descubierto y confiscado la imprenta, la «Tía», como ustedes la llamaban.

—Es la primera vez que oigo hablar de esa imprenta y de esa gente. Se trata de una equivocación, sin duda.

Me hizo gracia ver la cara de Shmakov contorsionada de furor. Perdió la paciencia y gritó pateando, de modo que sonaron las espuelas:

—¡Le enseñaremos a negar! Por su testarudez, le rehusamos el permiso de entrevistarse con su madre, que ha venido a verle. ¿Sabe lo que le espera? Le espera el patíbulo o, cuando menos, veinte años de Katorga.

—Escuche, Aleksandr Sidorovich —recomenzó Kichin—. Ve usted que estamos al tanto de todas sus andanzas. No tiene objeto ninguno el seguir negando. Con ello nos causa un grave perjuicio. Confiese usted y será lo mejor para todos.

—Repito que nunca he oído nada de ninguna imprenta.

—Como usted quiera —dijo Kichin—. Nosotros hemos procedido lealmente. Aún es usted muy joven. Y si se obstina en negar, tanto peor para usted. Sírvale esto de aviso. Puede retirarse.

Me levanté. El sargento y el vigilante, que esperaban cuadrados ante la puerta, me llevaron de nuevo a la celda.

Largo rato estuve sin poder conciliar el sueño. Una obsesión me atormentaba: «¿No me habré dejado escapar alguna palabra comprometedora? ¿No habré sabido dominarme cuando Kichin y Shmakov me interrogaban y me habrá traicionado mi gesto?» Me sentía descontento conmigo mismo, pareciéndome que no

me había conducido lo suficientemente bien en el interrogatorio. Fuera de mí, recorría de un ángulo a otro la celda, como una fiera herida. ¡Y lo peor era que lo sabían todo! La imprenta, descubierta; Priyutov y los otros, encarcelados. ¡Era horrible! Y de nuevo me punzaba la idea de si me había conducido rectamente. ¿Habrían adivinado algo en mis rasgos, en mis ojos? Sobre todo en los ojos. ¡Me habían mirado a ellos con tal insistencia...! ¡Oh, aquella mirada, aquellos ojuelos astutos, de Kichin! ¡Aquella otra mirada fría de Shmakov, verdugo cruel, «ojo del zar», como Kichin decía!

### **«Te meteremos en cintura», dijo el gendarme**

Pasaban los días en la fortaleza saturados de una monotonía triste y gris. No sabía ya cuánto tiempo llevaba encerrado. Al principio, para llevar la cuenta, iba haciendo rayitas en la pared; pero el gendarme, siempre atisbando por el agujero, lo notó y las borró.

En mis tiempos de libertad estaba habituado al movimiento. Siempre corriendo de un extremo a otro de la ciudad. La quietud obligada de la cárcel pesaba sobre mí más duramente por ello. Mi cerebro se embrutecía poco a poco, mis nervios estaban en continua tensión. El menor ruido inesperado, el abrir y cerrar de una puerta, me hacía estremecer acordándome de Shmakov. Un violento terror me invadía pensando en el momento de volverme a ver ante su presencia. Su rostro vil, su uniforme azul y aquel cortejo obligado de gendarmes despertaba en mí un odio atroz. En mi mente resonaban las espuelas, encarnación viva de la despiadada tiranía zarista.

Cada vez que se abría la puerta y me preguntaban desde fuera algo, caía en una especie de pasmo animal. Me daba cuenta perfecta de que no podía contestar con aquella vivacidad anterior mía.

Desaparecieron en la cárcel los callos de mis manos, volviéndose tan blancas como si nunca en la vida hubieran realizado fuertes trabajos materiales.

Fiel a mis hábitos de obrero, a las seis de la mañana estaba en pie, liándome a beber té y a leer libros de la biblioteca de la prisión. También hacía gimnasia diariamente.

Siempre después de comer me sentía invadido por un sueño atroz, hasta el punto de que llegué a pensar si no echarían en la comida algún narcótico. Poco a poco fue tomando consistencia en mí esta sospecha. Noté que precisamente después de comer la carne era cuando me entraba el sueño, y desde entonces dejé de comerla.

—¿Por qué no toca usted la carne? —me preguntó el director—. El rancho es bueno y abundante. Yo mismo cuido de que esté bien sazonado y limpio.

—Le agradecería que, en vez de carne, me dieran una libra más de pan. Yo, como obrero, estoy acostumbrado al pan; la carne no me gusta.

El director me miró extrañado. Aumentaron mi ración de pan. La carne la dejaba intacta. Desde entonces no sentía a aquella hora tanto sueño como antes.

Poco después del interrogatorio fui examinado por un oficial y un médico. Venían a tomarme las medidas antropométricas. Todo esto confirmó la sospecha de que mi situación era bastante seria y que continuaría bastante tiempo encerrado. Y, sin embargo, pervivía en mí la esperanza de que la puerta de la cárcel se me abriese y verme pronto en libertad.

El primer mes transcurrió de modo relativamente soportable. Los siguientes se hacían cada vez más duros. La cárcel destruye tanto el espíritu como el cuerpo del preso. Yo, sin embargo, leía y leía. Los libros tenían, no sólo letras, sino palabras y líneas enteras borradas. Alguien se había entretenido en raspar con el dedo los caracteres, de modo que, a trechos, hasta el papel estaba roto. Pronto comprendí que era obra de los revolucionarios presos, quizá desde el año 60, que, con ayuda de los libros, se comunicaban, colocando puntos encima de determinadas letras. Para borrarlos, a los gendarmes no se les ocurrió nada mejor que aquello, con lo que echaban a perder las grandes obras de Gógol, Pushkin, Turguénev y Shakespeare.

El coronel Shmakov no tenía, por lo visto, intenciones de dejarme tranquilo. Cuando menos lo esperaba se aparecía por mí

celda solo, sin hacerse acompañar del teniente fiscal, como exigía la ley. Entraba tieso, con el pecho levantado y sonando las espuelas, sin saludar. Me clavaba los ojos vidriosos e inmóviles y se iba derecho al asunto:

—Vamos —solía empezar—, confiese usted ya conocer a Priyutov, a Kupzov y a Katerina Preiss.

Mi respuesta era siempre la misma:

—No conozco a nadie, a nadie. No sé nada.

Casi siempre venía en su ayuda el director, que hablaba largo y tendido de la benevolencia con que me trataban los gendarmes, de que la confesión mitigaría mi suerte, mientras que si me obstinaba en la negativa sería mucho peor. Y concluía:

—¿Por qué toda esa propaganda, esas proclamas, ese socialismo? Rusia es un país demasiado joven, no está aún preparado para una Constitución, cuanto más para el socialismo. Todo ello sirve nada más a los enemigos de Rusia, sobre todo a Inglaterra, que quiere jugarnos una mala pasada, instrumento de la cual son los socialistas. Rusia es un país aparte, con características fuertemente definidas. El pueblo ruso está emparentado con lazos de sangre al padrecito zar. Si usted es ruso —y lo es, no cabe duda— debe desear la felicidad de Rusia. Rusia no puede existir sin el zar. Así, pues, debe usted retractarse de sus errores y hacer una completa confesión.

—Usted participó en la organización de la imprenta de Lachta —decía Shmakov—. Usted conoce a Yergin, a Katerina Preiss, a la Katanskaya, a Priyutov. ¿Se atreve a negármelo?

—Una vez más le digo —replicaba como si hubiera perdido la paciencia— que todo eso es una desvergonzada mentira. Yo no sé nada de ninguna imprenta. Esas personas de que usted me habla me son desconocidas en absoluto. Se lo digo de una vez para siempre, y le ruego que me deje en paz.

—¿Conque sí? —bramaba Shmakov—. ¿Conque una mentira? ¿Así que yo, que llevo treinta años de servicios fieles y desinteresados a mi zar, yo miento? ¡Un miserable rapaz, un obrero analfabeto, atreverse a decirme que miento! Me había pedido permiso su madre para verle. Pues bien; no hay permisos, ni le daré a usted un libro mientras esté su causa en mis manos. ¡Le metemos en cintura!

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Quiero decir que le tendremos ocho meses, un año entre estas cuatro paredes, sin consentirle ver un libro y sin dejarle recibir visitas. Y luego hablaremos. Todos son muy orgullosos al principio. Pero pasan seis meses, pasa un año, y se vuelven tan suaves como el algodón. Ya se ablandará usted.

Sonaba las espuelas, inflaba el pecho, engraido, y se marchaba de la celda. Su cara expresaba plásticamente toda su odiosa experiencia de verdugo, todos los procedimientos aprendidos para volver «así de chiquititos» a los enemigos de la autocracia.

Un momento después se abrió de nuevo la puerta. Entró el gendarme que estaba siempre moviendo la cabeza y, sin decir una palabra ni darme explicaciones, se llevó el libro de encima de la mesa. Sin el aliciente de la lectura, el tiempo era más lento aún. Mi única distracción consistía en pasear por el patio hasta los baños de la cárcel. Cogía pan y se lo echaba a las palomas y gorriónes que pululaban por el patio, poniéndose, confiados, al alcance de la mano. Los gendarmes y vigilantes se sentaban en los pasos de la escalera y fumaban sus pipas sin apartar de mí los ojos. Yo recorría a buen paso el patio, de forma pentagonal, echándoles migas a los pájaros y esforzándome por respirar profundamente. A través de los muros de la cárcel llegaban a mis oídos los rumores todos de la ciudad, como una música inefable. La campana de los tranvías, el pitido de las sirenas, los pregones de los vendedores, el zumbido de las olas, todas las palpitaciones, en fin, de la gran urbe que me hablaban de la vida, de la vida libre.

Al volver de este paseo, cuya duración era, todo lo más, de entre cinco y diez minutos, veía que el número de celdas vacías era cada vez más escaso. Pronto estuvieron todas ocupadas.

### **Sin más libros que la Biblia**

No me dejaron ver a mi madre en todo este tiempo. Sólo conseguí permiso para escribirla. Los presos de la fortaleza de Pedro y Pablo no podían tener papel ni tinta, lápiz ni pluma. Únicamente, en casos excepcionales, permitían una pizarra y un

pizarrín, que retiraban todas las noches, volviéndolo a entregar por la mañana. Decía mi carta:

«Querida madre: Estoy encarcelado en la fortaleza de Pedro y Pablo. Sé que sin mí lo pasaréis muy mal, siendo yo como era vuestro único sostén. Esta idea no se me aparta de la imaginación. Vete, querida madre, a la fábrica de metalúrgica del arrabal de Viborg, donde yo trabajaba: te darán los jornales devengados que no pude cobrar. Son para ti. Ellos os sostendrán un poco de tiempo. A mí no tienes que mandarme nada, pues de nada carezco. Besos a Pavlusha. Te quiero mucho, muchísimo. Escríbeme. —*Tu Sascha.*»

La carta de respuesta venía escrita por Pavel, al dictado de la madre:

«Querido Sascha, hijito querido: ¿Por qué me castiga así Dios? No puedo olvidarte ni dejo de llorar. Creo que me voy a quedar ciega a fuerza de lágrimas. Cobré tus jornales en la fábrica. Pero tenía que pagar muchas deudas. Con lo que nos sobró apenas si podremos tirar una semana. El casero nos ha echado del cuarto porque no le pagamos. Ahora vivimos en una bodega oscura y húmeda. No sé qué será de mí y de Pavlusha. Yo me iré por ahí a pedir. Dios me ha castigado por mis pecados. Rézale: quizá así se compadezca de nosotros. Solicité permiso para verte y me lo han negado. Me dijeron que tu conducta era tan mala que no merecías tal permiso. —*Tu madre.*»

Sentí el corazón destrozado al leerla. Los verdugos del zar me metían en la cárcel a mí, un obrero, por el hecho de rebelarme contra la opresión. Apenas libre de las garras de los popes, se incautaban de mí los gendarmes.

Y mi pobre madre, anciana y enferma, cuyo único sostén era aquel obrero, y el hermano de once años, ante la miseria morirían de hambre.

¡De nuevo aquel maldito Dios! En Dios buscaba ayuda mi madre. También ella estaba a merced de los popes. Mi corazón sangraba, pensando en su ruina; pensaba en la suerte cruel que le aguardaba. Aquella idea terrible no me dejaba sosegar e, impotente, recorría la celda a grandes zancadas. Las sombras del crepúsculo se adensaban; pronto se hizo de noche. En mi pecho reinaba una noche más tenebrosa aún. Estaba anonadado,

desesperado totalmente. El aire escaso contenido entre aquellos muros no me bastaba para respirar. La maciza bóveda pesaba sobre mí, abrumándome. ¿Quitarme la vida? Pero no disponía de una cuerda, ni siquiera de una aguja. La reja de la ventana estaba demasiado alta. No había ningún apoyo donde sujetar un lazo. Los verdugos conocían muy bien el estado de ánimo a que puede llegar un preso, porque no nos daban tenedor ni cuchillo. La carne venía ya partida, y para la sopa traían una cuchara de madera. Ni un trozo de cristal, ni un cacharro de loza. Quedaba un recurso, sin embargo: abrirse la cabeza contra el muro. Tomé carrerilla, me pegué un fuerte golpe y caí.

Cuando recuperé el uso de los sentidos me encontré en el suelo, tirado a la larga. La cabeza me dolía terriblemente. Por la ventana, muy alta, se vislumbraba una franja de cielo oscuro. Era de noche y brillaban las estrellas, guiñando, como si dijeran, irónicas: «¿Qué significa tu dolor de la cabeza comparado con los tormentos de millones de obreros oprimidos? Te han metido en la cárcel por una idea noble. Tu madre y tu hermano morirán de hambre; pero la causa por que tú luchas libertará de su miseria, de su esclavitud, a todos esos millones de seres. Ella, sólo ella, romperá sus cadenas y secará las lágrimas de sus madres, derribará las cárceles y acabará para siempre con las guerras en que los hermanos se destrozan mutuamente. ¡Levántate! ¡Sé firme!»

Y me levanté, robustecido mi odio hacia los verdugos, hacia el zar con todos sus ministros, hacia la burguesía y los terratenientes, hacia los satisfechos, hacia los popes, sacerdotes de la mentira.

Al día siguiente un cañonazo conmovió toda la sólida arquitectura de la fortaleza. Después de aquél vinieron otros, hasta ciento uno. Seguramente festejaban algo. Los muros temblaban. Oyendo aquellos truenos, maldecía con toda mi alma a los opresores. ¡Malditos, malditos para siempre!

Poco tiempo después, al volver un día de un paseo reglamentario, me encontré encima de la mesa la Biblia y un tomo de vidas de santos.

—Según el reglamento —me dijo el nuevo director—, a los presos contumaces como usted se les dejan libros de edificación

espiritual. Cuando mejore de conducta le serán permitidos toda clase de libros.

Era un joven oficial de la gendarmería, apellidado Podarevsky<sup>17</sup>, que había venido a ocupar la vacante de Lesnik. Todo su aspecto era el de un *dandy*, con sus manos cuidadas y su barba rizada, brillante de pomada. Tan aturrido como me sentía en presencia del viejo coronel Shmakov, así era de osado delante de este tipejo. Mi instinto descubría en él al señor, enemigo personal de campesinos y obreros. Y no me engañaba mi instinto. Para matar el aburrimiento comencé a leer el libro que tan odioso me era, el libro que justificaba la esclavitud, que hacía de la explotación de los oprimidos una ley santa, el libro hostil por esencia a nuestra clase, el libro de los curas, los mayores farsantes. Mas para acabar con los prejuicios encastillados aún en los cerebros de la masa obrera había que conocer aquel libro.

Todas las religiones, tanto la rusa ortodoxa como la judaica, la mahometana como la católica, se convierten, al cabo del tiempo, en instrumento de los opresores. Ellas son la palanca que sirve al capitalismo para mejor explotar hombres y pueblos.

Aun cuando no es la Biblia otra cosa que una serie de cuentos e historietas (verbigracia: la historia de la creación del mundo) en total desacuerdo con la ciencia moderna, contiene cosas, sin embargo, que robustecen y reafirman la teoría marxista. Leyéndola atentamente se ve cómo, al cambiar sus condiciones económicas de vida, cambia la ideología política del pueblo judío. Mientras no eran más que un rebaño de nómadas, no conocían autoridad real ninguna. Luego, al fijarse de un modo sedentario, comenzaron las guerras y surgieron los reyes, al servicio de los cuales estuvo siempre la religión, siendo los sacerdotes, los rabinos, sus cómplices más fieles. De mano de estos rabinos recibían los reyes su consagración, esto es, la sanción divina de sus atropellos y latrocinios.

De la lectura se desprende también con toda evidencia que aquellos santos patriarcas y piadosos reyes no eran, juzgados con

---

<sup>17</sup> Alexandra Lvovna Katanskaya cuenta que había sido expulsado, por malversación de fondos, de un regimiento de la guardia, pasándose entonces a la gendarmería.

arreglo a nuestras normas morales, más que un hatajo de farsantes, de bribones y asesinos. El santo rey David, que, como se desprende de un salmo, estaba sifilítico, asesina, valiéndose de insidias, a uno de sus generales para robarle la mujer. Su hijo Salomón, un perfecto modelo de libertinos; en su harén languidecían miles de hermosas esclavas.

El santo patriarca Jacob engaña a su padre y a su hermano para obtener el derecho de primogenitura. Cuando el santo patriarca Abraham llega a Egipto, viendo que los ricos libertinos de aquel país están prendados de su mujer, no se le ocurre defenderla como caballero, sino que la convence de acceder a los deseos de aquellos señores, haciéndola pasar por hermana suya para sacar salva la piel.

Entre los libros profanos de la biblioteca de la cárcel que más tarde me dejaron leer figuraba una crítica de la Biblia, libro que me fue de gran utilidad.

Todo marxista, según su método dialéctico de conocimiento, considera los fenómenos históricos, y particularmente los que encierran un contenido social, no aisladamente parciales, inmóviles, sino en constante devenir, situándolos en el proceso de su desarrollo o de su decadencia. Para él no hay nunca una verdad abstracta, sino sólo verdades concretas.

La idea de Dios, tal y como nos la presenta la Biblia, se aviene más que nada a este método de conocimiento. Realmente, en la Biblia se trata de dioses distintos. El déspota Jehová, del Antiguo Testamento, que a todas horas está amenazando con castigos terrenos y promete a sus fieles recompensas, terrenas también, está hecho a imagen y semejanza de los reyes tiranos de Israel, completamente diferentes del Dios «padre de todas las criaturas», del nuevo y del otro que los curas han imaginado, con su paraíso para los buenos y su infierno para los malos. La lectura de la Biblia me afirmaba en mis creencias marxistas de que no ha sido Dios quien ha creado al hombre, sino el hombre quien ha imaginado a Dios.

Cada quince días llevaban al preso a la sala de baños, mísera construcción situada en el centro del patio. Para evitar cualquier intento de fuga, o simplemente un suicidio —ya se había dado el caso de un preso escaldándose a intento—, estaban de centinela dentro unos cuantos soldados. Cada vez se encontraba uno con

caras diferentes. El calor era horroroso. Los soldados, completamente en cueros, no permitían al preso abrir por sí mismo la espita del agua caliente, sino que le daban a uno lleno su barreño. A veces se ponían malos del calor y echaban la papilla. A ninguna pregunta respondían. Sólo una vez, ya casi concluida la vista de mi causa, vino uno a preguntarme:

—¿Y por qué le tienen a usted encerrado aquí? No tenga miedo, puede hablar con confianza.

Aunque me sospechaba yo si se trataría de un soplón, le respondí:

—Porque somos socialistas y queremos abrir los ojos al pueblo; porque luchamos por los obreros y los campesinos, contra los capitalistas y los propietarios y hasta contra el zar; porque queremos edificar un orden socialista en que no haya ricos ni pobres, en que todos los hombres sean hermanos.

Estaba tocando a su fin el verano caluroso, con sus noches de bochorno. Comenzó el lluvioso otoño de Petersburgo. Se acortaban los días; las noches eran cada vez más frías y más largas. Un mes entero me pasé sobre la Biblia, plazo suficiente, según Shmakov, para traer a la razón a un obrero. Un día se apareció Podarevsky por la celda, diciendo con pérfida sonrisa:

—¡Buenos días! ¿Qué tal se va pasando? ¿Está usted contento?

—Maravillosa pregunta —le respondí—. Es para estar contento habiéndome encerrado en la cárcel, donde no me dejan recibir visitas ni me dan más libro que la Biblia y las vidas de santos. No creo que nadie en mi pellejo estuviera contento.

—¿Por qué no confiesa de una vez? Ello aliviaría su suerte. Quizá hasta le dejasen libre.

—No tengo nada que confesar. Me acusan de las cosas más increíbles en que no hubiera soñado nunca.

—Veo que las lecturas piadosas le han servido de poco. Tan empedernido está usted como antes. Pero buena gana tiene de mentir. El señor coronel está al tanto de todo y me lo ha dicho — y añadió—: ¿por qué se metió usted en estos asuntos? Hubiera podido vivir tranquilo y ser útil a la patria, como lo soy yo, por ejemplo.

—Nosotros los obreros no servimos a la patria. Nosotros no hacemos más que trabajar, arrastrando una vida mezquina. Desde que nací no he visto más que miserias por todas partes. No me he acunado sobre rosas; la vida sólo ha tenido espinas para mí. Usted dice que sirve a la patria: he aquí la gran cuestión. La historia demostrará quién de los dos ha servido a la patria: usted o yo.

Se quedó de una pieza el hombre.

Oí claramente, al decir esto, unos golpecitos a la puerta, como una seña. El director hizo una mueca, todo perplejo.

—Yo, señor mío, sirvo a mi patria cumpliendo la ley.

Luego dio media vuelta y desapareció.

### **En la celda de castigo**

El mal tiempo nos privaba a menudo de nuestro paseo cotidiano. La celda estaba oscura, húmeda y fría. Aún no encendían las estufas. Tanto los vigilantes como los gendarmes continuaban sus malos amaños. Una noche, con gran asombro por mi parte, oí un estrépito desusado de idas y venidas en el corredor. Sonaron voces sordas y luego un grito: «¡Pronto!» Y me pareció que olía a chamusquina y petróleo. Tiempo después, fuera ya de la cárcel, supe que la estudianta Vetrova se había rociado con petróleo las ropas, muriendo abrasada.<sup>18</sup>

Llegó el invierno. Las hojas del ventanuco no se abrían nunca. Cada vez más de tarde en tarde llegaban a mí, a través de los muros de la cárcel, síntomas de la vida libre; cada vez más parecía aquello una tumba. Era la víspera de Navidad. En la calle hacía un frío horroroso. También allí dentro hacía frío. Mis carnes tiritaban, a pesar de que me pasaba las horas pegado a la pared donde funcionaba la estufa. Lejos se oyó el sonido bronco de una campana. «Una vez —pensé—, hace mucho tiempo, fue la voz de

---

<sup>18</sup> Fuera corrió el rumor de que la estudianta Vetrova había sido violada en la fortaleza. Al ser conocida su muerte, el elemento estudiantil organizó una manifestación de protesta por las calles de Petersburgo.

una campana la que congregó a la gran asamblea popular, llamando a la lucha para combatir el poder absoluto de zares y príncipes. Ahora la campana es un instrumento en manos de los popes para esclavizar a los campesinos y a los obreros. ¡Cómo se han invertido los papeles!»

Rechinaron de súbito los cerrojos de la puerta, que giró pesadamente sobre sus goznes, y en el umbral apareció la terrible figura de aquel odiado Shmakov, acompañado de su no menos miserable compañero, el director de la cárcel.

Igual que siempre, Shmakov venía engalanado con todas sus condecoraciones, con toda la quincalla con que recompensaba sus servicios el zar. Y, lo mismo que siempre, arrastraba las espuelas.

Medio año había pasado desde nuestra primera entrevista; todos los inculcados en la causa encomendada a él se le habían rendido, en cierta manera, terminando por confesar.<sup>19</sup> Y lo que más le sacaba de quicio es que yo no era un estudiante, ni un intelectual dotado de superior cultura, sino un obrero ignorante y mezquino, y aquel obrero osaba resistírsele. Para él, como verdugo del zar, mi cualidad de obrero añadía un título de más a nuestra personal enemistad. Y aunque estaba convencido de que mi confesión no le aportaría prueba ninguna nueva, no se veía satisfecho su orgullo hasta no tenerme convicto y confeso.

Y era orgullo, sólo orgullo de lacayo, lo que le hacía chocar con mi firmeza proletaria.

Ningún momento le pareció más apropiado para la realización de sus planes que la noche aquella, noche sagrada para los cristianos como él. Nada más entrar empezó a tiritar todo mi

---

<sup>19</sup> Todos los encartados en el asunto de la imprenta clandestina, tanto los *naródniki* como los marxistas, habían hecho ya, a fines de otoño, declaraciones más o menos francas y prolijas. Katerina Preiss había dicho que a mí me estaba encomendado el trabajo de difusión de los escritos revolucionarios, añadiendo: «Por mediación de Priyutov me puse en contacto con Shapovalov, hombre que, si una vez se consagra a una causa, antes se muere que dejar de servirla escrupulosa y concienzudamente.»

cuerpo, no sé si de frío o de angustia ante los tormentos que me esperaban, o tal vez de terror frente a su cruel mirada de verdugo.

—Ya es hora —comenzó, sin saludar—; ya es de sobra hora de que confiese. No puede usted a estas alturas ocultarme que conoce a Kupzov, a Priyutov, a Yergin, a la Katanskaya, a Kossolobov y a los otros.

—No —respondí—, no conozco a ninguno.

— ¡No los conoce! —se volvió al director—. ¡No los conoce! ¡Siempre la misma! Ya le meteremos en cintura. Pero... ¡fíjese usted que lo sabemos todo! Y esta tozudez suya le llevará a la horca o, cuando menos, a trabajos forzados! ¡Y un tipo como éste! —añadió, volviéndose de nuevo al director—. ¡Un miserable obrero! ¡Un mono, un papagayo, que recita palabras de otros sin saber lo que significan, y tiene la insolencia de decir que la historia juzgará quién sirve a la patria, si nosotros, súbditos fieles del zar, o él, un crío ignorante, un roto indocumentado! Lo sé todo —me amenazó—. Cuando usted dijo aquello al señor director estaba yo escuchando detrás de la puerta. ¿Conoce usted el alcance de sus palabras? ¡Ha insultado usted el uniforme! ¿Sabe usted lo que es eso, imbécil?

—Pero usted mismo confiesa —le interrumpí involuntariamente— que le tiene mucho miedo al juicio de la historia. ¿No es cierto que le tiene usted pánico?

Viendo el efecto que causaban mis palabras, me detuve. En la semioscuridad de la celda, débilmente alumbrada por la lámpara de petróleo, cuyos tenues resplandores se perdían en la concavidad de la bóveda, vi que su cara se ponía roja como un tomate.

—¿Qué? ¿Insolencias encima? —bramó, dando con el pie en el suelo—. ¡Hoy precisamente, que, para conmemorar la Nochebuena, pensaba darle permiso para hablar con su madre! Pero, en castigo de su descaro, no hay permiso hasta que no acaben todos los trámites del proceso. Y ahora a la celda de castigo. ¡Señor capitán —se volvió al director—, ordene usted el arresto a pan y agua por tres días, en la celda oscura, de este palurdo, de este imbécil!

Y se marchó tan tieso, con el pecho lleno de condecoraciones y el rostro enojado.

Uno de los vigilantes cargó con mi colchón. Apenas salir al corredor se notaba el frío atroz de la noche. Pero aquello no era nada en comparación con la celda de castigo, donde a los tres segundos se quedaba uno aterido. Y encima, completamente a oscuras.

Al parecer, no se había encendido allí calefacción en todo el invierno. Y yo no tenía más prendas que las interiores y el uniforme de presidiario completamente raído.

—Dígales a sus superiores que son todos unos ladrones —le grité al sargento cuando me llevó mi ración de pan y agua.

—Está bien. Recuerdos —contestó, marchándose, acompañado de los gendarmes y del vigilante.

Un minuto después volvió a sonar la puerta y apareció la linterna. Cogieron el colchón y se fueron.

—Vea usted: esto le pasa por llamar ladrones a los superiores. Ahora dormirá blando.

Cerraron la puerta de nuevo, y allí me quedé solo, entre tinieblas, con un frío espantoso. A través de los espesos muros llegaba a mí el sonar de la campana, como si doblasen para mi entierro. Para no quedarme pasmado corrí a un lado y a otro; pero pronto perdí el tino al orientarme y tropecé con la frente contra la pared. Aquello me produjo un dolor espantoso; ante los ojos me bailaban chispas. Un poco repuesto, volví a correr y me pegué contra los hierros de la cama, justamente en el sitio donde, hacía muchos años, cuando yo aún estaba a oscuras en política, me habían hecho una herida grave en una de aquellas pegas de la fábrica. El dolor, insoportable ahora, me hizo caer; pero tuve que saltar como si me quemasen: tan frío estaba el suelo. No podía ni correr ni estar tumbado. Pretendí acostarme, pero las barras metálicas del jergón quemaban literalmente; aquello estaba más frío todavía que las paredes y que el suelo. Furioso, desesperado, me lie a dar golpes en la puerta.

—¿Por qué llama usted? ¿Qué sucede? —preguntó el gendarme con voz severa cuando el soldado hubo abierto.

—Aquí no se puede parar de frío. Estoy casi desnudo y me hielo.

—Está bien. Encenderemos la estufa.

Otra vez el silencio. Luego, rumor de pasos y abrir una puerta. Oí cómo echaban un haz de leña al suelo, oí el crepitar de fuego, cada vez más intenso, en la estufa. Una o dos horas después —el tiempo allí era indefinido— cerraron la estufa. Oí mover los carbones con las tenazas y cerrar luego. Esperaba que la celda se calentaría, esperaba que aquel frío espantoso se aminorase un tanto. Y esperaba pacientemente. La celda habría debido calentarse y estaba cada vez más fría. Temblaba mi cuerpo, pasmándose; los dientes me tiritaban. Me acerqué a la pared del lado donde se oía la estufa, y retrocedí de un salto: estaba lo mismo que antes. Otra vez llamé a la puerta.

—¿Qué quiere usted? ¿Quiere, quizá, la camisa de fuerza? —preguntó el gendarme con voz mohína.

—Se han olvidado de encender la estufa. La celda está lo mismo que antes.

—¡Y a mí qué! Volveremos a encender. Pero no dé más la lata, porque si vuelve a llamar le pondremos la camisa de fuerza y le cargaremos de cadenas.

Y otra vez oí echar leña, y otra vez crepitar el fuego. Removieron nuevamente los carbones y cerraron la puertecilla de la estufa. Palpé la pared y estaba igual de fría. Recorrí con mis manos todos los sitios que pude en los muros, y todos igual. De pie en la cama, toqué en el techo y me quemé. Una estrecha faja en la bóveda era lo único caliente; lo demás, helado como antes. Aquello servía de muy poco, pues, como se sabe, el aire caliente no baja, así que el ambiente total de la celda continuaba a la misma temperatura. Aquello era el suplicio de Tántalo. «Buena gana de seguir llamando —pensé—. Esta calefacción es una mofa. No me queda otro remedio sino esperar pacientemente a morir helado».<sup>20</sup>

Insoportablemente larga fue para mí aquella Nochebuena. Tiritando de frío, andaba a tientas por la celda, como un ciego.

---

<sup>20</sup> En febrero de 1924 visité la celda. La estufa estaba colocada a propósito para calentar sólo el techo. | *Nota del autor.*

Por fin empezó a clarear, después de largas horas de angustia; poco a poco fue desarrebozándose un día gris de invierno. Ya se veía, aunque poco, en la celda; ya no había que andar a tientas. Era, poco más o menos, del tamaño de una celda corriente. La ventana estaba tapada de arriba abajo con una plancha de hierro. Por las rendijas laterales se colaba una luz mezquina que apenas permitía distinguir dónde estaba la cama, dónde los muros y la puerta. Corrí de ángulo en ángulo para entrar en calor. Así logré que me cesara el temblar de los dientes. Luego me puse a hacer gimnasia, lo cual me reconfortó más aún. Junto al ventanuco, sobre una tablilla, descubrí un cántaro con agua y un trozo de pan negro.

Así es el hombre. A pesar de todos los sobresaltos, a pesar de todos los horrores de aquella noche, tenía ganas de comer. Y aquel pan, alimento cotidiano de la gran mayoría del pueblo ruso, fue para mí más sabroso que los más exquisitos manjares. Luego que hube devorado la torta y bebido casi toda el agua del cántaro, me sentí mejor.

El hombre es un animal de costumbres. Con gran asombro mío, empecé a habituarme a aquella celda y a su frío del invierno. En cuanto mis ojos pudieron distinguir el contorno de los objetos, empecé a pasear ligero, tres pasos adelante y tres pasos atrás. El día de diciembre en Petersburgo es corto, sin embargo. La oscuridad se espesaba, y pronto volví a estar rodeado de tinieblas. Y volví a darme con la cabeza contra el muro y con los pies contra los barrotes de la cama. Sólo podía moverme muy despacio, con los brazos por delante a guisa de antena. El vigilante me trajo más pan y más agua. Echó leña en la estufa, y otra vez oí el chisporroteo y el zumbir de las llamas; luego, el silencio otra vez. Y otra vez la tiritona y el castañetear de dientes. Así transcurrieron cuarenta y ocho tormentosas horas. Durante estos dos días percibí, a un lado y a otro, a través de los muros, unos rumores extraños. Al principio no les di importancia. Quizá mis oídos, excitados por aquella larga permanencia en la oscuridad, soñaban fantasías. Al segundo día oí claramente pasos en la celda de al lado. No cabía duda: allí había presos también.

Antes de ser detenidos nos había transmitido Priyutov el secreto de la telegrafía carcelera, esto es, la manera de comunicarse

los presos merced a un sistema de golpes. Se colocaban para este fin las veintiocho letras del alfabeto en seis filas verticales. Cada fila tenía, pues, cinco letras, excepto la última, con tres. La primera señal indicaba la fila; la segunda, el lugar ocupado en la fila por cada letra. Llamé. Uno de los vecinos interrumpió su paseo por la celda, como si escuchase. Pero no contestó. El otro, sí, con gran alegría por mi parte. «¿Quién es usted?», preguntó. Y respondí: «Shapovalov. Estoy aquí en una celda de castigo, a pan y agua.»; «Yo soy Katanskaya. ¿Por qué le tienen ahí?»; «Me ha encerrado el juez instructor, Shmakov, por negarme a declarar. Les dije, además, que eran unos bandidos, y me han quitado el colchón por eso. Aquí hace un frío horroroso. Me hielo, literalmente..., ¿sabe usted? Me parece que los gendarmes están enterrados de todo. ¿Ha confesado Smirnov, acaso?»; «No ha sido Smirnov, sino la Preiss, la que lo ha confesado todo, en julio o agosto. Lo saben todo, hasta los más recónditos pormenores. Después de la Preiss hemos confesado todos los demás: Vasili Priyutov, Yergin, yo y los otros.»; «¿Y cómo ha sido el confesar la Preiss? ¿Nos ha traicionado acaso?».

A esta última pregunta no recibí ya contestación. Los golpes dejaron de oírse. Entraron los gendarmes en la celda de mi vecina, imponiéndole silencio. A través del muro se oían voces ahogadas, en disputa. Luego, ni un ruido. Mi vecina no se movía.

Aterrado, abrumado por la desesperación, me retiré del muro. ¡Katerina Alexándrovna, aquella mujer orgullosa, adepta al Naródnaya Volia, aquella mujer que tanto odiaba y despreciaba a los gendarmes y al régimen zarista; que ponía por encima de todo a los héroes que se sacrificaban por la libertad; aquella mujer tan estimada de Priyutov, al mes de cárcel ofrecía el desconsolador ejemplo de revelar todos nuestros secretos, portándose como cualquier traidora indigna. Si me hubieran contado que el suelo de Petersburgo se había conmovido por un terremoto sin yo notarlo, me hubiera sorprendido menos que ante esta noticia. ¡Y era aquella mujer la que en la imprenta había expresado tantas veces el temor de que los obreros pudieran desfallecer en el interrogatorio y hacer confesiones! Mi fe en su entereza había sido ilimitada hasta entonces; todo lo que yo sabía de ella no hacía

sino ratificarme en mi opinión, creyéndola realmente inmovible como una roca.

A mis torturas físicas vinieron a añadirse torturas morales. Terrible es para el preso verse encerrado en una celda helada y sombría como un ataúd; pero aún lo es más perder la fe en sus hombres, ¡y en qué hombres precisamente!, en los jefes.

Aun cuando yo no esperaba nada de la ideología de los *naródniki*, había confiado siempre en su heroísmo, en su inflexibilidad, en su entusiasmo devoto por la revolución, en su desinterés y abnegación para soportar por la causa todas las privaciones, todos los dolores, todos los tormentos, hasta el cadalso mismo; los había creído, en fin, como personas, fiel ejemplo y modelo de lo que un revolucionario debe ser. «Nosotros, los obreros marxistas —había pensado muchas veces—, debemos hacer nuestras las buenas cualidades que distinguen a los afiliados a otros partidos revolucionarios, especialmente esta firmeza inmovible suya. Debemos aprender de su heroísmo, debemos ser tan recios, tan tenaces y tan inquebrantables como ellos.» Cuando, al cabo de tres días de reclusión, salí al corredor claro, vacilé, y habría caído, extenuado por todo género de torturas, de no haberme sostenido los gendarmes. A pesar de todo, no salía vencido. Caí en mi lecho y me puse a dormir, pues no había pegado ojo en aquellos tres días.

Cuando, con la mañana, desperté, lo primero que se me vino a las mientes fueron las palabras de la camarada Katanskaya: después de mucho reflexionar, llegué a la conclusión de que todo había sido un error o bien provocación de los gendarmes; era demasiado terrible creerlo realidad.

Estaba en la cárcel, aislado del mundo exterior, sin noticia ninguna de lo que fuera sucedía. Y en el entretanto habían sucedido muchas cosas.

### **Cómo hay que conducirse en el interrogatorio**

Cuando, miembro aún del grupo obrero del *Naródnaya Volia*, empecé a dudar de las doctrinas de este partido, me llamó la atención el hecho de que casi todos los obreros afiliados a él se

encontraban en la misma disposición de ánimo que yo, e involuntariamente simpatizaban con las enseñanzas del marxismo revolucionario.

El más sobresaliente de entre los obreros *naródniki*, W. P. Priyutov<sup>21</sup>, repugnaba esta inclinación y no le concedía más importancia que la de un síntoma de los tiempos. Era un carácter de una pieza, y hacía todos los esfuerzos posibles para que no nos sustrajésemos a su influencia. Pero estos caracteres fuertes se equivocan a menudo, exagerando la importancia de ciertos seres débiles. Tal fue el caso con Tulupov. A mí siempre me pareció que la tutela que sobre él ejercía Priyutov le era molesta como una carga.

Priyutov idealizaba a la llamada «sociedad», de la que procedían casi todos los revolucionarios *naródniki*. Por su mediación estaba Tulupov en contacto con varios estudiantes, encomendándole tareas revolucionarias de gran peso.

Tulupov estaba entonces sometido al influjo de la teoría de Mijáilovsky, con su oposición de los «héroes» a la «masa», y los estudiantes que trataba le producían una sugestión invencible, como «personalidades» pertenecientes a un mundo extraño, más alto e ideal.

La juventud intelectual absorbía entonces la atención de la Policía; en cuanto Priyutov empezó a consagrarse activamente a las labores revolucionarias, organizando la imprenta del canal Kryukov, le prohibió a Tulupov frecuentar estudiantes, regañándole con dureza cada vez que contravenía su orden.

Como Tulupov se creía convencido de que la Policía no le vigilaba, llegó a la errónea conclusión de que todo aquello eran fantasías de Priyutov y que nosotros exagerábamos las precauciones.

A un hombre joven, lleno de vida, le es sumamente penoso pasarse los días oculto, trabajando en la imprenta clandestina. Como consecuencia del testamento dejado por el *naródniki* A. Mijáilov, le prohibió Priyutov no sólo tratar con estudiantes conocidos, sino hasta visitar círculos de trabajo, teatros, conciertos

---

<sup>21</sup> Priyutov vive actualmente en Yakutsk. No está afiliado a ningún partido, y goza de gran confianza por parte de los Soviets, cuyas instituciones sirve.

y conferencias. Por todas partes amenazaba a los colaboradores de la imprenta el peligro de poner sobre su pista a un espía.

Tulupov no tenía la más remota idea de lo fácil que es despertar las sospechas de la Policía, y tomaba por ello a broma el rigorismo de Priyutov; aparentaba sometérsele; pero, como carácter débil que era, se revolvía en su interior, siendo su estado de continua insubordinación. Era entusiasta, bondadoso y compasivo; pero carecía de la fuerza indispensable para resistir a las tentaciones; y, a pesar de la palabra dada a Priyutov, hacía por detrás de las suyas, justificándose luego con que ni él ni ningún otro miembro de la imprenta estaban vigilados. A pesar de que Priyutov le había prohibido llevar por escrito el registro más insignificante de cualquier actividad revolucionaria, ni aun la más simple nota, empezó a componer un diario. Priyutov se lo descubrió y le prometió no volver a hacerlo; pero, como un escolar que hace sus travesuras a espaldas del maestro, continuó su diario.

De la imprenta iba directamente a reunirse con estudiantes; en su diario, además, registraba —cosa inaudita para un revolucionario— todos los acontecimientos de la imprenta, jugándose con ello la libertad y la vida de todos sus camaradas. Esta necesidad de escribir se le hacía irresistible, sobre todo cuando, por algún motivo, se sentía humillado respecto de sus compañeros de la imprenta, lo cual le valía la indignación de Priyutov, que muy a menudo le abrumaba de reproches. Pero la ligereza de Tulupov y su falta de juicio no paraban ahí.

Cuando Priyutov se convenció de modo indubitable de que la Policía estaba sobre sus huellas, acordándose, por lo tanto, trasladar la imprenta de su domicilio del canal Kryukov, decidió marcharse al Sur o a Akkermann, junto con Tulupov. Pues Tulupov se las arregló para llevarse a Akkermann su diario, documento que cayó en manos de los gendarmes al ser encarcelado su autor la noche del 23 al 24 de junio de 1896.

La lectura del susodicho diario —actualmente en el archivo del «Istpart», en Leningrado— despierta sentimientos de muy distinta índole. Por una parte, entusiasmo aquel tono sincero, aquella vivacidad con que describe los trabajos en la imprenta clandestina, y muy particularmente la vida y experiencias del

autor; por otro, indigna la colosal estupidez que supone escribir un tal diario.

Todos los camaradas ocupados en la imprenta desfilan por sus páginas, bien con nombre supuesto, bien con los suyos propios. Ya describe las reuniones en casa de la «Tía» (nombre familiar de la imprenta) en tono discreto de disimulo, ya denomina las casas por sus nombres verdaderos, demostrando, sin género de duda, la verdadera ocupación de todos ellos.

El diario de Tulupov, la traición de un agente provocador llamado Gurovich o Gurvich, la estupidez femenil de la mujer de F. Yergin, que, pensando salvar a su marido, entregó a los gendarmes la correspondencia cifrada entre Fiódor Yergin y su hermano Aleksandr, y, por último, las expresivas declaraciones del mismo Yergin, que hasta llegó a dirigir al zar un mensaje pidiendo clemencia, todo ello bastó para informar por lo menudo a los gendarmes tanto de la instalación de la imprenta como de los trabajos a que se dedicaba, proporcionándoles los elementos necesarios para comprender la participación de cada uno de nosotros en el hecho total.

Katerina Preiss poseía muchas buenas cualidades que la hacían extremadamente simpática.<sup>22</sup> Pero, adepta a la teoría de Miájilovsky sobre los «héroes» y la «masa», se creía ella también una personalidad heroica, por el estilo de las grandes revolucionarias rusas Sofía Petróvskaya y Vera Figner. Esta idea la embriagaba, por decirlo así, y fue la causa de no pocas desdichas. Más de una mujer pretenderá emular a las dos revolucionarias citadas o a la comunista alemana Rosa Luxemburgo sacrificando su vida a la revolución. Lo peor del caso fue que el infame Shmakov descubrió el rasgo aquel del carácter de la Preiss, utilizándolo hábilmente para sus fines. Para ello le valió no poco el diario de Tulupov. Mientras que a mí me trataba de modo grosero y descortés, con la Preiss empleaba procedimientos muy distintos: le daba el calificativo de heroína, como si ella fuese el centro de todo el movimiento y de su mano pendiesen los hilos todos de la conjura; le hablaba de insuficiencia espiritual, de la exigua minoría que constituía el proletariado revolucionario, de la imbecilidad de sus

---

<sup>22</sup> Cuando la encarcelaron tenía veinticuatro años.

camaradas, que anotaban al día sus acciones. La orgullosa Kate-  
rina Preiss, que odiaba más que nadie a los verdugos del régimen  
zarista, cayó, por culpa del tal diario, en las garras de Shmakov,  
convirtiéndose en instrumento suyo. Olvidó por completo el le-  
gado de uno de los *naródniki*, consagrado incondicionalmente a  
la revolución, Aleksandr Mijáilov. («Un consejo no más os dejo  
como testamento, hermanos míos: negad, negad siempre en el  
interrogatorio; negad todo, por evidentes que os parezcan las de-  
nuncias y noticias llegadas a manos de la Policía. Ello os preser-  
vará de muchos errores.»)

Y confesó, confesó plenamente, llenando legajos enteros sus  
declaraciones.<sup>23</sup> El astuto Shmakov le presentó, a lo que se dice,  
las declaraciones de la gran Vera Figner, sacadas del archivo po-  
licíaco. Este protocolo era muy amplio, en verdad; pero no ofrecía  
motivo de acusaciones contra nadie, mientras que las declara-  
ciones de la Preiss perjudicaron hasta a muchos detenidos contra los  
que no existían cargos concretos. No es que lo hiciera, natural-  
mente, a conciencia, sino de incauta. En cuanto se decidió a de-  
poner ante Shmakov, se embarulló toda, quedando indefensa en  
sus manos.

Primero le metió miedo con que, a consecuencia del diario de  
Tulupov, condenasen a todos los detenidos a veinte años de tra-  
bajos forzados; luego le prometió que si quedaba delimitada la  
culpa de cada uno reducirían considerablemente el castigo, limi-  
tándose a un corto destierro en Siberia. Empezó a escribir, y no  
pudo contenerse ya; toda la noche se la pasó escribiendo, y de  
cuando en cuando prorrumplía en carcajadas histéricas. Los ca-  
maradas que ocupaban las celdas contiguas lo oían y decían:

---

<sup>23</sup> Según opinión del hermano de Yergin, de la Katanskaya y Tulupov,  
aparte del diario, había otras circunstancias que la movieron a de-  
clarar todo, a saber: la conducta de la mujer de F. Yergin entregando la  
correspondencia cifrada, la traición de Gurvich o Gurovich, agente  
de Policía disfrazado de revolucionario, que les proporcionó pasa-  
aporte a nombre del noble «Weimar» y de «Ana Chimiriov», para ella  
y su marido, a fin de que pudiesen trasladarse con la imprenta a La-  
chta, y, por último, las comprometedoras declaraciones de F. Yergin.

«Escribe, escribe y ríe. Luego volverá a ponerse a escribir, y otra vez las risas.»

Las declaraciones de la Preiss<sup>24</sup>, que luego los mismos gendarmes dieron a leer a Priyutov, a Aleksandr Yergin y a otros varios, operaron de un modo desmoralizador y deprimente. Les parecía imposible a todos continuar negando, y en agosto de 1896 ya se habían declarado culpables, uno por uno.

El coronel Shmakov, que llevaba sirviendo de perro guardián a tres zares y había atormentado en las cárceles rusas a innumerables conspiradores rusos y polacos, estaba furioso de tropezar con mi inesperada resistencia. ¿No era algo increíble? Todos, hasta los jefes del movimiento, habían hecho declaraciones. ¡Con todos había podido, menos conmigo! Aquello chocaba con su soberbia de verdugo, decidiéndole a encerrarme en la celda oscura. Y hasta no entrar en la celda oscura, siete meses después de mi detención, en diciembre de 1896, no tuve noticia de la conducta inalicable de la Preiss.

Cuando salí de la celda de castigo, oí en el corredor una voz de mujer, joven y bien timbrada, que parecía disputar con los gendarmes. En mi fantasía se pintó una imagen femenina ideal: la imagen de una estudiante de veinte años, pictórica de vida y energía, que se desbordaba por entre los muros lúgubres de la fortaleza. La encerraron en una celda contigua a la mía. Empecé a golpear en la pared. Cuán grande fue mi asombro al saber que se trataba de la famosa luchadora *naródniki* Ludmila Wolkensstein. Su larga permanencia en el Shlisselburg no había quebrantado el ánimo valeroso de esta mujer extraordinaria.

Venía del Shlisselburg ahora, y me dijo que marchaba desterrada a Sajalín, con su marido. Murió por los años de 1905 o 1906, en Vladivostok, en una manifestación, herida por la mano traidora de un cosaco.

---

<sup>24</sup> Estaban orientadas en el sentido de hacerles creer a los gendarmes que entre nuestros fines no figuraba para nada el terror, como si la imprenta no tuviera otro objeto que imprimir folletos para los obreros.

Por mi parte, le comuniqué que su sacrificio y el de sus camaradas no había sido estéril, que un nuevo poder social, el proletariado, empezaba, a levantarse contra la autocracia, esgrimiendo su fuerza de clase; le dije que estaba seguro de que, a su empuje, el zarismo se vendría al suelo, y entonces sería la hora de vengar todos los padecimientos y torturas que habían sufrido ellos, los viejos socialistas, en la cárcel. Le rogaba, además, que me notificase si era cierto lo que se decía sobre la conducta de Katerina Preiss.

Ludmila Wolkenstein podía ver a su marido todos los días, así que le fue fácil contestar a mi pregunta. Al día siguiente me transmitió lo que sabía, y ello no hizo sino confirmar mis noticias. Fue un terrible golpe para mí. Y, sin embargo, continué asiéndome a la esperanza de que no fuese todo más que un error.

Poco después me trasladaron a otra celda. Oyendo pasos en la celda vecina, llamé a la pared y supe que estaba ocupada por un Lehmann, afiliado a la Unión de Lucha.

Mi alegría al encontrar un correligionario fue inmensa. Descubrí que, por el agujero de ventilación del tabique medianero, podíamos hablar, subiéndonos en el cajón del retrete portátil. Se maravilló mucho al saber que llevaba ocho meses sin ver a nadie y sin libros, y que me habían tenido en una celda de castigo. «Pero eso es una verdadera inquisición.» A él le daban permiso todas las semanas para recibir visitas, y no sólo le permitían libros de la biblioteca de la cárcel, sino los que traían de fuera. Me contó que era estudiante, pariente del dueño de la afamada fundición de tipos de imprenta de Lehmann, en Petersburgo, el cual señor poseía, además, algunas grandes fábricas en Bakú.

—Mis parientes son todos burgueses —dijo.

—¿Y en qué emplean su tiempo? —le pregunté.

—No hacen más que comer, beber y gozar de la vida. Todos los días, por la mañana y por la noche, devoran platos escogidos y suculentos. En el invierno van al teatro, a los conciertos; en primavera se marchan al campo; en el verano, a la playa, y en otoño, a la sierra o al extranjero.

La historia del movimiento proletario, tanto en Rusia como en Europa, demuestra la inclinación que tenían a dejarse llevar de abstracciones, de sueños dulces y fantásticos, despreciando la

realidad, tanto personas aisladas como las masas en conjunto. El hombre tiene natural propensión a meterse por el camino trillado, y muchos de los sedicentes marxistas piensan metafísica y no dialécticamente.

El entusiasmo por el parlamentarismo, por el trabajo legal, no proviene sólo de falta de fe en la capacidad del proletariado para sacar de sí las suficientes energías revolucionarias, como pensaba la burguesía francesa en los momentos de la gran revolución, sino que tiene también una raíz psicológica, basándose en cierta cobardía subconsciente, en cierto engañarse a sí mismos, que les pone un velo en los ojos, seduciéndoles con todos esos mitos de la evolución progresiva, de la renovación incruenta y demás.

A raíz del encarcelamiento del grupo de «Ilich» [Lenin], en 1895, una parte de los marxistas fue víctima de estas dulces enseñanzas. El futuro se preveía turbio, nadie podía sospechar el desenvolvimiento caudaloso que iba a tomar en Rusia la revolución. Como fieles discípulos dispuestos siempre a ver del maestro el símbolo más alto y más perfecto, el ideal inasequible, así miraba la mayor parte de los revolucionarios rusos a la socialdemocracia alemana del año 90, con sus dos millones de afiliados, sin ser capaces de soñar que nuestro movimiento proletario, no sólo igualaría a aquél, sino que lo dejaría atrás.

Muchos creían que nosotros no seguiríamos el camino del desenvolvimiento proletario francés, sino el alemán. Una parte de los marxistas cayó en la peligrosa tentación de la rutina, que empequeñece y desfigura la teoría, convirtiéndola en su caricatura, tendencia representada principalmente por los «economistas».

A mi parecer, el camarada Lehmann pertenecía también a este linaje de marxistas de vía estrecha. Habla MártoV en sus *Memorias* de un Lehmann encarcelado en la fortaleza a fines del verano de 1896. Por lo que a mí se refiere, nunca lo conocí personalmente. A estas fechas no sé si era aquel que me hablaba desde una celda contigua, aconsejándome renunciar al duelo personal entablado con Shmakov, o se trataba simplemente de un genarme disfrazado de camarada Lehmann.

Todo parece, sin embargo, demostrar que se trataba en realidad de un Lehmann camarada. El consejo que me dio es típico y representativo de un marxista de tendencia «economista», no de

un verdadero marxista revolucionario, sino de un traidor al movimiento, de los que estrechan y reducen el avance proletario, convirtiéndolo en un simple juego de fuerzas económicas, dejando a la burguesía liberal la dirección de la lucha política.

Ya entonces pude convencerme por propia experiencia de cuán peligroso es para el obrero dejarse seducir por tales charlatanes, ya sean exclusivamente partidarios del parlamentarismo, ya propugnen un mero forcejeo económico.

Naturalmente, desde el punto de vista cerrado del marxismo revolucionario no es crimen ninguno el que uno o varios camaradas hagan declaraciones ante el juez. Todo depende de la situación concreta de las cosas. Hay que ver, además, quién sobrepuja a quién en astucia: si él a los gendarmes o los gendarmes a él. Considerando, pues, las condiciones peculiares del movimiento en que vivíamos, de completo desamparo ante el Poder y aislamiento absoluto del mundo exterior, falta de una elevada moral colectiva, cosa que el proletariado revolucionario sólo va ganando poco a poco, todo ello viene a demostrar que para el hombre medio de entonces, y muy particularmente para el obrero, lo mejor era no hacer declaraciones de ningún género y seguir la misma táctica a que yo me había mantenido fiel por espacio de siete meses.

En este sentido se pronunció el II Congreso de nuestro partido, en 1903. He aquí, textualmente, su acuerdo:

«Considerando que las declaraciones hechas por los revolucionarios ante la Comisión instructora sirven, aun con la voluntad por parte de los mismos declarantes, como material de acusación, ocasionando el encarcelamiento de nuevos camaradas, y que la negativa a deponer, practicada colectivamente, ha de producir consecuencias muy favorables para el desenvolvimiento del proletariado, el II Congreso del P.O.S.D.R.<sup>25</sup> prohíbe a todos sus afiliados hacer declaraciones de ningún género ante las Comisiones instructoras.»

---

<sup>25</sup> Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia.

Tanto el asunto de la imprenta clandestina como el proceso de los *naródniki* y mis propias experiencias muestran bien a las claras la inminente necesidad que sentía de un tal acuerdo.

Ocho meses llevaba en la cárcel cuando me permitieron ver a mi madre. Me condujeron, atravesando un largo corredor, a un edificio dependiente de la fortaleza, a un cuartito ahuecado en el muro mismo. Por la ventana se veía el Neva helado. Aunque estábamos todavía en pleno invierno, ya se dejaba sentir la inminencia de la primavera como un soplo de vida. Era a fines de febrero. El sol brillaba claro, destellando sobre la superficie de hielo del río con sus caminos para peatones y carruajes. Coches elegantes pasaban veloces. «¡Oh, la vida, la vida! ¡Cuánta vida!» Trozos oblongos de hielo, de un metro de espesor, sacados del río, refractaban en las márgenes los rayos anémicos del sol. Lejos, insinuándose vagamente entre la neblina, se veían en la otra orilla los contornos monstruosos del Palacio de Invierno, residencia del zar. Detrás de las rejas estaba mi madre, anciana. Todo su aspecto era el de una mendiga, como las que se ponen a la puerta de las iglesias. Sus harapos revelaban la miseria de su vida. Tenía los párpados hinchados de tanto llorar. Había momentos en que sus manos, temblorosas, se agarraban convulsivamente a las rejas; luego se recogía el cabello desordenado, lleno ya de canas, suspiraba y lloraba en silencio, oprimida, deshecha por aquel inmenso dolor. Yo era su hijito querido, su Sascha.

Mi hermanita Dascha, colocada en la llamada «Escuela Patriótica» para bordar lencería de los ricos, enfermó allí de tisis y murió. El otro hermano, Jegor, veía arruinarse lentamente su salud en la terrible escuela «de distrito», del regimiento de coraceros, donde tenía que soportar las palizas de los sargentos; al fin, contrajo la misma enfermedad y murió después. Aquellas escuelas «de distrito» famosas desde los tiempos de Nicolás I, antros infernales, donde morían como moscas los niños judíos. Pero tampoco bajo Nicolás II su condición era nada favorable, y no sólo ya los hebreos, sino todos los niños proletarios encontraban allí la muerte. Cuando yo permití que mi hermana Daria ingresase en la «Escuela Patriótica» y Jegor en la «de distrito» de Zarkoie Zelo, me faltaba aún la conciencia política necesaria, era yo un instrumento en manos de los popes y de los verdugos zaristas.

El más pequeño de todos, Pavel, entró de aprendiz en una imprenta. Pronto fue víctima del envenenamiento saturnino, quedando imposibilitado para siempre. Todos los míos habían sido triturados por la rueda inexorable del capitalismo, todos habían caído bajo la carga de la miseria, entre las supervivencias feudales de la servidumbre, vigentes aún en la escuela. A todos los habían asesinado el zar y los suyos.

La vista de mi madre sin consuelo, su miseria, su hambre, me hacían reflexionar que para mí aquella cuestión estaba fallada ya hacía tiempo. El hombre que está pendiente de su familia, de su padre y hermanos, se convierte a la larga en un egoísta de miras estrechas, y sólo tiende a procurarse el bienestar personal para sí y los suyos. Pero en un plano más elevado que el hombre está la patria, y es más trascendente la felicidad de un país que la de una sola familia. Y así van ensanchándose cada vez más las fronteras del ideal. El proletario no tiene patria, como ha dicho Marx. El proletario debe luchar por la liberación de todos los oprimidos. Nuestro ideal es la Humanidad: nosotros luchamos por todas las madres que lloran a sus hijos, por los niños y niñas que, como mi hermano Jegor, mueren sacrificados, explotados; por consolar a todas las madres que sufren, por ahuyentar el hambre de todos.

Pero yo no podía decirle estas cosas a mi madre. Entre uno y otro estaba el oficial, que no perdía una palabra de la conversación. Su presencia nos cohibía. Mi madre, además, no hubiera comprendido nada de aquello, prisionera como estaba en los grilletes de los prejuicios, las viejas costumbres, la esclavitud, la sumisión a los popes. Y qué dolor, qué espantoso dolor me producía ver sus harapos cubiertos de piojos, ver su rostro enflaquecido y dolorido, todos los síntomas de la infinita miseria que sobre ella pesaba, y, sobre todo, ver las lágrimas eternas que manaban de sus ojos.

El oficial vino a libertarme de mi suplicio, diciendo:

—Ha terminado la hora de visita.

Un día me llamaron a la Comisaría de la ciudad. Un nuevo gendarme, un coronel de edad mediana, pelo negro y cara roja, me interrogó a propósito de la Unión de Lucha. Luego que hube respondido a todas sus preguntas con un rotundo no, me volvieron a encerrar en la fortaleza. Dos oficiales jóvenes me escoltaron

por el camino. Inútil me fue buscar en sus rostros una sombra de compasión. Eran caras insolentes, caras impúdicas, y en sus rasgos llevaban estampadas las huellas de nocturnas orgías y licencias.

—Se han dejado comprar —pensaba yo—. Se han vendido a Mammón. Vano es esperar de ellos simpatía o, cuando menos, lástima.

Todavía era yo un proletario sencillo e ingenuo. Aún no poseía la firmeza de hierro de nuestros jefes intelectuales. Estos jefes eran, a mis ojos, algo así como divinidades olímpicas. Por tanto, las noticias de la Katanskaya, de la Wolkenstein, de Lehmann y, sobre todo, el consejo de éste, ejercieron sobre mí un influjo altamente desmoralizador, debilitando mi capacidad de resistencia y matando para siempre mi fe en los hombres. El consejo de Lehmann me llevaba por un camino resbaladizo: el camino de la comodidad y la pereza, camino peligroso para un revolucionario. Muchos de los que han dado un paso por él no han podido ya nunca rehabilitarse.

Y me decía: «Cuando hasta los jefes se han decidido a confesar, ¿no deberé yo hacer lo mismo?». Todo preso tiene que sostener constantemente una lucha sangrienta consigo mismo, y no siempre el espíritu queda sobre la bestia. En esta lucha basta muchas veces una pequeñez, el más insignificante detalle, para inclinar la balanza de un lado o de otro. El consejo de Lehmann fue, en este caso, el que me decidió a deponer ante el juez.

### **En la cárcel de depósito**

Presenté una comunicación por escrito pidiendo que me tomasen declaración, con lo cual la decoración cambió de medio a medio. Me permitieron cortarme las uñas y el pelo, cosa en que ni pensar había podido en aquellos ocho meses; me ofrecieron todo género de libros de la biblioteca de la cárcel. Los vigilantes, que hasta entonces me habían tratado con fría crueldad, se mostraban ahora miserablemente corteses, en especial el capitán Podarevsky. Todo lo cual me hacía sentir de un modo palpable que la cárcel me había vencido. Y perdí toda estimación personal por

mí mismo. Un invencible sentimiento de repugnancia me dominaba, produciéndome un tormento atroz.

Poco después me trajeron mis propias ropas, diciéndome:  
—Vístase.

Y dos sargentos me sacaron de la fortaleza, llevándome a la cárcel de depósito. Deprimido, sumido en la más negra disposición de ánimo, llegué. Aunque la nueva cárcel era una institución modelo, con sus cinco pisos, cada uno de ellos con su galería de hierro y sus negras escaleras de fundición, y aunque el régimen allí era tolerable y no se sobrecogía el alma con aquel silencio de tumba característico de la fortaleza de Pedro y Pablo, mi íntima disposición no mejoró en lo más mínimo.

Cada celda de políticos estaba entre dos de comunes. Estos, unas veces estaban aislados y otras en celdas grandes, por grupos. Como había demasiados inquilinos, a veces coincidían diez en el patio, a un extremo del cual paseaban, en montón, los comunes que ocupaban las celdas de vecindad.

Otra parte del patio estaba reservada al paseo de los políticos y de los criminales sometidos a proceso. En el centro había una especie de torrecilla con una plataforma, donde paseaban dos centinelas, asomados constantemente a la barandilla. Desde allí podían vigilar concienzudamente a los presos, que paseaban en espacios acotados individualmente. De este modo podían hacerlo hasta veinte a la vez sin verse siquiera. También aquí, como en el interior de la cárcel, cada espacio de políticos estaba flanqueado por dos de comunes.

Siempre que hacia mi paseo, y lo hacía según todas las combinaciones posibles (cada espacio era un triángulo con uno de sus vértices dirigido hacia la torrecilla), mis ojos descubrían, escrito en el vallado, y siempre por la misma mano: «Preiss-Johannsen es una traidora». Aquello se me clavaba en el corazón como un puñal. No podía creerlo. ¡Era mentira! Sin duda lo habían escrito los mismos gendarmes.

Pero otros compañeros habrían llegado a este compartimiento y, de no ser cierto, habrían puesto debajo: «¡Mentira! ¡Mentira infame!». Y así, poco a poco, iba naciendo en mí la convicción de que había un poco de verdad en el escrito, pues si la Preiss no había sido lo que se dice una traidora había hecho, al

menos, ciertas declaraciones que el autor del letrero tomaba por traición.

A pesar de encontrarme influido por el consejo de Lehmann, no podía resolverme definitivamente a declarar. Pero al leer el escrito del vallado, escrito que, según todas las apariencias, estaba allí desde el año anterior, se desvaneció en mi toda vacilación.

«Mejor sería, camarada Borovoi, no declarar nunca —me decía—. Mejor continuar siendo el obrero orgulloso de la fortaleza de Pedro y Pablo, inmovible siempre, siempre fiel a su condición de hombre. Detente y piensa, antes de que sea demasiado tarde.»

¡Antes de que fuese demasiado tarde, Kichin me llamó a interrogatorio y declaré! Y aunque pensaba no traicionar a nadie, el futuro demostró que cometí faltas... Medio atontado, me volví a la cárcel después de firmar la declaración.

Cuando recobré la lucidez, la primera idea que me sobrevino fue la de haber cometido una grave falta. Mi memoria intentaba reconstruir la declaración hecha; pero, con gran espanto por mi parte, me era imposible de todo punto. Quizá se me había escurrido una palabra. Quizá, sin yo quererlo, había cometido indiscreciones, dejándome llevar por el supuesto de que ya estaban enterados de todo. Sabiendo que a los socialdemócratas los condenaban a menos pena que a los *naródniki* —en 1897 aún no se daba cuenta el Gobierno zarista de que era por parte de aquéllos, y no de éstos, de donde le amenazaba el mayor peligro—, tuve especial cuidado en señalar mi conversión al marxismo, dejando de pertenecer al *Naródnaya Volia*. Y, a pesar de que todo me decía que mis declaraciones no eran comprometedoras para nadie, no tenía un minuto de sosiego. Al contrario, a cada hora que pasaba más evidente me parecía el hecho de haber cometido una traición contra la causa revolucionaria.

Catorce meses duró aquella depresión psíquica en mí. Automáticamente me levantaba por la mañana, comía el rancho, bebía, me acostaba, salía al paseo, me entrevistaba con mi madre y con mi hermano. Mi vida se deslizaba como un sueño, y no tenía más que un deseo verdaderamente hondo: morir.

Me trasladaron a otra celda. Por la noche, al acostarme, descubrí en la pared, junto a la cama, un gran manchón, ya seco, de color amarillo verdoso. No había duda: allí había habido un preso que estaba en el último período de la tisis. La cárcel había debilitado, al parecer, sus energías de tal manera que, sin tomarse la molestia de coger el orinal para escupir, lo hacía sobre la misma pared. Frente a aquel foco de contagio no se me ocurrió ni por un momento lavar el esputo con agua caliente. Por el contrario, hasta me sentía gozoso. Muchas veces me tendía sobre el lecho para respirar los microbios, pensando: «Contraeré la tuberculosis y moriré. Y lo tendré merecido, como castigo justo de mi cobardía.»

Fue aquélla una crisis terrible. En mi cerebro danzaban los ídolos todos que había derribado: el zar, los capitalistas, la religión, los popes, recobrando su influencia preponderante, primero, insinuándose como serpientes, como fantasmas de aquel infierno por ellos ideado.

«¡Loco! —me decían—. ¿Por qué te apropias el derecho a rebelarte contra el orden eterno y sagrado, mantenido por siglos y siglos, contra los zares, contra el Dios celestial, contra los ricos? ¿Por qué os preocupa la suerte de millones de hombres ya habituados a arrastrar en silencio sus cadenas? Fíjate, fíjate en el poder de los zares, de los popes, de los capitalistas, de los nobles, inconmovibles y firmes como la pirámide de Keops, obra también de esclavos. ¿No está compuesto el Ejército de campesinos y de obreros y, sin embargo, está dispuesto a cualquier hora a precipitarse sin más que una seña del zar sobre vosotros, imbéciles ateos? Mira el ejemplo de vuestros jefes. Fíjate en la Preiss, que tanto predicaba: “No os dejéis arrancar declaraciones de los gendarmes ni con halagos ni con amenazas.” Y ella ha sido la primera en declarar. ¿Qué le han dado para someterla, a ella precisamente, que estaba a la cabeza? A todos nos ha traicionado. No seas tonto, ríndete y confiesa. ¿O te crees, insensato, capaz de echar abajo la alianza secular entre el zar y los capitalistas? Morirás aplastado como un gusano bajo las ruedas del cortejo vencedor. ¡Ea, apártate de la lucha, ríndete!»

«¡No, no! No te dejes amilanar por amenazas ni torturas, no te dejes vencer por todo lo rancio y decrepito —decía otra voz

dentro de mí, la que me había hecho sensible a la injusticia, la que me había convertido en rebelde contra el zar, contra todos los opresores—. La ciencia es también un poder, y éste lo tenemos de nuestra parte. La ciencia ha demostrado que todo eso de la creación del mundo, del pecado original, etc., no son más que mentira, mentira desvergonzada... ¿No ha probado el gran Darwin, en su *Origen de las especies*, que el hombre no ha sido creado por Dios, sino que proviene de especies inferiores, que han tardado miles y millones de años en llegar al estado de evolución que conocemos? ¿No ha explicado el gran Marx el secreto de la acumulación capitalista, demostrando que toda la riqueza de los ricos no es otra cosa que la plusvalía arrebatada a los obreros? ¿No ha dejado sentado de modo inconmovible, contra cuyos argumentos nada han valido los sofismas de ciertos seudocientíficos, que el capitalismo ha de venir a dar, fatalmente, irremisiblemente, en el socialismo? Piensa en los mártires innúmeros del socialismo y de la ciencia, hermana inseparable de nuestra doctrina, como la religión lo es del capitalismo. ¡La ciencia es nuestra, de los obreros! ¡Piensa en Galileo, martirizado por la Iglesia católica! ¡Piensa en su vida torturada, en su prisión, donde, asediado por las enfermedades y medio ciego, perdió el valor, como tú; pero en el último momento recobró sus fuerzas para pronunciar: *Eppur si muove!* ¡Y se mueve, no cabe duda! ¡Levántate tú también! ¡Sé fuerte! ¡Lánzale al rostro tu reto a todos los opresores y verdugos!»

Un soldado prisionero en el campo de batalla pierde su valor, cree derrotado su ejército; así me sucedía a mí cuando supe que la Preiss se había rendido apenas entrar en la cárcel; apenas cerrada tras de sí la puerta de la celda se había rendido a Shmakov, que le había hecho declarar cuanto sabía. Ahora, después de haber confesado yo también, todas mis fuerzas me abandonaban.

La gran revolución proletaria rusa ha logrado vencer a todos sus enemigos, removiendo inexorablemente todas las supervivencias de la esclavitud y del feudalismo, allanando el camino para un futuro grande y esplendente. Ya apunta en Rusia el hombre nuevo, fuerte, orgulloso de su conquista, el hombre que creará una nueva vida. Pero yo pertenecía a la vieja generación, a una generación debilitada por las traiciones y la esclavitud. Y

aunque tuviera fuerzas para sublevarme contra aquel estado de cosas, la cárcel me vencía.

Me sentía lleno de desprecio por mí mismo. Me atenazaba la idea de pertenecer a aquellos de los cuales había dicho Shmakov: «Al principio, todos son muy orgullosos; pero en pasando ocho meses o un año se vuelven como la seda.» ¡Aterrorizadas palabras! ¡La cárcel, la soledad, vence a los hombres más fuertes! También me habían vencido a mí. Y recordaba con nostalgia el tiempo ido, aquellos ocho meses en que había desafiado a los gendarmes, resistiéndome a hacer declaraciones. «¡Cuán dichoso debe sentirse aquel que ante nada se rinde y se mantiene inconmovible hasta el final!», pensaba muchas veces.

En mi interior más hondo me resistí a creer que la Preiss hubiera hecho tales declaraciones y que Tulupov llevase escrito un diario.

Sin duda es Smirnov<sup>26</sup>, la «artillería pesada», el culpable de todo. Es imposible que haya sabido mantenerse firme, dada su debilidad de siempre. Y en estas ideas, cada vez me sentía más asqueado de mí mismo, por no haberme sabido resistir.

No teniendo otro entretenimiento, le gusta a uno trepar a la ventana de la celda para ver lo que pasa fuera. Un día, no pudiendo resistir la tentación, salté y, agarrándome a los hierros, miré al patio. En uno de aquellos espacios vallados vi a Yergin paseando. En seguida se me ocurrió comunicarle mis sospechas, esto es, que había un traidor entre nosotros, y que este traidor no podía ser otro que Smirnov. Empecé a hacerle signos con el pañuelo. Me respondió con la mano que no. «Yo no creo —dijo— que Smirnov sea traidor. Lo que ocurre es que Katerina Preiss-Johannsen ha hecho declaraciones comprometedoras cuando supo lo del diario de Tulupov. De usted me dijo el fiscal Kichin que había sido el más firme de todos, que se había resistido hasta el último momento a declarar.»

---

<sup>26</sup> Como se averiguó más tarde, la conducta de Smirnov no había sido ni más firme ni más frágil que la de los demás afiliados al «Naród-naya Volia».

En aquel preciso instante oí abrir la puerta de la celda. Salté de la ventana, pero era ya tarde. En el umbral estaba el ayudante del director, con su tipo ridículo, mirándome con ojos maliciosos.

—¿Qué es esto? Veinticuatro horas de arresto a pan y agua. Y si vuelve usted a lanzar sonido alguno o a hacer cualquier clase de signos para comunicarse, con los demás, entonces le suprimimos el derecho de sacar libros de la biblioteca y recibir visitas.

La noticia de Yergin de que yo había sido el último en declarar me tranquilizó un tanto, elevando mi espíritu abatido. Empecé a rebelarme contra aquella situación negativa que se había apoderado de mí y recobré el placer de vivir. Cuando salí de cumplir el arresto raspé el esputo seco de la pared, lavándola con agua caliente, y me precipité con ansia sobre los libros. Felizmente, esta cárcel poseía una biblioteca bastante selecta.

Y cuanto más leía, más evidente me era el hecho de que los obreros son víctimas de un engaño desvergonzado y monstruoso. Los sacerdotes de todas las religiones, los chupatintas venales, los gendarmes insolentes y salvajes, toda aquella gentuza a sueldo del capital, tratan de persuadir por todos los medios al obrero de que soporte pacientemente las privaciones en esta vida para ganar la eterna en el cielo. Y aquello de la eternidad era tan falso como las patrañas de Dios y del diablo.

Mis antiguos camaradas, los *naródniki*, de los cuales me había separado en 1895 por motivos puramente ideológicos, pero sin dejar de admirar su firmeza de héroes, su entusiasmo devoto por la revolución, su decisión sacrificándose por la idea, se hundían ahora definitivamente a mis ojos.

No, los *naródniki* del presente no tenían nada de común con aquellos grandes y valerosos revolucionarios que habían hecho al socialismo el sacrificio de sus vidas. «No —me decía—, no serán los *naródniki* los que venzan en la lucha gigantesca por la revolución. No se trata de un simple azar el que yo, un simple obrero, debilitado, abrumado por el trabajo, me haya sabido resistir más tiempo que ellos. Yo había encontrado un apoyo, un apoyo sólido y firme en el marxismo revolucionario, predicador de la lucha de clases. Y esta fuerza, una vez hecha carne y sangre nuestra, es invencible.»

Así pasó la primavera y luego el verano, el otoño y el invierno de 1897. En el invierno tuvo lugar la vista de la causa. Me condenaron a tres años de destierro en Siberia, en el extremo Este. Por mi madre, que me hacía regularmente sus visitas, supe que la Cruz Roja Revolucionaria, que me mandaba dinero para té y azúcar y también a ella la ayudaba un poco, me donaba para el viaje una chaqueta de piel de carnero, un par de botas y, lo que me interesaba más aún, el primer tomo de *El capital*, de Marx.

Aún no me habían comunicado el lugar de mi destierro.

Leía mucho mientras tanto, interesándome por los nuevos descubrimientos de la ciencia. Y todos los días y a todas horas, cuando paseaba arriba y abajo por la celda; cuando, por la tarde, me sentaba a la mesa con un libro en la mano; cuando luego, de noche, me acostaba a dormir, siempre me acompañaba el pensamiento de cuán hermosa sería la vida de las futuras generaciones bajo el socialismo. Sentía despertarse en mí una fuerza nueva, como si me naciesen alas. Dos sentimientos únicamente me dominaban: el amor por la masa oprimida, un amor absoluto y profundo, y el odio, no menos profundo y absoluto, hacia los explotadores, hacia los parásitos, hacia los vampiros.

De nuevo me sentía el obrero rebelde, empeñado en una lucha cósmica contra Dios, contra los zares y el capital. Ardía en mí el odio como un fuego sagrado. Todo me impulsaba a la venganza.

«Y ese día llegará —me decía—, en que el proletariado revolucionario alcance el triunfo.»

### **Camino de Siberia. Petersburgo y Moscú**

Ni en la fortaleza de Pedro y Pablo ni en la cárcel de depósito de Petersburgo existía la costumbre de comunicar por anticipado a los presos la fecha de su traslado. Fiel a este uso, el vigilante se limitó a decirme al entrar un día en la celda:

—Líe sus cosas y vamos a la oficina.

No contestó a mis preguntas de por qué, cómo y cuándo. Sospeché, sin embargo, que el motivo era agregarme a alguna expedición de presos para Siberia. En la oficina me entregaron, bajo recibo, dos rublos que a mi madre le habían dado para mí en la

Cruz Roja Revolucionaria, y me confiaron, también bajo recibo, a dos soldados de la escolta.

Me bajaron al patio. A la puerta esperaba un coche. No sabía adónde me llevaban. Los dos soldados, aunque muy corteses, no contestaron a una sola de mis preguntas.

Fuera lucía el sol de febrero. La nieve se fundía y los tejados goteaban. Largas estalactitas de hielo se separaban de las tejas y caían. Junto a las casas, sobre todo en los sitios donde se condensaba un poquito de sol, picoteaban, alborotando, los gorriones. Por todas partes se respiraba como un hálito de primavera. Atentamente miraba la calle y cuanto por ella iba. Los hombres andaban deprisa a sus quehaceres.

Nadie atendía a un preso custodiado por dos soldados. «Bastantes picaros hay en el mundo», decían las miradas indiferentes con que nos obsequiaban al pasar algunos.

Cuando llegamos a la plaza de los Cosacos comprendí que me llevaban a la cárcel de etapa. En la plaza había carros enormes cargados de heno. Los campesinos llevaban unas ropas extrañas, mixtas de pellizas y faldones. Llegaban los compradores de heno, metían la mano hasta el medio del saco y extraían un puñado para apreciar su calidad. Luego venían los regateos y disputas con los aldeanos. Luego, si llegaban a un acuerdo, se cogían mutuamente por los faldones, se abrazaban y entraban en una taberna a beber té. Salían cargadores, vagabundos y obreros con sendas botellas de aguardiente bajo el brazo. Las descorchaban hábilmente, con un golpe en el fondo, y se las ponían al pico.

Dejando atrás toda aquella muchedumbre abigarrada, con sus risas, sus disputas y sus injurias, llegamos a la cárcel de etapa. Al llegar a la oficina me llamó la atención el revuelo que había, como si acabase de suceder algo importante. El director de la prisión lanzaba miradas coléricas sobre los vigilantes, que andaban embrollados de acá para allá. Me registraron la ropa, las botas, con un cuidado minucioso, y parecían vacilar si hacerme registrar del todo y arrancarme la suela de los zapatos.

—Por menos de nada esconde ahí una lima —dijo uno.

—Si otra vez sucede algo, ¡Dios nos libre! Ya nos podemos preparar. ¡Nos ha fastidiado! Estoy chorreando sudor —replicó el otro.

Por las alusiones de los vigilantes, que estuvieron mucho rato disputando si debían arrancar o no las suelas, pude colegir que acababa de escaparse alguno de la cárcel limando los barrotes, y que el director, fuera de sí, había amenazado a los vigilantes con «cargarlos de cadenas», con «denunciarlos a los Tribunales», etc.

Luego de bien registrado el paquete de mis cosas, y vueltas del revés todas las prendas, y palpadas y vueltas a palpar, y examinados los zapatos por dentro y por fuera la mar de veces, decidieron dejar las suelas como estaban y me llevaron a otra oficina, en el corredor de la cárcel. Nada más sentarme en el corredor me dio en las narices el olor específico e insoportable de la prisión, un tufo insípido y agrio, apestoso.

A través de las rejas de las celdas colectivas, docenas de curiosas miradas me acechaban. Eran presos comunes, vestidos con el uniforme de la cárcel. A mí me metieron en una celda individual. Retrocedí de asco. Los muros estaban viscosos de humedad; la cama, sucia; la celda, casi a oscuras; se oían chillidos de ratas y ratones debajo del piso. Además del hedor que se colaba de los corredores, olía a chinches. El aire estaba materialmente emponzoñado. Llamé a la puerta.

—Necesito hablar con el director —le dije al vigilante.

—¿Para qué necesita hablar con el director?

—Para que me lleven a otra celda —respondí—. Aquí no pueden vivir personas.

—Resístase hasta mañana, y mañana le mudaremos. Hoy no hay celdas vacantes.

La comida era repugnante. El pan, mezclado con arena, sin amasar, casi engrudado y, a pesar de ello, oliendo a quemado. La sopa olía y sabía tan mal, que me fue imposible tocarla.

Por la noche venía el vigilante que hacía en la ciudad compras para los presos.

—Mañana le llevarán a Moscú, a la cárcel de etapa de aquella población. ¿Necesita usted algo?

Le encargué bacalao y pan candeal.

—¿Por qué no lo encargó usted todo de una vez? —dijo el vigilante que me había traído por la mañana la media libra de bacalao y las dos de pan—. Sus compañeros ya lo traen todo comprado.

—¿Qué compañeros? —le pregunté, creyendo que se trataba de una aña-gaza—. Yo no tengo aquí ni un solo conocido.

—¿Quiere usted hacer el paseo ahora? —dijo, no menos asombrado de mis palabras que yo de las suyas.

Al salir al corredor apenas pude tenerme de sorpresa. Mijaíl Alexandrovich Silvin se me acercó, diciendo:

—¡Buenos días, Aleksandr Sidorovich!

Estaba con otros tres jóvenes, que inmediatamente me presentó: eran los camaradas Friedrich Wilhelmovich Lengnik, Konstantin Konstantínovich Bauer y M. Lurie. Aquel encuentro con camaradas, después de tanto tiempo de soledad, me produjo, naturalmente, una gran alegría, y nos fuimos todos juntos a pasear al patio.

Hasta entonces apenas conocía a los intelectuales del partido. Eran siempre cortas entrevistas, fugaces encuentros en la calle o en el círculo. Sabíamos que la Policía nos buscaba, y cada minuto superfluo podía costarnos la cárcel. Por eso el intelectual de que se tratase, aun disfrazado de obrero, desaparecía inmediatamente, una vez realizada su comisión. Sólo ahora, en la cárcel, camino de Siberia, y luego en Siberia mismo, tuve ocasión de conocer a aquellos que me parecían seres extraordinarios. No tenían, ciertamente, nada de común con el tipo de intelectual europeo, henchido de ambición, que se apoya en el movimiento proletario para conseguir puestos en el Parlamento, para colarse por cualquier resquicio en la máquina del Estado. Eran, por el contrario, hombres que habían consagrado toda su vida a la emancipación de los oprimidos, sin miras personales de ninguna especie. Los examinaba atentamente. Eran tan jóvenes como yo. Toda la expresión de su rostro, el destello de sus ojos, denotaba alegría, la alegría de encontrarse después de larga separación. Pletóricos de vida, de energías, de impulsos y arrogancias juveniles. Cuando, después de tantos meses de obligado silencio, volvían a encontrarse, experimentaban la necesidad de transmitirse a voces y atropelladamente su entusiasmo. Los más ruidosos eran Bauer y Lurie. Parecían colegiales escapando a la vigilancia del dómine; indudablemente, la cárcel tenía con la escuela no pocas semejanzas, así como los pedagogos clásicos con los carceleros.

En mis largas y angustiosas horas de prisión yo me había figurado el destierro en Siberia como una segunda parte de la cárcel. Por ello me fue doblemente agradable la sorpresa de encontrarme con camaradas marxistas que llevaban el mismo camino. A juzgar por los relatos que de la prisión hacían, deduje que el régimen carcelario a que les habían tenido sometidos no era, ni con mucho, comparable al que había padecido yo. A todos ellos les visitaban sus novias, podían leer toda clase de libros y recibir cartas, lo cual aminoraba y suavizaba los tormentos de la cárcel.

Aquella diferencia de trato puede explicarla el hecho de que el régimen zarista no reconocía aún en los marxistas, entonces, a sus peores y más irreconciliables enemigos.

Mientras vivía en libertad, conocí todas las torturas de la necesidad más apremiante, todas las injusticias del capitalismo; la cárcel me reservaba los dolores y amarguras de la soledad. No tenía un solo amigo que me visitase. La visita de la madre no era, en modo alguno, una alegría, sino un martirio para mí. Sabía que era incapaz de comprenderme, que no podía remontarse a las alturas del socialismo, que en su fondo más íntimo me tenía por culpable de sus desdichas, de su desamparo. En sus ojos leía un callado reproche: «¿Por qué te has convertido en socialista ateo, para hundimos a todos en la miseria? ¿Por qué has sacrificado tu madre a la revolución?»

A la mente me venía el recuerdo de Katerina Preiss. También ella era una intelectual. Pero ¡qué terribles consecuencias ejerció sobre mí su conducta! Igual que se saca a un minero del pozo, envenenado por mefíticas emanaciones, y permanece un cierto tiempo atontado, sin poder valerse, así había quedado yo, envenenado de desconfianza contra los hombres, contra los jefes, contra los intelectuales; ante el asombro de los camaradas, mucho tiempo estuve bajo el influjo de una tristeza invencible y sombría. Mientras ellos se alegraban en común, reían, comunicándose sus experiencias, yo callaba y callaba, sin poder sobreponerme a la horrible impresión que había anonadado mi alma.

Pero lo que más me torturaba era la conciencia de que yo también había hecho declaraciones, de que yo también había sucumbido en la lucha contra Shmakov, que no había sabido resistir, que había caído tan bajo como los demás afiliados al Naródnaya

Volia. Por ello tuve por un deber referir menudamente a los camaradas los tormentos soportados en los ocho meses de fortaleza, y cómo, si había declarado, lo había hecho impulsado por el consejo de Lehmann.

Pensaba que los camaradas pronunciarían sobre mí conducta un fallo condenatorio; me extrañó mucho, por tanto, cuando dijeron que también ellos habían declarado y que nada encontraban reprochable en mi conducta.

Pero yo no me daba la absolucón; la trayectoria de mi pensamiento era: «Katerina Preiss y los otros son *naródniki*; estos camaradas provienen de un medio burgués. Tú eres un verdadero trabajador. ¿Qué te ha ofrecido la vida cuando eras libre? Nada más que miseria y opresión. Nunca has conocido la alegría de vivir. Cuando viniste a la cárcel no tenías nada que perder. Debías haberte mantenido firme como un roble a quien ninguna tormenta abate, indomable como la roca en que se estrellan las olas furiosas; tú, obrero marxista, debías haber sobrepujado la firmeza y el heroísmo de los primeros mártires cristianos. Tu destino era ser mártir del socialismo. Pero, sin embargo —me remordía la conciencia—, no has resistido la primera prueba, doblegándote como hierba segada.»

Torturado por estas ideas, escuchaba la voz de los camaradas, que hablaban todos juntos y a gritos casi.

Al día siguiente nos llevaron, con una cuerda de presos comunes, a la estación de Nikolái. Lengnik y yo íbamos juntos en un coche. En la estación nos esperaba mucha gente: amigos y conocidos de mis camaradas. Entre ellos me llamaron la atención un intelectual alto y seco, con la cara pálida, y una muchacha muy linda. El intelectual era el conocido marxista «evolucionista» Peter Struve<sup>27</sup>, que venía a despedirse de su conocido K. K. Bauer. En cuanto a la muchacha, era la novia del camarada Lurie, su «prima», como él decía.

---

<sup>27</sup> Ahora Struve figura en el frente contrarrevolucionario, al lado de los peores enemigos del proletariado, en contacto con los «Cien Negros», y vive fuera de Rusia.

Mi madre no estaba en la estación. Nuestra conducción se llevó a cabo antes de la hora acordada de antemano, así que no pudo recibir a tiempo la carta en que le comunicaba nuestro viaje. «Quizá sea mejor así —pensé—. La despedida habría sido demasiado penosa para ambos.»

El oficial de la escolta no paraba de gritar:

—Suban, señores, suban. Las entrevistas en el andén están prohibidas.

Pero nadie le hacía caso. Para quien más dolorosa fue, sin duda, la despedida fue para el camarada Lurie, que no podía decirse a abandonar a su «prima». Por fin hubieron de darse el adiós definitivo.

Subimos al vagón celular, que llevaba las ventanas enrejadas. Los parientes y amigos, sin hacer caso de la escolta que los rechazaba, agitaban sus pañuelos y gritaban adiós desde lejos. El tren se puso en movimiento, jadeando, y pronto dejaron de verse.

Íbamos tristes y pensativos, mirando, en silencio, a través de las rejas, cómo desaparecía a nuestros ojos la gran ciudad. Poco a poco se fueron hundiendo las casas, los edificios públicos, las cúpulas de las iglesias. Sólo las altas chimeneas de las fábricas que vomitaban negras nubes de humo continuaban visibles. Ante nosotros se tendía la llanura, inmensa y monótona, cubierta de nieve. A ambos lados de la vía se veían grandes trechos de bosque abrasado. Todo era triste: las almas y el paisaje. «¡Adiós, Petersburgo! ¡Adiós por mucho tiempo!», era el sentimiento que nos dominaba a todos.

El oficial de la escolta, que debía acompañarnos a Moscú, interrumpió el silencio:

—Señores —nos dijo—. Me es imposible tratar con cada uno de ustedes en particular: nombren un decano y él recibirá el socorro para todos.

Instintivamente, Silvin señaló a Bauer. Nadie protestó la elección. Su primer cuidado fue instalarnos en el coche del modo más cómodo posible. En los bancos del pasillo iban soldados de la escolta, que se renovaban de cierto en cierto tiempo. A la puerta, siempre, un centinela. La mayor parte de los conducidos eran presos criminales. Cuando alguno de la escolta abría la puerta de separación, los veíamos amontonados como sardinas en banasta.

Bauer, que tenía que ir sentado encima de los soldados, se levantó y dijo que allí no se podía parar del mal olor. El mejor asiento se lo reservamos a la camarada L. Yergina. Hasta Moscú no hubo un tropiezo. Sólo en Tver disputó Bauer con el oficial. Como no tenía permiso para ello, no quería el oficial dejarle entrevistarse con sus amigos de aquella ciudad. Por fin, y aunque era de noche, consiguió Bauer el permiso.

Íbamos llegando a Moscú, la ciudad tanto tiempo despreciada por los *naródniki*. Moscú había aniquilado las repúblicas medievales del Gran Nóvgorod y de Pskov; en Moscú se había hecho fuerte la autocracia; Moscú era la ciudad del despotismo, inexorable y bárbara, la ciudad que había sometido a Rusia entera bajo su férula.

—Moscú duerme —dijo Silvin cuando, al bajar del tren, nos metieron en coches para llevarnos a la cárcel de Butyrsky.

Quería decir con ello que las masas moscovitas aún vivían en tinieblas, que acogían indiferentes nuestra llegada, sin demostrar frío ni calor.

Pero esto mismo podía aplicarse también a Petersburgo. Las masas son lentas y poco sensibles; para hacerlas mover es necesario un trabajo ímprobo, una labor de años, de décadas, de generaciones quizá, y, sobre todo, en una ciudad como Moscú, más retrógrada aún en 1898 que Petersburgo. Aquella idea de que las masas nos hubieran acogido como amigos a los desterrados me parecía un sueño inasequible. «No, aún tendremos que esperar mucho para ello», me decía al entrar por la puerta de la cárcel de Butyrsky. Nos llevaron a la «Torre del Reloj». Supe que había, efectivamente, una torre llamada «Torre de Pugachev», por el nombre del jefe de un movimiento campesino, en tiempo de Catalina II, el cosaco Yemelián Pugachev; en aquella torre había muerto de hambre.

Al entrar en el amplio espacio redondo del segundo piso de la torre me encontré, y ello me produjo gran alegría, con antiguos camaradas como Kossolobov, Kupzov y Belov. Observé en ellos un cambio notable; ya no eran los muchachos exaltados de entonces: los sufrimientos y torturas de la soledad, en la fortaleza de Pedro y Pablo, los habían convertido en hombres hechos y verdaderos. Habían aprendido a conducirse por sí mismos.

Pero las declaraciones de la Preiss y la estupidez de Tulupov habían operado sobre ellos de modo francamente desmoralizador. Se sentían desilusionados de sus jefes. Más tarde habían vivido un mes en compañía de Priyutov y Bielievsky, los cuales permanecían fieles a la ortodoxia *naródniki*, desdiciéndose de todas las concesiones hechas al marxismo, como enemigo irreconciliable. El influjo de Bielievsky y Priyutov era bien perceptible en mis antiguos camaradas.

Antes, cuando estaba en libertad, había sido yo, por así decirlo, la antena del marxismo entre ellos. Siguiendo mi evolución, habían renegado de Dios, volviéndose contra él y sus ministros. Habían matado en su alma la religión, como enemigo irreductible y mentiroso del proletariado. A mi lado habían estado buscando durante dos años socialistas. Conmigo habían ingresado en el *Naródnaya Volia*; lo mismo que yo habían sentido el deseo de morir con una bomba en la mano. A mi lado habían roto, después, con los *naródniki*, pasándose al marxismo revolucionario. Pero sólo yo había seguido fiel al marxismo. Me dijeron que habían vuelto al *Naródnaya Volia*. El *naródniki* más rabioso era Kupzov. Con un extraño gesto, arrugando la frente, blanca y despejada, me dijo:

—Hemos padecido en la cárcel como *naródniki*, y como *naródniki* vamos más allá del Ural, a las orillas solitarias del Lena.<sup>28</sup>

Otra nueva característica descubrí en ellos: hablaban mucho de la hermosura femenina y del amor.

También entre los intelectuales representaba el amor un papel preponderante. Hablaban de sus novias, que los habían ido a ver, y se burlaban de Lurie, que no podía ocultar su tristeza desde que en Petersburgo se despidió de la «prima».

En la época anterior a mis prisiones, había conocido a mis camaradas desde un solo punto de vista, el más favorable. Mis relaciones con ellos se habían limitado a las exigencias del trabajo revolucionario, al que, tanto ellos como yo, nos consagrábamos sin descanso. Y no era milagro; una labor de la magnitud de la nuestra requería una entrega absoluta de la personalidad, una absorción total del propio yo en la obra colectiva. Se trataba nada

---

<sup>28</sup> Río de Siberia.

menos que de elevar al socialismo a una masa enorme y semibárbara de obreros. Todas nuestras palabras, todas nuestras acciones, todos nuestros movimientos, pertenecían a la causa. No podía vivir uno para sí; se vivía para el ideal, para el gran ideal del socialismo.

Naturalmente, este tipo de hombre era muy superior al tipo medio. En mi imaginación aparecía circundado de un nimbo. Para mí no hay más que una novia, una mujer y una madre —era la fórmula suprema—, que es la revolución.

En la cárcel, y más aún en el destierro, condenados a una vida ociosa, volvían estos hombres a sentir en sí mismos otra vida y se les despertaban los impulsos, tanto tiempo oprimidos y ahogados bajo más altos intereses. Su vida íntima, personal, se destacaba en primer plano. Cuando estos impulsos se manifestaban demasiado a lo vivo, tomaban a veces formas repugnantes. La imagen bella, espiritualizada, del revolucionario se esfumaba, turbia, tras la estampa grosera y obtusa del hombre corriente. Antes de ir a la cárcel, todos los poemas que recitábamos y cantábamos hablaban del dolor de las masas, de la hermosura del sacrificio. Ahora, con gran asombro mío, oía con demasiada frecuencia a mis' compañeros entonar canciones, cuyo tema exclusivo era el amor. Kossolobov, Kupzov y Belov cantaban a menudo:

*El azar nos ha juntado;  
en mi sangre arde el deseo;  
mírame y vente conmigo  
por lo mucho que te quiero.*

Es aquella misma atmósfera de enamorada sensualidad de que habla Tolstoi en *Resurrección*, refiriéndose a los socialistas en Siberia y en la Katorga.

Casi todos los intelectuales tenían sus novias, novias que les visitaban y más tarde les seguían al destierro.

Los obreros, por el contrario, apenas sí recibían otras visitas que las de sus madres. El obrero progresista de entonces, elevado a un nivel muy superior al del medio en que vivía, se sentía irresistiblemente atraído por las mujeres intelectuales. Pero el trabajo revolucionario, acaparando todas sus actividades, no le

dejaba tiempo para dedicarse a cuanto fuera exclusivamente personal. Y vivían solos en alma y en cuerpo. La madre, que venía a hacer su visita, no compartía el fervor del hijo por el socialismo. Sólo más adelante, cuando empezaron a despertar las grandes masas, se dieron tipos de mujer como el que pinta Gorki en su novela *La madre*.

Viendo cómo los ojos de Lurie resplandecían de gozo al recibir una carta de la «prima», comprendí el elevado lugar que en su vida ocupaban sus sentimientos personales. Aquello me produjo una doble sensación: de envidia, por una parte; por otra, no dejaba de repetirme que pertenecía en cuerpo y alma a la clase obrera, que había decidido sacrificarme por una causa grande. En esta lucha inexorable me veía condenado al fracaso. Lo más consecuente hubiera sido escapar, salvando rejas y muros, para precipitarme nuevamente en la lucha desigual. Pero esto era imposible, por el pronto. El partido era entonces demasiado débil para hacer viable la existencia clandestina de revolucionarios. Según cuenta Zederbaum (o sea Mártoov) en sus *Memorias*, quedó decidido marchar a Siberia y esperar allí tiempos mejores. Tres años, ni un día menos, debía permanecer yo en el destierro. Tres años sin poder entregarme a mis impulsos juveniles, sin poder sacrificarme por la emancipación del proletariado. Esto era lo más terrible, lo que más vivo sufrimiento me causaba. Odiaba a la vieja Rusia con sus zares, sus gendarmes y sus popes. Odiaba a la sociedad capitalista. La fatiga que experimentaba cuando, al volver de la fábrica, me consagraba a mis actividades revolucionarias, me producía un gozo intenso. Esgrimir día tras día el martillo contra el zar, contra el capital, contra los muros de toda aquella sociedad podrida; machacar incesante, inexorablemente aquello habría sido para mí la mayor alegría, y tenía que soltar el martillo, tenía que esperar a que los muros se derribasen carcomidos por interna polilla, esperar a que el monstruo —la sociedad capitalista del zar— se viniera al suelo deshecha.

—¿Por qué está usted tan triste? —me decían los camaradas Lurie y Bauer—. Todos nos reímos y andamos de broma; todos estamos contentos. Sólo su rostro no se aclara nunca.

—Me avergüenzo de mí mismo por haberme rendido a Shmakov y haber declarado.

—¡Pero deje eso estar! —contestaba Lurie—. Piense usted en el honor que para un revolucionario significa vivir en Siberia, más allá del Ural. Es como oler la pólvora por primera vez [para] el soldado.

Y como complemento a sus palabras, Kossolobov, Belov y Kupzov rompieron a cantar:

*Mirad, hermanos, el sol que vivifica,  
sol de la libertad...*

Esta canción había sido compuesta poco antes por un camarada cuyo nombre ha quedado inédito.<sup>29</sup> Los nuestros la habían aprendido de otro grupo de camaradas desterrados a Siberia poco antes. Era la primera vez que yo la oía; a todos nos pareció maravillosa y estábamos entusiasmados con ella.

Además de éste cantaban otros dos himnos revolucionarios, ambos hermosos y solemnes: *Rugid, tiranos*, y *Amagos de tempestad*. Uno y otro habían sido traducidos del polaco por el camarada Krschischanovsky, con ayuda de MártoV. La música era la del himno polaco de los tiempos de la insurrección.

En la cara inferior de la mesa descubrí casualmente nombres escritos en caracteres latinos: Chekalsky, Kovalevsky, Prominsky, Petrashek, Kulik, etc... Eran nombres de camaradas que debían acompañarme a Siberia y con los cuales me encontré en la «Torre del Reloj» de la cárcel de Butyrsky.

De Kossolobov, Kupzov y Belov he hablado ya. A Silvin no lo he mencionado más que de pasada. Antes de ir a la cárcel nos habíamos visto raras veces. Allí tuve ocasión de conocerlo más de cerca. Era un hombre alegre, bullicioso y entusiasta, amante de las mujeres y de la vida. Descendía de una familia pequeñoburguesa de Nizhni-Nóvgorod. Logró aprobar en la Escuela Real y luego, como muchos otros, empleaba su vida por partes iguales entre estudiar y dar clases particulares. Ya en Nizhni-Nóvgorod empezó a interesarse por el movimiento proletario. Ingresó en la

---

<sup>29</sup> Bonch-Bruevich da como autor de ella a Piotr Leónov (Rodin).

Universidad de Petersburgo, y pronto se afilió a la Unión de Lucha. Muestra de su capacidad intelectual fue una proclama editada en mayo de 1896, que agradó extraordinariamente a los obreros. Él mismo me dijo que había sido obra suya.<sup>30</sup>

Era muy aficionado a la literatura clásica y leía, según él, todos los años el *Eugenio Oneguín*, de Pushkin, y *Las almas muertas*, de Gógol. Influían grandemente sobre nosotros sus alegatos que hacía contra los *naródniki* en favor del marxismo. En su entusiasmo por la belleza femenina, llegaba a idealizarla.

—En la mujer —decía— se contiene, hecho carne, todo lo hermoso a que el hombre aspira.

Ya entonces se notaba en él la propensión a conceder excesiva importancia al marxismo legal, sobre el que fundaba grandes esperanzas.<sup>31</sup> Llevaba siempre una chaqueta cazadora de un amarillo grisáceo y calzones, lo que le daba un aire inconfundible. Era muy amigo de Friedrich Wilhelmovich Lengnik.

Este último era el reverso de la medalla de Silvin.

Mientras que en Silvin todos sus movimientos y actitudes producían una impresión de inconstancia y hasta de ligereza frívola, el aire de Lengnik era severo, inflexible, de hombre hecho y derecho. Tenía la barba negra y llevaba blusa, al modo obrero. Su aspecto era tan rígido y austero, que al principio me daba miedo casi. Y, sin embargo, tenía un corazón delicado y sensible y una inmensa bondad. Producía la impresión del hombre consagrado

---

<sup>30</sup> La proclama de la Unión de Lucha el 1 de Mayo de 1896 la compuso en la cárcel el camarada Lenin. | *Nota del «Istpart»*.

<sup>31</sup> Mijaíl Alexandrovich Silvin colaboró activamente en la organización del viejo grupo de la *Iskra* en Rusia y en la lucha contra la tendencia «economista». Estando encarcelado, un desdichado azar le impidió tomar parte en la famosa evasión de la gente de la *Iskra* de la cárcel de Lukianovsky, en Kiev. Cerca de tres años estuvo en la prisión. Más tarde, a raíz de la escisión del partido, en 1903, se afilió al grupo de Plejánov, incurriendo en los errores mencheviques. Actualmente no pertenece a ningún partido y sirve a las instituciones soviéticas, gozando de una gran confianza por parte de las autoridades.

por completo a la causa, que sabría conservarse fiel a ella hasta el término de sus días.

Se había afiliado en Petersburgo a la Unión de Lucha. Recién terminados sus estudios en el Instituto Tecnológico, lo metieron en la cárcel. Al destierro iba ya con su título de ingeniero. Leía mucho, especialmente en la cárcel de depósito.

A las cinco de la mañana se levantaba, y desde entonces no soltaba el libro. En él se manifestaba una cierta inclinación al neokantismo.<sup>32</sup>

Silvin y Lengnik, en sus charlas con Bauer y Lurie, hablaban a menudo del «Viejo», de «Ilich». De estas conversaciones deducía yo que el tal «Ilich», personaje para mí desconocido, debía ser un hombre extraordinario, el jefe supremo de la Unión de Lucha. Nunca, al hablar de MártoV, lo elevaban al grado supremo en que situaban el nombre de Lenin. Ya entonces, en los albores de nuestro partido, estaban convencidos todos de la absoluta superioridad de Vladimir Ilich (Lenin) sobre Yuli Ósipovich (MártoV).

Konstantin Konstantínovich Bauer era un típico intelectual. Podía tener veintisiete o veintiocho años, y era rubio, con ojos grises, tipo mediano y rostro inteligente y vivo. Abogado de profesión, se había separado de su familia, bastante rica, adhiriéndose al marxismo revolucionario.

Aún no había recibido su bautismo de conspirador; nunca había asistido a los círculos obreros.

Si la memoria no me es infiel, propendía también al marxismo legal, simpatizando con el neokantismo. Como pertenecía a la «Sociedad Económica Independiente» y era hombre de brillante conversación y grandes atractivos, los gendarmes lo tenían por el jefe de la Unión de Lucha.

Sin duda por este motivo fue desterrado muy lejos, a Verjovansk, en el distrito de Irkutsk. Poseía increíbles reservas de energía, aún no disipadas en el trabajo revolucionario cotidiano.

---

<sup>32</sup> En el verano de 1899 tuvieron largas discusiones sobre el neokantismo Lenin y Lengnik, en el poblado de Tesri, distrito de Minussinsk (Siberia).

Hacia un «decano» ejemplar en la cárcel, defendiendo hábilmente nuestros intereses ante la administración.

El más joven de todos los camaradas con quienes trabé conocimiento en Moscú era M. Lurie. Descendía de Vilna. Su maestro era Mártoov. Tan pronto se sentía abatido, recordando a la «prima» con honda nostalgia, como rompía a cantar canciones revolucionarlas y gritaba:

—¡A Siberia! ¡Vamos a Siberia!

Tanto él como los otros hablaban a menudo del libro de Nansen sobre su viaje al Polo Norte.

En la «Torre del Reloj» nos encontramos con el camarada Vinokur. Era un semi intelectual; había concluido sus estudios en el Gimnasio. Descendía de Odessa. Típico «economista», no concedía importancia sino al mero proceso económico. En Viliúisk cayó bajo el influjo del anarquista Majajski, ejerciendo una influencia negativa sobre Kossolobov y Kupzov, que terminaron convirtiéndose también en anarquistas de Majajski.

El vigilante más antiguo de la «Torre del Reloj», un viejo pe-lón, tenía una memoria prodigiosa; al cabo de veinte años reconocía a los «políticos» que habían sido transportados una vez de la cárcel de Butyrsky a Siberia o a la Katorga. Allí aprendí a jugar al ajedrez. El tablero estaba pintado con tinta en una hoja de papel grueso, y las figuras hechas de pan moreno. El mejor jugador era, según lo que recuerdo, Lengnik.

Todos juntos, intelectuales y obreros, habitábamos una celda común. Para no desperdiciar las horas leíamos. Constituimos un círculo en el que se trataba de toda clase de ciencias. Pero el constante ajeteo, las risas, los cantos revolucionarios o de otra índole, todo ello hablaba de la vivacidad de los moradores de la «Torre». La mayor parte de los vigilantes, convencidos de que con los «políticos» no podían, renunciaban a toda lucha y nos dejaban cantar y alborotar. Había uno, sin embargo, que, temeroso de que las autoridades superiores se enterasen, lloraba casi, suplicándonos que no cantásemos tan alto.

Admirablemente entonaba Lengnik canciones ucranianas. Eran canciones de otros tiempos, en que latía un eco lejano de la gran lucha sostenida entre los campesinos de Ucrania y la nobleza polaca, dueña del campo.

Oyendo aquellos cantos, revivían en mi imaginación las estepas del Sur, el Dniéper, las viejas tumbas de los kirguises, todo aquello de que hablan Shevchenko, Korolenko y Gógol.

Mijaíl Silvin recitaba admirablemente. A menudo le oíamos, por ejemplo, un poema titulado «A la muerte del coronel de la gendarmería Mesenzév», que, como se sabe, sucumbió a manos del *naródniki* Stepniak-Kravchinsky.

Las celdas del piso bajo de la torre estuvieron mucho tiempo vacías. Los días de Pascua tuvieron un inquilino: un alto funcionario, al parecer convicto de soborno en gran escala.

Mientras que nosotros nos teníamos que dar por satisfechos con el rancho carcelero, a él le llevaban sus amigos y parientes chucherías de todo género: pasteles, tortas y demás.

Una vez nos mandó por el vigilante algunas de estas golosinas. Cuando Bauer supo que todo aquello era producto del soborno, se negó a recibir el regalo, devolviéndoselo al tal funcionario.

Coexistían entre nosotros dos sistemas de vida radicalmente opuestos. Uno, el de los obreros, que nos levantábamos pronto y nos íbamos pronto a la cama; otro, el de los intelectuales, análogo al de los señores rusos, que propendía a hacer del día noche y viceversa. Lo peor del caso fue que nuestros obreros se contagiaron de ello, cosa poco de extrañar, dada la propensión que tenían a tomar de modelos a los intelectuales. Aquello de acostarse tarde siempre me desagradó, y con todas mis fuerzas luché para que no venciera la nueva costumbre. Pero era imposible, de todos modos, dormirse a la hora acostumbrada, pues hasta muy altas horas de la noche la «Torre del Reloj» zumbaba de risas y estrépito. Los debates y charlas no acababan nunca. Aquélla era la hora de resolver todas las cuestiones. Uno de los más infatigables era el camarada Bauer. Ya estaban todos durmiendo, y él se deslizaba, pegado a algún lecho, sobre todo al de Silvin, se ponía de rodillas al lado y empezaban a susurrar, continuando algún debate sobre la «cosa en sí», de Kant, o algo por el estilo, hasta que Silvin se enfadaba y le decía:

— ¡Así te lleven los mismos demonios!

Y allá a las dos de la mañana se decidía Bauer a dormir; pero sin dejar de murmurar siempre que le hacían acostarse con las gallinas.

Poco después de llegar a la torre tuvimos que presentarnos todos juntos en la oficina. Allí nos vimos confundidos con gran número de presos comunes que estaban esperando que los mandasen al destierro o a la Katorga. El crujir de cadenas, las cabezas rapadas por mitad, el hedor insufrible que llenaba la celda que hacía de oficina, invadiendo hasta los comedores más lejanos, todo aquello dejó bien impresionada mi memoria. Entre los criminales los había pertenecientes a todos los pueblos de Rusia: grandes rusos, ucranianos, rusos blancos, polacos, caucasianos, tártaros, etc... Los sargentos reprendían constantemente, ya a éste, ya al otro, y no dejaban de oírse las injurias más groseras y rabiosas, unidas a palabras de amenaza: «canalla», «hijo de piedra», «celda de castigo», «veinticinco en las posaderas», y así por el orden.

Acabábamos precisamente de leer el libro de Meljin *Los expulsados de la sociedad*. Y no es que el autor idealizase la cárcel ni sus habitantes. Pero la realidad, aquella realidad que delante de los ojos teníamos, sobrepasaba las más atroces descripciones. Nos llamaba la atención, sobre todo, cómo los presos, y en especial los caucasianos, se precipitaban por el corredor adelante, con el plato en la mano, para recibir su ración de sopa y su «kasha».

Terminaba la semana de Pasión; era el domingo de Pascua. Yo odiaba las fiestas cristianas y, a modo de protesta, me metí en la cama pronto aquella noche; a pesar de la batahola de los camaradas, me dormí en seguida. Como a media noche me despertaron unos ruidos extraños, que tan pronto semejaban un murmurio de olas como la melodía de una orquesta gigante y lejana. A través de las rejas lucían las estrellas. Pronto vibró el aire con un inesperado y general repique de campanas, como yo nunca lo había oído. Repicaban todos los «cuarenta veces cuarenta» campanarios de Moscú, y la ciudad entera se estremecía. Me incorporé y vi que todos los camaradas velaban, charlando entre sí. Aquella música monótona y vibrante me traía a la memoria el sonar de la campana del Gran Nóvgorod, y, arrullado por este recuerdo, me dormí nuevamente.

Al otro día se acercó el vigilante y me dijo:

—Venga usted, que tiene visita.

Conmigo vino, o mejor voló, el camarada Lurie, a quien esperaba su «prima».

Yo me rompía la cabeza, pensando: «¿Quién podrá visitarme en Moscú, si no conozco a nadie?»

Era mi madre la que, afligida y sollozante, me esperaba.

La carta escrita desde la cárcel de etapa, en la que le notificaba el viaje, diciéndole que viniera a despedirse, había estado una semana entera entre la oficina de la cárcel y en manos del fiscal. El día de mi marcha era día de visita, y, sin sospechar nada, se había presentado mi madre en la cárcel. Largo rato estuvo aguardando a que la llamasen, hasta que un vigilante le dijo:

—¿A qué espera usted? Su hijo está ya camino de Siberia. Quizá pueda aún alcanzarlo en Moscú.

Aquella noticia inesperada, aquel nuevo dolor, abatió a mi madre como un rayo. Cayó al suelo sin sentido. Parientes de otros detenidos, que presenciaban la escena, acudieron a socorrerla. Alguien le dijo que tenía permiso del fiscal para venir a verme a Moscú. Al recobrase de su desmayo y comprender claramente que su querido hijo, su «excelente» hijo, como ella decía, no estaba allí ya, concibió como único deseo el de volverme a ver una sola vez en Moscú antes de partir al destierro. Con el socorro de algunos parientes y de los camaradas logró llegar a Moscú, a pesar de tener las piernas enfermas. A través de la ciudad desconocida para ella, se vino a pie directamente de la estación de Nikolái a la cárcel de Butyrsky. Los gendarmes la detuvieron varias veces en el camino y querían encarcelarla, creyéndola, por sus harapos, una mendiga. Pero el permiso escrito del fiscal de Petersburgo la salvaba.

Llegó a la cárcel de Butyrsky a hora demasiado avanzada para hacer visitas, y entonces se fue a una posada de mala muerte, donde pasó la noche, insomne, y, apenas amanecido, volvió a la cárcel. Allí tuvo que esperar algunas horas aún.

Horroroso, infinito dolor había en su rostro. Se me abrazaba una vez y otra con ansia, bañándose en lágrimas. A pesar de todos los pesares, había conservado hasta ahora la esperanza de que le devolverían a su hijo. Y toda su esperanza se derrumbaba.

Me contemplaba, llorando, sin apartar la mirada de mí. Como un sueño pasó la media hora de visita. El más antiguo de los vigilantes nos había advertido ya:

—Está para acabarse la entrevista, señores.

Pero ella no se movía del sitio, no quería marcharse. Y me besaba más y más, sin dejar de mirarme a los ojos, llorando. El vigilante, cansado ya, la cogió por las manos y se la llevó. Ella, anegada en lágrimas, quería soltarse.

—¡Adiós, adiós, madre! —grité al salir del locutorio.

—¡Adiós, Sasha querido! ¡Adiós, hijo! —la oí.

Triste y sombrío volví a la torre. Los ojos de Lurie relampagueaban de felicidad.

Por fin Bauer nos trajo la noticia de que en la primera ocasión nos llevarían a Siberia junto con una cuerda de presos comunes. Hicimos todos los preparativos para el viaje. Eran días primaverales, espléndidos; las últimas nieves se derretían, los arroyos zumbaban; de la tierra desnuda, negra, aún no cubierta con su verde alfombra, emanaba un vaho cálido de abundancia y fecundidad. Nos llevaron a la estación.

—¡Adiós, Moscú!

¡Camino de Siberia, ninguno de nosotros sospechaba que tú, Moscú, tan pronto habías de rebelarte contra la eterna opresión de los zares!



## EN EL DESTIERRO

*A la memoria del revolucionario  
bolchevique Viktor Kurnatovsky.*

### El viaje

Nos llevaron a la estación de Kazansky, aparte de los presos criminales, en varios coches, con escolta de soldados. Con ello se quería prevenir la posibilidad de una escapada y evitar el que nos viesen los obreros de Moscú.

Tuvimos que esperar en la estación lo menos una hora, hasta que llegó la cuerda de criminales. Embutidos en sus largos caftanes grises, con sus cabezas rapadas por mitad, mal encubiertas por sus gorras deshilachadas y sin borlas, y el parche con el número cosido a la espalda, ofrecían un espectáculo triste y deprimente.

Las maldiciones de los soldados, las injurias y chillidos de las mujeres, el crujir de cadenas, llenaba el andén y luego los coches de un ensordecedor tumulto. Los coches iban atestados, disputándose el poco de asiento no sólo en los bancos, sino también en los pasillos y en el mismo suelo; un hedor agrio y repugnante que, al parecer, sacaban los penados de la cárcel entre los pliegues de la ropa, invadió en seguida el tren, llegando hasta nosotros.

Al arrancar, como última despedida, hubo una explosión de lágrimas, gritos y quejas femeniles de madres y hermanas; se figuraban que en aquella Siberia desconocida esperaba a los presos una muerte irremisible y espantosa. Se veía desde el tren cómo cientos de ojos ávidos nos seguían; se veían los pañuelos flamear y se oían los adioses últimos. El tren aceleró su marcha resplando. Los camaradas iban tristes y silenciosos, mirando con ojos nostálgicos la gran ciudad que desaparecía. Poco a poco, sin embargo, fueron sobreponiéndose a la impresión del momento. Se entabló conversación general. Lo mismo que al llegar a Moscú, Silvin se lamentó de que nuestra marcha pasase desapercibida,

sin despertar una reacción de simpatía. Yo escuchaba distraído todo esto. El espectáculo cambiante de la naturaleza rusa acaparaba toda mi atención. Ya no había nieve. Grajos, cuervos y urracas pasaban en bandadas sobre los campos. Poco hacía, aquellas tierras eran víctima de los fríos vientos invernales y toda su extensión sería inmensa sábana blanca; ahora se veía a cada paso un campesino arando la húmeda tierra con su caballejo. Reventaban los brotes de los árboles y la hierba brotaba, verde y jugosa. Al parar en las estaciones se oían las primeras alondras... Por todas partes se advertía el despertar brioso de la Naturaleza. Nuestro tren avanzaba hacia el Este, cruzando leguas y leguas. A veces parecía como si se detuviera y fuesen las ciudades, los poblados, los bosques y las rocas los que cruzaban ante nosotros veloces.

Aquella inmensidad, aquellos horizontes dilatados que iba abriéndose el tren, despertaban un eco profundo en mi alma. Por vez primera contemplaba de frente a Rusia grande, silenciosa, impenetrable; y me representaba la enorme Siberia con sus fríos de cuarenta grados, sus hielos y su nieve.

Nos acercábamos al Volga. Me extrañaba lo escasos que eran, en proporción, los bosques por allí. Hasta ahora me había figurado muy otra a nuestra tierra. Me indignaba lo absurda y desconsideradamente que habían abrasado bosques enteros, y más todavía me indignaba la explotación ignominiosa y depresiva que ejercían sobre el campo los nobles terratenientes y los empleados zaristas.

Con vivo interés contemplaba los poblados de la gran Rusia, cerca de Sysran, en la margen derecha del Volga, admirando las artísticas tallas en madera que adornan los tejados, las ventanas y las puertas de las casas.

Siempre hacia el Este, dejamos atrás Samara, cruzamos el territorio de la izquierda del Volga y llegamos a Ufa.

Cambiaba la estampa del paisaje; estábamos en las vertientes del Ural. Habitados a la llanura inmensa, no se cansaban mis ojos de mirar el cuadro nuevo, aquella tierra abrupta y montañosa.

—¡Ya hemos pasado el Ural! —gritó, entusiasmado, Lurie al llegar a Cheliábinsk.

Empezaba Siberia. El tren avanzaba despacio, deteniéndose mucho en cada estación. Pasado [el río] Irtysh, a ambos lados de la vía, se alzaba la taiga<sup>33</sup>, recia y oscura como un ejército amenazador, escoltándonos así hasta Krasnoyarsk. Como una cinta serpenteaba el desmonte por donde iba el tren. Pinos, abetos, cedros y otras especies de árboles siberianos tendían hacia nosotros sus ramas, eternamente verdes. Se notaba cada vez más frío. La taiga estaba todavía nevada. Aquí no había llegado la primavera.

En la estación de empalme, llamada también «Taiga», de donde parte un ramal que va a Tomsk, nos contaron Silvin y Len-  
gnik una auténtica historia que da idea de la venalidad de los ingenieros que trazaron el ferrocarril transiberiano. Era ello que la ciudad universitaria de Tomsk, uno de los principales centros de vida en Siberia, decayó enormemente a raíz de la construcción del ferrocarril, debido a que, por no pagar el soborno que los ingenieros exigían, la línea principal no pasó por ella.

Llegamos, por fin, a Krasnoyarsk, y allí nos alojaron en la cárcel de etapa hasta que definitivamente decidieran el punto de nuestro destierro. La gran cárcel de Krasnoyarsk, situada en las afueras, estaba cercada por un muro de enorme altura, hecho de troncos de árboles muy juntos, clavados en el suelo y terminados en punta.

Nos presentó la escolta en la oficina de la cárcel, luego nos llevaron al patio, rodeado de construcciones de madera. Inmediatamente comenzó el forcejeo con la Administración.

—Aquí está su celda —dijo el vigilante—. Arréglese en ella.

Miramos en torno. Las ventanas, las yacijas, el piso, todo estaba cubierto de una espesa capa de mugre. Nosotros, los obreros, habituados como estábamos a todo, íbamos a tumbarnos sobre las camas infestadas de basura y humedad cuando Bauer nos detuvo.

—Espere —me dijo al oído.

Y luego, al vigilante:

—Entérese usted: dígame al director que necesitamos jabón, estropajo y agua caliente. Además, no vamos a acostarnos en estas camas sin ropa, sobre las tablas. Necesitamos, por lo tanto,

---

<sup>33</sup> Bosque virgen siberiano.

colchones. Tienen que lavar el piso y las ventanas, pues, de lo contrario, exigiremos que venga el médico de la cárcel.

—Está bien —respondió el vigilante—. Transmitiré las recomendaciones de su señoría. Debo hacer constar, sin embargo, que desde que la cárcel es cárcel no se han lavado nunca las camas ni el suelo, y nadie se ha quejado de ello. ¡Está bonito que haya que dejárselo todo tan limpio a los presos!

Como el grado de suciedad de la celda era inaudito y las autoridades querían evitar complicaciones y, sobre todo, la visita del médico, nuestra reclamación fue atendida.

La noticia de que los «políticos» lavaban sus catres produjo en la cárcel desusada sorpresa. El vigilante y los presos que nos traían el agua caliente miraban asombrados nuestros fregoteos.

—¿Son de veras nobles? —preguntaban los comunes al vigilante más antiguo—. ¿Son señores?

Bajo la dirección de nuestros camaradas intelectuales, acostumbrados a más altas necesidades cotidianas y sabiendo mejor defender sus derechos, conseguimos vencer. Se nos permitió dejar abiertas las puertas de nuestras dos celdas desde por la mañana al toque de silencio de la noche, conseguimos aumentar a varias horas la duración del paseo en el patio, conseguimos que nuestro «decano» pudiese ir todos los días a la oficina de la cárcel a parlamentar con la Administración; conseguimos, en fin, muchas mejoras en que los comunes no habían pensado siquiera. Podíamos cantar todo el día en nuestras celdas y leer hasta las nueve de la noche, con la luz encendida, y podíamos a todas horas entrevistarnos con los camaradas desterrados en la ciudad, que venían a vemos a la cárcel.

—¿Cuándo podremos bañarnos? —preguntó Bauer al vigilante una vez concluida la limpieza de las celdas.

—El domingo pueden ir ustedes —respondió—. Y, de paso, conocerán al verdugo, que es el propietario del establecimiento de baños.

Con gran asombro por mi parte, el verdugo no tenía nada de lúgubre. Su aspecto era el corriente entre los campesinos de la Rusia Blanca. Esperando la propina, llegó hasta a insinuársele a Bauer con zalamerías.

—Enseñanos tu látigo —le dijo Bauer después de limpio y vestido.

—Ahora mismo. Pero me darán ustedes algo por ello.

Quedamos aterrados al ver el látigo. Era un auténtico instrumento de tortura, un bárbaro residuo medieval. Tendría unos dos metros y medio de largo y estaba hecho de tiras de cuero, hábilmente trenzadas, con grueso puño de madera y una correa a la punta.

Sólo el verlo debía infundir horror al preso. Y cuál sería su estado de ánimo cuando el verdugo, según vieja costumbre entre los de su gremio, gritase, antes de empezar el castigo: «¡Ojo, que arde!».

—¿Martirizas muchas veces a los presos con este *knut*? —le preguntó Lengnik.

—¡Pero qué cosas tiene su señoría! ¿Que si muchas veces? Cuando a uno se lo ordenan. ¿Íbamos a azotar a nobles como ustedes? Sólo es para esos tiñosos de presidiarios, que si le atrapan a uno... Y también a los pillos. Hoy en día no se usa el verdadero *knut*. Los hombres ya no lo resisten. Das un golpe como es debido y se te queda en él —se volvió a Bauer—. Pero bien podía su señoría darme una propinilla.

La primavera, retrasada aquel año, nos cogió ya en Siberia. Tres semanas después de salir de Moscú, o sea cuando llevábamos quince días en Krasnoyarsk, empezaron a derretirse los montones de nieve apilados en el patio de la cárcel, y desaparecieron en seguida, sin dejar rastro: el sol hacía evaporarse los charcos y secaba la basura. Tras unos cuantos días neblinosos y húmedos, brilló claro y alegre. Aún había sus mareas al caer la tarde y de mañana. Por la noche helaba un poco, pero los días eran calurosos, y empezó a brotar hierba al pie de los muros.

Aquella tranquilidad silenciosa y aplastante del invierno cedía paso a los sonidos y rumores de la vida, que a bocanadas penetraba por las ventanas de la celda y nos embriagaba durante el paseo por el patio. Pronto empezamos a oír los alegres relinchos de los caballos siberianos, voces humanas, chillidos de niños y el griterío gozoso y riente de las muchachas que venían de paseo a las afueras.

Con la primavera, aquella reclusión en celdas hediondas se llevaba peor. Los presos languidecían esperando la hora del paseo. Y entonces irrumpía en el patio el estrépito de los presos criminales, que paseaban separados de nosotros, con escolta especial.

Yo observaba atentamente todo aquel mundo nuevo.

Muchos de aquellos presos eran del mismo corte que los «vagabundos» petersburgueses. La misma carga agobiadora de la vida, el mismo desamparo, la conciencia de su desesperada situación, cinismo, abulia, turbiedad en la mirada, eran las notas distintivas de aquella categoría infrahumana.

Otros, al contrario, se distinguían por su decisión, y eran enérgicos, temerarios, llenos de indomable deseo de apurar hasta el fin su destino.

No renunciaban nunca a la esperanza ni retrocedían ante contrariedad ninguna con tal de escapar de aquel infierno en que su suerte los había precipitado.

—¿Por qué está usted aquí? —me preguntaban algunos de ellos a veces que yo conseguía acercármeles un poco, aprovechando un descuido del vigilante.

A pesar de todas las dificultades, conseguíamos explicárselo someramente, por los procedimientos más sencillos y comprensivos. Con raras excepciones, se trataba de individualistas furibundos, incapaces de comprender que nadie pudiera sacrificar sus problemas y sus inquietudes por un ideal oscuro, que ningún provecho inmediato ofrecía y que, en cambio, traía como resultado encarcelamientos y destierros.

Los vigilantes hablaban de ellos con desprecio y temor.

—No son siquiera hombres. Y si en la calle o en la taiga se encontrasen con su mismo padre, no tendrían compasión ninguna de él. Para ellos sólo hay dos cosas: robar y asesinar. Fíjese, si no, en Butylkin, el que carga ahora con el cubo de la basura. Se ha escapado ocho veces, y ocho veces que lo han azotado. Dígame usted, ¿qué merece una bestia así?

Una vez, desde el patio de la cárcel, vi cruzar por el cielo una bandada de aves emigrantes.

— ¡Grullas, grullas! —dijeron a coro los presos criminales.

—Es cierto, son grullas —asintió el camarada Kupzov, que estaba a mi lado.

Quizá por ser emigrantes las aves, o quizá por verlas navegar libres y descuidadas a través del espacio azul, atrajeron la atención de todos, conmoviendo profundamente a los penados.

En un instante cesaron todos los ruidos. No se oyeron insultos, ni voces, ni chistes, ni arrastrar de cadenas. Con la mirada fija en el azul contemplaban los presos el vuelo de las orgullosas aves que se desplazaban hacia el Norte.

Hasta los vigilantes, que no se distinguían precisamente por una fina sensibilidad, olvidaban por un momento los deberes del servicio, olvidaban el reglamento y parecían reflexionar sobre algo más elevado que la vil realidad cotidiana de la cárcel.

Durante unos segundos, todos los rostros reflejaban una expresión común; todos tenían algo de humano.

De lo alto llegaba a nosotros el grito de las aves, grito de libertad, de inmensidad.

«Ellas vuelan». Este pensamiento brotaba, a no dudar, de todas las cabezas de penados. Sí, las grullas volaban, mientras que ellos..., ellos estaban condenados a una larga reclusión y cargados de cadenas.

Y tan profunda fue la sugestión, que hasta uno de ellos hizo inconscientemente un pequeño movimiento hacia el muro, y ello bastó para que, al crujiir las cadenas, el vigilante saliese de su contemplación ensimismada, volviendo a la realidad.

Era el más antiguo de los vigilantes. La intención del penado de acercarse al muro no se le pasó desapercibida.

—¡Quieto! —gritó—. ¿Qué es eso, idiota? ¿No sabes que está prohibido acercarse a la pared?

—Se me ha caído el pito de la mano, señor vigilante, y lo estoy buscando.

—¡Buen pito y buena música! Lo que querriais todos sería volar como las grullas. ¡Hala, entrar en las celdas!

—¡A las celdas! ¡Pronto! —rugieron los otros vigilantes.

Como despertando de un sueño encantado, sumisos y humildes como un rebaño de borregos hostigados por el pastor, volvieron los penados a sus celdas.

Un silencio oprimente siguió a la escena. Todo el mundo se sentía molesto, cortado. Y las camas, los muros, las rejas, el hedor repugnante de la cárcel parecían clavarse más profundamente en el alma.

De pronto sonó una palabra obscena, increíblemente cínica. Suelta la espita, después de aquella vinieron otras muchas, todo un cúmulo de injurias e invectivas. Y aquella explosión tuvo la virtud de aquietar un tanto los ánimos, aflojando la tensión ambiente.

Vuelto a la celda, me tumbé en la cama y estuve mucho tiempo sin poder olvidarme de las grullas. Veía el triángulo, tan regular y agudo como una formación de batalla; oía el chillar de las aves, y en mi pecho brotaba la envidia hacia ellas. Y pensaba: «¿Por qué no seré pájaro yo también? ¿Por qué no me será posible tener las alas y escapar de entre estos muros aborrecidos?»

Y de nuevo se hacía presente en mi conciencia que yo no era más que un triste y maltrecho esclavo del capitalismo. En mi amargura dolorosa anhelaba con más fuerza que nunca el despertar de una nueva era, la creación de un orden nuevo, en que todos los hombres fuesen libres, verdaderamente libres, y en que a todos se ofrecieran las posibilidades de desplegar cumplidamente sus aptitudes.

Un cálido día de verano, bien acompañados por una escolta militar, nos llevaron a la ciudad. Teníamos que ser retratados. A cambio de un rublo que nuestro «decano» dio al sargento, pudimos estar todo el día en el taller del fotógrafo.

Horas y horas charlábamos, sin cansarnos nunca, con los deportados residentes en Krasnoyarsk. Aquella noche el camarada Skoriakov nos entregó folletos clandestinos recién llegados de Petersburgo. Lurie se hizo cargo de ellos; él y yo nos marchamos ya muy tarde a la cárcel, acompañados de un soldado. Los demás se quedaron en la fotografía.

Al vernos chilló el vigilante:

—¡Vaya si ha durado la ceremonia! Ya creía que iban a pasar ustedes la noche fuera. ¿Dónde están los otros?

—Ahora mismo vienen —replicó Lurie.

—Tengo que registrarles a ustedes —dijo el vigilante, adelantándose hacia Lurie, que estaba más cerca.

—Eso no lo tolero —replicó Lurie con decisión. Y sin aguardar respuesta del vigilante—. ¿Somos nosotros acaso criminales? Usted no tiene derecho ninguno a registrarlos.

—Tampoco yo me dejo cachear —asentí decidido.

Después de un rato de disputa nos dejó pasar sin registrarlos el vigilante, acostumbrado ya a levantar la mano con los políticos.

Si se piensa que aquella era una cárcel para penados condenados a la Katorga, no hay que dudar que fue un triunfo extraordinario. Nunca podré olvidar el riesgo que corrimos introduciendo allí literatura clandestina.

Hacia cada vez más calor. Una mañana, al despertar, nos comunicó el vigilante que el Yeniséi<sup>34</sup> iba tomando ya un color azulado y que el hielo estaba lleno de hendeduras y despedía fuertes vahos, así que se esperaba de un día a otro el deshielo.

—En cuanto venga el deshielo serán transportados —nos dijo.

Pocos días después nos trajo la noticia:

—Un deshielo como hace años que no se conoce.

A fines de mayo me llamó una vez el vigilante al patio.

—¿Se llama usted Shapoval?

—Vaya a la oficina.

En la oficina esperaban soldados de escolta.

—Éste es —dijo el subdirector de la cárcel al sargento.

—Llé sus cosas. Irá usted en barco al poblado de Tessi, en el distrito de Minussinsk.

El vapor estaba ya esperando.

—¿Qué pasa? ¿Para qué le llamaban? —me asediaban a preguntas los camaradas.

—Me llevan al poblado de Tessi, en el distrito de Minussinsk. Vengo a recoger mis ropas, pues nos vamos inmediatamente. Ya está esperando el barco.

Corrí a mi celda. Recogí mi equipaje, hasta asegurarme de que no faltaba el tomo primero de *El capital*, y me despedí de los camaradas.

—Me alegro por usted de que le manden a Tessi —dijo Silvin—. Allí encontrará camaradas notables: entre otros,

---

<sup>34</sup> Uno de los más caudalosos ríos siberianos.

Krschischanovsky y Starkov, nuestros «dekabristas». Seguramente los camaradas más eminentes viven allí. Y muy cerca, en Shushenskoye, el «Viejo».<sup>35</sup> Va a estar usted rodeado de la mejor sociedad.

—Sí, y no deje de visitar a Vladimir Ilich — dijo Lengnik.

—Salude en nuestro nombre a todos los camaradas —me decían al despedirme, y me besaban.

—¡Adiós, compañeros! —grité—. ¡Adiós!

—¡Adiós, Sasha! No dejes de escribimos —decían, con lágrimas en los ojos, Kossolobov, Kupzov y Belov.

—No hay tiempo que perder, señor Shapoval —instaba el vigilante—. El barco espera. ¡Dese prisa!

—¡Adiós, camaradas! —pronuncié por última vez—.

Nos separamos, pero no dejaremos de escribimos, manteniendo nuestra sagrada unión para reanudar el trabajo revolucionario en común tan pronto como cumplamos el destierro.

Salía por la puerta de la cárcel. Los presos criminales esperaban formados en columna militar. Precisamente me tocó ir al lado de Butylkin.

Iba triste. Me dolía tener que abandonar a los camaradas, tan queridos para mí. En tanto que el sargento nos contaba, alineándonos, y volvía a recontamos diez veces, una larga procesión de recuerdos desfilaba por mi mente: la cárcel de etapa de Petersburgo, el viaje en tren, nuestra vida común en la cárcel de Krasnoyarsk. En todos aquellos momentos había tenido ocasión de conocer y estimar a los intelectuales marxistas.

Estos hombres intelectuales, dotados de extraordinarias aptitudes mentales y provistos de una gran cultura, habían roto con la burguesía de donde salieron, consagrándose celosamente a la causa del proletariado. Nunca, hasta ahora, había sentido yo tanta amistad, tanta y tan tierna simpatía por ellos.

En su presencia me parecía encontrarme con un pie en el umbral de aquel orden socialista por cuya realización luchábamos.

Amistad, fraternidad, compasión por la suerte de los camaradas, amor infinito, todos aquellos elementos vitales del futuro orden socialista adquirirían realidad corpórea en el medio que

---

<sup>35</sup> Sobrenombre de Lenin.

acababa de abandonar. ¡Cuán poco recordaba aquel círculo a los hombres habituales en otro tiempo para mí! Nadie vivía atendiendo a su propia personal comodidad; todos, por el contrario, pendientes del futuro inmenso, en aras del cual, sin vacilar, se hubieran sacrificado.

—¿Quieres que nos tuteemos? —me dijo una vez Lurie.

Recuerdo que no podía acostumbrarme a ello. Me lo figuraba a él y a los otros camaradas intelectuales seres de un mundo más elevado y puro. No podía desprenderme, además, de la idea de que yo pertenecía a una clase social inferior, y mis resabios de la fortaleza de Pedro y Pablo no habían desaparecido por completo.

De súbito penetró en mis oídos la brusca voz de mando del sargento; me estremecí, volviendo a la realidad.

— ¡Firmes! Un paso al frente, imarch!...

Avanzó la comitiva.

Los rayos perpendiculares del sol encendían las partículas de polvo, envolviéndonos en una nube de oro a nuestro paso por las calles de Krasnoyarsk, donde no se conocía el pavimento. El vapor había hecho ya oír por dos veces el silbido dilatado y triste de la sirena. Apenas quedaba nada de carga que subir. Los cargadores rodaban barriles y arrastraban pesados cajones a una barca amarrada al costado del vapor. Se despedían con prisa los parientes y deudos. Ya estaba retirada la pasarela y zumbaban las calderas a buena presión. A nosotros nos metieron, en la sucia barquichuela, que iba remolcada.

—¿Por qué vamos aquí y no en el barco? —le pregunté al sargento de la escolta.

—No sé —respondió—. Pregúnteselo a su excelencia el señor oficial.

Hice que me llevaran al oficial. Se trataba de un hombre flaco y alto, de pelo rojo y aspecto bondadoso.

—Buenos días —me recibió—. ¿Qué desea usted? ¿En qué puedo servirle?

—Me habían dicho que iríamos en el vapor —le interpele—. Y ahora resulta que nos meten, amontonados como bestias, en esa sucia barca. Yo por mí no lo consiento. Exijo que nos lleven al barco.

—¡Qué ganas de complicar las cosas! —dijo el capitán del barco, interviniendo—. No hay un sitio libre. ¿Dónde quiere usted que le metamos?

Silbó por tercera vez la sirena, con un silbido largo y lento como un gemido, y el barco arrancó pesadamente de la orilla, azotando el agua, y nosotros en la barca, remolcados.

Íbamos río arriba. Empezaba a caer el crepúsculo. La tierra se envolvía de sombras. Pronto fue noche cerrada.

—Le hemos elegido a usted «decano» —me dijo Butylkin—, por lo valiente que es hablando con el oficial. Ninguno de nosotros se atreve a tanto. Usted recibirá el socorro de todos. En sus manos estará más seguro.

Busqué en el puente un poquito de sitio que no estuviera, como todo, sucio de nafta, y allí me acomodé para pasar la noche.

Muy altas, en el cielo oscuro, lucían las estrellas con un temblor alegre y vivo. Corría una brisa fresca y bajaba la temperatura.

El sargento, notando que pasaba frío, me invitó a calentarme en su camarote.

—Se ve que usted es un político, un socialista —dijo—. No ha tenido usted reparo en hablar con el oficial y hasta en disputar con él. Reconozco que los socialistas me son gente simpática. En nuestro pueblo también había antes socialistas: buenas personas. Pero no se haga usted cargo del socorro. Le robarían de noche mientras duerme. Los conozco bien. Es un tormento con ellos. Cuide usted de sus cosas y déjeme a mí el dinero; se lo entregará a medida que me lo vayan pidiendo.

Después de estar un rato hablando nos separamos. El zumbido monótono, rítmico, de las máquinas me adormeció en seguida.

Avanzada la noche, me despertó un frío penetrante y el contacto de una mano. Di un salto, y vi a Butylkin delante, registrándome el saco.

—¿Qué haces ahí? —le grité—. ¿No te da vergüenza? Ése es mi saco.

—¡Perdone, por amor de Dios! Estaba medio dormido y me equivoqué. No le diga usted nada al sargento, porque me iría mal.

—Bueno, Butylkin. Esta vez te perdono. Pero como vuelvas ya no te lo paso.

—Antes morirme. Podrido me vea si vuelvo a andarle con sus cosas. Viva tranquilo.

Noté que las orillas iban siendo más escarpadas cada vez y me volví a dormir. Cuando desperté era ya de día. Un espectáculo extraordinario, como de cuento, se desplegó ante mis ojos.

A un lado y a otro del caudaloso río se alzaban montañas, cuyas laderas, casi verticales, estaban constituidas por varios cientos de metros de rocas. Parecían las murallas almenadas de una fortaleza. A través de estas rocas se había labrado su cauce el río, exhibiendo orgulloso, por delante de ellas, sus aguas vencedoras. Arriba del todo se veía un labrador siberiano manejando su arado, de propia manufactura. El agua debía estar muy fría. Pasaba el viento cargado de aromas de hierbas y flores y acariciaba el rostro con mano suave. De lo alto venía un cántico de nostalgias afflictivas y majeza bandidesca. Mucho más alto aún, verticalmente sobre nuestras cabezas, en el cielo, volaban las águilas. A veces oíamos su grito.

El Rin es hermoso, particularmente entre Coblenza y Wiesbaden; sin embargo, cuando lo vi por primera vez, muchos años más tarde, no me produjo, ni remotamente, la impresión de maravilla que me produjo el Yeniséi. Aquí no había, verdad, ruinas de castillos medievales en las montañas. Tampoco leyendas de princesas y hadas. Pero las aguas del Rin son turbias y sucias, mientras que la transparencia y claridad de las del Yeniséi es algo asombroso. Y en vez del «Loreley» de Heine, se cantan en Siberia las canciones, no menos hermosas, del magnífico lago Baikal.

¿De dónde venía aquel repicar de campanas que me sacaba de mis pensamientos?

Atravesábamos una garganta; como un espectro del pasado se alzaba, en lo alto, un convento, con su iglesia y la cruz de ocho puntas sobre el campanario.

Al borde mismo del precipicio se asomaba un archimandrita gordo y rechoncho con una cruz en la mano.

«¡Una cruz! —pensé—. Antiguamente, entre los romanos, la cruz era instrumento de suplicio y tortura. En la cruz perecían los asesinos y los esclavos. Y lo que para un patricio romano era el símbolo de la vergüenza y la abyección suprema, vino a convertirse en símbolo de liberación para los esclavos cristianos. Y

luego, otra vez, es hoy día instrumento de abyección y esclavitud espiritual.»

Y miré lleno de odio la cruz que el archimandrita blandía, bendiciéndonos el barco. Todos se descubrían, persignándose. Y no pudiendo protestar de otra manera contra la religión, me quedé con el gorro puesto, mirando con aborrecimiento a aquel cura cebado y melenudo.

Jadeante, sacudiendo el agua con su rueda, pasó el barco por delante del convento. Las campanas dejaron de sonar. Y la hermosura inconmensurable de la Naturaleza siberiana absorbió de nuevo toda mi atención; aquellos montes, ya escarpados y bruscos, ya descendiendo en suaves laderas; aquellas hoces y valles; aquellos bosques, aquel movimiento de las olas, todo ello empapado de un tan peculiar carácter que yo en mi vida había mirado ni soñado cosa igual.

—¿No quiere usted pasear un poco por la orilla? —me preguntó el oficial cuando atracó el barco por primera vez para provisionarse de leña.

La pregunta me desconcertó. Siempre me había figurado mucho más severo el régimen siberiano.

Ante nosotros se tendía una garganta cubierta de bosque en ambas márgenes. Nos internamos por la carretera que serpenteaba por entre los árboles y arbustos, saúcos y álamos blancos, alcornocos, abedules, y, coronándolo todo, pinos y abetos. Llegamos al punto más alto del bosque, y un nuevo cuadro, no menos maravilloso, se nos ofreció. Todo estaba empapado de aquella hermosura singularísima y encantadora.

¡Y luego el aire, el aire de los montes, de los bosques y de las rocas! Después de dos años entre los muros de la cárcel, el aire aquel, fresco y purísimo, me emborrachaba literalmente. Respiraba hasta lo más hondo, saboreando cada inspiración.

Cuanto más avanzábamos hacia el Sur, acercándonos a Minussinsk, tanto más estrecho se iba haciendo el río y el agua más somera. Al cabo de tres días llegamos al poblado de Sorokino, de donde no podía pasar ya el barco. Allí pernoctamos, siguiendo el viaje en coche.

La primavera estaba en todo su apogeo. Por todas partes laboraba el arado. Atravesamos un territorio montañoso. Las

laderas cultivadas verdecían. A uno y a otro lado de la carretera se veían flores específicamente siberianas, amarillas y azules.

Estábamos a 10 de mayo cuando, a las doce del día, llegamos a Minussinsk. Al llegar frente a la comisaría, un edificio de madera, oímos a los policías:

—¿Qué hay, Butylkin? ¡Buenos días! ¿Conque otra vez por aquí, eh?

Nos registraron a todos; luego nos metieron en un cuarto bastante sucio. Al cabo de un rato apareció el llamado «vigilante de políticos», el cual examinó mis papeles, y dijo:

—Queda usted en libertad. Puede ir adonde le parezca. Pernoctar puede usted hacerlo aquí o en la ciudad con los demás políticos. Lo mejor es que se venga usted a casa conmigo, que yo le informaré.

Rehusé la oferta del vigilante y, dejando mis cosas en la comisaría, me eché a buscar a los camaradas, después de informarme dónde vivían.

## Minussinsk

No había entonces ferrocarril a Minussinsk. Fue inaugurado en 1921. La línea regular de vapores rápidos por el Yeniséi funcionaba sólo en verano; en cuanto empezaban los fríos y se helaba el río, se suspendía por muchos meses toda comunicación fluvial. Por todo lo cual, la ciudad de Minussinsk, sita a cuatrocientas verstas<sup>36</sup> de la línea férrea, era muy apropiada como punto de destierro para criminales y políticos.

Merecía, sin embargo, mejor suerte. Aquel territorio, de clima seco y sano y suelo fértil, producía en abundancia avena, cebada, trigo, sarraceno y mijo, y era muy susceptible de dar trigo candéal, remolacha azucarera y maíz; poseía yacimientos minerales de hulla, cobre y hierro, minas de oro, plata, amianto y mercurio.

Al separarme del vigilante y salir de la comisaría me encontré frente a una plaza enorme sin pavimentar. En el centro, una iglesia, tosca edificación de ladrillo, pintada de blanco. Y todo

---

<sup>36</sup> La versta equivale, aproximadamente, al kilómetro.

alrededor de la plaza, cuyo piso estaba a trechos inundado de charcos que, al parecer, no se secaban nunca, o cubierto de césped, estaban las tiendas, cuyos principales clientes eran los obreros de las minas de oro; el museo de Minussinsk y una fonda, enorme edificación de madera de tres pisos.

El propietario de la fonda era un antiguo sublevado polaco, de nombre Rez, que, al pasar los años, se había reconciliado con el zarismo, empezando por negocios de menor cuantía, hasta llegar a posadero.

Poseía además una fábrica de embutidos. Se decía de él que les vendía a los mineros chorizos de todos los cerdos que morían enfermos, y que se entendía con ellos para ciertos servicios dudosos. Pero ¡qué no contarán las malas lenguas de todo industrial, honor de una ciudad, que se hace rico demasiado pronto! Tanto más cuanto que otras varias personalidades de Minussinsk, el vigilante ya citado, por ejemplo, tampoco se negaban a desempeñar servicios análogos. Lo cual no impedía que el *isppravnik*<sup>37</sup>, un búlgaro llamado Stoyanov, tuviese al vigilante por hombre de moralidad austera, confiándole el cuidado de los presos políticos.

En la plaza del mercado, igual que en las demás calles por donde pasé, hozaban una infinita cantidad de cerdos. Andaban en parejas, rodeados de su innumerable descendencia, o bien en grupos nutridos, revolcándose en los charcos malolientes y buscando luego la frescura de una sombra, y paseaban como burgueses bien acomodados. De todos los corrales salían chillidos y cacareos de gallinas, gansos y patos. Confundidos con ellos, relinchos de caballos y mugidos de vacas.

La gente vivía en casas de madera con tejado de lo mismo, igual que en todos los pueblos grandes de Siberia. Cada casa tenía un corral adosado, más o menos grande, con paneras, establos y cuadras. Se veía que la fuente principal de vida de los habitantes de Minussinsk, lo mismo que en los poblados inmediatos, era la agricultura. Aquellas recias puertas, las pequeñas ventanas, cerradas por la noche a piedra y lodo con cerrojos y barras de hierro; los muchos perros que sonaban, ladrando furiosos,

---

<sup>37</sup> Jefe de la Policía municipal.

asomando la jeta por entre las rendijas de la puerta, todo ello no prometía precisamente grandes comodidades de vida.

Con sus plazas y sus calles sin pavimentar, falta de conducción de aguas, de alcantarillas, de alumbrado, y con aquellas casas de aspecto aldeano, era Minussinsk una típica imagen del gran poblado siberiano.

Poseía, en desquite, administración de Correos propia, cuartel, hospital, una cárcel y, lo que era menos común entre las ciudades rusas, un museo afamado que, junto con la biblioteca, ocupaba todo un gran edificio de piedra.

No había rótulos de calles ni numeración en las casas, así que anduve mucho rato vagando, hasta que logré dar con el domicilio de los desterrados políticos. De ellos vivían en Minussinsk los siguientes:

Arkadi Vladimírovich Tyzkov, *naródnik*, complicado en la causa del 1 de marzo de 1881; debido a una feliz casualidad y al hecho de pertenecer a una familia influyente entre la aristocracia, que le tenía por perturbado, se libró de la horca. Como perteneciente a una clase social elevada, había sido designado por el Comité del *Naródnaya Volia* para vigilar a Alejandro II. Sus observaciones dieron por resultado la ejecución del zar, encomendada al *naródnik* Grinivitsky. Llevaba dieciséis años en Siberia.

Félix Yákovlevich Kon, condenado a la Katorga por su participación en la organización socialista polaca «El Proletariado». Como indulto, y después de Yakutsk, le habían mandado a Minussinsk. Es en la actualidad uno de los más destacados miembros del Partido Comunista ruso.

Melnikov, *naródnik*, el cual, por huir de un espía saltando de un tren en marcha, se había lesionado gravemente la columna vertebral. Padecía horribles dolores a consecuencia de esto, y tenía que estar siempre en la cama.

Stoyanovsky, el más joven de los *naródnik* de Minussinsk, era estudiante. Condenado en 1890 en la causa de Sofía Ginsberg, había pasado su tiempo de Katorga junto con Yakubovich-Melshin, y después, juntos también, su destierro en Yakutsk. No disfrutaba de muy buena opinión entre sus camaradas, pues le afeaban que hubiese dirigido al zar una súplica pidiendo atenuación de castigo. En realidad, su alistamiento en la causa

revolucionaria había sido algo casual, impulsado por su prima Sofía Ginsberg.<sup>38</sup>

Además de los *narodniki* citados, pertenecían a la colonia de deportados políticos de Minussinsk dos miembros del partido liberal «Narodnoe Pravo» (Los derechos del pueblo), Yakovlev y Tiútchev. El primero era un joven bastante listo, como de veinticuatro años, antiguo estudiante. El otro, hermano del célebre poeta Tiútchev, provenía del círculo de viejos *narodniki*. Mucho más que todos los demás *narodniki* se indignó por la fuga del obrero marxista Semión Grigórievich Raichin, un obrero de la joven generación; fuga llevada a cabo poco antes de mi llegada, contra la voluntad de los viejos.

Cuando llegué yo, las relaciones entre los viejos desterrados, moradores de la ciudad, y los jóvenes que vivían en los poblados vecinos, estaban tan tirantes, a causa, precisamente, de esta fuga, que se temía con inminencia una ruptura. Los viejos, tanto los del Narodnaya Volia como los del «Narodnoe Pravo», estaban muy ofendidos porque Raichin, lo que suponía desconfianza hacia ellos, les había ocultado su intento de fuga, comunicándose nada más a sus camaradas marxistas W. W. Starkov y G. J. Okulova.

De ahí venía el que los intelectuales *narodniki*, y muy particularmente Tiútchev<sup>39</sup>, mirasen a los marxistas con cierto menosprecio.

---

<sup>38</sup> El camarada Baramsin y otros creían, sin embargo, que aquella prevención contra Stoyanovsky era injusta, atribuyendo la atenuación de su pena a motivos puramente personales.

<sup>39</sup> Tiútchev murió en Leningrado como auténtico socialrevolucionario. Descendiente de familia noble e imbuido en ideas un tanto nacionalsocialistas, se habla afiliado en 1878 al partido «Zemlyá i Volya» (Tierra y Libertad), siendo encarcelado en 1878. Condenado a la Katorga y al destierro, vivió dieciocho años en Siberia, emprendiendo una vez un intento de fuga. Compartía aquella común decepción de los *narodniki* respecto del pueblo, traduciéndose en él, principalmente, hacia el proletariado. Era de estos escépticos que no creen nunca a la masa obrera capaz de la fuerza moral y espiritual exigida por el socialismo para luchar contra la autocracia y edificar

Los viejos, representados por Tiútchev y, hasta en un cierto grado, por Kon, despotricaban contra la conducta de Raichin y exigían que fuese oficialmente declarada inmoral y que a Starkov, su cómplice, se le hiciera una reprensión. El más irreductible adversario de los viejos era Lenin. En tanto que Starkov, mucho más blando, estaba dispuesto a hacer concesiones, y la camarada Okulova parecía aprobar la conducta de Starkov, Lenin sostenía hasta lo último su oposición, no retrocediendo ni aun ante el riesgo inminente de una total ruptura.

A mí, que no tenía noticias de la huida ni, por tanto, de la tirantez ambiente, aquello me produjo honda y desagradable sorpresa. Los viejos, ausentes de Rusia hacía mucho y desconocedores de la realidad, se agarraban como lapas a sus rancias concepciones, seguidores de la teoría *narodniki*, sobre el papel de la asamblea campesina, la «obschina», y continuaban viendo en los terroristas audaces los libertadores del pueblo, que se dejaba hacer, pasivo. Carecían de la agudeza necesaria para descubrir en nosotros, los obreros marxistas, la fuerza indiscutible del porvenir, y en Vladimir Ilich Lenin el jefe genial. Aquellos hombres, cuya simpatía e inteligencia era indudable, daban la sensación de reliquias venerables del movimiento revolucionario.

En cuanto supieron que yo, *narodnik* primero, me había pasado al marxismo y estimaba en mucho a Vladimir Ilich, que vivía en Shushenskoye, y a sus camaradas, los llamados «dekabristas»<sup>40</sup>, cambiaron visiblemente de tono con respecto a mí.

---

el orden nuevo. Para él no contaban más que los intelectuales. Juzgándose uno de los héroes elegidos, se apegaba en el destierro a su condición de aristócrata y miraba con desprecio a todos los obreros, particularmente a los desterrados por cuestiones políticas. En cierto modo nos tenía, como los otros, por «canalla ruin». «Ahora también viene la plebe a Siberia», solía decir en Minussinsk por los años de 1897 y 98.

<sup>40</sup> Se llamaba entonces «dekabristas» a los colaboradores del círculo de Lenin, por haber sido encarcelados en diciembre (*dekabr*, en ruso) de 1895. Los verdaderos «dekabristas» eran, como se sabe, los sublevados en diciembre de 1825.

—¿Qué? ¿Cómo llama usted a esa gente? —me preguntó Yakovlev.

—Ya lo he dicho: «dekabristas». Los encarcelaron en diciembre.

—¡«Dekabristas»! ¡Y buenos «dekabristas»! Esta gente no llega al dedo gordo del pie de los «dekabristas». Es como comparar un mosquito con un elefante. Y luego que es ésta la primera vez que se ven desterrados.

Comprendí en sus rostros, en sus voces, que no estaban muy a gusto con mi visita. Llegó la noche y no pude decidirme a pernoctar en su casa.

Estaba yéndose el día. El sol, ya hundido, inundaba aún el cielo con sus reflejos moribundos. Volvían de la estepa rebaños de caballos envueltos en polvo dorado.

—Mira, Serioshka —oí que decía uno de los zagales—. Mira: arde la hierba.

Miré yo también, sintiéndome atraído por aquel espectáculo maravillosamente extraño. El horizonte todo estaba en llamas. Bajaba el fuego por las pendientes de los montes, siguiendo la línea quebrada, interrumpida y múltiple de las colinas y cambiando a cada momento su contorno. Habían prendido fuego a la hierba añeja, agostada. Estos fuegos avanzan a modo de estrecha cinta roja, dejando atrás la tierra negra y calva. Aquellas cenizas constituyen un excelente abono, y en cuanto llueve un poco brota la hierba nueva, verde y jugosa.

Sumido en mis reflexiones, vagabundeé hasta media noche por la ciudad. El ruido penetrante y seco de las carracas de los serenos ahuyentaba mis pensamientos. Noté que todas las puertas y ventanas estaban cerradas. Como ya no era hora de despertar a Yakovlev o a Tyzkov, me fui a dormir a la comisaría.

Allí no encontré a nadie más que a un deportado letón, destinado al poblado de Bulanki, lugar al que mandaban la mayoría de los presos criminales destinados a las provincias del Este. Yacía en el santo suelo roncando, cubierto con su uniforme de presidiario.

Como no había allí camas ni colchones, tuve que hacer lo mismo. Y a pesar de las pulgas, innumerables; a pesar de las ratas y ratones, que corrían chillando por aquel suelo, que en su vida

debía haber visto el agua, dormí como un bendito hasta la mañana siguiente.

A la hora del té, a que me había invitado Yakovlev, que fue a verme por la mañana a la comisaría, me chocó, sobre todo, su aire triste.

—Esto es horriblemente aburrido —me dijo—, sobre todo en invierno. Tiútchev y yo bebemos té muy concentrado para animar los nervios. Pero no basta. Llega la noche y no logra uno quedarse dormido. Por lo demás, siento de veras que no venga usted a mi casa. Nos hubiéramos distraído algo más.

Yakovlev, entonces bajo el influjo de Tiútchev, estaba afiliado también al «Narodnoe Pravo»; más tarde fue uno de tantos socialrevolucionarios. Me despedí de él. Quería recorrer la ciudad, ir a orillas del Yeniséi, que dista de Minussinsk ocho kilómetros, y visitar el famoso museo.

Sentí sobre todo unos deseos enormes de escapar de la ciudad y marcharme lejos. El campo me atraía irresistiblemente. Al llegar frente a la cárcel vi salir una cuerda de presos que llevaban a Krasnoyarsk. Los individuos de la escolta y el sargento eran los mismos que nos habían acompañado hasta allí.

Cuando el sargento me vio me sonrió como a un antiguo conocido, y dijo:

—No se olvide usted de saludar en Tessi, de mi parte, a Avdotia Arsenievna.

El cuadro de los penados avanzando por la carretera, envueltos en una nube de polvo, producía una impresión triste. Me retiré inmediatamente de la odiada cárcel, marchándome a ver el museo. Auxiliado por un preso político, un boticario de Minussinsk, Martianov, había logrado reunir para el museo valiosas colecciones, afamadas en toda Europa. Se veían objetos de las edades del bronce y de la piedra; los estratos geológicos, la fauna y la flora del país estaban representados en toda su variedad.

Luego de bien conocida la ciudad y visto el museo, decidí, al día siguiente, seguir viaje.

El *ispravnik* me habría permitido detenerme una semana entera en Minussinsk; pero aquel frío recibimiento por parte de los viejos; la falta de dinero, que me imposibilitaba alquilar un cuarto propio y mantenerme por mi cuenta; la repugnancia que

me producía el tener que pernoctar una vez más en la comisaría o en casa del vigilante, de quien se decía que terciaba, además, en asuntos de mujeres, todo ello me determinó a trasladarme inmediatamente a Tessi.

### De Minussinsk a Tessi

Debo hacer constar que me habían leído el reglamento para políticos. El tal reglamento prohibía casi todas las manifestaciones y actividades propias de la vida humana; entre otras cosas, no se podía, sin permiso del *ispravnik*, alejarse del punto de destierro. Con mi hato a la espalda salí de la comisaría. Esperábame un coche de dos caballos con el asiento relleno de paja. Un sargento como de unos treinta años esperaba en él. Tuvo, sin embargo, buen cuidado de explicarme que no me acompañaba como escolta, sino que iba a cumplir actos de servicio de género distinto.

No era precisamente un compañero de viaje agradable. Aparte del uniforme, se trataba de un campesino siberiano, taimado y marrullero como todos. Del coche y de los caballos se hizo cargo un muchacho del pueblo de Samodurovka; el gendarme no iba más que a enterarse de si todo estaba en orden. El locuaz muchacho me explicó que uno de los caballos era muy ligero y se llamaba *Mujorty*; el otro, *Solovei*. Las campanillas iban atadas a los arreos y no sonaban; luego, cuando dejamos atrás Minussinsk, internándonos entre bosques de abetos, las desató el cochero, diciendo:

—Ese condenado *ispravnik*, ¡así lo lleven los demonios!, no deja que suenen las campanillas en la ciudad.

*Mujorty* aprovechó el descanso para pastar un poco a la vera del camino; el cochero lo notó y, dándole con el puño en la cabeza, exclamó:

—¡Ahora se te antoja, maldito!

Luego se acomodó en el asiento de un salto, cogió las riendas y gritó:

—¡Hala, queridos hala! ¡Así reventaseis!

E inmediatamente se lanzaron por la carretera polvorienta *Mujorty* y *Solovei*, y el coche detrás dando tumbos.

Crujían las ruedas, sin flejes, y sonaban fuerte los cascós. Nubes de polvo nos acompañaban, y lejos, cada vez más lejos, Minussinsk. Pronto dejó de verse la dorada cruz del campanario. Pasamos por delante de estercoleros inmensos. Aquí los campesinos no utilizan abono ninguno; según su opinión, es la tierra tan fértil que no hace falta estercarla.

Entre tanto me iba contando el gendarme que los criminales escapados poco antes de mi llegada no los habían podido encontrar por haberse escondido en estos muladares.

Pronto llegamos a Samodurovka, distante seis kilómetros de Minussinsk. Es éste un pueblo rico y grande, de cierta importancia. Tiempo atrás habían sido asentados en todo este territorio campesinos rusos, demostrando que era susceptible de gran productividad. Allí crecía la mejor cebada de toda aquella tierra, y se daban hasta melones.

Luego de recorrer los diez kilómetros de camino llano, llegamos a un pequeño monte, el Taraska. *Mujorty* retardó su paso. Saltamos del coche los tres, escalando a pie el monte. Las ruedas dejaban roderas profundas en la carretera sin pavimentar. A un lado y a otro crecían abigarradas flores entre la hierba verde. Campos infinitos se tendían ante nuestros ojos. Rara vez nos topábamos con un hombre en estos parajes solitarios. Por todas partes laderas y pendientes. Conforme se avanzaba al Sur, eran más altas las montañas. Nos acercábamos a las estribaciones del monte Sayansky, cuya cima se veía desde muy lejos estando el cielo claro.

Llamaban la atención las muchas osamentas de caballos que había en mitad del camino o en los campos. Al llegar a lo más alto del monte, que se extendía en forma de meseta, vimos a dos campesinos que, a cierta distancia del camino y armados de sendas navajas, estaban desollando un caballo muerto.

—¡Listo! —dijo uno de ellos, y enrolló la piel, enjugándose en la hierba los dedos ensangrentados.

— ¡Qué se le va a hacer! —añadió el otro—. Salimos con dos caballos y volvemos con uno. ¡Lástima de animal!

Y apenas se habían retirado cien pasos cuando toda una nube de cuervos se abatió sobre los despojos sangrientos y un águila descendió de su altura para disputarles la presa.

De noche venían también lobos al festín. La lluvia concluía su trabajo, y el esqueleto, bien pulido, blanqueaba años y años al sol, hasta deshacerse en polvo.

Estos caballitos, pequeños, pero muy resistentes, descienden de los potros salvajes, a los cuales se parecen mucho, que en rebaños enteros recorren las estepas de Abakansky, en el distrito de Minussinsk.

En cuanto el viento les lleva el olor del hombre, estos hermosos y orgullosos animales vuelan, relinchando por la estepa, el cuello tenso y erguido, cola y melena al viento. En verano pacen las hierbas abundantes de la estepa y vigilan a sus hembras celosos. En invierno se mantienen con la hierba seca del año anterior, que recogen y amontonan con sus cascos en la nieve, abriendo grandes hoyos.

Sólo desde hace muy poco tiempo han comenzado a segar y a amontonar grandes provisiones de heno los propietarios de estas piaras de caballos, los «tártaros», como los llaman los campesinos rusos. Ellos no conocen el número de sus caballos, y sólo aproximadamente lo determinan, llevándolos en acoso a una pradera acotada. Naturalmente, siempre se escapan algunos.

Si olfatean la proximidad de los lobos, forman los machos adultos un círculo, dejando en medio las crías y las yeguas. Jadeantes y temblando, esperan la llegada del enemigo, al que reciben a coces en cuanto se pone a su alcance.

Los campesinos siberianos, magníficos jinetes, compran, sin embargo, los caballos ya domados, dejando a los «tártaros» tan peligrosa tarea.

Corriendo a todo galope, le echa el lazo el «tártaro» al cuello del animal, estirándolo todo cuanto da de sí, hasta que el caballo, rendido, cae a tierra, y entonces le traban las patas. Sólo después de pasarle una cuerda por el vientre a las extremidades delanteras le quitan las trabas. Entonces coge el «tártaro» la cuerda atada al vientre y salta sobre el animal en pelo. El caballo, al sentir por primera vez el peso de un hombre sobre el lomo, pega botes, se revuelca, corre, se pone de manos, por ver si puede librarse

de la carga. Pero el hábil jinete, que no se distrae, cuando se va a tirar al suelo se tira antes y salta de nuevo en cuanto se incorpora. La lucha es corta, sin embargo. Después de una o dos horas de galopar por la estepa, el caballo se ve rendido y apenas puede tenerse. Aprovechando este momento, el «tártaro» lo acaricia y vuelve como vencedor.

Pero aún está mucho tiempo negándose el orgulloso animal a comer golosinas, como pan o cebada, y no quiere más que heno.

## La llegada

Igual que todos los montes del país, el Taraska se va alzando por una parte en suave pendiente, terminando, en su cima, con una amplia meseta, y desciende, por el otro lado, a pico. Lentamente bajamos por aquel peligroso camino escarpado. De súbito, en un repliegue, descubrimos abajo, en el valle, el poblado de Tessi. Enfrente, a la derecha, se veía un espeso bosque, a cuyo borde, sobre las márgenes del Inya, hay dos aldeas: la Grande y la Pequeña Inya.

Más allá del bosque está el extenso lago de Kisikin, de escasa profundidad, con abundante follaje de cañas en sus orillas. Entre dos montes, a unos quince kilómetros, se ve el ancho cauce del Tuba, un torrente donde acaba el valle de Tessi. Las aguas corren por un fondo escarpado de unos doscientos metros, comprimidas por las rocas y las montañas. Produce la impresión el Tuba, lo mismo que el Yeniséi, de que sólo a viva fuerza ha logrado abrir el camino por entre los montes. Valle abajo, en el suelo, que constituye también las innumerables islas del Tuba, hay una capa de granito de un metro de espesor y guijarros graníticos en gran abundancia.

El espectáculo que nos ofrecía el Taraska era grandioso y cautivador. Aquí, el paisaje concentraba los rasgos de la hermosa Naturaleza siberiana, fuertemente original.

Llegando abajo, al río, un zumbido insistente y poderoso me llamó la atención, tanto más fuerte cuanto más avanzábamos. Venía del Tuba, y aun cuando no cubriese ni las voces humanas, ni el cantar de las alondras, ni el mosconeo de los insectos,

acompañaba, dominándolos, a todos estos ruidos. Aun en pleno invierno, bajo una capa de hielo de un metro, se oía en el silencio de los campos el zumar de las aguas del río.

—¿Qué es eso? ¿De dónde viene ese rumor? —le pregunté al cochero.

—Es el Tuba, señor. ¡Hay que ver cómo zumba! Es que arrastra guijarros en el fondo.

Juzgando por las muchas piedras que en sus orillas hay, piensan los campesinos que su rápida corriente arrastra guijarros de todos los tamaños. El cauce del río es allí de pizarra arcillosa; no cabe duda, pues, de que los cantos provienen del monte Sanytsky, donde tiene su origen el río.

Una vez llegados abajo sanos y salvos, *Mujorty* y su compañero se pusieron al trote vivo. Y así nos llevaron, entre un alegre repique de campanillas, por el camino polvoriento y llano, hasta Tessi.<sup>41</sup> Cerca ya de Tessi, al pie del monte Yegoryevsky, me llamaron la atención la enorme cantidad de tumbas que se veían. En el distrito de Minussinsk se las encuentra uno por todas partes; pero en Tessi abundan extraordinariamente, viéndose hasta docenas de ellas juntas. Pasaba el camino a la orilla de dos, más altas e importantes que las demás, para cuyo estudio ya habían mandado una Comisión arqueológica, encontrando armas, cacharros, objetos de uso doméstico y joyas, parte de lo cual se exhibe en el museo de Minussinsk y el resto en el Museo Ruso, de Leningrado. Lo más abundante eran estribos de bronce y puntas de flechas. Las rocas de junto al pueblo están cubiertas de inscripciones en las viejas lenguas de los primitivos pobladores de aquel territorio.

Aquellos monumentos funerarios y el continuo mugir del Tuba me hicieron reflexionar sobre el pasado. ¿Qué pueblos habían sido los que habían erigido tales tumbas? ¿Han desaparecido sobre el haz de la tierra o sobreviven en alguna parte? No queda de su vida más testimonio que el de aquellas tumbas y aquellas inscripciones. Quizá se tratase de corrientes migratorias, quizá se libró a orillas del Tuba alguna batalla sangrienta.

---

<sup>41</sup> Algunos intelectuales, residentes hacía mucho tiempo allí, sostenían que Tessi significa «ídolos».

Con el sudor de los vencidos edificaron, quizá, los vencedores aquellas tumbas para sus muertos. Es posible también que en el inmenso bosque que hasta hace poco cubría toda la estepa de Tessi imaginasen la residencia de algún ídolo, en cuyo honor se elevarían las tumbas, dejándolas bajo su protección ultraterrena.

Pero las montañas son mudas, y el zumbido del Tuba no traiciona los viejos secretos. Y recordaba la novela, de Cooper, *El último mohicano*, recordaba la trágica muerte, no de hombres aislados, sino de toda una tribu india, bajo las garras de la civilización europea. En la novela pervive sólo un indio, último vástago de toda la tribu de mohicanos, y escucha a un papagayo que pronuncia palabras del idioma de otra tribu india también desaparecida, palabras que le suenan como un himno fúnebre. Todos han muerto. Sólo el papagayo recuerda jirones de una lengua olvidada, que nadie comprende ya...

Los rusos, conquistadores del territorio de Minussinsk, penetraron allí en el año 1609. En 1613 exigieron los cosacos por vez primera contribución de los habitantes de los valles del Tuba y Yeniséi. Después de infructuosas tentativas bélicas, tuvieron que abandonar el campo los indígenas, kirguises y kalmukos. Otras tribus, como los kachinzos, los kisilos y los sagaizos, que hablaban idiomas de origen mongol, se convirtieron a la Iglesia ortodoxa.

Pero las viejas supersticiones no han desaparecido por completo. En la fantasía de los pueblos nómadas de la estepa persiste la imagen de un dios guerrero acampado en el cielo, en una gran tienda.

Los monumentos funerarios, las inscripciones, los ídolos en piedra de las orillas del río Abakán, todo ello habla de una vieja civilización muerta.

En las crónicas chinas se mencionan los «chakasos» y «kaldisi», que vivían en aquellos territorios alrededor del siglo V.

Y tal vez no carezca de interés el dato de que en el distrito de Olonez, habitado por gente de origen finés, haya un río Tuba, que une el lago de Tuba con el de Olonez.

Tan abstraído iba en mis sueños sobre el pasado que apenas atendía a lo que me contaba el gendarme. Sólo después de salir de la estepa y dejar el bosquecillo vecino de Tessi volví a darme

cuenta de la realidad. Penetramos por la puerta del seto que rodea al pueblo, pasando ante las casas de madera, ante dilatadas huertas, por las calles vacías. A la puerta de las casas aparecían perros furiosos, emitiendo sonoros ladridos.

Con vivo interés contemplaba yo esta nueva estampa de pueblo siberiano.

Hay que confesar que los campesinos fundadores de Tessi no se dejaron guiar precisamente por móviles estéticos. Las ventanas de las casas no daban al Prytoka, un afluente del Tuba, desde donde se extendía una magnífica perspectiva, con las islas y las márgenes rocosas. Antes al contrario, daban todas a las calles polvorientas y aburridas. La hermosa vista del río y las montañas quedaban reservadas a los caballos, vacas y ovejas, cuyos establos estaban situados detrás de las casas.

Atravesamos una gran plaza con la iglesia en medio, torciendo luego a la izquierda, hasta la llamada «Casa del País», donde se alojaban los funcionarios en actos de servicio.

—Llegamos —dijo el gendarme—. Yo me quedo aquí, y le aconsejo que busque inmediatamente alojamiento en casa de algún aldeano.

—Corre a ver a los «sucialistas», muchacho —me dijo el propietario de la «Casa del País», un aldeano robusto, con ojos hermosos e inteligentes y larga barba—. Pregunta por «el alemán». Lo encontrarás en seguida. Ha estado aquí toda la mañana, sin moverse, con su pipa en la boca. En la casa de enfrente viven tus compañeros.

La patrona, una campesina de treinta y tantos años, llamaba al perro, queriéndolo atraer al granero:

—*iFignaluska! iFignaluska!*

Y volviéndose a una muchacha de unos dieciséis años:

—Cuidado, Mania, cierra la puerta en cuanto entre.

—Está bien, madre; así lo haré.

Y apenas *Fignal*, el perro, atraído por el trozo de carne asada que la mujer le ofrecía, estuvo a medias dentro del granero, Mania cerró de golpe, cogiéndole el rabo con la puerta. *Fignal* aulló de dolor, se revolvió y quiso precipitarse sobre las mujeres; pero la puerta estaba ya cerrada.

—Mania, cuidado ahora con la puerta; no lo dejes salir.

—No me descuido, madrequita.

Con su gesto imperioso y duro de campesina siberiana, cogió la patrona un látigo del suelo y se lio a darle golpes al perro. No bastándole aquello, recurrió a una cuerda, y luego a un bastón.

— ¡Ya tienes lo tuyo! —gritó—. ¡A ver si vuelves a atraparme la carne!

Intenté penetrar en el patio, pero un mastín enorme me cerraba el camino.

Aún sonaban los golpes, los aullidos del perro y los gritos de la patrona.

La ejecución fue interrumpida por el hecho de aparecer dos mujeres, cuyo aspecto denotaba a las claras un grado superior de educación e inteligencia. Entraron en la segunda casa, para llegar a la cual había que atravesar el patio.

—¿Qué ocurre? —gritaron—. ¿Por qué golpea usted así al perro?

—Me ha llevado otra vez la carne de la cocina. ¿Quieren encima que le dé caramelos? Cuando venga mi marido le pegará dos tiros. ¿Por quién pregunta usted? —se dirigió a mí luego que me hubo visto, y amenazó al otro perro—: ¡*Chernia*, quieto!

Yo pronuncié los nombres de W. W. Starkov y G. M. Krschischanovsky.

—¡Los nuestros! —exclamó la más joven de las mujeres llena de alegría—. Pase usted. Starkov es mi marido, y Krschischanovsky, mi hermano. Aquí, mi madre, Elvira Ernestovna.

—¡Qué horrible! ¡Qué gente más cruel! ¡Hay que ver cómo maltrataba esa mujer al perro! —dijo Elvira Ernestovna.

—¡Vasili! ¡Glieb! ¡Bajad pronto! Ha llegado un nuevo camarada: Aleksandr Sidorovich.

A estos gritos aparecieron dos jóvenes de rostros simpáticos.

—¡Qué costumbres! —exclamé penetrando en la casa—. ¿Qué acabarán por hacer con ese pobre perro?

—Ésta es Siberia —repuso Starkov—, y estas son sus costumbres. Por lo demás, el *Figal* ése tiene una historia demasiado complicada. En otros tiempos le ha ido mejor. Pertenece a un comerciante de Irkutsk. Lo robaron de allí y, rodando, rodando, ha venido a parar en un miserable perro de aldea. Posee notables aptitudes para la casa. Pero apenas le dan de comer. Por eso se

cuela en la cocina y atrapa la carne. Y la mujer lo trata de un modo alevoso y cruel, así que muerde a uno aunque vaya a acariciarlo.

Nos sentamos alrededor de la mesa. El *samovar* iba enfriándose y zumbando con voz ronca su última canción por aquel día. La noche se venía encima. Yo no dejaba de hablarles del movimiento obrero de Petersburgo, de la huelga general de tejedores, de mi conversión al marxismo, de mis experiencias en la cárcel.

Starkov, muchacho de veintiséis años, de rostro típicamente ruso y lleno de bondad, escuchaba sin interrumpirme.

Su compañero Krschischanovsky, aproximadamente de su misma edad, se parecía mucho, en la frente despejada, en las finas líneas del rostro, a su hermana Antonina Maximilianovna. Al contrario que Starkov, me interrumpía a cada momento con preguntas.

Y cuanto más les hablaba tanto más vivamente relampagueaban sus ojos de esperanza, de esperanza en una victoria no muy lejana acaso.

A veces cambiaban mutuamente impresiones sobre éste o el otro punto, y citaban a Lenin, por el que parecían sentir una veneración sin límites.

También la más joven de las mujeres escuchaba atentamente. En cuanto a la vieja, no parecía compartir los entusiasmos de sus hijos por la revolución.

Ninguna de las dos, sin embargo, estaba creada para aquella vida dura y fatigosa.

La madre había sacrificado sus últimos recursos para dar carrera a sus hijos. Una vez terminados los estudios del hijo, con extraordinaria brillantez, en la Escuela Tecnológica, y colocado como ingeniero, creía tener derecho a algún descanso, pensando que ya habían pasado para siempre los tiempos difíciles.

Empezó a extrañarle el que Glieb se encerrase secretamente en su cuarto. Un día lo espío y, abriendo la puerta cuando menos lo esperaba, sorprendió a su hijo entregado al trabajo más horrendo que ella pudiera imaginarse: redactando proclamas «criminales» para difundirlas entre los obreros.

No habría sido tan grande su horror de haberle sabido mone-dero falso.

Volaba la esperanza de una vida tranquila y serena. Conocía ella muy bien los peligros que amenazaban a su hijo. Toda llamada a la puerta, el más insignificante rumor, la hacían estremecerse, y de noche se levantaba precipitadamente, temiendo la llegada de los gendarmes. Poco después sobrevino el inevitable encarcelamiento.<sup>42</sup>

A fuerza de gestiones, consiguió permiso para visitar a su hijo. Naturalmente, le besaba en todas las entrevistas, y, al besarse, le pasaba en la boca un rollito de papel de estaño. Mil veces, al entrar por la puerta de la cárcel tiritaba de miedo. Pero, ¿qué no hará una madre por su hijo? Luego decidió acompañarle también a Siberia.

Su hija Antonina asistía a la Escuela Superior de Mujeres, en Petersburgo. Influida por su hermano y por su novio, pasó a engrosar las filas del marxismo, trabajando cuanto pudo por la causa revolucionaria. Pero aquella vida inquieta y azarosa era excesivamente dura, y ella soñaba con un hogar tranquilo, con la vida pacífica y serena de familia.

Bondadosa y amable, se me ofreció Antonina Maximilianovna para buscarme un cuarto. Se compadecía mucho de Mijaíl Dmítrievich Yefímov, que estaba enfermo, y me rogó que me fuese a vivir con él, creyendo que mi proximidad podría serle favorable.

—Mire, allí viene, junto con Nikolái Nikoláyevich Panin —exclamó.

Escoltados por el ladrido de los perros y los gritos de la patrona, aparecieron dos nuevos compañeros en el cuarto.

Los dos eran bajos. Uno, como de veintiocho a treinta años, de pelo rubio y barba rubia, con ojos tristes y meditabundos, era

---

<sup>42</sup> Debido a la provocación del dentista Mijáilov y otras, fue encarcelado todo el grupo de Lenin el 9 de diciembre de 1895. A este grupo de «viejos socialdemócratas» o «dekabristas» pertenecían, además de Lenin, Krschischanovsky, Anatoli Alexandrovich Vanieiev, Peter Kusmich Zaporozhnetz, Alexander Leóntievich Maltochenko y Vasili Vassilíevich Starkov. Yuli Ósipovich Zederbaum (Mártov), miembro también de este círculo, fue encarcelado más tarde.

Mijaíl Dmítrievich Yefimov. El otro, Nikolái Nikoláyevich Panin, tenía el pelo negro, rasgos vivos y hermosos, cuerpo vigoroso y enérgico, podría tener veinte años. Los dos eran obreros como yo. El uno procedía de Ekaterinoslav; el otro, de Petersburgo.

Luego de hechas las presentaciones y de haber charlado un rato más con Krschischanovsky y Starkov, nos volvimos al pueblo, bien entrada la noche.

### **La vida en Tessi**

«¿De modo que es aquí, en este rincón siberiano, donde tengo que pasarme tres años?», iba pensando al volver por las calles del pueblo, anchas y polvorientas.

Las casas de madera tenían un aire severo y triste. En los charcos se revolcaban manadas de gansos y patos y un número increíble de cerdos, lo mismo que en Minussinsk y en Samodurovka. Por ninguna parte se veía una flor, un arbusto ni un poco de césped verde tan siquiera.

Todo esto era la resultante de la lucha obstinada, tenaz, que durante siglos llevaba emprendida el campesino siberiano con el bosque. Cada pie de tierra apto para el cultivo le costaba un triunfo, teniendo que disputárselo encarnizadamente a la selva que, en otros tiempos, cubría el suelo todo de Rusia. El labriego ucraniano, en cambio, asentado desde siempre en una estepa pedrada, cuida y ama su verde, el trocito de jardín, los sauces y encinas que él mismo planta en su pueblo y alrededor de su casita.

Pronto llegué a casa del tendero Luka Terentievich, para cuya mujer me había dado una carta Antonina Maximilianovna; su casa se distinguía entre todas las de Tessi, pues era de ladrillo. Luka Terentievich, o «Luchka», como sus convecinos le llamaban, era un labrador ruso desterrado por una causa de violencia.

Debe hacerse constar, en honor de los campesinos siberianos, la delicadeza innata con que tratan a los desterrados. Por graves que hayan sido sus crímenes, nunca hacen la más leve alusión al pasado. Parece como si quisieran hacerles sentir que todo aquello está cancelado, que van a hacer una vida nueva. «Luchka» había

trabajado, primero, como simple mozo de labor; luego se había dedicado a fabricar teja y ladrillo, hasta ganar lo suficiente para construir una casa grande donde instalar una tienda. Al mismo tiempo se dedicaba a la apicultura, y hasta ensayaba un molino de agua.

Vendía petróleo, sal, aceite, azúcar, té y géneros de algodón, y era un perpetuo adorador del sexo femenino, infiel a todas horas a su mujer, Avdotia. Por fin, hizo venir de Rusia a su propia hermana, una ucraniana bonita y medio imbécil, y con ella se enredó.

Avdotia, la mujer, nacida en Siberia y bastante despierta, con su cara pecosa de viruelas, había trabajado desde pequeña como una bestia, y a su laboriosidad principalmente debía el marido su prosperidad actual. Como es lógico, sufría con la vida de «Luchka». Involuntariamente, se sentía atraída por los políticos, por aquellos hombres nuevos que predicaban el bien y la fraternidad. Se hizo amiga de Antonina Starkov, y ayudaba en lo que podía a los desterrados.

Gracias a sus gestiones, conseguí un cuarto en casa de Milesjija, una casa típica de campesino acomodado de Siberia. Tenía dos habitaciones grandes y ventiladas y una cocina con un fogón enorme. Las paredes y el piso brillaban de limpios. Los pasillos, fregados con arena, eran los mismos chorros del oro. Una puerta como una fortaleza, siempre cerrada, daba paso al corral, donde estaban los establos y paneras repletas de trigo, harina y aperos de labor; más atrás había otro corral, donde dormía el ganado. Delante del pozo, situado en el segundo patio, había una pila grande de madera, y allí Milesjija, con sus sesenta años, y una sobrina suya, Anka, vertían la leche desnatada para los cerdos. Se veía, a pesar de la cuantía de la explotación, cuán poco racionales eran los principios por que se guiaban.

Milesjin, que, a pesar de sus setenta y cinco años, tenía un aspecto increíblemente joven, vivía con su hijo, un sujeto antipático, de cuarenta; con su nuera y la nieta mayor, en la llanada de la cima del monte Ubrus. Se beneficiaban con el trabajo de algunos obreros, cultivando cuarenta *desiatinas* de tierra. Como

todos los «kulaks»<sup>43</sup>, construía, al llegar la primavera, una sólida barca, en la que transportaba, Yeniseí arriba, cereales para abastecer los poblados mineros.

Los Milesjin eran muy ricos, a pesar de que el hijo dilapidaba en Yeniseisk y Krasnoyarsk la mitad de las rentas. La vieja Milesjija custodiaba recelosa la gaveta del dinero en su casa. Siempre que venía alguien a verme, lo examinaba con escrutadora mirada. Uno de sus mayores goces consistía en despachar a las visitas.

—No hay nadie en casa —decía, a lo mejor, a un camarada—. Aleksandr Sidorovich ha salido de paseo.

Los días de fiesta gorda sacaba toda la familia la ropa buena. Las mujeres, mantones fuertes de lana, que les caían de los hombros, y ellos, unos trajes gruesos y pesados chanclos, aunque el tiempo estuviera seco e hiciera sol. Así ataviados, se iban a la iglesia.

—¿Por qué se ponen hoy chanclos —les pregunté una vez—, si no llueve ni tiene arte de ello?

—Porque hay que ir decentes —me contestó Milesjin hijo—. ¿Para qué los íbamos a haber comprado, si no? ¿Vamos a llevarlos a las faenas del campo? Todo labrador acomodado se pone sus chanclos para ir a la iglesia.

Luego, los jóvenes bailaban el rigodón, que hasta aquellos parajes había penetrado. Los muchachos iban tocando acordeones por las calles y cantando cuplés.

En estos días festivos, todos los habitantes del pueblo se echaban a la calle en comiendo. Y el viejo Milesjin me espetaba siempre la misma pregunta:

—Dígame, Aleksandr Sidorovich: ¿con quién está ahora en guerra nuestro zar?

Luego se iba a la taberna y, un vaso tras otro, volvía por la noche bien cargado, y entonces quería desquitarse de todas las perrerías de la vieja.

Y siempre, infaliblemente, salía ella corriendo y dando voces:

—¡Socorro! ¡Venid, buena gente! ¡Que me mata mi hombre! ¡Que me mata este viejo basán!

---

<sup>43</sup> Campesinos ricos.

Y corría en camisa por las calles, buscando refugio ante los férreos puños del viejo. Esta persecución solía terminar cayéndose el borracho en medio de la calle, donde amanecía luego.

Mientras tanto, había en casa otro cantar, con las mismas o parecidas consecuencias.

—¿Dónde está Alionka? —preguntaba Milesjin el joven a la mujer, refiriéndose a la hija mayor.

La muchacha se había permitido enamorarse de un mozo que no tenía dónde caerse muerto, en vez de hacerle caso a un rico labrador, como debiera.

—¡Te la has dejado pegar otra vez, vieja! ¡Como la coja, la re-viento, por perra!

Por la mañana era el ajuste de cuentas.

—Vamos a hablar ahora tú y yo —decía el padre, y se encerraba con la muchacha en el granero.

Desde allí se oían los gemidos y gritos de auxilio de Alionka, a quien el padre apaleaba bárbaramente. Cuando se abría, por fin, la puerta y la muchacha escapaba de las manos de aquella bestia, llevaba todo el cuerpo lleno de cardenales.

—¿Vas a volver a hablar con ese pordiosero?

—No, padre; nunca más.

Pero al otro domingo se repetía la escena. Terminó por casarse con el mozo a quien quería. Pero no vivió mucho tiempo. A consecuencia de las palizas recibidas, contrajo una grave enfermedad y murió.

Todo el tiempo que viví allí evité con especial cuidado darles molestias a mis patrones. Cuando oía la voz de Anka, que decía por la puerta entreabierta: «Aleksandr Sidorovich, la abuela dice que el *samovar* está dispuesto», iba yo mismo a por él y, sin ayuda de nadie, me preparaba el té. Milesjija me servía de vez en cuando diferentes guisos hechos con queso y tartas de carne, que chorreaban manteca. Había, además, una copiosa olla.

La comida del mediodía constaba, primero, de una sopa de coles bastante insípida, con carne salada, y luego, una papilla de leche. De noche, pan con queso y leche. El pan, de trigo nuevo, era muy negro; pero olía bien y sabía mejor. Por esta comida y el cuarto pagaba a Milesjija cinco rublos al mes. Y aún me sobraban

tres rublos, del socorro que me daba el Estado, para petróleo, té, azúcar y ropa interior.

Mi cuarto tenía cuatro ventanas, y en él había, además de la cama, una mesa, un banco adosado a la pared, según costumbre en la gran Rusia, y algunas sillas de hechura urbana. De la pared colgaba un viejo reloj de cuco y un espejo muy malo, que descomponía, en caricatura, los objetos, y en un rincón, los inevitables iconos, a retirar los cuales se negó resueltamente Milesjija. Había, además, en las paredes, estampas baratas con representaciones del monte Athos.

Los siberianos, como, en general, todos los campesinos de la gran Rusia, son muy aficionados al baño. Casi todas las casas tienen el suyo, y así ocurría en la de Milesjija. Sobre la tapa de la estufa, al rojo, se va echando agua, que instantáneamente se convierte en vapor, hasta llenar, en nube espesa, todo el cuarto. Hay en él varios peldaños, y el bañista va subiendo por ellos hasta llegar al más alto, donde está concentrado el vapor más espeso y caliente, a la vez que se frota con un estropajo de corteza de abedul. Muchos de los campesinos, siguiendo la vieja costumbre, saltan, desnudos, del baño al corral, y se revuelcan entre la nieve. Cuando se han enfriado bien, vuelven al baño. El agua la calientan del modo más primitivo: puesta en un cubo de madera, van echando dentro piedras al rojo.

Me llamó la atención, entre otras cosas, el que los campesinos se mudasen de ropa interior todas las semanas, cosa que los mismos obreros rusos no hacen siempre.

Por dura que fuese la vida en la fábrica, me quedaba la posibilidad, fuera de las horas de trabajo, de consagrarme a la lectura y a mis actividades revolucionarias.

Muy otras eran las condiciones de trabajo en este poblado de Siberia. Aquí el labrador rico ajustaba, en el verano, a jornaleros que trabajaban de sol a sol; esto es, muchas horas más que en la fábrica. Además, por caer el campo lejos de las casas, tenían que dormir al sereno o, todo lo más, en una especie de tienda de campaña, que preparaban en un minuto con cuatro palos y ramas.

Los jornaleros daban el trato de «tío» al patrón, y a su mujer, el de «tía». No podían disponer como propio de un cuarto en la

casa, ni tan siquiera de un rincón. Y donde les cogía la noche, allí se tendían a dormir, bien en la cocina, en el henil o en la cuadra.

Bajo estas condiciones de vida claro es que el jornalero no podía consagrarse a la lectura de un modo sistemático, y mucho menos ocuparse de ninguna gran idea o prepararse para un trabajo revolucionario.

Ya en la cárcel Krasnoyarsk había oído decir a los camaradas que el Gobierno zarista, encima de deportar a los políticos a cualquier lejano y suelo rincón de Siberia, prohibiéndoles, además, toda actividad revolucionarla, les concedía un socorro mezquino, lo estrictamente indispensable para no dejarles morir de hambre. En seguida de llegar me rebajaron el socorro, y conmigo a todos los que procedían del campo obrero.

Con ello perseguían dos fines: por una parte, empeorar la situación general de los deportados, y por otra debilitar el espíritu de camaradería con el trato desigual que nos daban con relación a los intelectuales, que eran los «privilegiados». El primer objetivo sí que lo consiguieron; el segundo, no. Falló en absoluto aquel intento criminal y ruin de separarnos en dos categorías. La mayoría de los obreros comprendimos al punto la maniobra, y en cuanto a los intelectuales, todo lo suyo estaba a disposición nuestra, y organizaron, además, cajas de mutuo socorro para ayudarnos. No fue, sin embargo, completamente estéril para sus fines la tal trata de los gendarmes. Una parte, por cierto muy pequeña, de los obreros, tragó el anzuelo. Movido por aquel impulso, se originó un movimiento al grito de: «¡Abajo los intelectuales! ¡Queremos un partido sólo de obreros!». Entonces, que de las propias filas obreras no había surgido aún un equipo de luchadores políticamente formados, era extraordinariamente difícil constituir sin ayuda ajena, esto es, sin ayuda de los intelectuales marxistas, un partido peligroso para la burguesía, un verdadero partido revolucionarlo. En cuanto a los obreros enemigos de los intelectuales, no veían claros sus objetivos, que eran algo por el estilo de lo de la Kuskova, el cura Gapón, el coronel de la Gendarmería, Zubatov, y, hasta cierto modo, lo de los mencheviques. Gérmenes había, sin duda, de esta tendencia entre los obreros, aunque, repetimos, en muy escaso número. No comprendían que

sin una dirección inteligente no eran más que un instrumento en manos de los agentes provocadores y de la burguesía.

Por fortuna, entre nosotros no prosperaron aquellos brotes. Todas las diferencias entre intelectuales y obreros quedaron zanjadas amistosamente. Y hasta el *ispravnik* Stoyanov, picado por la fuga del camarada Raichin, pretendió seguir con ellos el mismo sistema de negarles el socorro que con nosotros.

Cuando me convencí palpablemente de la imposibilidad de hallar trabajo en Tessi, recurrí al gobernador, siguiendo el ejemplo de los camaradas que recibían socorro.

Apenas instalado en el cuarto de Milesjija me consagré al estudio, empezando por *El capital*. Rogué a Krschischanovsky, hombre muy simpático y a cien codos por encima de mí, que encauzase mis estudios marxistas. En Krschischanovsky se daban, concentrados, los mejores rasgos del tipo intelectual.

Interesante en sumo grado era verle a él, a Starkov y a la Nevzorova, el día del correo. Ansiosos, como hambrientos, se precipitaban sobre las revistas, periódicos y libros, olvidándose del resto del mundo. Si había algún visitante en la casa, fuerza le era marcharse, perplejo, pues ni le veían ni le atendían.

Si por casualidad llegaba el cartero a la hora de la comida, Elvira Ernestovna sufría horrores, pues los platos quedaban intactos. En vano amonestaba a su hijo:

—Vamos, Glieb, ya tendrás tiempo de ver eso. Mira que se te enfría la sopa.

Al oírla, levantaba Glieb la cabeza un momento, como si saliera de otro mundo, y volvía inmediatamente a hundirse en la lectura.

La atmósfera oprimiente del destierro, el alejamiento de todos los centros de vida espiritual, la imposibilidad de dedicarse a lo que nos interesa, todo ello despertaba un invencible anhelo de revistas, periódicos y libros. Y, a pesar de todo, me pasmaba la rapidez y profundidad con que nuestros intelectuales de Tessi se consagraban a los más fatigosos trabajos científicos, dejando muy atrás a los obreros más aventajados. Para mí, la lectura de obras de ciencia representaba una labor penosa. Sólo la conciencia de que para vencer al capitalismo y erigir el orden nuevo necesita el proletariado hermanarse con la ciencia me daba la

energía y resistencia necesarias para tragarme obras científicas. Y a los demás obreros les pasaba lo mismo. En cambio, para Krschischanovsky, Kurnatovsky y los otros, aquello era lo más leve del mundo, y hasta les proporcionaba deleite. Hay que pensar, naturalmente, que desde niños estaban habituados a leer tales libros. Glieb Krschischanovsky había nacido en Samara, junto al Volga, siendo allí alumno de la Escuela Real; más tarde, había aprobado los cursos de ingeniero químico en el Instituto Tecnológico, de Petersburgo. Desde sus años de colegial se había ganado la vida y ayudado, a la vez, a su madre y hermanos, dando clases particulares. Sus estudios en el Instituto, hechos con extraordinaria brillantez, unidos a su inteligencia preclara, le habrían deparado una buena carrera en la vida de no haberse alistado, inmediatamente de terminar, en las filas del proletariado revolucionario.

Poseía también dotes poéticas. En la «Torre del Reloj», de la cárcel Butyrsky, esperando el traslado a Siberia, compuso dos himnos revolucionarios: *Tormentas enemigas ensombrecen el aire* y *Los tiranos*.<sup>44</sup> Uno y otro se hicieron famosos. Estando en Tesi tradujo al ruso el canto polaco *La bandera roja*.

Se le hacía muy duro el destierro, lamentando, sobre todo, el tiempo que llevaba separado de su novia. Todos los días, al bajar a la calle, lo primero que se echaba a la cara eran las dos montañas en el horizonte, que, como dos centinelas gigantes y mudos, le vigilaban, recordándole que era un preso deportado a aquel lejano rincón. Y así, poco a poco, llegó a oír a las dos montañas y a la Naturaleza toda. Un poema compuesto por aquel entonces respondía a esta disposición de ánimo. Starkov<sup>45</sup>, que poseía ciertas aptitudes musicales, compuso la música.

---

<sup>44</sup> También colaboró en la composición de este canto Y. O. Zederbaum (Mártov).

<sup>45</sup> Vasili Vassiliévich Starkov murió, en Berlín, en 1925, víctima de un ataque de apoplejía. Había trabajado algunos años como director de la Representación Comercial de la U.R.S.S. en Alemania. Todo, en sus maneras, en su modo de obrar, revelaba al comunista intelectual consagrado al servicio del proletariado. Según la opinión médica, murió a consecuencia del *surmenage* permanente; se trataba de algo

Cuando, después de comer, nos reuníamos en su casa (la mañana estaba consagrada a la lectura), tiraba el libro a un rincón y llamaba a Starkov.

—Vassya, tráete la guitarra.

Tenía una voz juvenil y sonora, y cantaba muy bien.

A lo largo de los tres años que, sin una interrupción, viví en Tessi, fue penetrando en mí la vida siberiana, celándome hasta lo más hondo.

Me sorprendió el campesino de aquella tierra por una serie de buenas cualidades que antes ni había podido sospechar en él. Una semana entera necesité para aprender a distinguirlos individualmente. Al principio, todos eran para mí iguales, con sus largos caftanes y sus largas barbas. Las casas, los aperos de labor, los coches, los arneses de los caballos, los objetos de uso doméstico, todo me parecía construido siguiendo un único modelo. Involuntariamente brotaba en mí la idea de que cualquier novedad necesitaba aquí librar un rudo combate para imponerse. Por lo demás, me parecían idénticos los tipos a los campesinos de la gran Rusia. Únicamente que en vez de calzar *lapti*<sup>46</sup> llevaban ricas botas de cuero.

Las paredes, por dentro, estaban enjalbegadas con greda: el piso, de un blanco reluciente, cubierto de esteras tejidas en casa. No se veían tejados de paja. Todas las casas los tenían de tabla.

Pronto, sin embargo, me llamó la atención el hecho de que el campesino del distrito de Minussinsk no ofreciese un aspecto lastimoso, infrahumano, como aquellos rusos que iban a Petersburgo por primera vez en su vida en busca de trabajo.

Era, por el contrario, una estampa magnífica cuando, por la mañana temprano, entonaba un cantar alegre o melancólico detrás del arado, al que iban enganchados cuatro caballos, o bien

---

tan trascendental y nuevo como la organización del comercio exterior de un Estado socialista. Aun cuando oficialmente no era bolchevique, me decía a mí una vez, en Berlín, en 1923, que en el fondo estaba de acuerdo con el marxismo revolucionario. Y habría terminado, de no ser por la muerte, por ingresar en nuestro partido.

<sup>46</sup> Calzado hecho de corteza de abedul.

cuando segaba con la guadaña a pelo, ofrecía, sobre todo, un aspecto de cuadro; como si formase con el animal un todo orgánico, una bestia mitológica, sus movimientos eran fuertes, varoniles y garbosos.

Todos los deportados a Siberia sabían que el Gobierno zarista llevaba siglos desterrando criminales a aquel país. Cuando yo, antes de ir, pretendía figurarme a Siberia, era la imagen de una tierra habitada sola y exclusivamente por criminales lo que surgía. Acerca de la crueldad del campesino siberiano para con el penado fugitivo, se contaba mucho, y era verdad. Los penados, por su parte, pagaban en la misma moneda. Cuando un campesino se encontraba en la taiga, algunos de aquellos fugitivos solían gritar:

— ¡Asesinos, bestias! Poneos en fila, que os enhebre con una bala.

Y disparaba.

Como ya he apuntado, no era extraño que un rico labrador azotase a su hija por enamorarse de un penado.

A pesar de la monotonía soporífera de la vida rural, a pesar de aquellas costumbres anticuadas y conservadoras, de la hostilidad a toda innovación y de la influencia malsana de los desterrados criminales, a pesar del alejamiento de los centros espirituales de Rusia, poseía el campesino siberiano muchas cualidades superiores, no sólo al labriego ruso, sino aun al tipo medio de campesino europeo.

En todas partes adonde posteriormente me han llevado mis viajes, así de Rusia como del extranjero, he visto que a los niños se les trataba cruelmente. Cuando hasta el zar Alejandro III, según testimonio del conserje del palacio veraniego de Livadia, azotaba a los perros y a sus hijos con el mismo *nagaika*, ¡qué no habría de decir de los obreros y aldeanos!

Con gran asombro por mi parte, en los tres años que viví en Siberia no vi una sola vez que a un niño le pegase su padre o su madre.

Otra buena cualidad de aquella gente era la falta de ese instinto primitivo chovinista, la falta de odio contra el extranjero, fuese quien fuese, tan frecuente en Europa, donde no se dan dos pasos sin topar con él.

El campesino siberiano lo mismo acogía a los polacos, que abundaban entre los desterrados, como a los rusos ucranianos o rusos blancos. Muchos polacos, que antes de su destierro odiaban profundamente todo lo ruso, perdían de raíz este odio en Siberia.

Una de las causas principales de esta situación privilegiada del campesino era el que nunca había tenido que tratar, como arrendatario, con latifundistas, ni conocía la servidumbre con toda su terrible secuela; además, el campesino allí disfrutaba siempre de una situación holgada. El labrador más mezquino poseía cuatro o cinco caballos y cultivaba cinco o seis *desiatinas* de tierra. La fertilidad del suelo (durante mi estancia allí catastraron el distrito de Minussinsk; según me refería Kurnatovsky, llegaban los geómetras hasta los más apartados lugares, señalando en sus planos poblados de los que no se tenía ni noción, poblados que vivían independientes de las autoridades estatales, no pagaban contribuciones y se administraban por sí mismos), la abundancia de caballos, ovejas y vacas, todo ello constituía una sólida barrera contra la miseria.

La mayor parte de los campesinos procedían de emigrantes rusos, voluntarios o forzosos. Sabido es cómo los medios anticuados de explotación del suelo, al no hacerle rendir a éste lo suficiente, obligaban a los campesinos a buscar más terreno que colonizar y se iban a Siberia. Muchos de ellos, como los secuaces de la antigua fe, emigraban huyendo de las persecuciones religiosas. Estos, los «viejos creyentes», ocuparon la taiga maldita, junto al monte Sayansky. De antiguo, además, había atraído Siberia emigrantes por sus minas de oro. Y como la explotación de este oro, disperso en la taiga, exigía el desarrollo del capitalismo, con su cortejo de desigualdades sociales, Siberia, cuya tierra no pertenecía a grandes señores ociosos, venía a caer bajo la férula capitalista, esgrimida por sus comerciantes.

Estos capitalistas ejercitaban sus derechos de posesión de un modo singular entre las mujeres. Toda la que iba a las mismas venía a convertirse en botín de los dueños o de sus dependientes. Luego, en los pueblos vecinos, los comerciantes, pequeños sátrapas, seguían el ejemplo. En cada villorrio había un par de tenderos que se las arreglaban para enredar en trampas a los campesinos de clase media y explotar a los mongoles, moradores de la

taiga, a los que emborrachaban y robaban despiadadamente. Con las hembras bonitas del contorno ejercitaban una especie de *ius primae noctis*. Un conocido mío, dependiente en uno de aquellos establecimientos, que se sabía al dedillo los secretos de la vida local, me contaba que casi todas las muchachas guapas de aquellos pueblos, si su posición les obligaba a trabajar para vivir, se veían obligadas a compartir el lecho de su patrón el comerciante.

Si les daban del molino sacos a coser a las mozas o a las casadas jóvenes, por la «bondad» que ejercían acordándose de ellas, tenían que pagar *in natura* al administrador y dependiente. En Tessi, el pope, ducho comerciante al mismo tiempo, aprovechaba en amplia escala este derecho de pernada.

Como casi todos los siberianos, estaban los campesinos de nuestro distrito exentos de las taras tradicionales de servidumbre y chovinismo. El aldeano de Minussinsk tenía mucho más avivado que el ruso el sentimiento de la dignidad del hombre y de su independencia. No regateaba nunca, habiendo un precio fijo para cada mercancía. Carecía de los dos vicios fundamentales que los señoritos rusos echaban en cara al campesino: la haraganería y la afición a la borrachera. Y no es que no les gustase beber: pero sólo en otoño, después de recoger la cosecha, los días de fiesta grande o en las bodas. Las bodas, eso sí, adquirían proporciones homéricas, durando a veces hasta tres días.

También la mujer disfrutaba de más libertad e independencia que en Rusia.

La popular novela de Korolenko *El asesino* confirma lo dicho de un modo brillante. No hace más que pintar al siberiano tal cual es, con sus altas cualidades morales unidas a algunas malas inclinaciones.

Después de recogida la cosecha, organizaban, como uno de los festejos principales, carreras de caballos. El pueblo entero se reunía en la pradera para ver a los corredores.

A fines del invierno, cuando el sol empezaba a subir, iban, armados de cepos, a la caza del lobo. Capturaban también muchos patos y perdices blancas, que traían al pueblo en sacos. Luego de escabechadas, las guardaban en grandes toneles.

Apenas había fruta. Las manzanas, cerezas y peras no llegaban a madurar, por ser demasiado corto el verano. Consideraban,

por lo tanto, las cerezas silvestres como una exquisita golosina. Tan ávidos de ellas eran muchachos y muchachas, que se las comían en agraz. En el verano se atracaban tanto, que había quien reventaba.

La primavera fue venciendo poco a poco al invierno siberiano, con sus hielos y sus nieves, infundiendo nuevos jugos de vida a la tierra y a los seres. La salida del sol, cada vez más temprana, espléndidamente suntuosa; el ocaso, cada vez más brillante, con aquel aire claro y aquel cielo profundo y, azul. En las islas de Tuba florecían acerolos, tilos y otra porción de arbustos siberianos, cubriéndose con un manto blanco y oloroso. El mugido del río no callaba un momento. Zumbaban entre la hierba escarabajos y moscones; en el cielo, muy altas, volaban las águilas.

Llegó por fin la novia de Krschischanovsky, Zinaida Pavlovna Nevzorova. La esplendidez de la Naturaleza siberiana le entusiasmaba y repetía a cada paso:

—Este año ha habido para mí dos primaveras.

Poco después de su llegada se casaron. Teníamos, pues, en Tessi dos felices parejitas.

Para los camaradas casados la cuestión del dinero era más apremiante que para nosotros. A todas horas estaban escribiendo solicitudes para que los trasladasen a Minussinsk, donde podían dar clases.

Tuve que hacerme a la idea de que pronto me abandonarían. Y como ellos eran mis maestros, me consagré a los libros con redoblado celo, para adelantar mis estudios cuanto fuera posible.

Un día estaba trabajando cuando abrió Milesjija la ventana de mi cuarto.

—Aleksandr Sidorovich, aquí te buscan.

En el umbral de la puerta estaba Panin.

—Su patrona, la muy bruja, ¡así la lleven los demonios!, quería despedirme. Krschischanovsky me encarga que se venga conmigo.

En casa de Krschischanovsky y Starkov esperaban los dos hermanos Okulov, que habían venido a Tessi para conocerme. Vivían con sus padres en el poblado de Shoshino, a dieciocho vers-tas de allí. Habían sido deportados por su participación en los disturbios estudiantiles. La mayor, Katerina Ivanovna, había

vivido en el extranjero, volviendo a Rusia ya convertida al marxismo. Glafira, la otra, dudaba al llegar a Siberia entre los naródniki y los nuestros, acabando por hacerse marxista. Tendría, a mucho tirar, dieciocho años, y su rostro era muy lindo e inteligente. Ambas nos causaron muy buena impresión, lo mismo como camaradas que como muchachas simpáticas y locuaces. Tanto efecto causaron ellas en alguno de los nuestros, que llegaron más tarde a representar un gran papel en su vida de deportados.

Ninguna de las dos había participado en trabajos revolucionarlos, así que se asombraban y admiraban a quien, aun en plano tan modesto como yo, había olido la pólvora y comido el pan de la fortaleza de Pedro y Pablo.

Nos invitaron a todos a su casa de Shoshino, invitación que cumplimentamos pocos días después.

Glafira Ivanovna nos descubrió desde lo alto de la escalera. Al vemos salió corriendo y palmoteando como una chiquilla.

—¡Madre, madre! ¡Que vienen los de Tessi! ¡Cuánto me alegro!

Examinaba yo con curiosidad el caserón de madera, construido con sólidas vigas, donde vivían los Okulov. Estaba situado en un pequeño otero, dominando la confluencia de Tuba con el Prytoka. Recordaba, por su aspecto, esas casas de nobles rurales de las novelas de Turgueniev.

También aquí la vida era algo propio, privativo, virgen de toda contaminación de aquella atmósfera campesina.

El cabeza de familia, S. S. Okulov, había trasladado aquí su residencia del Gobierno de Perm, donde vivía.

Gracias a sus profundas y personales investigaciones geológicas, podía determinar con bastante precisión dónde había tierra que contuviese yacimientos de oro. Hijo de un simple labriego, reunió con sus trabajos una fortunita, comunicando al Gobierno el emplazamiento de estratos auríferos; luego instaló un molino de vapor y edificó la casa ya citada. Pero una crisis industrial le arruinó de un zarpazo. Entonces marchó a Rusia y de allí al extranjero, dispuesto a allegar fondos para proseguir sus negocios.

La mujer, Katerina Nikiforovna, que en su juventud había sufrido mucho, dejó a sus hijas en completa libertad y con posibles

económicos para estudiar en Rusia y en el extranjero. Poco a poco, influenciada por ellas, y muy en particular de Glafira, aquella enérgica y dominadora ama de casa, antigua propietaria de minas de oro, se convirtió, no en una simple simpatizante del movimiento revolucionario, sino hasta en miembro activo de los «Partisanos Rojos», en los tiempos en que Kolchak aterrorizaba Siberia.

Los Okulov eran una familia revolucionaria típica. Un hermano, Vladimir, había sido fusilado por Kolchak. Otro, A. P. Okulov, tomó parte activa en el movimiento de 1905, y más tarde (después de una larga pausa en sus actividades revolucionarias) en la revolución de octubre y la guerra civil, distinguiéndose, principalmente, en el frente Sur de Siberia.

El viejo Okulov no había logrado dar remate a su enorme casa. Esta otra, más pequeña, estaba sin techar aún. Sus negocios habían ido de fracaso en fracaso. Poco después de marcharse había ardido el molino de vapor. Pero la casa grande, varios caballos, dos minas pequeñas que le quedaban, con cierto número de subordinados, todo esto le recordaba la pasada prosperidad.

Entonces, en la época de nuestra visita, aparte de las hijas revolucionarias, ya eran los Okulov una de tantas familias burguesas de Siberia, si bien con más cultura de lo común. La madre nos obsequió como camaradas de sus hijas, tratándonos con cariñosa deferencia.

Su casa estaba abierta a todas horas para nosotros; allí imperaba el clásico principio ruso de hospitalidad. En el verano, cuando volvían los hijos, renacía la vida en la casa grande.

Un día que fuimos a pasear a la ribera del Tuba, junto al molino incendiado, me enseñó Glafira unos versos grabados por la mano anónima de un obrero, seguramente de uno de los obreros de su padre, en la corteza de un álamo viejo y alto:

*¡Qué hermosas son las ruedas y los tornos!  
¡Cómo, al verlos, palpita el corazón!  
Mas para darnos de comer no existe máquina.  
En ello, verdad es, nadie pensó.*

Aquellos versos demostraban cómo en la orilla deshabitada del Tuba, con los primeros vagidos del capitalismo, ya había empezado el pensamiento de un obrero a darle vueltas al problema de la riqueza y la miseria.

Los deportados marxistas íbamos a menudo a casa de Okulov, a pie o en coche, quedándonos a veces varios días.

Ya en Tessi, de regreso, volví a mis libros. Y no sólo dedicaba mis horas a Marx y a diferentes obras económicas e históricas, sino que completaba mi cultura deficiente en otros terrenos: leyendo libros sobre Química, Física, Astronomía, etc. Y sobre todo, lo que más atraía mi atención eran las grandes obras literarias rusas y europeas. Leí *Guerra y paz*, de Tolstoi, y su otra novela, recién publicada entonces, *Resurrección*. Empezaba a ascender un lucero nuevo en el firmamento literario ruso: Máximo Gorki. En la revista *Russkoye Bogatstvo* (La Riqueza Rusa) aparecían algunas de sus novelas: *Makar Chudra*, *El viejo Isergil* y *Chelkash*. De los libros que más me impresionaron fueron el *Fausto*, de Goethe, y los poemas de Heine, que leía por primera vez.

Como los camaradas Krschischanovsky y Starkov me aclaraban y ampliaban los conocimientos que adquiriría por propia cuenta, y al mismo tiempo no dejaba de trabajar sobre ello, conseguí comprender bastante bien *El capital* y otras obras científicas, necesitando ya cada vez menos acudir a sus explicaciones.

En Tessi no había, como en otros lugares, círculos de estudios económicos en que los camaradas más capacitados desarrollasen temas ante los demás. Yefimov, por su enfermedad, no habría podido tomar parte en ellos, ni tampoco Panin, que, afiliado recientemente al movimiento, no poseía aún capacidades para una lectura sistemática ni podía estudiar con la misma tenacidad que nosotros. Por lo que a mí concierne, debo reconocer que estudiaba con una admirable constancia; sin embargo, las dificultades tan grandes con que tropezaba en la lectura de la obra de Marx sólo podía vencerlas recordando que aquél era el evangelio proletario.

No cabe duda que el lenguaje extremadamente difícil en que está escrito *El capital* es un obstáculo, y un obstáculo

considerable, para la difusión de su doctrina. No sólo yo, sino muchos obreros había que, sólo merced a un esfuerzo enorme, lograban completar en él su formación marxista.

En viaje hacia Siberia me refirieron una conversación entre Lenin y uno de los marxistas franceses más destacados de la época, Paul Lafargue. La transcribo con las mismas palabras con que me la refirió Y. O. Mártov:

«Cuando Lafargue oyó de boca de Lenin que en Rusia no existía aún un partido al modo europeo y sí sólo círculos de obreros, preguntó:

—¿Y a qué se dedican vuestros círculos?

—Damos conferencias de divulgación para iniciar a los obreros; luego, los más capaces estudian a Marx.

—¿Leen los obreros a Marx?

—Sí.

—¿Y lo entienden?

—Naturalmente.

—Sin duda se equivoca usted —observó el malicioso francés—. Los obreros no comprenden una palabra. Nuestro movimiento socialista tiene una historia de veinte años, y nadie, entre nosotros, entiende a Marx.»

Ya desde los comienzos del movimiento acudíamos los obreros rusos a la fuente originaria, esto es, a *El capital*, y éste fue, a no dudar, uno de los factores del éxito. El mismo Lenin tenía por muy acertado el que los obreros estudiaran a Marx por su cuenta, y ayudaba con todas sus fuerzas estos estudios individuales.

En cuanto a mí, yo sabía por experiencia que este estudio por sí sólo no basta para aprender lo principal, esto es, conjugar la vida con la teoría marxista. Esto se aprende en las filas del partido, sirviendo prácticamente al proletariado. Según Lenin, no brota la conciencia comunista por sí misma y sin más entre las masas, sino que penetra, por decirlo así, de fuera, sirviendo como vínculo de mediación al partido proletario organizado, así que se debe pasar por un largo aprendizaje previo de lucha para estar en condiciones de aplicar a la situación real concreta la teoría revolucionaria marxista. Don éste que poseía Lenin en el más alto grado.

En cuanto empecé el estudio de *El capital* se me hizo patente como la luz cuán importante es para el marxista saber distinguir entre los amigos y los enemigos del proletariado; esos enemigos que se visten muy a menudo la careta marxista, cuando no son sino los peores adversarios de Marx. Personalmente, yo tenía sobre esto alguna experiencia por mi desengaño de los *narodniki* y de sus teorías antes de llegar al marxismo. Estaba, además, bien preparado para comprender la significación de la plusvalía y la concepción materialista de la historia.

No estaba, sin embargo, a la altura suficiente para comprender los errores vertidos en periódicos del tipo del *Rabóchaya Mysl*<sup>47</sup>, ni de asimilarme las razones por las cuales lo combatían algunos de los camaradas, me parece que la Nevzorova, a él ya toda su tendencia.

Antonina Maximilianovna, reparando en mis ansias de aprender, decía a su marido muchas veces:

—¡Qué bien, si Aleksandr Sidorovich pudiera preparar el bachillerato en Siberia!

Seductora en extremo era esta idea. Había, sin embargo, en su fondo un peligro: el de apartarme de mi clase, convirtiéndome en un tipo intermedio, ni obrero ni intelectual, como sucedía con tantos.

Bien se ha servido de ello la burguesía europea, elevando, con ayuda de sus escuelas profesionales, a los obreros capacitados, para colocarlos después en puestos ventajosos en su industria. De ello me hablaba también Krschischanovsky.

—Sería lamentable —me decía— que obreros como usted, Aleksandr Sidorovich, se perdiesen para la clase trabajadora.

Todas estas consideraciones determinaron el que no preparase el bachillerato, aunque tuve ocasión de ello, primero en Siberia (1897-1901), y más tarde en Bélgica (1906-1911). El consejo de Krschischanovsky ha tenido gran trascendencia para mí. Fiel a mis compañeros de clase fui en mi vida de taller; fiel luego al

---

<sup>47</sup> *El Pensamiento Obrero* (menchevique) [en realidad, *economista*; el menchevismo no nacería hasta 1903, en el II Congreso del P.O.S.D.R., traduciendo el *economismo* ruso al lenguaje del oportunismo *político* | Nota de Ediciones Mnemosyne].

bolchevismo, siempre en contacto inmediato con el partido; ni una vez me he sentido divorciado de él, como tantos camaradas. Y aun hoy continúo agradecido a Krschischanovsky por su consejo.

Mientras viví en el mismo cuarto que Yefimov pude estudiar muy poco.

La enfermedad de Yefimov era cosa seria, como sospechaba Antonina Starkova. Habría necesidad, para sanar, de un tratamiento médico apropiado. Contra todas las esperanzas de aquella, mi compañía, lejos de tranquilizarle, le exasperaba. En cuanto me veía coger un libro decía, fastidiado:

—Deje usted de leer una vez. Vamos un poco de paseo.

Cerraba yo el libro y salíamos a dar una vuelta, llegando hasta la orilla del afluente del Tuba, a cuya ribera estaba situado nuestro pueblo.

A alguna distancia de las casas, junto al río, estaba la fragua. Un poco más allá, una lechería construida con arreglo a un sistema completamente primitivo, y detrás, las paneras del Concejo. No teníamos más que andar un corto trecho para encontramos al pie mismo del monte Yegoryevsky.

El río, que en la primavera, con el deshielo, tomaba un aspecto imponente, se agotaba en verano de tal modo que se veían, secas, las piedras del fondo, y llegábamos, pisando sobre ellas, a las islas con los zapatos secos.

¡Cuántas veces, al llegar junto a aquellos enormes bloques pizarrosos, que en la época de los grandes cataclismos geológicos habían rodado de la cima del monte, me quedaba mirando, extasiado, aquella inmensa ladera que subía casi a pico hasta perderse de vista! En cuanto a Yefimov, no se podía pensar en una ascensión tal; sólo el trayecto hasta la base del monte se le hacía largo y fatigoso. A pesar del calor del verano en el Sur de Siberia, se estaba siempre quejando de frío y regañando, enfadado, porque Panin o yo andábamos, decía, demasiado de prisa.

—¿Por qué corren ustedes así? ¿Es que vamos a apagar un fuego?

Y se quedaba a la zaga.

Se sentaba a la mesa en el mismo sitio siempre, y no dejaba de fumar, encendiendo un cigarro con otro. Por la noche tenía a su lado, en el suelo, un montón respetable de ceniza. Milesjija, al verlo, chillaba:

—¡Este condenado tabaco! ¡Bandido: me ha ensuciado usted otra vez el piso! ¡Anka, Anka, ven, que tenemos que fregar el piso de nuevo! ¿Por qué fuma usted así? Le tiene que hacer mal. No se puede respirar aquí.

Mijaíl Yefimov era un hombre listo, pero físicamente débil. Perteneía a aquellos obreros que, sin intervención de ningún partido ni colaboración mutua organizada, se lanzaban, indignados por las míseras condiciones de vida del proletariado, a la lucha contra el zarismo y la burguesía. Yefimov se declaraba partidario de las severas tradiciones de los *naródniki* y militantes de Voluntad del Pueblo, que exigían del revolucionario la renuncia total de cuanto significase personalismo y egoísmo, y trataba de amoldar su vida a estos principios. Estaba solo, sin mujer ni novia. Como la mayor parte de los obreros avanzados de entonces, juzgaba incompatible el matrimonio con la vida revolucionaria. La experiencia cotidiana le enseñaba que el obrero casado, o bien el que consagra a una mujer excesivo tiempo, no se entrega sin reservas a la causa de la revolución. La revolución es una mujer celosa que no tolera competencias.

A pesar de todos los principios, la tendencia instintiva del hombre hacia el amor, hacia la amistad, es tan grande, que Yefimov, este revolucionario austero, no lograba vencerse por más que luchaba. No en vano decía Bebel que el hambre y el amor son los dos grandes móviles en la vida del hombre. Mientras estuvo en libertad, consagrado a sus actividades revolucionarias, pudo reprimir sus instintos; pero en la cárcel, y más tarde en el destierro, no lograba vencer su inclinación por el otro sexo.

A su venida de Tessi conoció a una tal X.X., y desde aquel momento sintió que los impulsos adormilados renacían imponiéndose a todo su ser. La crisis se agravó más viendo que casi todos los camaradas que vivían en Tessi y en sus inmediaciones estaban casados y disfrutaban de las felicidades del hogar. Yefimov, que no tenía nada de tonto, comprendió muy bien que aquellas venturas no eran para él. X.X., también estudiante, le parecía

inasequible. Comprendía que la única solución era acallar sus sentimientos. Si hubiera podido huir enseguida, abandonar Tessi, respirar otros aires, conocer otras gentes, no hubiera llegado adonde llegó. Su vida era una angustia constante. Aquella lucha consigo mismo terminó de un modo tragicómico la última noche que pasamos bajo el mismo techo. Decidí escribir a X.X. Yo era el encargado de entregarle a la muchacha la carta a la mañana siguiente.

Apenas dormido, me despertó con estas palabras:

—Devuélveme la carta. Se la entregaré yo mismo.

Se la di y volví a acostarme. (Como Milesjija no disponía de catres suficientes, dormíamos con el colchón en el suelo.) De nuevo me despertó Yefimov, volviendo a darme la carta. Me quedé otra vez dormido. Y de allí a pocas horas, otra vez que me despierta pidiendo la carta. Y así toda la noche. Por último, ya entrada la mañana, me dormí por centésima vez, con la carta en mi poder. Tan profundo era mi sueño que, aunque me sacudía y zarandeaba, no abría los ojos. Estaba soñando que me agarraban por la garganta y querían ahogarme. Sintíendome morir, intenté defenderme, y, cogiendo la mano que me atenazaba, la rechazé con todas mis fuerzas. En aquel momento desperté. Oí la caída de un cuerpo, el sonar de la lámpara al romperse, gritos y gemidos. Salí corriendo a abrir las maderas de la ventana para ver qué había sucedido. Mientras yo estaba fuera penetró Milesjija en el cuarto, alborotada por los gritos y gemidos de Yefimov, y se lo encontró en el suelo con la cabeza ensangrentada, entre los cascos de la lámpara. Milesjija, en camisión, todo revuelto el pelo gris, parecía, en la claridad vaga de la amanecida, una bruja profiriendo maldiciones.

—¡Fuera! ¡No te quiero ver más en mi casa! ¡Fumador! ¡Bandido! ¡Largo de aquí! ¡No quiero escándalos! ¡Fuera he dicho! Y menos mal que no se le ha ocurrido degollarme dormida.

En vista de que no podía despertarme, Yefimov decidió encender la lámpara y cogerme la carta de debajo de la almohada. Pero como la habitación estaba a oscuras, se apoyó en mi garganta de modo que casi me ahogaba. Al rechazarle, de un golpe en una pierna, cayó, rompiendo la lámpara.

Milesijja declaró categóricamente que no soportaría más tiempo en su casa a Yefimov, por la ceniza del suelo y los escándalos nocturnos. Al día siguiente consultamos con los otros camaradas. Quedó decidido que fuesen Krschischanovsky y Panin a Minussinsk, con Yefimov, a consultar al médico, el cual le aconsejó permanecer algún tiempo en la casa de salud de Minussinsk, como así lo hizo.

No volvió ya a Tessi. Su salud mejoró un tanto. Era un hombrecillo pálido y flaco, de ojos grises pensativos y rostro simpático e inteligente. En Minussinsk continuó haciendo propaganda. Entre los individuos ganados por él a la causa se cuentan el zapatero Denin y su mujer<sup>48</sup>, ambos jóvenes y simpáticos. En el verano de 1900, al terminar el destierro, viajó Yefimov por el Sur de Rusia con el firme propósito de reanudar sus actividades revolucionarias. Desgraciadamente, después de este viaje le perdí de vista, y no sé, a estas horas, qué ha sido de él.

Dos veces al mes se animaba el corral de la casa donde vivían Krschischanovsky y Starkov con los preparativos de caza. Después de llevar muchos días encerrados sobre los libros, sentían ambos la necesidad apremiante de salir a respirar el aire de los campos, de fatigarse en largas marchas.

Se sentaban en los bancos del corral a limpiar las escopetas. Se calzaban botas altas de caza y pellizas oscuras; trazaban su itinerario, señalando los grandes pantanos y arroyos que iban a recorrer, y salían con la escopeta al hombro y los bolsillos llenos de cartuchos. El perro *Signal* brincaba de contento, saboreándose por adelantado con los deleites de la caza, mostrando nuevas facetas insospechadas de su carácter. Retozaba, moviendo la cola y ladrando de gusto, y a la primera señal se escurría a la puerta, precediendo a los cazadores.

Uno y otro eran furibundos apasionados por la caza. No les gustaba hacerse acompañar de los que, como yo, apenas si sentíamos tan vivas delicias. Iban a paso tan vivo detrás del perro, que apenas podía uno seguirles. A veces venía también el

---

<sup>48</sup> Estos Denin organizaron, en 1905, en Sebastopol, la evasión del camarada Feldman, inculpado en la causa del acorazado Potemkin.  
—N. del Autor.

camarada Kurnatovsky, que de cuando en cuando se aparecía por Tessi.

Kurnatovsky era aún más apasionado, si cabe, por la caza que los otros; tenía su perro propio, *Diana*, y le gustaba mucho referir sucedidos cinegéticos. A veces su fantasía se disparaba de tal modo, que, sin volver a cargarla, tiraba tres tiros con su escopeta de dos cañones. Como buen cazador, no toleraba que le acariciasen el perro, y mucho menos que le diesen un golpe. Pero no era sólo cazador Kurnatovsky. De todos los camaradas que conocí en Tessi, era él (con excepción, naturalmente, de Lenin) el consagrado más en cuerpo y alma a la causa revolucionaria. Poseía todas las cualidades que distinguen al auténtico luchador: era animoso, arrojado, lleno de entusiasmo por la revolución, dispuesto en todo momento a recabar para sí los peligros, todo ello bien demostrado en infinitas ocasiones a lo largo de su vida, llena de privaciones, sacrificios y riesgos.

Su carrera revolucionaria comenzó, como la de tantos otros, en el Naródnaya Volia. Fue desterrado a Shénkursk, en el distrito de Arcángel. Al concluir su destierro viajó por Europa, estudiando en la Escuela Politécnica de Zúrich, donde se hizo ingeniero electrotécnico.

Allí empezó a interesarse por el movimiento obrero occidental, y particularmente por la socialdemocracia alemana, adhiriéndose a la organización extranjera llamada Grupo para la Emancipación del Trabajo<sup>49</sup>, desde la cual tomó parte en la organización del movimiento en Rusia, logrando, con ayuda de los socialdemócratas alemanes, introducir literatura clandestina en nuestro país.

Entre tanto las noticias de Rusia eran más prometedoras cada día; la agitación huelguística y el movimiento proletario empezaban a articularse. Cuando conoció Kurnatovsky la primera huelga general de tejedores de 1896, huelga que causó una profunda impresión en todo el mundo, no pudo resistir ya mucho tiempo y volvió a Rusia, pero con mala suerte: en la frontera, los espías zaristas le echaron el ojo y lo detuvieron enseguida, encerrándolo

---

<sup>49</sup> Grupo formado en el exilio alrededor de Plejánov para el estudio y la difusión de la doctrina marxista. | Nota de Ediciones Mnemosyne.

en la cárcel de depósito de Petersburgo, donde estuvo un año. Luego lo mandaron deportado al distrito de Minussinsk, y allí conoció a Lenin. Desde el primer momento vio en Vladimir Ilich al jefe genial en quien se aliaba la teoría con la práctica revolucionaria; el llamado, en suma, por su talento para llevar la dirección del partido. Fue siempre un fervoroso admirador de Lenin.

Kurnatovsky era alto, esbelto y guapo, con mezcla de rasgos polacos y ucranianos. Poseía un atractivo extraordinario y era muy culto (hablaba varias lenguas). Pero con muy mala suerte en la vida. Y a pesar de no ser nunca correspondido el amor que de su pecho desbordaba, tenía un corazón bondadoso, compasivo y tierno; todo en él, su voz sonora y bien timbrada, su rostro expresivo de ojos vivaces, tenía un poder extraordinario de seducción. Aquella necesidad de amor insatisfecha le había impulsado a consagrar sus actividades a la masa proletaria. Vivía en el poblado de Kuraginskoe, en la orilla derecha del Tuba. Además de él, había allí un camarada polaco, Kovalevsky, con su mujer y un hijo.

No gustaba mucho de tratar con los camaradas casados, ya que ciertos detalles de la vida de éstos parecían indicar que su fervor por la revolución no era todo lo intenso que debiera. Un día, en Kuraginskoe, al decirle que me acompañase para visitar a un camarada casado, me respondió:

—Gracias, pero no me inste. Vaya usted solo. X.X. es un buen muchacho y buen camarada, pero yo no soporto la vida de familia. Todo eso me huele demasiado a pañales.

Gustaba, por el contrario, de la compañía de los obreros que, como yo, vivían sin trabas. Cuando hablaba de estos camaradas célibes solía citar los versos de Heine:

*Si una mujer te traiciona,  
sin vacilar déjala,  
y aun mejor lía el petate  
y márchate a otra ciudad.*

*Verás allí un lago azul  
poblado, en torno, de sauces:  
llora con ellos tus cuitas  
y cuéntales tus pesares.*

*Y si subes a la cima  
de una montaña escarpada,  
por sentirte más a solas,  
verás desde allí las águilas.*

*Y entre ellas te sentirás  
como un águila tú mismo,  
y verás cuán poco vale  
lo que aquí abajo has perdido.*

También recitaba a menudo *Los tejedores*, del mismo poeta, versos que le gustaban mucho por lo bien que retrataban la psicología del proletariado.

El corazón de Viktor Kurnatovsky pertenecía por entero a una mujer que él mismo se había forjado *in mente*; como en Siberia no había ninguna cuya imagen concordase con la de su Dulcinea, no encontraba su amor correspondencia.

Muchas veces nos abría por entero su pecho y, como ilustración a sus confesiones, recitaba el poema de Heine:

*Amaba un joven a una  
doncella, y ella, a su vez,  
enamorada de otro,  
lloraba pensando en él.*

*Este otro, sin comprenderla,  
otra doncella buscó,  
y, rendido para siempre,  
la ofreció su corazón.*

*La doncella, despechada,  
sin amarle, se casó  
con el primer galancete  
que su mano pretendió.*

*Y el pobre que la adoraba  
suspирaba de pesar;*

*«Es una historia muy vieja  
que siempre sucederá.»*

*Es una historia muy vieja.  
¡Grotesca historia de amor!  
Pero al triste a quien le pasa  
se le rompe el corazón.*

Se veía que el destierro le era muy duro. No tenía a nadie en el mundo; además empezaba a agravársele una otitis que cogió en la cárcel.

En esos días lúgubres en que el viento del Oeste zumbaba, huracanado, sacudiendo las maderas de las ventanas, y los perros aúllan haciendo el coro, se encerraba en su cuarto, dominado por la melancolía, permaneciendo invisible semanas enteras. Nos confesó una vez que en aquellos momentos bebía. Nadie, sin embargo, le encontró nunca en la calle en estado anormal.

La monótona vida del destierro, la soledad, el abandono, las enfermedades, vencían a la postre a hombres del temple de Kuratovsky, valeroso y genuino revolucionario.

Cuando hablaba de la socialdemocracia alemana traslucían sus palabras, mucho antes de la guerra imperialista, una cierta decepción, un cierto escepticismo. No ocultaba, por lo demás, que los obreros alemanes, y muy en especial las mujeres, tenían alma sedentaria de burgueses.

Las mismas mujeres de los socialistas se interesaban más por la cocina que por el socialismo. Sus relatos sobre las costumbres y maneras dentro de la Redacción del *Vorwärts* ejercían sobre mí una influencia penosa, desconsoladora.

Se desprendía de sus palabras que los socialdemócratas alemanes habían dejado de ser, desde hacía mucho tiempo, revolucionarios de vanguardia para convertirse en intrigantes y burgueses.

Nos contaba, entre otras cosas, que los obreros asistían sin entusiasmo a las asambleas del partido, y sólo concurrían en masa cuando hablaba algún jefe de la talla de Bebel; siendo éste, por lo demás, el único a quien creían capaz de llevarlos a la victoria.

A pesar de lo cual, yo terminaba por no concederle gran importancia a todo ello, y continuaba entusiasmado con la socialdemocracia alemana, pues ella fue para mí, y para todos los obreros avanzados rusos, la representación corporeizada del más alto ideal inasequible.

A principios de 1899 obtuvo Kurnatovsky permiso para trasladarse a Yermakovskoye, en el distrito de Minussinsk. Allí vivían Panin, Silvin y Lepeshinsky; allí vivió y murió el camarada Vannieiev. En Yermakovskoye tuvo lugar la protesta de diecisiete marxistas para proteger contra el «Credo» de la Kuskova y la posición de Prokopóvich. Los últimos meses de su destierro los pasó Kurnatovsky en Minussinsk. Cuando, en el verano de 1900, vino a Tessi, con Baramsin, a despedirse de nosotros, me comunicó su propósito de trasladarse al Cáucaso para trabajar allí en la causa de la revolución. Después de una corta permanencia en Vorónezh, y luego en Tiflis, fue de nuevo encarcelado en la primavera de 1901, pasando casi tres años en la torre de Metej. El Gobierno zarista conocía bien los medios de perseguir y martirizar a sus peores enemigos.

Lo desterraron nuevamente, esta vez al distrito de Yakutsk, a un lugarejo insignificante y apartado, donde, enfermo como estaba, no disponía de los medios indispensables para atender a su curación. Pero no renunció a la lucha: tomó parte en la conocida protesta armada de los deportados políticos de Yakutsk, en febrero de 1904. Los camaradas se hicieron fuertes en la casa del comerciante Románov. La iniciativa de ello correspondió a Kurnatovsky, siendo a la vez uno de los luchadores más activos y tenaces. Catorce días estuvieron resistiéndose, atrincherados como en una fortaleza. Con ladrillos, vigas y arena, muy abundante ésta en Yakutsk, donde la amontonan en los tejados para hacer más calientes las casas, construyeron una verdadera barricada. Intentaron los gendarmes prender fuego a la casa, pero no lograban pasar la barricada, en que las balas se estrellaban. De los cincuenta y nueve camaradas allí reunidos sólo uno, Julio Maslajov, resultó muerto, y algunos heridos. Por fin, tuvieron que rendirse.

Kurnatovsky fue condenado a la Katorga, pasando siete meses en la cárcel de Akatuy. A principios de 1905 logró evadirse, y empezó a trabajar en la organización ilegal de nuestro partido en

Chitá. Éste fue el período más brillante y feliz de su vida. Desplegaba una energía y una actividad increíbles. Hacía propaganda entre los campesinos, los obreros, los cosacos y los soldados, que volvían derrotados de la guerra ruso-japonesa. Era delegado del Comité para todo el territorio del Transbaikal, y sus actividades se extendían a las ciudades de Chitá, Blagovéshchensk y Harbin [hoy, territorio chino]. En Chitá organizó un Consejo de delegados obreros, soldados y cosacos, editando un periódico: *El Obrero del Transbaikal*. Él mismo escribía los artículos y redactaba el periódico, del que lanzó nueve números. Como ingeniero químico que era, organizó la confección en gran escala de materias explosivas, con vistas a una insurrección armada contra el zarismo.

Cuando el general Kolshchevnikov desatendió la petición de los obreros de Chitá de poner en libertad a catorce marineros del buque de guerra *Prut*, la organización le encomendó a Kurnatovsky el papel más difícil y arriesgado, esto es, facilitar su evasión de la cárcel, resultado que lograron con sólo siete camaradas valerosos y provistos de armas.

Empezaba para Rusia una nueva era. La cólera del pueblo subía más y más, llegando a tan alto nivel, que se consideraba inminente el desplome de la autocracia. Los soldados se unían a los obreros. Al mismo tiempo, los campesinos empezaban a amotinarse, incendiando las casas de los señores.

Su mejor colaborador en Chitá fue el famoso obrero Babushkin, que, por los años de 1894 y 1895, había pertenecido al círculo de Lenin. Kurnatovsky hablaba de él como de un hombre extraordinario y camarada fiel.

La insurrección de 1905 terminó, como se sabe, en Moscú y en otros puntos, con una derrota. Esto mismo ocurrió en Siberia. Cuando se supo en Chitá la triste nueva del fracaso de aquellos esforzados obreros de Krasnoyarsk, se decidió por el momento prescindir de levantamientos armados.

Por entonces volvía de la Siberia oriental la expedición de castigo del general Rennenkamp, y del Oeste, la de Möller-Sakomelsky. Todos los revolucionarios de que lograron apoderarse fueron sometidos a juicio sumarísimo y pasados por las armas.

Para escapar de sus garras, Kurnatovsky se trasladó de Irkutsk a Krasnoyarsk. Todo iba bien: consiguió burlar la vigilancia de los gendarmes. Ya había llegado a Nizhneúdinsk y esperaba ocultarse en lugares menos peligrosos. Pero su sordera, de que estaban informados los gendarmes, fue su fatalidad. Mientras estaba hablando con unos obreros sobre los últimos sucesos fue detenido por agentes del general Sakomelsky, a quienes chocó su pesadez de oído. Lo llevaron a Chitá, donde lo ficharon, entregándole después a Rennenkamp.

El Tribunal militar los condenó a muerte a él y a otros cuatro; pero como no habían sido habidos con las armas en la mano decidieron conmutarles esta pena por la de reclusión perpetua.

En espera de su suerte, Kurnatovsky y los otros permanecían encerrados en el coche de los condenados a muerte del ferrocarril de la expedición de castigo. Los soldados, borrachos a todas horas con las innumerables propinas de aguardiente que de los oficiales recibían, traían diariamente al coche nuevos condenados y sacaban, todos los días también, algunos de ellos para ejecutarlos.

Como, a pesar de todo, subsistía para Kurnatovsky el peligro de fusilamiento, el joven camarada Golikov, partidario incondicional de Kurnatovsky, decidió sacrificarse por él. Disfrazado de colegial, se presentó como pariente suyo, logrando acceso al coche. Entregó a Kurnatovsky una navaja de afeitar, proponiéndole quitarse la barba y huir con sus ropas, quedando él en su puesto. Kurnatovsky se negó a arriesgar así la vida de un camarada (pues sabía que, de llevarse a efecto la evasión, sería irremisiblemente fusilado) para salvar la suya propia. Al cabo, después de diecisiete días mortales, llegó de Petersburgo el decreto conmutando la sentencia de muerte de Kurnatovsky y demás miembros del Consejo obrero por la de reclusión perpetua.

Al día siguiente fue transportado a la cárcel de Akatuy, de la Katorga, en la ciudad de Nérchinsk. Simulando una grave enfermedad, consiguió, gracias al médico Lensinov, que le llevasen al hospital de la ciudad, de donde se fugó meses más tarde. Pasó muchos días escondido en la taiga de Akatuy, cuyos pantanos y bosques le aseguraban la inmunidad contra los gendarmes. Algunos amigos, con los cuales estaba en contacto, le proporcionaron

ropa; se despojó del traje de presidiario y en dos meses recorrió, a través de la taiga impenetrable y sembrada de riesgos, los quinientos kilómetros que separan Akatuy de Harbin.

Desde Harbin continuó a Shangháí, y de allí al Japón. Una vez en el Japón, mandó una serie de artículos a un periódico de Vladivostok.

De allí marchó, más tarde, a Australia, donde se hizo leñador. Un día que le cogió trabajando un fuerte chaparrón y frío se constipó gravemente, empeorando su otitis. Aquello acabó con él. Vino enfermo a Italia y de allí, en el otoño de 1911, a París. Los gastos de su viaje corrieron a cuenta de la camarada E. J. Okulova, que vivía entonces en París y estaba en correspondencia con él.

Lenin, también en París entonces, se preocupó muy vivamente por la suerte de Kurnatovsky. Le hizo que se viera con un buen especialista, le instaló en un cuarto y luego en una clínica, atendiendo a todas sus necesidades. Kurnatovsky, profundamente conmovido por tantas atenciones y desvelos, dijo:

—¿Por qué emplea Lenin tanto tiempo en ocuparse de mí? ¿Por qué tantos cuidados, tantas atenciones? Yo no soy ya sino los restos de un naufragio, y no tengo otra esperanza que la muerte.

Muchos otros camaradas cuidaban de él también, especialmente aquellos que con él habían trabajado y habían sido condenados juntos. En París se quedó completamente sordo.

Todavía pudo asistir, en 1911, al entierro del famoso revolucionario Paul Lafargue, el más destacado entre todos los marxistas franceses. Hablaron Lenin, Kautsky y Kolontái. Yo iba junto a Kurnatovsky, detrás del ataúd. Viendo el escaso número de obreros que iban en la comitiva, suspiró Kurnatovsky y me hizo notar las pocas banderas rojas que se veían y el tono quejumbroso de la música.

—Los socialistas franceses no han sabido constituir una organización fuerte.

A partir del otoño de 1911 avanzó su enfermedad a pasos gigantados. Tenía que estarse operando a cada paso de los oídos, y su vida era una tortura constante por los terribles dolores de cabeza que padecía. Así vivió un año más. Al fin, se quedó

terriblemente delgado y muy débil, y su cara tenía una lividez cadavérica. Tan sólo sus ojos, brillantes y vivos, denunciaban toda la fuerza de su espíritu: pero en ellos se reflejaban los tormentos inauditos que le atenazaban. Murió en el hospital *Lariboisière*. Toda la colonia de emigrados rusos en París le acompañó al cementerio.

«¡Adiós, valeroso camarada! —pensaba yo al regresar entre la comitiva—. Toda la vida la has consagrado al bienestar de la masa obrera, y hasta el último momento has permanecido fiel a la causa. Has muerto en la miseria, entre torturas, como un mártir. Nunca olvidarán tu nombre los obreros rusos.»<sup>50</sup>

Pasaba el tiempo. La deliciosa primavera se marchó, dejando paso al cálido y tranquilo estío. Los trigos maduraban. Los pueblos del contorno se quedaban vacíos. Toda la población adulta, hombres y mujeres, acampaban desde la primavera lejos, al aire libre. En casa se quedaban nada más viejos y niños. Sólo aquellos campesinos que tenían sus tierras cerca venían a dormir al pueblo.

Arrancados a la vida urbana, a la mayor parte de los camaradas se les hacía muy penosa la estancia en Siberia. A mí, por el contrario, me gustaba vivir en Tessi. Aquella existencia sencilla, con sus hábitos peculiares, la majestad de la Naturaleza siberiana, los montes salvajes, aquellos torrentes de aguas como el cristal, la estepa inmensa, los campos, todo ello cautivaba mi espíritu de modo tal que no tenía tiempo para sentir aburrimiento

---

<sup>50</sup> El camarada Lengnik me escribió la siguiente carta al saber la noticia de la muerte de Kurnatovsky: «Querido Alexander Sidorovich: Recibí ayer la tuya, en que me comunicabas la triste noticia. Se acabó todo. Esta vida admirable, luminosa, consagrada al servicio de nuestro ideal, se ha extinguido. Hay que reunir los datos de su biografía: gentes habrá en el futuro que se interesen por ella. Hay que relatar los momentos más importantes de su vida y publicarlos. Será el único monumento digno de él. Si no estuvieras tú tan ocupado con la lucha diaria por la existencia, serías el más llamado a ello. Tú podrías escribir su biografía, pues verdaderamente no conozco a nadie que le haya conocido tan a fondo como tú ni que le haya querido tanto. 22 de septiembre de 1912.»

ni nostalgia. Cuando me cansaba de leer salía con Panin de paseo. Íbamos por la estepa, que comenzaba al borde mismo del pueblo; examinábamos las tumbas de los mongoles, trepábamos por las montañas o bien remábamos por entre las islas del Tuba y sus márgenes escarpadas.

De estas excursiones volvíamos fortalecidos y de muy buen humor, así que durante mucho tiempo no pudimos comprender la tristeza y el hastío de los otros camaradas. No podíamos comprender tampoco que hubiera quien pasase las horas suspirando por una doncella. El amor, tal y como se describe en las novelas, era para nosotros uno de tantos modos de entretener las horas los señores bien acomodados y ociosos. ¿Podía un revolucionario detenerse a pensar en tales tonterías cuando quizá al día siguiente los verdugos del zar le llevasen a la horca, cuando podía caer, en la primera huelga, atravesado por las balas de un cosaco? Por ello condenábamos la atmósfera en que vivían la mayor parte de nuestros camaradas. También el caso de Yefimov nos dio qué pensar.

¿Podía un obrero caer en aquella funesta manía de enamorarse y llevar sus desvaríos hasta la locura? A mí me parecía imposible que pudiese nunca sucederme algo semejante.

Despertaba en mí algo nuevo. Mis ojos se abrían. Se me revelaba la hermosura del mundo, en que jamás hasta entonces me había parado a pensar.

El verano tocaba a su fin. El heno ya estaba segado hacía tiempo. Las praderas olían deliciosamente, sembradas de montones. Empezaba a hacer fresco por las mañanas. El follaje de los árboles se iba volviendo amarillo.

Por entonces empezaron a marcharse deportados de Tessi. Primero, la familia Starkov y Krschischanovsky, que habían conseguido el permiso de trasladarse a Minussinsk. Luego, G. J. Okulova, también con licencia, a Krasnoyarsk para continuar sus estudios. Kurnatovsky encontró trabajo pronto, como ingeniero químico, en una fábrica de azúcar. Quedó sólo E. S. Okulova, con su madre; pero la vida monótona y gris de Shoshino se le hacía insoportable, y anhelaba el momento de volverse a ver en una ciudad populosa. Terminaron por marcharse también. La casa de Okulov quedó solitaria y callada...

Por fin, vino el otoño; pero no aquel otoño lluvioso y húmedo de Rusia. Un otoño seco, estimulante como la primavera, con espléndidas puestas de sol y; frescas mañanas. Se marcharon las alondras, las golondrinas, las cercetas, todos los pájaros emigrantes. Pronto se llevó el viento las últimas hojas secas de los árboles. Bajo las heladas nocturnas, la hierba se volvía de un gris amarillento. El suelo estaba cada vez más duro. Nubes espesas de vapor coronaban el Tuba. Las vacas y caballos aparecían cubiertos con una manta de piel, cosa que nunca había visto yo en Rusia.

Todo ello, pero sobre todo las heladas, le impedían a uno darse aquellos largos paseos y aun salir del pueblo siquiera.

Ahora, siempre encerrado en casa, empecé a comprender el hastío de la soledad. Me sentía fuera de todo contacto con el mundo, con la vida viviente.

—Cómprase una escopeta y salga de caza. Con eso espantará las penas —me aconsejó el camarada Chekalsky, a quien había visitado en Minussinsk.

Chekalsky, obrero como yo, era apasionadísimo por la caza, hasta el punto de que el día que no salía con la escopeta lo daba por perdido. Es posible que lo hiciese también por olvidar sus dolores íntimos en el campo, en la taiga impenetrable, bajo la bóveda azul del cielo.

Envidiaba a aquellos camaradas cuyas mujeres venían desde Rusia a vivir con ellos.

Se extrañaba mucho de la resolución de estas mujeres. La suya era obrera en Lodz.<sup>51</sup> Durante sus tres años de cárcel le había visitado con regularidad, pero al proponerle venir a Siberia le dio miedo y se resistió. Por ello Chekalsky repetía a menudo:

—Son admirables estas rusas. No temen ni una vez al diablo.

---

<sup>51</sup> Los obreros deportados que vivían por entonces en Minussinsk pertenecían a las agrupaciones socialdemócratas, así que no simpatizaban con los *naródniki*. Se diferenciaban notablemente, sin embargo, de los obreros petersburgueses, acercándose más al tipo de obrero europeo, y en cierto modo tenían poca confianza en la teoría socialista.

Sus relatos sobre la caza y sus goces terminaron por vencerme, y le rogué que me comprase un arma de poco dinero. Y el mismo día que me llegó la escopeta salí de caza.

Aún no había nieve. La tierra estaba triste, desnuda y negra. Las liebres se habían despojado ya de su vestidura parduzca estival y lucían una piel blanca como el armiño. Viéndolas correr por la orilla del bosque o saltar de un matorral parecían pelotas de goma. Apenas saltar a la isla vi una. El animalito, acurrucado, estaba a diez pasos, entre la hierba seca y tupida.

«¡Buena suerte tengo!», pensé, y disparé lo menos tres tiros. Estaba asombrado de que la liebre, al oír las detonaciones, no se hubiera movido siquiera, y, creyéndola muerta, me incliné para echarle mano de las orejas.

¡Cuál no sería mi asombro al ver que pega un salto, me lanza una mirada, a lo que me pareció, burlona y de tres brincos desaparece en el bosque! Como perro escaldado, con el rabo entre piernas, volví a casa.

Después de este primer fracaso perdí toda afición por la caza, aunque los compañeros no dejaban de animarme. Nunca, por lo tanto, he llegado a ser un maestro en ese arte. Si en la primavera salía con la escopeta era sólo para justificar de algún modo ante la Policía que nos vigilaba mis excursiones por islas y lagos lejanos.

Y llegó el invierno, ese invierno siberiano largo, monótono, seco y frío.

Los hielos eran cada vez más fuertes. El Tuba humeaba. Primero empezaron nadando en el agua pequeños trocitos de hielo, trozos que, amontonándose, llegaron a convertirse en bloques enormes. Abría grietas en ellos la corriente, pero las heladas los solidificaban de nuevo, acabando por vencer. Se movían cada día más lentamente los bloques. Por fin, una mañana, al acercarme, allí donde hasta ayer se oían zumbidos y crujidos ahora dominaba un silencio de muerte, y la superficie era plana como una pista de patín. Sólo de trecho en trecho bloques enormes amontonados parecían las barricadas de la lucha sostenida hasta el último momento entre las aguas y el frío.

Ya se podía andar en trineo. Los vientos invernales empezaban a aullar. Los campesinos guardaban sus coches en las

tenadas del corral y enganchaban los caballos a los trineos. Llevaban pellizas de carnero teñidas de negro y altos gorros de piel, lo que les daba un aspecto de boyardos medievales. Arrollada a las caderas, una faja de color, botas metidas en chanclos con forro de fieltro y guantes, de piel.

Si el viaje era muy largo, se encasquetaban encima un abrigo de pieles.

Por entonces, Kurnatovsky me dio la noticia de que acababa de llegar a Kuraginskoe un nuevo camarada. Aproveché la ocasión para espantar mi soledad, alquilé un caballo y me fui a Kuraginskoe. El nuevo camarada se llamaba Pantaleimon Nikoláyevich Lepeshinsky. Y, aunque era la primera vez que nos veíamos, me recibió cordialísimamente, como si fuéramos viejos amigos.

—¿Conque es usted Sidorovich? —dijo al verme—. He oído hablar mucho de usted. Sobre todo a Fritz Lengnik.

Desde esta primera conversación me convencí de que pertenecía a aquellos «intelectuales pálidos» de que Antushevsky tanto me había hablado. Era alto y esbelto, de rostro inteligente. Todo en él me causó muy buena impresión. Cada uno de nuestros encuentros eran para mí algo interesante y agradable en extremo.

Lo habían desterrado, primero, a Kazachinskoye, distrito de Yeniseisk; de allí lo mandaron a Kuraginskoye. Cuando venían, a fines de otoño, el río estaba cubierto de una tenue capa de hielo. El barco tropezó con un escollo que segó la popa como si fuera una hoz, y empezó a hundirse lentamente. Los pasajeros, aterrados, se miraban. Tanto el capitán como los marineros perdieron la cabeza. Cundió el pánico. Sólo Lepeshinsky permanecía dueño de sí. Se hizo cargo del mando, ordenó lanzar los botes, donde se colocó, primeramente, a mujeres y niños; luego, al resto del pasaje, y se salvaron todos, abandonando el casco, ya lleno de agua.

Estas extraordinarias condiciones de ánimo, que, aunque existen en germen en todos los hombres, yacen en la mayoría soterradas e inéditas, hacían de Lepeshinsky un hombre fuerte y un comunista fuerte.

Se inició en el marxismo de desterrado, y nada menos que con un maestro como Lenin. A ello debía una concepción marxista del mundo clara, completa y nivelada, sin lagunas ni embrollos.

Cuando, durante la guerra imperialista, y antes, en los años de la reacción, la mayoría de los revolucionarios se encontraban deprimidos y desorientados, y aun muchos desertaban de nuestras filas, poseídos de pánico, era Lepeshinsky uno de los pocos que se mantenían equilibrados y tranquilos, esperando la época en que poder trabajar más activamente al servicio de la causa, y eso que su inestabilidad económica y el cuidado de su familia le robaban mucho tiempo.

Su mujer, Olga Borissova, pertenecía ya en el año 90 a un círculo marxista. Trabajó en el destierro de enfermera, a pesar de que tenía igualmente que emplear mucho tiempo y muchas energías en subvenir a las necesidades familiares. Durante los años de su convivencia con Lepeshinsky prestó al partido señalados servicios. La vida inquieta y nómada no estaba hecha para ella. Sin embargo, y en medio de los trabajos del partido, aún tenía tiempo para dedicarse a sus estudios científicos.

Lepeshinsky estaba entusiasmado con su hijita, criatura de pocos meses. Tanto a él como a su mujer les cuadraba admirablemente la vida de familia. Cuando la niña estaba sana, no lloraba y dormía tranquila, resplandecían de felicidad sus rostros. Pero si a la niña le faltaba algo, estaba de mal talante o lloraba, se olvidaban del mundo y se ponían fuera de sí, sobre todo Lepeshinsky, que era otro hombre. Cuando, veintidós años después, volví a verlos en Moscú, dominaba aún en él esta misma atmósfera de familia. En el intermedio había adoptado como hijo a otro niño.

Casi al mismo tiempo que Kurnatovsky obtuvo el permiso de trasladarse a Yermakovskoye. Allí tomó parte en la revolución de los deportados marxistas contra el «Credo» de la Kuskova y Prokopóvich.

En sus horas de descanso le gustaba jugar al ajedrez. Pasaba por el mejor ajedrecista de los camaradas, y fue algunas veces a Shushenskoye a jugar contra Lenin. Otras, jugaban por correo.

Poseía disposiciones marcadas para la caricatura. Muy agudamente, por ejemplo, comparaba a Kurnatovsky con Don Quijote, cuando, al patinar, tropezaba con su perra *Diana*. Nos caricaturizaba también a E. Y. Okulova, a Kovalevsky y a mí.

Con gran alegría por mi parte, volví a encontrarme con él en 1905, durante mi trabajo clandestino.

Quince años más tarde, en 1920, volvimos a encontrarnos en Moscú. Tenía ya el pelo gris, pero su alma seguía siempre joven. Aquella concepción marxista del mundo clara y precisa, que le había permitido mantenerse fiel en los momentos difíciles, continuaba haciendo de él uno de nuestros mejores revolucionarios, el intelectual que consagraba su vida entera al servicio del pueblo.

Al comenzar de nuevo los días buenos, después de aquel invierno prolongado de 1899, me lancé inmediatamente fuera de mi cuarto. Todas las mañanas iba a las islas del Tuba, magníficas de paisaje, con sus numerosos lagos y su vegetación. Una noche, al volver, como siempre, hecho una lástima de barro, vi frente a mi casa un coche del que salía un hombre. Era el nuevo deportado Baramsin. Podía tener unos treinta y tres años, y procedía de Vorónezh. Era hombre serio y muy culto. La vida parecía haberle tratado rudamente. A su llegada a Tessi aún no comulgaba en absoluto con el marxismo. Su espíritu, vacilante, dudaba, en cierta manera, de la capacidad revolucionaria del proletariado ruso, viejo error de los *naródniki*. En Tessi estábamos solos entonces Panin y yo. Enseguida venteamos su tendencia *naródniki*. Como hombre rectilíneo y brusco, no disimuló Panin su antipatía por esta tendencia. No era de extrañar, por lo demás: era joven, combativo y entusiasta. Yo, que no hacía tanto tiempo que había roto con los *naródniki*, velaba por la intangibilidad y la pureza del dogma marxista con el celo fervoroso de un neófito, pareciéndome herejía e inconsecuencia el desvío más pequeño. Éramos, además, defensores del proletariado revolucionario industrial, que Baramsin repudiaba.

No vimos nosotros el íntimo combate que en su alma se libraba. Como un extraviado en un bosque, no acertaba el camino a seguir. Llevaba ya muchos fracasos en su vida, y temía nuevas decepciones. La ayuda necesaria para volver a la senda recta la encontró en Lengnik, que poco tiempo después vino a Tessi.

Ya, en Minussinsk, Krschischanovsky y la Nevzorova, como defensores del marxismo revolucionario, habían ejercido hondo influjo en Baramsin. Sorprendido por la fuerza con que nosotros,

obreros, oponíamos nuestras convicciones a sus argumentos, cayó bien dispuesto en manos de Lengnik, con el cual pronto trabó amistad, inclinándose más y más a favor del marxismo. Ingresó, por fin, en el partido en 1899, influido ya por Lenin.

Baramsin<sup>52</sup> era apasionadísimo por la Naturaleza. Cuidaba sus flores con gran amor y habilidad. Cuando salía con Lengnik de excursión por la estepa cantaban cantos ucranianos y de otra índole, especialmente el titulado *El halcón*, cuyo autor era él mismo, canto que cautivaba por su tristeza profunda. El halcón animoso simbolizaba la muerte del revolucionario consagrado. Lo mismo que el halcón quería volar por sobre el mar sin límites, así vuela el revolucionario tras de su idea, inmensurable como el mar, y encuentra, combatiendo, la muerte.

Poco después de la llegada de Baramsin volví a ver otro coche a mi puerta. Preguntaban por mí. Salí y, con alegre sorpresa, descubrí a Lengnik. Me contó que había sido expulsado de Kazachinskoye y enviado a Tessi.

Lengnik era un hombre extraordinariamente simpático y bondadoso. Muy culto además, constituía una hermosa esperanza para el marxismo. Por lo demás, el lector le conoce ya. Llegó a Rusia a los catorce años, sin saber una palabra de ruso.

---

<sup>52</sup> Yegor Vassilievich Baramsin nació en 1876, siendo de profesión maestro. Según testimonio del camarada Novski, ya en 1892 pertenecía, en Kazán, a un círculo formado por marxistas y *naródniki*, que le sirvió, por así decirlo, de puente al marxismo. En 1897 dirigía, en Vorónezh, un círculo del mismo tipo híbrido, al que pertenecían marxistas como N. A. Riajovski y *naródniki* como J. P. Rostiakov. Terminó por convertirse al marxismo en el destierro, bajo la influencia de Lenin, Kurnatovsky, Krschischanovsky, Lengnik, Starkov y otros. En 1919 nos encontramos Lengnik y yo, en Moscú, a Baramsin. Estaba viejo y débil y tenía todo el pelo blanco. No pertenecía a ningún partido, aunque decía que, en el fondo, compartía nuestras ideas. Poco antes de su muerte (1919) se lamentaba de que la enfermedad le hubiera impedido afiliarse de nuevo al partido. La autenticidad de esta nota sobre Baramsin fue más tarde comprobada por los camaradas N. N. Panin y N. A. Riajovski.

Su abuelo había perdido su puesto de funcionario en Alemania por su participación en la revolución de 1848. Su padre, hombre completamente inculto, apenas enterarse de la detención del hijo, había cogido la escopeta, queriendo liarse a tiros con los gendarmes, cuya conducta incivil le sublevaba. Esto, junto con los meses de cárcel y, por último, la condena de su hijo, había terminado por llevarle a la tumba. Cuando Lengnik consiguió que la sentencia fuese atenuada, ya hacía tiempo que su padre había muerto.

Aprendió el ruso en la Escuela Real de Ekaterinoslav, donde estaba de maestro su padre. Nunca evitó el trato con los rusos, calificados de «salvajes» y de «bárbaros», como la mayor parte de los europeos residentes en el país. Ya desde la escuela aprendió a conocer y a amar a nuestro pueblo. Más tarde ingresó, en Petersburgo, en el Instituto Tecnológico, cuyos cursos aprobó con brillantez, afiliándose de estudiante a nuestro partido. (Todo esto sucedía después de ser detenido Lenin.) Luego de trabajar algún tiempo como revolucionarlo, fue detenido, en 1896, en Ekaterinoslav, yendo a visitar a sus padres. Tanto uno como otro eran de origen alemán, y permanecían, a pesar de su larga estancia en Rusia, fieles a sus tradiciones familiares germánicas. Cuando el hijo fue encarcelado y el padre murió, la situación pecuniaria de los miembros restantes —dos hijas y la madre— se hizo en extremo difícil. Lengnik causaba la impresión del hombre que, interesado por cuestiones de más alto vuelo, está muy por encima de la monótona vida pueblerina. Su mirada parecía siempre fija en lo alto; su espíritu, ocupado en la resolución de cósmicos enigmas. Su cultura era muy vasta. Conocía a todos los filósofos alemanes mucho mejor que ninguno de nosotros. Conocía asimismo a fondo las diferencias fundamentales entre nuestra literatura y las extranjeras, y era un buen matemático.

Su conocimiento con Lenin databa de 1899, cuando éste vino a Tessi con su mujer. Lengnik cambiaba correspondencia regular con él sobre cuestiones filosóficas y de teoría marxista. El dinero que ganaba (daba clases particulares y escribía comunicados a la Prensa) se lo mandaba a su madre y a sus hermanas, que vivían en Ekaterinoslav.

A mí me daba lecciones diarias de Matemáticas, Alemán y otras disciplinas científicas, siéndome altamente beneficiosa su influencia.

Cuando estábamos hartos de libros alquilábamos un par de aquellos pequeñitos caballos siberianos y salíamos a correr por la estepa. Nuestra meta habitual era Shoshino, donde vivía Kurnatovsky, o bien Kuraginskoye, domicilio de Lepeshinsky y Kovalevsky.

Un día vinieron Krschischanovsky y Starkov con sus mujeres y Kurnatovsky a Tessi. En tres coches fuimos al bosque, a orillas de un gran lago.

Acampamos junto a un grupo de altos abedules, cuyos blancos troncos se destacaban sobre el fondo rojo oro del follaje de abetos.

Los abetos eran, según aseguran los indígenas tártaros, desconocidos en este país hasta el siglo XVIII, en que aparecieron con los pobladores rusos.

El bosque aquel de la orilla del lago no era sino un mísero residuo de la taiga inmensa que cubría en otro tiempo la estepa entera de Tessi, con las laderas de los montes. Los viejos del pueblo me enseñaban en las casas troncos enormes de aquellos árboles gigantes provenientes de la vieja taiga.

Pero el hacha despiadada del campesino, junto con las disposiciones bárbaras de la Administración de Minussinsk, que en ciento o ciento veinte años abrasó toda la taiga, dejaban aquel distrito, antaño poblado de bosques, liso y mondo como la palma de la mano. Ahora la taiga comienza a unos cien kilómetros, curso arriba del Yeniséi. De allí proveen de madera al distrito entero de Minussinsk.

Infinidad de setas, grosellas, frambuesas y arándanos rojos crecían en los valles de la taiga. Los osos que por allí viven son aficionadísimos a todas estas golosinas, y hacen largas excursiones para alcanzarlas. Cogiendo con la pata el racimo de bayas, lo exprimen y chupan el jugo. Los campesinos arrancan la resina de los abetos y los cedros siberianos y se la comen, cosa que les gusta mucho. En primavera cogen una cebolla denominada *cheremscha*, que se cría en los terrenos pantanosos y tiene fuerte olor a ajo. En cuanto aparecen por el pueblo los carros de los

vendedores de *cheremscha* todo el mundo se lanza a comprarla. En esos días apenas si se puede penetrar en casa de un campesino siberiano, por la peste a *cheremscha* que hay. Al comerla no se percibe tanto su olor. La población minera de la taiga la usa como el remedio más eficaz contra el escorbuto. Siendo un azote allí esta enfermedad, van los obreros mismos a los pantanos por la *cheremscha*.

En cuanto a la resina del abeto siberiano, que tanto paladean ellos, es un excelente medio de desinfección de la dentadura.

En el bosque donde nosotros fuimos no había abetos siberianos ni cedros, setas ni frambuesas. Tampoco aparecían por allí osos. Y hasta los lobos rara vez se veían. Permanecían ocultos en la espesura, escondiéndose cuanto podían del hombre.

A pesar de todo esto, era un placer intenso estar sentado allí, bajo la sombra de los árboles, eternamente verdes, respirando el aire embalsamado. Los aficionados a la caza cogieron la escopeta y salieron en busca de liebres, perdices y demás. Como ello a mí me atraía muy poco, rara vez los acompañaba, y prefería quedarme al cuidado de los caballos. Desenganché, amontoné gajos de leña y encendí lumbre; luego llevé los caballos al agua, les eché de comer y me puse a escuchar las voces del bosque.

Antes de oscurecer armamos una gran fogata y hervimos agua para el té.

La tarde iba cayendo, y bien pronto nos cercaron las sombras. A través de las ramas de los árboles hacían guiños las estrellas.

El fresco de la noche espantaba un rato el sueño. Hablaban los camaradas de los grandes descubrimientos, de los progresos de la ciencia, que abrían perspectivas inmensas al movimiento obrero internacional, y particularmente a la futura revolución rusa. La grandeza solemne de la Naturaleza circundante sobrecojía todos los ánimos. Hablaban de su fervor por el proletariado, a cuya causa querían vivir siempre fieles. Hablaban de la revolución anhelándola con vivas ansias, de aquella revolución que sería sangrienta y cruel, y todos querían formar entonces en las filas del proletariado para luchar con él y compartir su suerte, ya próspera o adversa, en el poder o en el patíbulo.

—Tal vez nos manden a Yakutsk, más allá del círculo polar —decía Starkov.

Y Kurnatovsky repetía su dicho favorito:

—La libertad no nos la regalarán: tenemos que arrancársela.

—La muerte más hermosa para un revolucionario marxista es la muerte en el cadalso —decía Baramsin.

—Cuando sobrevenga la revolución colgaremos a Nicolás y a sus ministros de las farolas más altas —interponía Lengnik.

Poco a poco iban callando las voces. Nos quedamos dormidos. La noche, plena de misterios y de encantos, iba infiltrándose cada vez más honda en el bosque y en el lago, poblado de canas. Por la mañana despertamos tiritando de frío. Yo fui con Panin a abreviar los caballos. Luego enganchamos y volvimos a Tessi.

En el último año de su destierro, Lengnik, que era ingeniero, estuvo empleado en las obras del transiberiano. Al final de su destierro, que lo era también del mío, en 1901, vino por Krasnoyarsk, desde donde nos marchamos juntos a Petersburgo.

### **Mi primer encuentro con Lenin**

Aunque desde 1895 pertenecía yo a la Unión de Lucha para la Emancipación de la Clase Obrera, de Petersburgo, fundada precisamente por Lenin, no había tenido ocasión hasta ahora de conocerle y de tratarle personalmente. Y hasta se daba el caso, explicable solamente por el carácter clandestino de nuestra labor, de que ni aun siquiera había oído hablar de él. Tuve noticia por primera vez de su existencia camino del destierro, por los camaradas.

—¿Qué pensará sobre esto «el Viejo»? —decía a menudo Silvin cuando se discutía alguna cuestión teórica complicada.

—Sí, nuestro Vladimir Ilich es un genio proletario —decía Starkov en Tessi siempre que salía en la conversación Lenin.

Ya entonces despertaba Lenin la admiración de todos por su formidable capacidad de trabajo y su constancia.

Creedme —aseguraba Krschischanovsky a sus amigos—. Vladimir Ilich está por encima hasta de Plejánov y Axelrod.

—Vladimir Ilich es una lumbrera —decía el camarada Bauer a una distinguida personalidad política del zar.

Todos estos juicios, naturalmente, hacían que me figurara por adelantado a Lenin como un hombre extraordinario, infinitamente superior a todos los que conocía.

Le vi por primera vez en Minussinsk, en diciembre de 1898, en una reunión de deportados marxistas convocada por él para tratar de la constitución de una caja de socorros mutuos.

Oscurecía cuando llegué a Minussinsk. Inmediatamente me trasladé al domicilio de la familia Krschischanovsky y Starkov.

Nada más entrar en la habitación conocí a Lenin entre todos, y eso que había visto de él tan sólo una fotografía hecha al salir de la cárcel de depósito junto con Vanieiev, Krschischanovsky, Mártoy, Zaporozhetz, Starkov y Maltochenko, fotografía que estaba siempre sobre la mesa de escritorio de Krschischanovsky.

Tenía Lenin entonces veintiocho años, y estaba en la plenitud de su vigor. Parecía, por su aspecto, un campesino o un empleado. Su cara no tenía nada de extraordinaria: una cara corriente, vulgar, de aldeano ruso. Solamente los ojos revelaban un espíritu fuera de lo común, un temperamento extraordinario. En sus labios vagaba aquella sonrisa suya característica. Se comprendía inmediatamente que sólo concedía valor a las cosas, y en modo alguno a las palabras; que en él su intelecto estaba muy por encima del sentimiento. En su trato mostraba una cierta sequedad, rasgo que diferenciaba fundamentalmente a los intelectuales marxistas de los *naródniki*, con su cálida cordialidad apasionada. Con los años fue perdiendo Lenin aquella severidad seca. A todas horas estaba recordando a los camaradas que había que tomar de modelo a los heroicos luchadores del *Naródnaya Volia*, y así terminó él mismo por hacer suyas las buenas cualidades de éstos.

Me fascinaba tanto su mirada que me olvidé de cerrar la puerta, y blancas nubes de vapor llenaron el cuarto.

—Cierre la puerta, Sidorovich. ¿Por qué se queda así plantado? Siempre deja las puertas abiertas. Y entra un frío de todos los demonios. Quítese la pelliza, los guantes y el gorro. Aquí, Vladimir Ilich Lenin. Y ahora vamos a comer, que hace ya rato que le estamos esperando.

Zinaida Nevzorova, que fue quien así me recibió, era el completo reverso de su amiga Nadezhda Krúpskaya, la mujer de

Lenin. Ésta era pálida y comedida; callaba siempre o hablaba muy bajo; la otra tenía unas mejillas coloradas, un perpetuo desasosiego. A cada paso estaba brincando del asiento, y su voz se oía más alta que la de nadie.

Viendo lo torpemente que cerraba la puerta, me pegó un empujón y dio un portazo, gritando:

— ¡Qué hombre más torpe! Entre de una vez.

Lenin, sentado a la cabecera, se frotaba las manos, guiñaba un ojo y sonreía contemplando toda la escena.

—He oído hablar mucho de usted —dijo cuando me presentaron a él—: a Krschischanovsky y a Zinaida Pavlovna.

Aun cuando, a no dudar, todos estábamos convencidos de la enorme diferencia a su favor que había entre Lenin y los otros camaradas, ninguno presentíamos el papel inmenso que le estaba encomendado en la revolución rusa y mundial, lo cual habría sido tanto como predecir el desarrollo tumultuoso, coronado por una victoria total, de nuestra revolución.

Muchas veces, pensando en Lenin, me preguntaba qué motivos habrían podido encaminarle por la senda revolucionaria. Sus estudios en el Instituto fueron modelo de brillantez y aprovechamiento. Es interesante notar que en el certificado de bachiller, la mejor calificación la tuviera en la sección «conducta». Probablemente ya entonces latía en él la idea de consagrarse por entero a la revolución. Aquel mismo año fue ejecutado su hermano Aleksandr. Aleksandr era *narodnik*, pero se interesaba vivamente por el marxismo y trabajaba en Petersburgo en un círculo de obreros. Y es muy posible que esto fuese el arranque decisivo para su actividad política. En su escrito *La enfermedad infantil del «izquierdismo» en el comunismo*, dice que en Rusia vino el marxismo entre dolores, frase en que puede muy bien aludir a los suyos propios. El dolor por el hermano asesinado le encaminó, sin duda, a proseguir la obra de aquél, de derrumbar el poder de los zares, y en el marxismo vio la única teoría capaz no sólo de acabar con el zarismo, sino también con la tiranía capitalista. Ya había dicho Plejánov, el fundador del marxismo ruso, quien, desgraciadamente, no supo dar remate a la obra comenzada, que el movimiento revolucionario en Rusia, si vencía, sólo podía vencer como un auténtico movimiento proletario.

En 1887, por su participación en los disturbios estudiantiles, fue expulsado Lenin de la Universidad de Kazán y desterrado a Kokushino, en el mismo distrito. Desde allí continuó en comunicación con su círculo de estudiantes, a la vez que trabajaba celosamente (1887-88) sobre las obras de Marx. La Policía le molestaba constantemente, no permitiéndole ni volver a la Universidad de Kazán ni presentarse a examen. Tampoco le dejaban salir al extranjero. En 1891 aprobó un examen como alumno libre en la Universidad de Petersburgo. En 1893 era miembro de un grupo marxista en Samara. Al siguiente año ingresó en el «Grupo Central» de Petersburgo, que iba a la cabeza de todo el movimiento proletario. Trabajaba en un círculo obrero en el puerto de Galerny, siendo suyo un escrito publicado por esta época: *¿Quiénes son los amigos del pueblo?*

A continuación transcribo el epílogo de este folleto, extraordinariamente interesante, que hallé en 1922 en el «Archivo de la Revolución Rusa» de la Redacción del diario berlinés *Vorwärts*. Dice así:

«A la clase de los obreros dirigen los socialdemócratas toda su atención y toda su actividad. Cuando sus representantes avanzados asimilen las ideas del socialismo científico, la idea del papel histórico del obrero ruso, cuando estas ideas alcanzan una amplia difusión y entre los obreros se creen sólidas organizaciones que transformen la actual guerra económica dispersa de los obreros en una lucha consciente de clase, entonces **EL OBRERO** ruso, poniéndose al frente de todos los elementos democráticos, derribará el absolutismo y conducirá **AL PROLETARIADO RUSO** (al lado del proletariado de todos los países) *por el camino recto de la lucha política abierta a LA REVOLUCIÓN COMUNISTA VICTORIOSA.*»<sup>53</sup>

---

<sup>53</sup> Hemos sustituido la traducción presente en la edición española del libro de Shapovalov por la traducción *oficial* del pasaje correspondiente en las *Obras Completas* de Lenin de la Editorial Progreso. El párrafo aparece en el tomo 1, página 327. | Nota de Ediciones Mne-mosyne.

Estas palabras son, por decirlo así, una profecía de la revolución. Escritas en 1894, prevén ya claramente el papel decisivo, capital, del proletariado en la lucha. Nos demuestran también en qué medida dominaba ya entonces Lenin el método dialéctico marxista y sabía aplicar la teoría a la realidad concreta rusa. ¡Ya entonces hablaba para lo por venir de una revolución comunista en Rusia!

Aunque yo en el destierro viví entre los más próximos colaboradores y alumnos de Lenin, que sin duda conocían aquel escrito, nunca, a lo que me puedo acordar, oí que ninguno sacase de ello consecuencias prácticas. Cuando Lenin hablaba del camino futuro de la revolución, no presentía, sin duda, que su paso más decisivo había de darlo con él a la cabeza.

No se podía presentir, es cierto; pero, sin embargo, muchos dejaban adivinar sus rasgos personales, aquel amor inmenso hacia el proletariado, odio irreconciliable al zarismo y a la burguesía, inteligencia extraordinaria, tenacidad insuperable y amplia capacidad de trabajo, sencillez y modestia. Su energía y, sobre todo, su voluntad de hierro, su tenacidad para arribar a la meta fijada, revelan al hombre genial. Poseía, además, esa aptitud para la división metódica del trabajo característica de los alemanes. Cuando llegaba a Shushenskoye, adonde venía dos veces por semana el cartero, no se precipitaba sobre los montones de libros y revistas, pasando en ellos los días enteros, sino que dividía la carga, leyendo cada día un cierto número de páginas. Esta cualidad, unida a su tenacidad inquebrantable y a la vasta capacidad intelectual, le posibilitaban llevar a cabo el titánico esfuerzo de que todos éramos testigos. Ya en Siberia era Lenin para nosotros el arquetipo de hombre que por nada se deja vencer, el hombre que desde su destierro sigue, infatigable, colaborando a la magna empresa de la Revolución.

Nadie como él sabía acercarse al obrero e infundirle confianza; nadie sabía tratarlo tan sencilla y cordialmente como él.

Todos estos rasgos de su carácter quedaron marcados con sello indeleble durante aquella gigantesca lucha que sobre sus hombros soportaba, dilatada a lo largo de tres decenios. Naturalmente, aquellas virtudes no le venían todas de graciosa donación de la suerte. Las cualidades innatas forman sólo una parte de la

genialidad de un hombre; el resto lo hace la energía, la actividad y la persecución tenaz del fin.

Sería pueril decir que ya a los veintiocho años poseía Lenin en su plenitud las condiciones singulares que le distinguirían más tarde en el apogeo de su vida y su obra. Aún recuerdo el asombro que me causó en 1912, en París, cuando le visité en su domicilio, Rue Marie Rose, 4, poco antes de su viaje a Galitzia. Al derivar la conversación hacia los mencheviques y socialrevolucionarios, todo en él estaba tenso, vibrante, como un águila presta a lanzarse sobre su presa. Corría por el cuarto en mangas de camisa, levantado el pecho, dispuesto a aniquilar a puñetazos a los socialtraidores; yo contemplaba los músculos de su brazo, bien marcados a través de la camisa; su andar, la expresión de su rostro. Attendía a cada una de sus palabras, en las que resonaba, inextinguible, el deseo de luchar hasta el fin, y pensaba: «¡Cómo le han cambiado los años! ¡Cómo ha crecido! Es un hombre excepcional. Es un gigante. Es una roca de granito en la que se estrellarán todos los embates de los enemigos del proletariado. Es un hombre de acero.»

Algo parecido dijo de Lenin el profesor Agafonov, un socialrevolucionario, en la primavera, de 1917, después de la revolución de marzo. El Gobierno francés negaba obstinadamente a los emigrados el permiso para volver a Rusia. Cuando Agafonov, con motivo de ello, habló con el ministro francés Albert Thomas, le dijo: «Nos niegan ustedes el permiso para marcharnos. Temen que estemos contra la guerra y podamos influir en un sentido desfavorable para ustedes. Pero, ¿qué significamos todos los emigrados políticos frente a Lenin? El será, a no dudar, enemigo de la guerra, y no tendrán ustedes medio ninguno ni valdrán de nada sus prohibiciones para impedir que vuelva a Rusia. ¡Y ése es un hombre de hierro!»

Así juzgaba el defensor de un partido antibolchevique al jefe de la Revolución de octubre.

El día de nuestra reunión en Minussinsk presentaron a Lenin los nuevos camaradas, pasándose, acto seguido, a tratar del orden del día: constitución de una caja de socorros mutuos para los desterrados.

Todos aquellos camaradas que, aparte del socorro de la administración, tuviesen rentas eventuales o ganasen sueldo de cualquier especie, debían de contribuir con su tanto a la caja.

Lenin hablaba largo y tendido con cada uno de los obreros, especialmente con aquellos que acababa de conocer, como si quisiera fijar su peso específico de revolucionarios. Desde ese día todos, y yo en particular, pusimos nuestra confianza en él como jefe del partido.

Al contarle por lo menudo mi pasado revolucionarlo, singularmente lo que se refería a la imprenta de los *naródniki*, planteé interesantes cuestiones, que a él le preocupaban vivamente, sobre la capacidad editorial de una imprenta clandestina y a sus condiciones de transportabilidad y ocultación. Alababa el tipo propuesto por G. G. Tulupov, recusando mi proyecto. No lo hacía, sin embargo, con palabras molestas para mí.

Nevzorova, que escuchaba la conversación, intervino:

—Es usted un formidable imaginativo, Sidorovich.

Vladimir Ilich era un buen cazador. Con ocasión de lo de Minussinsk tomó parte, junto con otros camaradas, en una cacería. Patinaba, además, muy bien.

Por la noche hubo un torneo de ajedrez; Lenin, con aquella sonrisa ladina, característica en él, contendía con sus dos adversarios, a los cuales les dejaba el tablero, ejercitando así de modo notable su memoria; la mayor parte de las veces les ganaba.

Todo lo que Lenin se proponía hacer, ya fuese cazar, patinar o conducir un coche, lo hacía con gran destreza y maña. Servía para todo.

Aún lo conocía demasiado poco para formar sobre él un juicio decisivo y justo. Aquella admiración genérica por todos los intelectuales marxistas elevaba, naturalmente, mi admiración por Lenin. Aquí describo nada más la impresión, quizá incompleta, que entonces me produjo.

## Llegada de Lenin a Tessi

Había momentos en que se hacía más fuerte la penosa idea de encontrarse aislado del mundo, y entonces era preciso acudir a los compañeros en busca de noticias.

La noche antes del día —bisemanal— de correo me torturaba tratando de adivinar lo que llegaría en él. Soñaba con el postillón, sentado junto al cochero en el pescante, con enormes sacas de correspondencia.

Por la mañana, enseguida de levantarme, me echaba a la calle. Las luces del crepúsculo, vacilantes aún, difuminaban los contornos de las cosas. Poco a poco iban apagándose las estrellas. Con los nervios tensos, lleno de impaciencia, esperaba el coche. Apenas oír el cascabeleo de las campanillas, salía corriendo a la administración.

Una mañana, en el otoño de 1899, llegó con gran retraso. Después de echar dos paseos a la administración me encontré, por fin, al cochero del carruaje donde venía la correspondencia, un campesino de un pueblo inmediato. Sentado a la mesa, extraía de la saca los paquetes oficiales y montones de cartas con el aire de hombre que conoce su oficio por llevar muchos años desempeñándolo. Contestó, fatigado, a mis preguntas.

—Nada. Ni para ti ni para tus amigos.

Viendo que yo me volvía para marcharme, añadió:

—Espera. ¿Qué prisa tienes? Espera que charlemos un momento. ¿Qué noticias se corren entre vosotros, los «sicilistas»?

Otras veces me gustaba echar un párrafo con los aldeanos. Pero aquel día estaba tan malhumorado yo por el retraso de las cartas, que no tenía ganas de conversación; así que me despedí y me marché.

Era una espléndida mañana de verano. Las casas, la plaza del pueblo, con su iglesia en el centro, todo aparecía envuelto en los rayos dorados del sol. Muy altas, en el cielo azul, se disparaban golondrinas y vencejos. Fuera del pueblo, en los campos, cantaban jubilosas las alondras. La hierba de la estepa aromaba el ambiente. Absorto en la hermosura del día, permanecí parado unos instantes a la puerta. En esto veo que dobla la esquina un coche de dos ruedas... ¿Quién será?

Sus ocupantes, hombre y mujer, no podían ser campesinos, pues iban vestidos a estilo de la ciudad. Ella, una joven de cara pálida y graciosa, llevaba hasta un sombrero. ¿Serían nuevos deportados? Cuando los tuve cerca reconocí, con gran asombro por mi parte, a Vladimir Ilich y a Nadezhda Konstantínovna, su mujer. Corrí a su encuentro.

Solían reírse los campesinos viendo lo torpemente que guiaban el coche nuestros camaradas. Cuando yo vi con cuánta destreza manejaba Lenin las riendas, me sentí hasta cierto punto orgulloso.

Nadezhda Konstantínovna fue la primera en reconocermé.

—¡Volodia! —gritó—. Mira, allí viene Aleksandr Sidorovich.

Su rostro era muy lindo y simpático, aumentando la seducción cuando reía.

—Buenos días, Aleksandr Sidorovich. ¡Qué placer encontrarnos! ¿Adónde iba usted?

—Vengan a mi casa —les dije—. Lo primero, porque está muy cerca; lo segundo, porque tengo una patrona desprendida, que no le robará el pienso al caballo, y luego, porque Lengnik y Baramsin están de caza desde anoche y no vendrán hasta la tarde.

Vivía yo entonces en casa de una campesina, al extremo de la plaza, junto a las oficinas de la administración. Los llevé a mi cuarto, les di agua y toalla limpia, mandé a la patrona que hiciera té y salí a desenganchar el caballo. Luego me llegué en un momento a casa de Baramsin y de Lengnik, dejándoles aviso de que Lenin estaba allí.

En el momento de entrar, a la vuelta, acercaba la patrona el *samovar* hirviendo y tostadas. Vladimir Ilich y su mujer se habían lavado ya y estaban sentados a la mesa, examinando mis libros y el cuaderno en que llevaba registradas toda clase de noticias, citas, material estadístico, etc. También había una colección de cantos y poemas revolucionarios.

Mientras hervía el té me di cuenta de que Lenin sonreía complacido. Acababa de descubrir el primer tomo de *El capital*, *El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado*, de Engels; el *Desenvolvimiento de la concepción materialista de la historia*, de Plejánov-Beltov, libros que yo a todas horas releía.

—¿Qué es esto? —preguntó, señalando un cuaderno donde estaba escrito a mano el *Manifiesto Comunista*—. ¿Lo ha copiado usted? ¿De quién es la traducción rusa?

—La traducción rusa es de U. U. y de su mujer.

—¡Imposible! —dijo Vladimir Ilich, con una ligera sonrisa—. No es de él, no cabe duda, porque él se interesa más por su mujer que por la revolución.

—Volodia, mira —dijo entonces Nadezhda Konstantínovna—. Aleksandr Sidorovich trabaja en alemán. Lee hasta *Die Neue Zeit*. Y diga usted —añadió, volviéndose a mí—, ¿tiene que recurrir mucho al diccionario?

Una falsa vergüenza me hizo decir que no, a pesar de serme tan difícil el alemán y no poder dejar de la mano el diccionario cuando leía *Die Neue Zeit*. Me quedé tan perplejo que toda la sangre me subió a la cabeza.

—Pues yo —repuso Lenin muy llanamente, con tono pesoso—, yo necesito consultarlo muy a menudo.

Estas palabras, en las que se expresaba toda la modestia del carácter de Lenin, me dejaron más corrido aún. Colorado hasta las orejas, hubiera preferido hundirme diez varas bajo tierra. Por fortuna, en aquel momento apareció la patrona con Lengnik y Baramsin, que volvían de su caza.

Nos trasladamos todos a casa de Baramsin, por ser su cuarto más amplio, más aislado contra oídos indiscretos y, sobre todo, más cómodo. En el destierro había que tener muchísimo cuidado de que las conversaciones revolucionarias no llegasen a noticia de los gendarmes.

Comenzó un cambio mutuo de impresiones entre Lenin, Lengnik y Baramsin, desenvuelto a lo largo de los tres días que pasó Lenin entre nosotros.

Había materia de discusión. Aunque marxista, yo no había sospechado hasta entonces que dentro del marxismo pudieran surgir tendencias diferentes, algunas de las cuales tan peligrosas y nocivas como la de los mismos *naródniki*.

La socialdemocracia alemana, portaestandarte del marxismo revolucionario y modelo nuestro, seguía fielmente la ortodoxia; pero dentro de la misma Alemania, cuna del marxismo, aparecía entonces Bernstein.

La mayoría de los socialdemócratas alemanes estaban, cierto es, en contra de Bernstein y de la revisión y condenaban toda manifestación en este sentido. Pero, cegados por falaces esperanzas, creían en la conquista del Poder por medios pacíficos, valiéndose de una mayoría parlamentaria. Andaban, por ello, a caza de electores, sin preocuparse de limpiar sus filas de los contaminados por las teorías revisionistas. Poco a poco fue quedando al descubierto la triste realidad; día tras día iba ganando partidarios Bernstein, y, a pesar de toda la fraseología revolucionaria, se evidenció su fracaso al estallar la guerra imperialista, revelándose como lo que realmente era: un monigote en manos de la burguesía. Y esto mismo continúa siendo hoy.

Aquellos intelectuales de tendencia liberal-burguesa, que, aun llamándose socialistas, no tenían con nosotros sino un contacto ocasional y transitorio, ventearon enseguida el estrecho parentesco que les unía con los secuaces de Bernstein. Los marxistas rusos tenían, por su parte, que luchar contra los *naródniki*. La doctrina de éstos sobre el papel de las personalidades en la Historia iba en contra de la interpretación materialista, que decía, con razón, que no era la conciencia lo que determinaba el ser, sino, por el contrario, el ser el que determinaba la conciencia. Muchos, sin embargo, llevaban más lejos la polémica, y caían en el error opuesto, negando que las personalidades como tales y el partido, agrupación de personalidades en cuanto dirigía el movimiento proletario, tuviera poder creador.

Una parte de los marxistas padecía entonces un cierto fatalismo, y propendía a exagerar el papel de las causas primeras en la Historia. Sucedió con ella que muchos de los camaradas pensaban metafísica y no dialécticamente, anteponiendo las verdades abstractas a las concretas.

No es de extrañar, por tanto, que se hubiera insinuado una propaganda puramente económica como núcleo principal de la teoría, sobre todo entre la masa obrera, a raíz del encarcelamiento de Lenin, amenazando con un giro nocivo al movimiento.

El mismo Lenin se manifestaba siempre adversario de la mera lucha económica, y hablaba a todas horas de la necesidad de plantear reivindicaciones políticas.

Lo más peligroso para el partido habría sido la creación de una tradición de autorrestricciones. La experiencia demuestra cómo estas tradiciones se convierten demasiado pronto en un obstáculo para la lucha revolucionaria del proletariado. Triste ejemplo de ello fue la evolución de la socialdemocracia alemana, tan temida en otro tiempo por la burguesía.

Uno de los grandes méritos de Lenin radica en haber sido el primero en reconocer, exponiéndoselo así a los camaradas, el riesgo que implicaba la tendencia «economista», con su secuela de una peligrosa tradición para el partido.

Aquella táctica incomparable, el talento para no perder nunca el contacto con la realidad concreta, alerta siempre a todo peligro para saber retroceder en el momento oportuno, todas estas cualidades las poseía nuestro partido y, en un grado insuperable, Lenin, adquiridas por sus años de estudio de la experiencia proletaria en diferentes países. Hay que añadir a esto el que el partido poseyera desde sus comienzos, como arma de combate, la teoría revolucionaria marxista, siempre actuando en maridaje inseparable sobre la realidad viva.

Desde fuera, nosotros comprendíamos nada más que el remedo era digno. Los aspectos negativos del influjo alemán, tales como la neutralidad política de los Sindicatos, la indiferencia frente a la religión, la ilusión de que se pudiera en un país dominado por el káiser, por la aristocracia, por el militarismo, llegar mediante una mayoría parlamentaria a la edificación del orden socialista, todas aquellas cualidades negativas de la socialdemocracia alemana, las rechazábamos nosotros, aceptando sólo aquello que podía sernos útil.

En los años 90, sin embargo, no podía predecir nadie si la futura revolución rusa seguiría en líneas generales la trayectoria del movimiento obrero alemán o del francés. Lo que sí puede asegurarse es que no había quien sospechase ni remotamente el curso fabuloso de nuestra revolución, caminando de victoria en victoria, ni que el proletariado ruso desempeñase tan considerable papel en el triunfo.

Sobre todo, nadie suponía que nuestro movimiento, no sólo se pusiese al nivel del alemán, sino que lo dejase muy atrás.

Por entonces, en 1898, oí yo de boca de muchos camaradas que nos podíamos dar por conformes consiguiendo, con una monarquía constitucional, los éxitos que la socialdemocracia alemana se apuntaba.

Reconocía Lenin que, aun en el destierro, era tiempo de seleccionar cuidadosamente a los camaradas, con vistas a la lucha que juzgaba inminente. Cuando llegó a Tessi sólo le quedaba un año de destierro para ponerse por completo de acuerdo con Lengnik y Baramsin. Particularmente en Lengnik, cifraba grandes esperanzas.

No se puede examinar de una ojeada la teoría marxista, con todos sus detalles y consecuencias. Baramsin y Lengnik tendían en varios puntos a apartarse de ella. Baramsin no estaba libre aún de ciertos resabios del influjo *naródniki*. Lengnik propendía al neokantismo. Con gran seriedad pretendía demostrar que la inteligencia humana tiene sus límites, y no puede llegar a abarcarlo todo. Baramsin se pasó en Tessi incondicionalmente al marxismo. En sus conversaciones con Lenin insistía en que la ideología *naródniki* había influido, como sistema del mundo, profundamente en la vida rusa, y en su arte y literatura. Le parecía, por el contrario, el marxismo algo estrecho y rígido, que, aun propugnando una lucha heroica, se ocupaba en la realidad de pequeñas miserias cotidianas. Aunque afiliado al marxismo revolucionario, se resistía a romper con la tradición heroica del *Naródnaya Volia*.

A lo que puedo recordarme, giró la discusión sostenida a lo largo de los tres días que duró la estancia de Lenin en Tessi en tomo a la situación rusa del momento. Ante todo, sobre los *naródniki*, los cuales, como se sabe, aseguraban que era imposible el desenvolvimiento del capitalismo en Rusia, calificándolo de «feto venido al mundo sin condiciones de viabilidad». En ésta, como en todas las contiendas, venció, naturalmente, el marxismo revolucionario. Los *naródniki* expiaron sus faltas, perdiendo aquella preponderancia que tenían en la vida espiritual del país, preponderancia que pasó a ocupar el marxismo. Pero ya entonces, en los tiempos de lucha contra los *naródniki*, tuvo Lenin que separarse de los camaradas ocasionales que, como Peter Struve, se llamaban marxistas, pero a reserva de hacer lo que decía éste en su

libro *Notas críticas*: «Confesemos nuestra falta de cultura, y apropiémonos la cultura capitalista.»

Sobre este dato probaba Lenin que Struve no era en modo alguno un auténtico marxista. Tenazmente combatía a los sedicentes marxistas, que pretendían ahogar el movimiento proletario, reduciéndolo a una mera lucha económica, dirección propugnada por el *Rabóchaya Mysl* y el «Credo» de la Kuskova.

Cuando la conversación derivó hacia Bogdánov, cuyos escritos filosóficos acababan de aparecer, designó su nombre Lenin como el de una personalidad eminente, aun señalando sus diferencias con el marxismo revolucionario.

Pretendía Lenin que en la futura revolución rusa tuviese el marxismo el mismo puesto honroso que la «Montaña», los jacobinos, en la gran Revolución Francesa, contra todos los demás partidos revolucionarios —girondinos—, instrumentos en manos de la alta burguesía.

Habló Lenin también de las relaciones del marxismo con la literatura y el arte, recordando a Baramsin que toda creación que hablara de las masas oprimidas y apuntase a despertarlas de su letargo, todo lo que tendiese a la emancipación total de la Humanidad, no sólo no estaba en contradicción con el marxismo, sino que, por el contrario, excitaba a los hombres a la gran lucha por el socialismo, provocando un estado previo de conciencia favorable a la revolución. Por ello, las grandes obras, bien de literatura o crítica, penetradas de amor por el pueblo, eran parte del patrimonio espiritual de las masas, de la cultura proletaria internacional.

Encomiaba también el heroísmo de los *naródniki*. Decía Lenin que el marxismo no repudia el heroísmo individual. Antes bien, lo suma al total de las masas, propugnando que los marxistas rusos debían tomar como modelo en cuanto a usos revolucionarios, disciplina y devoción por la causa el heroísmo del *Naródnaya Volia*. Decía que si el marxismo dispusiera de un grupo, aunque pequeño, osado de luchadores en contacto con los elementos sociales simpatizantes, conseguiría en la lucha cruel, inexorable, contra la autocracia, tener, con frase de Marx, «encerrado a Alejandro III en la Gátchina».

A la tesis de Lengnik de que la inteligencia humana es limitada y no lo abarca todo, replicaba Lenin cómo la Historia de la ciencia y sus descubrimientos muestra que es capaz de grandes victorias. Todo lo que hoy es incierto, nebuloso, puede muy bien mañana, con ayuda de la ciencia, aparecer claro y palpable. Un marxista no puede decir que la inteligencia humana es limitada porque no pueda en el momento abarcarlo todo, sino creer, en cambio, que no hay fronteras para ella.

Esta briosa y positiva fe en el futuro de la Humanidad me complacía singularmente. Las palabras de Lenin ejercían hondo influjo sobre mí, transfundiéndome indecible confianza en él como futuro jefe de la causa proletaria.

Una de estas conversaciones tuvo lugar en la cima del monte Georgievsky. Era a la puesta del sol, con una atmósfera luminosa y diáfana. Lejos, al Sur, la cadena escalonada de montañas rompía la línea del horizonte, coronadas por la cima del Sayansky, blanca de nieve.

Yo no podía apartar los ojos de ella y, escuchando las palabras de Lenin, que hablaba del futuro de la ciencia en manos del proletariado y del marxismo, su conductor, demostrando que el marxismo también era una ciencia, la que enseña a los trabajadores a sacudir el yugo de la burguesía, que para la inteligencia humana no hay fronteras, como no las había tampoco para el proletariado y la Humanidad en total. Oía yo todo esto y creía verlo escrito, corpóreo, a lo lejos, sobre el tapiz inmenso del futuro destino del mundo.

Por fin, se marchó Lenin. Decía Baramsin que nunca en su vida había oído tan luminosa exposición de los fundamentos del marxismo, y que su vida quedaba vinculada a la causa del proletariado, consagrada a la liberación de la Humanidad. Y Lengnik, desde aquel día, dejó de invocar su neokantismo.

### **Viaje a Yermakovskoye**

Poco después de la visita de Lenin tuvo lugar, en Yermakovskoye, una reunión de todos los camaradas deportados en el

distrito de Minussinsk, para tratar del «Credo» de Kuskova y adoptar posiciones frente a él.

Junto con Krschischanovsky, Nevzorova y Starkov, fui a Shushenskoye, donde vivía Lenin. Habitaban en una casa aldeana él, su mujer y su suegra, que, aun vieja, conservaba huellas de una gran hermosura. El cuarto de Lenin estaba atestado de libros. Libros gruesos y folletos, encuadernados y en rústica, amontonados desde el suelo hasta el techo. Por lo demás, el atalaje de la casa era idéntico al de todas las casas siberianas. Sólo, en un ángulo, una cama nueva y amplia: la de Lenin.

Pernoctamos en Shushenskoye. Yo dormí en casa del camarada Oscar Engberg, un obrero finlandés de los talleres de Putílov, en Petersburgo. Al día siguiente fui a ver al polaco Prominsky, tejedor de Shirardov.

La jornada larga de trabajo y, sobre todo, las míseras condiciones de vida en los medios obreros, habían marcado a uno y a otro. En el destierro empleaban sus horas en la lectura sistemática, bajo la dirección de Lenin y de su mujer. A pesar de ello, su trabajo no rendía tanto como hubiera sido de desear en ellos. Engberg fabricaba sortijas de novia de estribos de bronce y puntas de flechas que encontraban los campesinos en la estepa. En cuanto a Prominsky, cultivaba una huerta y criaba tabaco, que vendía luego en el mercado de Minussinsk. Los dos muchachos eran muy simpáticos. Aquella tierra maravillosa de Minussinsk les agradaba mucho. Los montes y el frío intenso del invierno le recordaban a Engberg su país natal. Insistían en sus charlas conmigo en señalar las atenciones que tenían a todas horas los campesinos con ellos, representantes, por así decirlo, de los pueblos oprimidos por el zarismo. Tanto el polaco como el finlandés, se asombraban de no encontrar allí ese chovinismo asqueroso, tan frecuente en toda Europa.

La mujer de Prominsky era indiferente en absoluto a estas cuestiones. Nunca participaba en nuestras charlas, limitándose a los trabajos de su casa.

Cumplido el tiempo de su destierro, volvió Engberg a Finlandia. En 1901 fui a visitarle en Víborg. Más tarde, en 1906, de viaje para Bélgica, me lo encontré en Helsingfors [hoy, Helsinki]. Trabajaba en la organización del movimiento obrero finlandés.

Prominsky se trasladó a la ciudad de Taiga, donde permaneció hasta el final de su destierro. Después no he tenido más noticias suyas.

Al día siguiente nos trasladamos todos, con Vladimir Ilich a la cabeza, al poblado de Yermakovskoye, donde vivían entonces los camaradas siguientes: Vanieiev, con su mujer; Kurnatovsky, Silvin, Panin y los dos hermanos Lepeshinsky.

Es Shushenskoye una aldea característica de la estepa. Yermakovskoye, por el contrario, está en medio de un espeso bosque.

Lenin, alegre, descansado, enérgico, fue jugando al ajedrez todo el camino contra dos o tres adversarios. Y, cosa notable, el tablero lo llevaban otros en otro coche. El jugador más serio era Lepeshinsky; pero, a lo que recuerdo, ganaba casi siempre Lenin.

En cuanto a mí, jugaba tan mal que hasta Kurnatovsky, jugador muy flojo, me daba mate todas las veces. Por eso ahora no jugaba.

En la cima del Sayansky se ve un glaciar eterno, como en el Cáucaso, en Suiza o en el Himalaya, y eso que su altura es sólo de unos 10.000 pies sobre el nivel del mar. Los días claros de sol emerge de súbito en el horizonte, brillando con una blancura exquisita su cima nevada. Magníficas son también sus laderas y gargantas. Nuestro cochero, apuntando hacia él, nos dijo:

—He ahí el «monte de la cama».

Y verdaderamente se asemejaba mucho a una cama. Aquellos montes lejanos, envueltos en la neblina azulada, me impresionaron hondamente. Gozaba la hermosura de la Naturaleza, anhelando siempre un ideal desconocido y grande por el cual quería sacrificar mi vida.

Zinaida Nevzorova se fatigaba por causar una impresión de plenitud y de frescura, de persona que, en el apogeo de su vida, contempla seriamente el futuro. En todo el trayecto no desperdió ocasión de demostrar sus energías acumuladas.

Después de la comida fui a visitar a Vanieiev, que se encontraba enfermo. Pálido y triste, parecía un esqueleto. En sus ojos febriles y tristes se reflejaba el duelo que libraba en él la vida con la muerte. Su mujer (D. W. Truyevskaya) era, por el contrario, una hembra sanota, hermosa y joven. Sin embargo, a pesar de su

agotamiento físico, de sus mejillas hundidas y su color terroso, Vanieiev conservaba su espíritu fresco, dominando, como una llama inmortal y fulgurante, la ruina consumida y débil de la carne.

Mi relato sobre la huelga de tejedores de Petersburgo despertó gran interés en él. Cuando le refería algún rasgo cómico, toda su cara se iluminaba de una súbita sonrisa. Su mujer reía con una risa franca y alegre. Y aquella alegría sana, de plenitud fisiológica, ensombrecía de nuevo a Vanieiev.

Los claros rayos del sol que penetraban por la pequeña ventana, la taiga eternamente verde, los montes lejanos, todo, hasta aquí, en este cuartucho, frente a frente con la muerte, hablaba de la vida eterna, de la Naturaleza, siempre joven y hermosa.

La discusión sobre el «Credo» tuvo lugar, me parece, en el cuarto de Payanen. Hablaron Lengnik, Lepeshinsky y Engberg. Lenin expuso los peligros que corría el movimiento si se inclinaba por la tendencia «economista», abiertamente defendida por el «Credo» de la Kuskova.

Hablaba contra la autolimitación del marxismo, contra los que lo convierten en una vil caricatura. Hablaba del papel histórico del proletariado ruso, del partido marxista, conductor de la gran revolución que sobrevendría, repitiendo que a él estaba reservada una misión paralela a la de los jacobinos de la Revolución francesa, frente a los diputados de la Gironda. Al fin, se tomó la conocida resolución bosquejada por Lenin, que publicó luego Plejánov, en su *Vademécum*.

En esta resolución, concebida hace justamente veinticinco años<sup>54</sup>, lo mismo que en el epílogo de su folleto *¿Quiénes son los amigos del pueblo?*, repartido en numerosas copias cinco años antes, se revela la personalidad de Lenin en toda su grandeza, se muestra claramente la agudeza de visión de este genial jefe, que consagró toda su vida a los intereses del proletariado. Ya entonces veía él mucho más claro y penetraba mucho más

---

<sup>54</sup> La edición que traducimos [dicen los editores alemanes en 1926], última publicada, es de 1925.

profundamente en la esencia misma de los problemas que todos sus contemporáneos y camaradas.

Encarecía la resolución de Lenin la necesidad de luchar por la teoría del marxismo revolucionario, la necesidad de aplicar siempre a la realidad concreta esta teoría, la inminencia de combatir encarnizadamente cualquier angostamiento o desviación del verdadero marxismo. Como vivos ejemplos de estas tendencias peligrosas señalaba la doctrina de Bernstein, en Alemania, y la de los «economistas», con el «Credo» de la Kuskova y Prokopóvich, en Rusia.

Como característica de la tendencia de Bernstein, señalaba el intento de limitar los vuelos del marxismo y convertir el partido revolucionario del proletariado en un partido reformista. Demostraba que el «Credo» de los «economistas» mentía al sentar que el obrero europeo no había tomado parte nunca en la lucha política. Demostraba que el «Credo» desfiguraba el marxismo al decir que éste ignoraba la lucha económica. Acusaba a la Kuskova de ignorar fundamentalmente el pasado del movimiento proletario ruso, al afirmar que la creación de un partido obrero independiente, con designios políticos, en Rusia no era más que un trasplante sin sentido de los problemas extranjeros a nuestro país. Calificaba a la tendencia «economista» como un intento de encajar toda la tradición revolucionaria rusa en los estrechos carriles del mero forcejeo económico, aquel empeño suyo de convertir las reivindicaciones proletarias en una «lucha por formas jurídicas» no era sino un resabio de los elementos liberales burgueses.

Este camino significaba para el marxismo ruso el suicidio político. Sobre esto llamaba Lenin la atención de los camaradas, exigiéndoles combatir inexorablemente contra las tendencias del «Credo». Resumía las características del verdadero partido proletario en las siguientes:

El marxismo ruso tiene el deber de crear un partido revolucionario independiente. Este partido está obligado a luchar por la conquista del Poder para la realización, desde allí, del verdadero orden socialista. A él corresponde la dirección en la lucha del pueblo contra la autocracia. Él será la vanguardia en el movimiento que produzca la revolución democrática.

Equipado con la teoría del marxismo revolucionario, y apoyándose en los obreros de las fábricas y en todos los demás con quienes se contase, concentrar en sí el núcleo del movimiento revolucionario, con el fin de defender los intereses de todas las masas oprimidas.

Aliados decisivos del partido revolucionario del proletariado en su lucha contra la autocracia, con los millones de campesinos oprimidos y expoliados. Había que tender, pues, a ganarlos para nuestras filas.

Pasaba después Lenin a la cuestión de la táctica revolucionaria, tanto en el terreno económico como en el político. También esta cuestión la había tocado el «Credo». Lenin la resolvía con un criterio dialéctico, diciendo que de las circunstancias del momento dependía el llevar a un primer plano la lucha económica o la política. El marxismo concibe la lucha de clases como algo armónico y total, en que los problemas económicos van íntimamente enlazados a los políticos, y viceversa.

Refiriéndose a la lucha económica, recordaba Lenin la enorme significación que el mismo Marx le había concedido ya en [la década de] 1840, y sacaba a contribución la obra viva de Marx acerca de los Sindicatos y la lucha económica realizada en Ginebra en 1866, resolución que insiste en la necesidad de aprovechar los Sindicatos como órganos de lucha cotidiana y menuda contra el capital, al mismo tiempo que la lucha social y política del proletariado lo debilita en gran escala, debiendo tender, sobre todo, los Sindicatos a la abolición del trabajo a destajo.

Refiriéndose a la situación actual de Rusia, frente a aquel despotismo absolutista y aquella falta absoluta de libertades de toda índole había que anteponer, naturalmente, las reivindicaciones políticas a las económicas.

El marxismo revolucionario debía continuar la labor iniciada por aquella famosa generación revolucionaria a la que, en lugar destacado, pertenecía el *Naródnaya Volia*.

Insistía Lenin en la necesidad de robustecer las tradiciones del partido, la disciplina revolucionaria, de seguir el ejemplo brillante del *Naródnaya Volia*, abrigando la firme esperanza de que el partido proletario organizado, en vez de apoyarse, como el grupo de héroes *naródniki*, en una capa sumamente tenue de la

sociedad rusa, se afirmase sobre el total de las masas obreras, lograría, por fin, la victoria en la lucha encarnizada contra la autocracia y la opresión capitalista.

A lo que recuerdo, dictaminó también la resolución sobre el estrecho parentesco que existía entre las ideas del «Credo» y las doctrinas de Bernstein.

De muy mala gana se decidió Lenin a recoger velas en esta cuestión, apremiado por el discurso de Lengnik. Decía éste que compartía absolutamente el punto de vista de la resolución, pero que no se podía hablar de un parentesco entre el «Credo» de los «economistas» y Eduard Bernstein, puesto que el libro de este último acababa de aparecer, no siendo conocido en Rusia sino a través de las referencias de la Prensa extranjera.

Lengnik se resistía a creer que un discípulo eminente de Marx como era Bernstein, que había conocido y tratado personalmente al maestro, fuera capaz de empuqueñecer y falsear de modo tal sus doctrinas. Creyendo, pues, que en ello había exageración, rogó a Lenin que fuese más circunspecto con relación a Bernstein.

Lenin, que había captado ya con su agudeza genial, a través de las citas de la Prensa extranjera, el meollo de la doctrina de Bernstein, declaró que cedía en este punto, accediendo al deseo de Lengnik; pero que, por lo demás, insistía como antes en el parentesco de Bernstein con el «Credo».

Veinticinco años han transcurrido desde la resolución tomada en Minussinsk por los marxistas deportados. Y, visto el panorama desde hoy, podemos decir que en todos los puntos capitales tenía razón Lenin.

P. Struve, adversario de Lenin desde 1895, año de su encarcelamiento, por considerarle un marxista dudoso, cuenta hoy en las filas de los monárquicos. Aliado con la Guardia Blanca, luchó contra el Poder de los Soviets, y es en la actualidad corifeo de Wrangel.

Y en cuanto a Kuskova, la autora del «Credo», que tan duramente criticara a Lenin, es hoy colaboradora del periódico contrarrevolucionario *Dni*, de Berlín, instrumento de la burguesía, desde el que se vierten a diario las peores calumnias contra la Rusia soviética.

Cuán peligrosas eran para los trabajadores las tendencias propugnadas en el «Credo» y cómo servían con ello a los enemigos del proletariado lo demuestran las provocaciones del general Zubatov y del cura Gapón.

Uno y otro querían llevar el movimiento obrero por la línea del menor esfuerzo a los carriles míseros de la tendencia «economista». Uno y otro querían arrancar al partido proletario independiente la dirección de la lucha política.

Hoy se nos aparece claro el parentesco de nuestros mencheviques y socialrevolucionarios con todos los enemigos de clase del proletariado.

La resolución de Lenin fue firmada por él, Krúpskaya, Krschischanovsky, Nevzorova, Lepeshinsky, Kurnatovsky, Pannin, Engberg, Lepeshinskaya, Starkov, Vanieiev, Starkova, Baramsin, Shapovalov, Vanieieva, Silvin y Lengnik.

Los camaradas Chekalsky, Prominsky, Yefimov y Kovalevsky, que no tomaron parte en la discusión de ella, se adhirieron posteriormente.

J. O. Zederbaum (Mártov) nos comunicó desde la ciudad siberiana de Turujansk, junto con otros dos camaradas, Masanov y Gudimov, que compartía en un todo nuestra posición de protesta contra el «Credo».

Interesa también señalar que hasta los camaradas del distrito de Viatka: Voróvsky, Potrésov, Gurvich, Sharov y otros, protestaron asimismo contra el «Credo» de la Kuskova.

De aquella reunión presidida por Lenin salió más tarde, en diciembre de 1900, la organización de la *Iskra*.

Fuerza es confesar que ninguno de nosotros, salvo quizá el autor de la resolución, esperábamos que ejerciese tan decisivo influjo sobre la masa proletaria rusa. La resolución estaba concebida siguiendo en un todo el marxismo: de ahí su enorme significación y su éxito. Y sólo por ello, por estar equipados con el arma incomparable del marxismo revolucionario, pudimos alcanzar aquel triunfo absoluto, cuya trayectoria se nos aparece hoy como un fabuloso cuento de hadas. En la persona de Lenin luchaba nuestro partido contra todas las tendencias de empujamiento y contorsión grotesca del marxismo, a la vez que conseguía no separar un momento la realidad de la doctrina. Así se

explica que en un país donde el capitalismo estaba, por decirlo así, en mantillas, y el proletariado industrial formaba una exigua minoría de la población, jugase este proletariado, y nuestro partido a su frente, papel tan decisivo, arrastrando a millones de campesinos hasta lograr, por fin, la victoria. El germen de esta victoria hay que buscarlo en aquellos remotos congresos y reuniones.

### Un registro en casa de Lenin

Aún no había descubierto el Gobierno zarista en Lenin a su enemigo más terrible y peligroso. De ahí que le permitiesen, a él, a su mujer y a Zinaida Nevzorova, marchar al destierro solos, sin escolta y los gastos por su cuenta, cosa ésta que sorprendió desagradablemente a muchos de los *naródniki* que en Siberia vivían. A pesar de todo lo cual, realizaron los gendarmes un registro en su casa de Shushenskoye.

—¿Sabe usted? Han estado aquí los gendarmes para hacer un registro —nos dijo Krúpskaya una vez que fuimos a verlos Kurnatovsky, Lengnik, Baramsin, Lepeshinsky y yo.

—¿Y han encontrado algo? —preguntó asustado Lengnik, porque sabía que Lenin ocultaba literatura prohibida.

—No, nada. Nos salvó la madre.

—¿Cómo? —preguntó Kurnatovsky—. Cuente usted.

—Nos acostamos bastante tarde —dijo Krúpskaya—. Volodia estaba leyendo y escribiendo, como de costumbre. Por fin, a las dos apagamos la luz. En esto llaman a la puerta. «¿Quién va?», preguntó Volodia. «Abra pronto. Somos de la Policía. Se trata de un asunto de importancia.» «¿Qué es ello?» «Abra, que hay prisa.» «Un registro», le dije a Volodia. Nos vestimos en un dos por tres y, antes de abrir, echamos una ojeada por la casa. Todo parecía en orden. Como seguían llamando, tuvimos que abrir. En el umbral apareció el teniente fiscal con algunos gendarmes. Inmediatamente comprendimos de qué se trataba. Con gran terror por mi parte vi que encima del estante de los libros estaba una cántara de leche, donde escondíamos todos los folletos, y proclamamos, bien tapados con trapos. Pero mi madre no perdió la

serenidad. Se acercó al estante, que los gendarmes hablan empezado ya a husmear, y dijo: «¿Dónde tendré yo la cabeza? ¡La cántara de la leche, que la habla dejado aquí! Alárguenmela, no sea que les moleste.» Engañado por aquel tono sencillo y natural, le dio el gendarme la cántara. Con ella se fue a la cocina, encendió lumbre y pegó fuego a todos los papeles. Los gendarmes, que no encontraron nada, se marcharon defraudados.

De no haber sido la ocurrencia de la astuta mujer, hubieran encontrado las proclamas y folletos, y el destierro de Lenin se habría prolongado inexorablemente, no habría podido volver en 1900 a Rusia, organizar en forma la lucha contra los «economistas» ni crear la agrupación de la *Iskra*.

### El último año de destierro

Habían transcurrido ya dos años. Humo de bosque incendiado, lejano, apenas picante y espeso ya, se tendía como una niebla por pendientes, colinas, valles e islas del distrito de Minusinsk, hasta oscurecer el sol a veces. Desvaída, detrás de esta cortina se percibía la rojez luminosa del fuego, orlada de una franja chisporroteante.

—¿Qué pasa? —le preguntaba yo a mi patrona al aparecer esta visión en el horizonte.

—¿No lo sabe usted? Arde la taiga.

—¿Dónde? ¿Qué taiga? ¿Qué términos alcanza?

—Eso no se lo puedo decir. Lejos de aquí.

Los incendios de bosques son una calamidad en Siberia. Un caminante que pernocta al raso y se olvida, al marcharse, de apagar la lumbre prendida; un fumador negligente que tira encendido el fósforo, la leña menuda que arde igual que pólvora y el fuego que se propaga a los troncos resinosos. El humo picante y las llamas propagadas por el viento ponen en fuga a osos, lobos, cabras montesas, ardillas y toda la fauna del bosque.

El fuego avanza y avanza, devorando nuevos troncos y más troncos. Sólo cuando un obstáculo natural le detiene, un río, un lago o pantano, o bien si descarga alguna tormenta, cesa su labor destructora. También esta vez tuvo que llover fuerte unos

cuantos días para que se terminase el incendio. Se dispó la cortina gris y el sol brilló de nuevo claro.

Me sobrecogió entonces el invencible deseo, después de tantos días oscuros de encierro, de salir al campo a respirar el aire.

Era ya mediodía cuando aparecí en el corral. En aquel momento oí el galope de un caballo. Precipitadamente se detuvo un jinete a la puerta, descabalgó y llamó, resonando la voz conocida de Kurnatovsky:

—¿Está Aleksandr Sidorovich?

—Sí, sí —respondí adelantándome a la patrona, y salí a su encuentro.

—Ensillo un caballo. Todos estamos ya preparados para ir a esperar a X.X., por la carretera de Minussinsk.

—Espéreme en casa de Lengnik. Buscaré un jaco en el pueblo. Lo más pronto que pueda, me tendrá allí.

Alquilé un caballo por cincuenta kopeks a un aldeano, lo enjaceé de silla y freno y corrí a casa de Lengnik.

Pero ni Lengnik ni Baramsin quisieron acompañarnos.

—Nosotros no conocemos aún a X.X. Id vosotros tres. De aquí a un par de días iremos nosotros a verla a Shoshino.

—Ve tú delante, que conoces el camino. Nosotros te seguimos. Lo déjé con la hermana de X.X. y cabalgué delante.

Tocaba a su fin el cálido día de verano. El sol declinante bañaba de rayos la estepa. Bajo el encanto de aquella naturaleza espléndida, frente a los montes lejanos y las viejas tumbas silenciosas y el cielo azul, inmensurable, cruzado por bajas nubecillas, que pasaban raudas, me vi sumido en hondas meditaciones.

Como en una película desfilaban, objetivados, los cuadros de mi vida pasada, los años de libertad, la cárcel, el destierro. Veía mi niñez triste, mi juventud sombría, sin un rayo de luz que iluminase, sólo trabajo y más trabajo. Embrutecido, oprimido, humillado, arrastraba la vida con estúpida indiferencia. Una vida oscura, monótona, dolorosa, de esclavo. Me sublevo contra el zar, contra el capital, contra Dios. El mundo me parece una cárcel inmensa, insoportable. Con una nitidez desesperante, se me reveló el hecho de que para mí no había patria, que la tierra donde naciera no tenía nada que ofrecerme. Y aquel sentimiento agudo de dolor personal y de rebeldía se fue dilatando, hasta confundirse

en el dolor de millones y millones de oprimidos, que respiran el aire envenenado de la fábrica o escarban las entrañas de la tierra, sin ver nunca el cielo azul y el sol brillante, la inmensidad solemne de la noche ni el resplandor plateado de la luna. La tierra, esa tierra fecundada con sus lágrimas, su sangre y su dolor, con la sal de los huesos de los hijos de obreros, que sólo después de largo padecer consiguen verse libres de la carga pavorosa de la existencia; con las lágrimas y sollozos de las madres, víctimas del hambre, de las enfermedades y privaciones; la tierra misma se revolvió contra el absolutismo, contra la tiranía capitalista, y clamaba venganza, represalias.

Dos sentimientos solos dominaban mis actos y mis ideas: odio contra los opresores, amor hacia los oprimidos. Me precipitaba a la lucha contra el zar, contra los capitalistas, los propietarios y la religión. Como en un sueño fantástico, zumbaba en mis oídos el clamor de los días de combate.

La cárcel, aquel monstruo terrible, amenazador, me había tragado, reteniéndome en su vientre por espacio de dos años. Y luego, otros dos de destierro.

Aquí, en Siberia, había aprendido a conocer la hermosura de la Naturaleza y, al mismo tiempo, la hermosura de las obras de nuestros grandes literatos; había leído a Pushkin, a Lérmontov, a Nekrásov, a Turgueniev, a Tolstoi, a Korolenko y a Gorki.

Me pasaba días enteros en cualquier isla apartada del Tuba, completamente solo, tendido sobre la hierba espesa o a la sombra de un árbol, escuchando las voces del campo. Zumbaba el río incesante, y yo me repetía una y otra vez: «Tierra, en verano como en invierno, en otoño y en primavera, eres hermosa. ¿Por qué, pues, vive tan mal, tan infinitamente mal sobre ti el obrero?»

Me acordaba de Petersburgo, del ancho Neva, cuyas aguas corren hacia Occidente; del muelle de granito, de la esfinge, traída de Egipto en 1832.

Me acordaba del museo de Petersburgo, con sus obras maestras de Rembrandt, de Leonardo da Vinci, de Van Dyck, de Rafael...

Mi corazón se sobrecogió al recordar las escenas de nuestra lucha. Los ojos se me llenaban de lágrimas, y, cada vez más inextinguible, ardía en mí el deseo de ser mejor, de combatir

heroicamente por la gran causa del marxismo revolucionario, sacrificándole mi vida. Volver al campo de batalla proletario, experimentar de nuevo los riesgos de la lucha: allí estaba la felicidad, aquél era el sentido de la vida.

Mi caballo tropezó, lanzándome casi de cabeza fuera de la silla. A duras penas logré conservar el equilibrio, y miré atrás, por si veía a los compañeros. Junto al camino descubrí una especie de capillita sin paredes, con el tejado descansando sobre cuatro pilares y la cruz inclinada hasta el suelo.

Allí nos habíamos reunido alguna vez, allí cantaban Lengnik y Baramsin sus canciones de Ucrania y de la gran Rusia. Una vez que había venido de visitar a la hija de la señora Okulov, que era estudiante, en aquel sitio precisamente supe cómo tiene que suceder lo que es inevitable. Todo fue estéril, sin embargo... Pasé un invierno y un otoño sin esperanzas de que mis sentimientos fuesen correspondidos. Vino la primavera luego; después, el verano, y, poco a poco, la tensión de mi alma se fue aflojando, hasta desprenderse casi por completo de lo que tan nocivo es a un luchador.

Entonces aquella vida solitaria y monótona de Tessi se me hizo insoportablemente dura. Ardía en ansias por volver a Rusia y precipitarme de cabeza en el torrente de la revolución.

Habíamos dejado atrás la estepa y cruzábamos algunos pueblos.

Sumido en mis pensamientos, bajaba automáticamente del caballo, abría las puertas de los setos para dejar paso a los camaradas y volvía a cerrar.

Los poblados estaban igual que siempre, sólo que vacíos. Por las calles no se veía un alma. Hasta los perros, amodorrados con el calor, se escondían a la sombra, detrás de las puertas, sin saludar nuestro paso con ladridos. Sólo pude ver una vieja que se asomaba a una ventana y desapareció inmediatamente, como asustada de algo. También un mozalbete, que desapareció con la misma rapidez.

«Es la época de la recolección —pensé—, y están todos en el campo.»

Era también la época en que comenzaba en China el movimiento popular contra los extranjeros explotadores.

Naturalmente, el Gobierno del zar tomaba la defensa de los capitalistas europeos y americanos, enviando, al igual que aquellos Gobiernos, tropas contra los sublevados. Empezó la guerra entre Rusia y China. Poco después de romperse las hostilidades, el Gobierno del zar, para vergüenza eterna suya, hizo ahogar en el Amur a diez mil inocentes chinos que vivían en la ciudad de Blagovéshchensk. Flotaban sobre el río los cadáveres de los ahogados en masa tan compacta que imposibilitaban la navegación, no dejando girar las ruedas de los barcos.

El distrito de Minussinsk limita en gran extensión con China, límite que nadie podría decir con exactitud por dónde va, y está cambiando constantemente, por cuanto en aquel territorio, apenas poblado, se internan campesinos siberianos y buscadores de oro, asentándose en tierras sin dueño. No era milagro, pues, que una tribu de nómadas mongoles hubiera acampado en territorio ruso, creyendo encontrarse aún dentro de las fronteras de su país.

Las autoridades de Minussinsk, asustadas, creyeron que tenían que habérselas con todo un ejército, y dieron la orden, bajo penas severas, de que fuesen vigilados los campesinos del distrito para no dejar paso a ningún explorador chino.

Sin poder sospechar nada de esto, cerré yo la puerta de la última cerca y dejé con mucho atrás a los camaradas, tomando por la ancha carretera de Minussinsk. Todo alrededor se extendía un viejo y silencioso bosque de pinos. Lejos, al lado mismo de la carretera, una de aquellas tumbas prehistóricas.

Absorto en mis pensamientos, dejé ir el caballo al paso. En esto, al llegar junto al monumento funerario, veo que aparece detrás un campesino, luego otro, y un tercero, y otros muchos, todos con caballos, a cuyos lomos, sin ensillar, saltaron apresuradamente. Lo que más me chocó fue el verles armas colgadas a la espalda y ver que entre ellos se destacaba un alcalde, equipado, además, con un mojón de hojalata y un revólver.

Me devanaba los sesos pensando qué podría significar aquello. Los campesinos, en tanto, habían salido a todo galope del escondrijo y, colocados en hilera, interceptaban el camino. El alcalde gritó:

—¡Alto! Tire el arma o disparamos. ¡Presentad el pase! ¿Quiénes sois?

—Pero, Iván Kusmich —respondí al alcalde, al distinguir en él a un labrador conocido—, ¿se ha vuelto usted loco? ¿No me conoce usted? Yo soy Aleksandr Sidorovich.

—Ya, ya veo que eres Aleksandr Sidorovich. No creas que estoy ciego. Pero, ¿por qué llevas ahí al mandarín chino? ¿Por qué vas enseñándole la ruta a seguir?

—¿Qué mandarín? ¿Qué chino? —repliqué asombrado.

— ¡Pues claro! ¿Quién es ése que va detrás de ti? ¿Acaso no es un mandarín chino? Muchacho, suelta la escopeta o disparamos.

Me volví a mirar en la dirección señalada por el revólver del alcalde y me lo expliqué todo. Vestida con traje azul oscuro de amazona, calzones azules también y montada en la silla a horcajadas; birrete azul a la cabeza, una trenza muy negra y un rostro acusadamente mongólico, la hermana de X.X. parecía mismamente un chino. La fantasía de los labriegos suplía el resto. Como en nosotros, los socialistas, sólo veían los campesinos enemigos del zar, pensaron que yo y Kurnatovsky estábamos enseñándole la entrada a un oficial chino para que luego sus ejércitos ocupasen el distrito de Minussinsk.

—¡Tire la escopeta inmediatamente! —le grité a Kurnatovsky, que ya venía cerca—. La cosa es grave. Nos toman por espías al servicio de los chinos. Si no tira la escopeta, disparan.

Me volví de nuevo al alcalde:

—Pero, Iván Kusmich, ¿qué es eso del mandarín chino? Esa es la hija de O-W. Usted los conoce a todos ellos. ¿O es que se han vuelto locos?

—¡Al diablo! ¡Así revienten! —gruñó el alcalde, que, por lo demás, ya respiraba más tranquilo—. Cierto que es la hija de O-W. ¿En qué estábamos pensando? Pero nos ha dado usted un susto... Pensamos: «Aleksandr Sidorovich le está marcando la ruta a los chinos. Un segundo más y habríamos disparado, ¡como hay Dios! ¿Adónde la llevan? ¿A Shoshino?

—Vamos al encuentro de su hermana, que viene de Minussinsk.

—¡El diablo me lleve! ¡Vaya susto! —repetían luego los mozos campesinos.

Sólo después de vemos libres de él comprendimos el riesgo a que habíamos estado expuestos, sobre todo en el momento en que Kurnatovsky, con su temperamento arrebatado y brusco, había estado a punto de disparar, tomándolos por ladrones. Quien más turbada iba era la hermana de X.X.

Continuamos en silencio nuestro camino. Los caballos avanzaban paso a paso.

El sol empezaba a ocultarse detrás de la cumbre del monee Yegoryevsky. Sus rayos doraban aún las altas copas de los abetos. Hacía frío. En esto oímos pisadas de caballos y vimos acercarse una nube de polvo. Luego aparecieron distintamente el coche, los caballos, el cochero y X.X., que sonrió al vernos.

¡Cuánto había cambiado! En lugar de aquella expresión de pueril sencillez mostraba ahora su rostro la seria pesadumbre de graves pensamientos. Había crecido, estaba hecha una mujer.

«No mires esa cara, no mires esos ojos —me advertía una voz íntima—, si no quieres padecer.»

El cielo azul, los horizontes luminosos, las primeras estrellas, que empezaban a parpadear en el espacio, todo ello distraía mis pensamientos de su rostro y de sus ojos. Comprendí que Silvín y Kurnatovsky tenían razón al decir que una mujer hermosa es resumen y colmo de cuanta hermosura se contiene en el hombre y en la Naturaleza. Comprendí al mismo tiempo que era preciso ahogar los sentimientos que me inundaban. No había esperanza ninguna de que mi amor fuese correspondido, ni era fácil que una estudiante, originaria de un medio burgués, consintiera en unirse con un simple obrero. Y aun cuando ella me hubiera amado habría sido el amor un grave obstáculo para ambos.

«¿Quién soy yo? —me preguntaba una y otra vez—. Estoy condenado a sucumbir por la liberación de la Humanidad. No soy más que un ladrillo empleado en la edificación del magnífico edificio de la felicidad humana futura. Mi destino es, como el de tantos otros, combatir contra el enemigo común, hasta alcanzar la victoria o morir en la lucha. Solo, sin mujer, es más fácil consagrarse a esta tarea. ¿Por qué no terminará hoy mismo el plazo de destierro para precipitarme de nuevo al combate?»

Entonces, cuando Lengnik se me acercaba y decía:

—Aleksandr Sidorovich, vamos a Shoshino. Baramsin nos acompaña. Tenemos ya un coche alquilado.

Solía contestarle:

—No, yo no voy.

Y se marchaban solos. No había pasado una hora, sin embargo, cuando, acuciado por una fuerza irresistible, me levantaba como un somnábulo e iba a Shoshino a pie. Recorría los 20 kilómetros sin experimentar la menor fatiga.

Y se miraban todos cuando A.J., la otra hermana de X.X., que acostumbraba a colocarse en la ventana, decía:

—Ha venido Aleksandr Sidorovich.

Me daba cuenta perfecta de que mi situación era estúpida como la que más. Sentado en un rincón, escuchaba la voz de ella, que me parecía la más sonora y acordada música del universo.

A fines de otoño se marchó, después de recobradas nuevas fuerzas para la lucha revolucionaria. También se marchó Lengnik, que había conseguido colocación como ingeniero en el ferrocarril transiberiano. Baramsin obtuvo permiso para trasladarse a Yermakovskoye.

El último invierno lo pasé solo en Tessi. El *ispravnik* Stoyanov, furioso porque yo había mandado una queja contra él al gobernador, había jurado que me pudriría allí.

El pueblo estaba vacío. Vacía también la casa de los Okulov, en Shoshino. Los muchachos que habían vivido hasta entonces en aquel enorme cuarto se marcharon. La casa parecía inmensa y como muerta. Entonces supe lo que era la verdadera soledad. A veces despertaba a altas horas de la noche y sentía, con un frío horrible, que adherido a mi barba había un trozo de hielo. Las almohadas estaban duras, empanderadas. Tenía que levantarme a encender luz y atizar la estufa de hierro, que calentaba la habitación muy lentamente. El aire se ponía, por fin, a una temperatura resistible; pero, apenas apagada la estufa, volvía en un momento a sentirse la helada.

Traté de conseguir el traslado a Minussinsk o a otro punto cualquiera, esperando que nuevos parajes e impresiones nuevas me ayudasen a vencer aquella intensa depresión de espíritu que de mí se posesionaba. Pero todas las veces que mandaba mi

solicitud el *ispravnik* Stoyanov la acompañaba de una nota diciendo que no le parecía oportuno mi traslado.

A partir del otoño, con la marcha de X.X., mi espíritu estaba tan decaído que en todo momento pensaba en poner fin a mi vida.

Todo el que se haya visto desterrado a un rincón apartado de Siberia comprenderá mis sentimientos de entonces. Es como si una espantosa noche de otoño se desplomara sobre uno, como si le abrazaran serpientes, como si la huesuda mano de un muerto le cogiese por la garganta, amenazando estrangularle.

Desesperado, me bañaba en el agua helada del Tuba cuando en sus márgenes empezaba a formarse el carámbano. Para vencer mi depresión, saltaba de noche, a una temperatura de cuarenta grados [bajo cero], con sólo una pelliza echada sobre el cuerpo. Me iba a las islas del Tuba y me revolcaba desnudo en la nieve. Medio pasmado, volvía a encasquetarme la pelliza y me metía otra vez en la cama, con alta fiebre. Pero era lo mismo todo. Un día cargué la escopeta, sujetando al gatillo un cordón atado por el otro extremo a mi pie, y ya tenía el cañón puesto a la sien cuando oí unos golpes a la ventana. Era Panin.

— ¡Eh, Aleksandr Sidorovich, abra!

Molesto por la inoportunidad de la visita, me eché la pelliza y salí a abrir a Panin, que bajaba de un coche aldeano. Luego, la charla con él me apartó de mi terrible determinación. Pero al volver a quedarme solo era la misma tragedia siempre. Padecía, sobre todo, en aquellas noches largas, interminables.

Así pasó el último invierno. Luego, la esperanza ahuyentaba la desesperación. Recibí una carta de Lengnik, en la que me instaba a esperarle en Krasnoyarsk, a la terminación de mi destierro, para volver a Rusia juntos. En Krasnoyarsk vivía entonces la mujer de Silvin. En cuanto a éste, había sido llamado a filas, y pasaba la vida consumido en el cuartel.

Por fin, en marzo de 1901, llegó un escrito del gobernador comunicándome que mi destierro había terminado y tenía, por lo tanto, derecho para volver a Rusia. Me prohibía, sin embargo, residir en Petersburgo, Moscú y demás. En resumen, en toda gran ciudad universitaria o industrial. Quedaba el Cáucaso, la Rusia del Norte y el territorio del Volga. Con toda celeridad activé mis preparativos para trasladarme al Cáucaso, al lado de

Kurnatovsky, que me habla animado con vivas instancias a residir y trabajar allí para el partido. Por última vez fui a contemplar los hielos del Tuba; trepé por su escarpadas márgenes y al aire y a las rocas di un grito jubiloso: «¡Viva la revolución!». Luego emprendí mi retorno.

¡Adiós, territorio de Minussinsk; adiós, grandiosos y severos paisajes, que tanto me habéis deleitado! ¡Adiós, montes; adiós, río orgulloso, de agua limpia y transparente! ¡Adiós, Siberia!

El 12 de marzo de 1901 salí de Minussinsk. Me precipitaba de nuevo en la gran lucha. Ardía por comenzar una nueva vida. Y de nuevo pasaron ante mis ojos en rápida sucesión invertida los paños del telégrafo que siguen a la carretera de Minussinsk a Áchinsk.

## ÍNDICE

- 7 / Nota editorial
- 9 / A manera de prólogo (1922)
- 11 / Prefacio a la segunda edición rusa (1924)
- 15 / Prefacio a la tercera edición rusa (1925)

### PRIMERA PARTE: **MI CONVERSIÓN AL MARXISMO**

- 17 / Introducción
- 18 / Mi niñez
- 26 / Ingreso en los talleres de la estación....
- 33 / En el taller grande de cerrajería
- 36 / Experiencias religiosas
- 49 / La escuela nocturna
- 56 / Por fin, rompo las cadenas
- 59 / En busca de socialistas
- 67 / Ingreso en el partido Naródnaya Volia
- 77 / La imprenta clandestina
- 84 / Mi primer encuentro con marxistas
- 88 / Ingreso en la Unión de Lucha
- 98 / La huelga de tejedores de Petersburgo, en 1896
- 116 / Fin de la huelga y prisión subsiguiente

### SEGUNDA PARTE: **EN LAS CÁRCELES ZARISTAS**

- 121 / El bastión Trubetskói en la fortaleza de Pedro y Pablo
- 131 / Interrogatorio y prisión
- 135 / «Te meteremos en cintura», dijo el gendarme
- 138 / Sin más libros que la Biblia
- 144 / En la celda de castigo
- 179 / Cómo hay que conducirse en el interrogatorio
- 162 / En la cárcel de depósito
- 169 / Camino de Siberia. Petersburgo y Moscú

**TERCERA PARTE:  
EN EL DESTIERRO**

- 189 / El viaje
- 203 / Minussinsk
- 210 / De Minussinsk a Tessi
- 213 / La llegada
- 220 / La vida en Tessi
- 261 / Mi primer encuentro con Lenin
- 268 / La llegada de Lenin a Tessi
- 275 / Viaje a Yermakovskoye
- 283 / Un registro en casa de Lenin
- 284 / El último año de destierro

